



*Mis relatos a la luz  
de las estrellas*

*Timi Cuesta Hernández*

# **MIS RELATOS A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS**

A MI HERMANO PEDRO



**Portada de Antonio Bueno Salinero**

**Salamanca 19 de julio 2020**

**Fotografías de:**

**Braulio Hernández Martínez**

**Antonio Bueno Salinero**

**Alberto González**

**José Guerras Blázquez**

**Juan Carños García**

**Teresa Bautista Hidalgo**



## INTROITO

He dedicado parte de mi vida a la investigación sobre los asuntos de la historia de Macotera. Si no calculo mal, han sido tantos como treinta y ocho años, y si lo traducimos a horas, treinta y cuatro mil cuatrocientas ochenta. Todos los días, salvo, sábados, domingos y días de fiesta, he sido un asiduo de todos los archivos de Salamanca, Simancas, Chancillería de Valladolid, hemerotecas y bibliotecas de la Universidad de Salamanca y de la Diputación. Donde podía encontrar algo, que tuviese relación con Macotera, estuve presente. Y buena parte de lo que he recopilado lo he publicado en libros, boletín “Amigos de Macotera”, Cuadernos Macoteranos, en artículos de prensa, en facebook y en colaboraciones...

Me extrañaba que Macotera no tuviese historia. Otros pueblos sacaban a la luz sus cosas, y no podíamos conformarnos de que Macotera fuera una excepción; por eso, don José Flores se lo trabajó y publicó su libro sobre Macotera, y su proyecto lo hemos seguido los demás. Y, hoy, podemos decir que hay varias publicaciones sobre la vida y obra de nuestro pueblo en todos los aspectos y terrenos.

Y, en estas fechas, cargado de equipaje, y, antes de irme, quiero traerte a colación una serie de relatos representativos de Macotera, de sus gentes, de sus costumbres y creencias, que te cuento con un lenguaje coloquial, de andar por casa, con la sencillez y espontaneidad, que envuelve la vida cotidiana de los hombres de nuestra tierra.

Aparecen parcelados en doce apartados, que se nombro así:

Escudo Heráldico de Macotera.

Los primeros pasos.

Monumentos significativos.

Monumentos de la villa, que cumplieron el siglo.

Un paseo por las calles del pueblo.

Costumbres y tradiciones.

Usos y tertulias.

Con la alforja al hombro.

Mis paseos y ensueños

Siempre me ha gustado escribir mis cosas a primera hora, cuando la mente está descansada y la imaginación se ha desperezado, aunque esta como la otra, nunca duermen. Dicen que trabajan mientras dormimos, y que esperan nuestro despertar para dictarnos sus cavilaciones. Quizá sea por ello, lo del título de “Mis relatos a la luz de las estrellas”.

## ESCUDO HERÁLDICO DE MACOTERA



Hace tiempo que ando detrás de cómo, cuándo y por qué se elaboró el Escudo Heráldico de nuestro pueblo. Consulté en el Archivo de la Diputación y en los boletines de la provincia, y no encontré nada. Y la virtud, que nos caracteriza a los investigadores, es no damos el brazo a torcer.

Intuí que lo que buscaba, con tanto ahínco, tenía que encontrarse en el Archivo Municipal de Macotera. Hice la gestión e, inmediatamente, el alcalde (Francisco Blázquez) me proporcionó toda clase de facilidades para poder

satisfacer mi curiosidad; y, el primer día de trabajo, di con las actas municipales, donde se recoge todo el expediente de tramitación y aprobación por el Consejo de Ministros.

“En la sesión ordinaria del 21 de octubre de 1961, bajo la presidencia del señor Alcalde don Gabriel Madrid Gómez, e insinuado por el señor Alcalde la conveniencia de adoptar un modelo definitivo para mandarle grabar en el sello municipal, cuyo deseo ha sido, reiteradamente, manifestado por varios vecinos y el Ilustre hijo adoptado de esta villa, don Antonio de la Cuadra y Cuadra, se acordó por unanimidad tomar, en consideración, la propuesta y encargar a la Comisión informativa de este Ayuntamiento, que se emita el dictamen y suscriba la propuesta al efecto, valiéndose de los asesoramientos que estime oportunos”.

“En la sesión ordinaria del día 18 de noviembre de 1961, la Comisión informativa ha presentado un estudio-propuesta, al que acompaña diseño o proyecto de sello para la municipalidad, avalado por asesoramiento con la suficiente autoridad cultural”.

Con arreglo al art. 121 de la Ley de Régimen Local, y el art. 122 y 301 del Reglamento de Organización de 17 de mayo de 1952, es facultad del Ayuntamiento en pleno la aprobación del proyecto de sello oficial supeditado su ejecución definitiva a que obtenga la aprobación del Ministerio de la Gobernación, por unanimidad de los diez concejales asistentes, que constituyen el total de la Corporación, se acordó, haciendo suyo el dictamen de la Comisión Informativa, aprobar el diseño proyecto de sello oficial para uso de la Municipalidad de esta villa, y que se envíe el expediente a la Superioridad por conducto reglamentario.

Sesión extraordinaria del día 29 de septiembre de 1962, siendo alcalde don Gabriel Madrid Gómez y concejales don Segismundo García Casado, don Gabriel Bautista Bautista, don José Flores Martín, Primitivo García Cosmes, don Francisco Bóveda Blázquez y Ovidio Jiménez Sánchez, se reunió la Corporación Municipal en la Casa Consistorial, para celebrar sesión extraordinaria, convocada, previamente, con la antelación prevista por la Ley, asistida del Secretario accidental, don Andrés Bueno Campos.

Abierto el acto, se dio lectura del acta de la anterior aprobada por unanimidad. El señor Alcalde ordenó al Secretario diera lectura del Decreto del Ministerio de la Gobernación, nº 2183, que se inserta en el Boletín Oficial del Estado del día siete de septiembre próximo pasado, por el que, por acuerdo del Consejo de Ministros, en su reunión del día veinte de julio de mil novecientos sesenta y dos, y, por Decreto de ocho de agosto del mismo año, autoriza a este Ayuntamiento para adoptar su Escudo Heráldico Municipal, que quedará ordenado de la forma siguiente de acuerdo con el dictamen de la Real Academia de la Historia: Escudo partido. Primero, de plata, la encina de sinople (verde), cargado con la imagen de Nuestra Señora; segundo, de sinople ((verde), un almiar de plata; al timbre, Corona Real, ya que era el deseo de este Ayuntamiento y así lo tenía, oportunamente, solicitado el disponer de un escudo de armas propio y peculiar para grabar en un modelo definitivo el sello municipal, recogiendo en él los antecedentes históricos más relevantes de esta villa. Terminada que fue la lectura, la Corporación, por aclamación inánime, acuerda que conste en acta el agradecimiento más profundo de la misma a don Antonio de la Cuadra Cuadra, profesor de la Escuela Técnica de Peritos Agrícolas de Madrid, e hijo adoptivo de esta villa, que, con el mayor entusiasmo y a iniciativa suya, ha conseguido la concesión, a que antes se hace referencia y estando presente dicho señor,

se le dan las más sentidas gracias, ya que, a mayores, ha costado el cuadro con el Escudo en colores, para ser expuesto en el salón de sesiones, lo que se hace seguidamente, y también dos tampones y sellos para el Ayuntamiento y Juzgado de Paz; además, ruega a la Corporación, siga, con el mismo entusiasmo, laborando por los intereses del vecindario y de este pueblo.

## **LOS PRIMEROS PASOS**

## **EL PRIMER POBLADO MACOTERANO**

Al principio de los tiempos, la luna y el sol encargaron al lucero del alba, que buscase un sitio en el mundo ibérico donde asentar un poblado, y que le pusiese el nombre de Macotera. Visitó varios lugares y eligió, como el más apropiado, la loma del cerro “Mendero”, porque, además, se encontraba abrazado por dos arroyos, y no les iba a faltar agua a sus pobladores. Lo de “Mendero” le viene, porque, al levantar un poblado, lo primero que se hacía era levantar un templo a su dios, que, en ese momento, se adoraba a Endo o Mendo, un dios muy célebre en la España antigua. De esta nueva, no nos ha llegado documentación alguna, que lo certifique; pero, a cambio, nos ha quedado el topónimo, que lo avala y lo evidencia; como también nos confirma que Macotera es un pueblo remoto y prerromano.

Y, para llegar a la actualidad, tengo que afirmar que las primeras casas, que se alzaron del pueblo, se ubicaron en el cerro “Mendero”, que es, hoy, el barrio de Santa Ana. Aquí, en Santa Ana, se encuentra el principio, la primera piedra del pueblo; por eso, Santa Ana es tan señora en la vida y desarrollo de toda la población.

Y muchos os preguntaréis cuál es el significado de Macotera. Se han dado varias interpretaciones, pero no me convencen ni las de los lingüistas provinciales más avezados en esta materia, ni otras que se han vertido: son puras conjeturas.

Y yo sé que, este pueblo nuestro fue ocupado por los visigodos; porque nos dejaron una palabra, que solo utilizamos nosotros en toda España, “visnera”; y cuyo significado me ha costado mucho descifrar, y lo encontré en un diccionario alemán: “ventana o respiradero de una bodega”.

Y, después nos invadieron los árabes. Nos lo dice el hidrónimo “Margañán”. Hagamos un poco de historia para entender su significado. Cuando los

árabes conquistaron España, los beréberes, (de la Berbería), pueblo norteafricano, se alistó en el ejército musulmán estimulado por las ventajas de la “guerra santa”. Llegaron a contar con la atrevida fortificación de “Saktán”, próxima a Talavera (posiblemente la actual Escalona). Una vez conquistada la península, a la hora de repartir la *tarta*, los árabes dejaron a los beréberes los terrenos más áridos; este comportamiento molestó mucho al pueblo beréber, que se alzó, en armas, contra ellos. Las revueltas fueron reprimidas violentamente, y muchos de ellos tuvieron que buscar refugio en zonas accidentadas del Sistema Central.

El pueblo beréber fue un pueblo que vivió del pastoreo.



Pueblo afín a ellos, (los benimerines), fue quien introdujo en España la oveja merina, y ocuparon los sitios de la presierra del Sistema Central, propicios para desempeñar su oficio tradicional. Precisamente, los beréberes dieron nombre a aquellos hilillos de agua que brotaban de las peñas y que se hermanaban en una arteria mayor: “ *Ma - algannam*”, Margañán, que se

traduce como “agua del pastor”. Éste es el significado y el origen del nombre de nuestro río.

Y, ya como final, para no ser pesado. En 1224, derrotados los árabes, y, tras una guerra fratricida entre los reyes de León y Castilla, nuestro pueblo quedó desolado y arrasado. Hubo que repoblarlo de nuevo. Y, de ahí, que se construyesen la ermita de Santa Ana, y, en su entorno, las casas con las calles aledañas.

Y la población fue creciendo y construyéndose nuevas viviendas, hasta alcanzar la fisonomía que tiene el pueblo en la actualidad.

Y, en este relato, se encuentra el motivo de que cantemos:

“Vive la luna y el sol, Lolita del alma,  
y el lucero cuando sale”.

## **ASÍ VIVIERON LOS PRIMEROS MACOTERANOS EN SU HÁBITAT.**

Los primeros pobladores del castro de Macotera formaban parte del grupo étnico de los vacceos. Los vacceos ocuparon el reducido territorio que se extiende al norte y este del río Tormes, la Armuña y Campo de Peñaranda. Se dedicaban a la agricultura, al pastoreo y al comercio de la lana. Podía ser la primera simiente de las tres fuentes de riqueza que han practicado, durante siglos, la población de Macotera: la agricultura, el ganado lanar y el comercio de la lana.

De los vacceos sabemos que conservaban un régimen tribal muy puro, siendo los campos comunes, los repartían anualmente y, tras la cosecha, se ponían juntos los frutos, dándose a cada uno una parte; el que retenía algo de la cosecha, sin entregarlo a la comunidad, era castigado con la pena de muerte.



El poblado se levantaba bien en un lugar elevado de fácil defensa o en la confluencia de dos arroyos o junto a un río o fuente. Entre los vacceos no es raro encontrar algún castro escondido en el bosque. Estos castros se rodeaban de fosos y los amurallaban con tierra y adobes. Sus casas, en un principio, fueron redondas, más tarde, rectangulares. El centro de la casa estaba presidido por la *lareira* o espacio donde se encendía fuego sobre una meseta de piedra para cocinar. Se colocaban, junto a la pared, bancos corridos en los que se sentaban a descansar, y utilizaban grandes vasijas para depositar los granos, bebidas y alimentos.

Su techumbre era de ramaje, por la que salía el humo de la lumbre; sus pisos, de tierra y canto.

Adosado a la casa, situaban su molino circular para triturar el grano

Se alimentaban de carne y bellota molida, con la que elaboraban una especie de pan de cierto sabor dulzón, bebían un vino mezclado con miel y una especie de cerveza, obtenida de la fermentación de la cebada.

Aderezaban sus guisos con manteca, y desconocían la existencia del aceite. Vestían sayos oscuros y las mujeres trajes bordados de colores. Dormían sobre camas de paja, que amontonaban, cada mañana, después del descanso. con el tiempo, se hicieron dueños del poblado los romanos, y, con ellos, se incorporaron otras divinidades, además del dios Mendo, entre las que se encontraba Ataecina, diosa hija de Deméter, personificación del cereal nuevo de cada año. El agricultor le ofrecía las primicias de las cosechas, que colmaban sus eras. Celebraban su fiesta bebiendo agua con cebada (cerveza).

## **MONUMENTOS SIGNIFICATIVOS**

## LA PLAZA MAYOR.



Estaba yo, la otra tarde, recostado sobre la barandilla del balcón del bar "Garden". La gente, a cuenta gotas, deambulaba, de allá para acá, con un motivo, con su motivo. La fuente estaba muda, sin agua y aburrida, sin nadie en que posar sus hundidos ojos; y, desde lo alto, me puse a soñar en la historia de la plaza.

Me imaginé su cementerio ante la iglesia, donde los muchachos golpeaban la pelota contra sus paredes; y me imaginé también aquel tejadillo o pórtico, donde los macoteranos, un día gris, decidieron ponerse de pleito con los de Santiago de la Puebla por asuntos de tierras y pastos; y no me hizo falta imaginar, porque siguen ahí, los estribos, como el de la piedra grande, donde se sentaban algunos en espera de la tercera esquilá a misa y a los oficios, y el que servía de cobijo a los Pachulos en el baile dominguero; y entre estos

dos, en el rincón mismo, se alzaba el osario, enfrente mismo del Ayuntamiento.

Entonces, no había árboles en la plaza, ni fuentes, y bastante menos gente, pero la plaza, con su iglesia, siempre fue el centro de la vida del pueblo, el *ágora griega*, donde se reunía el personal para deliberar sobre todo: sobre el amor, sobre la cosecha, sobre los años negros de escasez, sobre los pormenores de la cofradía y de las pequeñas cosas. De todo fue testigo y es la plaza.

La plaza es el legajo donde está impresa toda la historia moderna del pueblo. Antes de construirse la iglesia a la sombra de aquella construcción antigua, que fue atalaya o torre de vigilancia, la plaza, la plaza mayor del pueblo, que nos ha dejado menos dicho, era la de Santa Ana, lugar de reuniones y de esperas de nuestros viejos ancestros.

Y esta plaza nuestra, que guarda tanta convivencia y desatino, fue ocupada por los franceses durante tres años; y no vinieron a traernos bienestar ni nuevas, sino muchas fechorías y muchos destrozos. No encontraron la llave de la iglesia, donde pensaban instalar su cuartel general, y, a cambio, arrancaron la reja de la ventana de la sacristía y se colaron por ella; hacían la guardia desde los tejados de la torre y de la iglesia, y dejaban las puertas abiertas, de par en par, y hubo que poner un guarda para controlar lo que entraba y salía; esta persona cobraba su jornal, que le pagaba la iglesia; según leemos, la soldada, en 1809, era de *"Trescientos ochenta y dos reales, pagados de jornales a un hombre que estuvo de guarda en la iglesia durante el tiempo, en que las tropas francesas tuvieron la guardia en la torre por estar las puertas abiertas todos los días; en 1810, la paga descendió a "ciento ochenta reales, pagados a un hombre, que estuvo de guarda a las puertas de la iglesia por estar abierta a causa de la guardia, que los franceses tenían en la torre; y en 1811, "ciento cincuenta reales"*.

La ricia, que prepararon en los tejados, fue enorme. Cuentan los anales: "Se emplearon 678 reales en el retejo ejecutado en los tejados de la torre y de la iglesia, incluso del osario, que quedó enteramente desarmada toda su techumbre". Se emplearon: 1.500 tejas, numerosos cuarterones, madejas de tablas de ripia, clavazón, cal... Antonio Bueno, maestro albañil, y dos peones echaron nueve días en la reparación.

Los franceses abrieron un foso alrededor de la iglesia, para no ser sorprendidos por el enemigo. La torre estuvo a punto de venirse abajo, y hubo que reforzarla debidamente. En la operación, se gastaron dos mil ciento once reales: *"coste del socalzo; que se hizo en los cimientos de la torre de la iglesia, con el motivo de la fuerte excavación, que hicieron los franceses para cerrar la plaza y estar más seguros, de forma que, con la continuación de las aguas y permanencia en los fosos, amenazaba ruina, que, para evitarla, fue indispensable fortificar los cimientos."*

Seguro que muchos de vosotros os habéis encontrado en pajares y paneras con silos subterráneos. Estos zulos se excavaban para guardar los granos de la rapiña de los franceses, que demandaban, con amenazas, trigo y legumbres, para su manutención, y cebada, para sus caballerías. Tenían atemorizada a toda la población.

Hoy, la plaza es más engolada y coqueta; quizás, menos imprescindible, porque ya no acoge el baile dominguero y festivo; ni las capeas de toros el día de la fiesta, ni los puestos de chucherías, ni el churrero a la sombra de la torre, ni las barcas balanceándose al viento, ni los muelos de melones debajo de los soportales de las *Carrolas*; ni el popular remate del espigadero ni los pregones y bandos del alguacil desde el pedestal de la Cruz, a la salida de misa mayor; ni el juego de los niños a los cartones y loterías debajo de los soportales del abuelo Constante; ni la espera a la niña de los sueños tras los oficios religiosos y a los amigos para armarla a la puerta del café; ni la

llegada del amo en busca de jornaleros para escardar las lentejas o excavar el majuelo; ni se ven la mujeres acurrucadas bajo el pañuelo a la cabeza y el mantón de color de luto... Hoy tiene más desahogo la plaza; en cambio, sigue siendo el mismo lugar de cita, de encuentro y de ocio.

## SENTADO EN EL ESTRIBO



A todos nos recrea pasar ratos del día, despertando, en nuestra memoria, retazos de nuestra vida, de nuestra historia lejana e inmediata; jugar y sonreír con nuestras judiadas, y entristecer y llorar con nuestras desgracias. Y yo no puedo ser una excepción, e incluso, quizás más atrevido, porque nadie me puede negar que la historia, desde su nacimiento, es vida y vive en el tiempo, sin que el olvido, más severo, pueda acabar con ella. Ahí está siempre en nuestro sueño, en nuestras reflexiones, en nuestras ocurrencias, en nuestras lecturas, como imagen imperecedera.

Y como es así, la historia me ha permitido pasar un rato de la tarde del domingo con mi amigo Emeterio Rodríguez; solo un rato, porque, dentro de

otro rato, va a empezar el baile, y él es el dulzainero; está sentado en la basa del estribo, que está enfrente del hospital, donde siempre se cobijaron, del frío, los tamboriteros, mientras ejercían su oficio. Emeterio hacía tiempo, esperando a su mujer, Ana Calderón, que tocaba el tamboril, y estaba en el rosario con los niños; me senté a su lado, y me dijo que me conocía de vista de un día, en que me había encontrado desempolvando unos papeles, escondidos en el fondo de un archivo.

- ¡Buena memoria tienes!

Y no es de extrañar, porque el bueno de Emeterio terminaba de cumplir los treinta y cuatro años. Mientras consumía un cacho de colilla, me fue contando cómo se hizo tamboritero y cómo le iba el oficio en esto del entretenimiento de los mozos y mozas, de padres y niños.

*"La cosa fue, porque, como sabes, soy jornalero de profesión, con dos rapaces, Ignacio y Crisanta, que piden pan todos los días, y los jornales andan muy salteados; entonces, me compré una gaita en Salamanca y, como me sobraba el tiempo, fui recogiendo e interpretando las jotás, que las abuelas solían cantar y tocar a los sones del almirez. Como está prohibido bailar "arrimao", la cosa fue más fácil para mí. Poco a poco, fui saliendo con el oficio; y como el tío Alejo iba ya para viejo, un día, un grupo de mozos se presentó en casa, y me pidió que si quería tocar en el baile de los domingos y fiestas; les toqué unas piezas y no hubo más que hacer, me hablaron de contrato y su oferta resultó una bendición: al menos, tenía asegurado el pan del año. Tocaría todos los domingos y fiestas de guardar, desde la salida del rosario, hasta el toque de oración, y la soldada sería de veinte fanegas de trigo; a esto, se sumaron después las bodas, mayordomías y el baile de las danzas, que, cada día sí y otro también, llegaban: san Antón, las Candelas, san Blas, san Gregorio, el lunes de Aguas, la Cruz, el Corpus, La Virgen...*

Le insinúe a san Roque, y me dijo que el día de la Virgen tocaba, pero el día de san Roque se hacía una procesión alrededor de la iglesia, por lo de la peste, pero que no había música, solo en el baile. *Y por todo esto, me cobraba los ciento cincuenta reales. Vivo con cierto desahogo. Como te digo, más arriba, al baile acudía todo el pueblo, y, aunque los padres daban suelta a sus hijas, las madres no les quitaban ojo, y finalizado el baile: "niña, p'alante", y los pequeños, detrás, y es que había que ser prevenidos, y seguir con la vigía, que recomendaba el cantar:*

*Las ventanas a la calle  
son un poco peligrosas,  
para los padres y madres,  
que tienen las hijas mozas.*

*Y la medida era tan restrictiva, que incluso los novios formales lo tenían crudo. "Los que estuvieren tratados de casar, con esponsales de futuro, (o sea ya amonestados), no se les permitía entrar en las casa de la novia, hasta que recibiesen el santo sacramento del matrimonio y las velaciones, (y sin las velaciones, los novios, aunque ya estuviesen casados, no podían dormir juntos: cada uno en la casa de sus padres, hasta que las recibiesen). "Cada y quien no cumplía este mandato, pagaba cuatro ducados de multa". Pero, a pesar de la prohibición, se echaba una "gatarilla" que otra.*

*Me preguntó por mi padre.*

- No lo conoces, pues nació ciento ochenta seis años después que tú.

- ¿Me tomas el pelo...?

- No, Emeterio, ocurre que tú vives en un tiempo y yo vivo en otro, pero los dos somos macoteranos, que existimos en distintos periodos de la historia, pero somos la misma historia. Yo te cuento y tú me cuentas. Me dices que

ese edificio, que tenemos enfrente, es el hospital, y nosotros lo conocemos como el Ayuntamiento.

Emeterio sigue con la palabra.

*"Como ves es el único edificio de la plaza, que tiene vivienda alta, todas las demás casas son de habitación baja. Hace muchos años un cura del pueblo, que se llamaba Juan de Pajares, fundó en Macotera un hospital para pobres y menesterosos, y para su funcionamiento dejó su casa, dos cillas y unas tierras como patrimonio, y, con sus rentas, se sostenía el hospital.*

*Entonces, las sesiones del Ayuntamiento se celebraban en la iglesia o en su pórtico, y se acordó con el cura (don Juan de Pajares) que le dejase unas oficinas en el hospital; y así fue: le concedió una habitación alta, para que celebrase las juntas, en las que se trataban las cosas pertenecientes al servicio de Dios, Nuestro Señor, y de la "res pública", y debajo de ella, un cuarto, que sirvió de cárcel para la retención de presos, y, por este uso, no pagaba renta; las demás dependencias: la cocina, el comedor las dos salas, (una para mujeres y otra, para hombres) y el corral, para el servicio del hospital. Quiero indicarte que, en ese corral, se cerraban los toros que se corrían el día de la Virgen (sólo había toros ese día).*

Le escuchaba con la boca abierta, pues yo, con la distancia del tiempo, no había oído hablar de estas cosas, y me doy cuenta de lo que ha cambiado la fisonomía de pueblo con el paso de los años. Y a él le pasó igual, cuando le enseñé las imágenes del pueblo, del año 2018.

## **LA TORRE ALMENADA DE LA IGLESIA.**



Este era el aspecto que tenía la torre de la iglesia en un principio: el de una torre almenada. No conocemos su punto de partida, porque ya hemos dicho que los libros de fábrica, que tenían que explicarnos su construcción, han desaparecido; pero tenemos su estructura acabada, su figura granítica, que nos da fe de lo que fue, y de lo que es.

Una vez finalizada la obra de cantería, hubo que llenar la iglesia de accesorios, como las tribunas, el campanario, los altares y retablos y diseñar las sepulturas para los enterramientos, la sacristía, el púlpito...

En 1552/53, carpinteros moriscos construyeron las tribunas, y, concluidas estas, prepararon la plataforma del campanario y la escalera de acceso; de la escalera para subir a las tribunas, se encargaron los canteros, así como de abrir los vanos, para colocar las campanas.



Hace tiempo, dimos con este apunte:

“Once de mayo de 1567, visitó Macotera el señor licenciado Bernardino López de Fromesta, visitador general de la ciudad de Salamanca, y ordenó al mayordomo de la iglesia que encargase hacer el maderamiento de lo alto del tejado de la torre, de buen maderamiento, tosco sin labrar ninguna cosa y se le pongan muy buenas limas rollizas, de manera que la dicha obra vaya muy

firme y, en lo alto de la torre, en lo que está abierto, se le pongan, en medio, unos miembros de buena piedra sobre que carguen las vigas, por que quede la obra más firme.

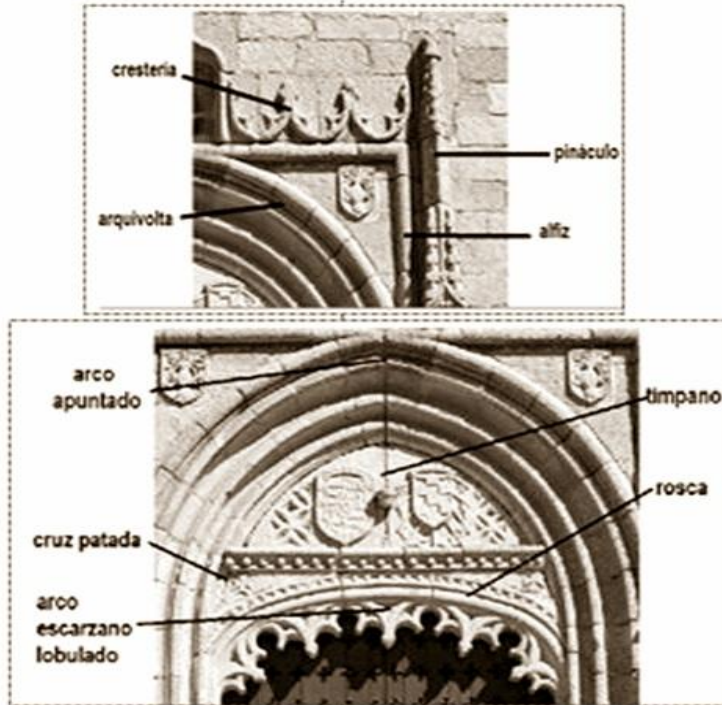
Lo cual le mando hagan y cumplan dentro de dos meses primeros siguientes, so pena de excomunión mayor y de tres mil maravedís y para reparos de la dicha obra”.

Pero ¿qué nos cuentas de la torrecilla de hierro con su veleta, que se alza sobre el tejado?

“En 1788, se gastaron 669 reales en la torrecilla para la campana que está junto al reloj: 100 reales se aplicaron para abonar el hierro que se empleó en la fabricación de dicha campana, en el eje, en las clavijas, en las coyundas y en la cadena; 82 reales se dieron al carretero que puso la cabeza de la campana, y el resto se repartió entre un carro y dos fanegas de cal, mil veinticinco ladrillos, diez jornales de los maestros y otros tantos de dos peones, tres jornales de otros dos peones por traer la arena, una mediana para el badajo y un convite para todos. (Con los ladrillos se cegaron los espacios entre almenas y se construyó la cornisa del alero).

Desde principios del siglo XIX, me encuentro, cada instante, con la familia Salinero, *Pericache*, haciendo composturas en los herrajes de las campanas, montando cerraduras, haciendo llaves, colocando picaportes, goznes y riostras, montando herraduras, aguzando azadones y rejas... Herreros de cuna con los nombres más dispares: Josep, Vicente, Jerónimo. *Pericache*. Aún siguen vivos en los clavos redondos de la puerta de la iglesia, en la cerradura, en los ejes y abrazaderas de las cabezas de las campanas. Por eso, es muy difícil morirse del todo.

## LA PORTADA SUR DE LA IGLESIA.



Esta mañana, después del paseo, no sabía qué hacer: no tenía tarea ni ganas de leer ni de entretenerme en otras cosas: lo que se dice aburrido. Me asomé a la puerta de la casa y me puse a andar sin destino, y no sé a qué, me llegué a la plaza.

Me senté en uno de los bancos que miran a la iglesia, y me dediqué a contemplar su conjunto: un monumento enorme, desde mi asiento, con muros de sillería bien labrados, dos ventanas rasgadas, estrechas, que iluminan su interior; y a los extremos, la torre, a sus pies; y, a la derecha, unos estribos, adosados, que tienen la finalidad de contrarrestar el empuje de las bóvedas de las tres capillas.

Y también, me fijé en su situación: la fachada principal mira al sur; en cambio, la trasera, más fría y fresca, mira al norte. Y también me percaté que los ábsides dan cara al oriente, y la torre y los pies del templo a occidente, posición del templo que simboliza la vida y la muerte: el origen y el fin de la vida humana.

Ensimismado en estas reflexiones, me despertó la voz de mi amigo Antonio. Tomó asiento a mi lado. Y me preguntó:

-¿Cuándo se construyó la iglesia?

-No hay papeles, pero podemos acotar unas fechas: a finales del siglo XV y la primera mitad del XVI. Las tribunas se labraron en los años 1550/1552.

Y hablamos de su estilo gótico e hispano flamenco.

-No hay que entrar dentro, nos sirve la portada, para entender por qué la iglesia luce esas características.

Observa, amigo, el arco que cobija la puerta de entrada, abierto, escarzano; si te fijas, su rosca está adornada de bolas y de él penden unas colgaduras, que imitan a arcos lobulados; encuadra el conjunto una moldura, también ornada con bolas. La presencia de las bolas es una característica peculiar del estilo hispano flamenco.

Y nos vamos a detener en el tímpano. Lo corriente es que éste esté cubierto con relieves que representan escenas de la vida de Cristo, del Juicio final...; en cambio, el de nuestra iglesia está presidido por dos escudos: el de don Fadrique Álvarez de Toledo, segundo Duque de Alba, y el de su esposa, doña Isabel de Zúñiga Pimentel, hija del Duque de Arévalo, de Plasencia y de Béjar, patrocinadores del templo. Se trata de otra peculiaridad propia del estilo hispano flamenco.

Esta parte central de la portada va encuadrada por un arco ojival con varias arquivoltas, la exterior se prolonga para formar un alfiz, coronado por una

crestería calada, cuyo centro muestra una hornacina, bajo un arco conopial, que cobija una pequeña imagen de la Virgen con el Niño.

En las enjutas de dicho alfiz, figuran dos jarrones con flores, que indican que el templo está dedicado a la Virgen. Flanquean todo el conjunto dos pilares con altos pilares calados.

El arco ojival, junto con la crestería y pináculos son elementos distintivos del estilo gótico.

Con esta imagen exterior de nuestra iglesia, nos despedimos, pues mi amigo Antonio tenía preparada la maleta.

## LA ARQUITECTURA DE LA IGLESIA



Es media tarde. Termino de ver la novela de mi amigo Pelayo y de tomar el té acostumbrado. Me pongo los zapatos y me voy a la plaza. La iglesia está abierta, y Juan, el encargado, lee un libro, mientras espera la visita de algún turista. Es la primera vez que siento, que todo el recinto con todo su arte, es para mí solo; miento, y de dos rayos de sol, que se cuelan por la ventana y se sientan ora en el respaldo de un banco, ora, en el suelo: juegan como dos chiquillos a sentarse y a tumbarse, pues nadie les llama la atención.

Mi intención primera fue subir a la tribuna, para disfrutar de una panorámica más amplia del templo, pero la puerta estaba cerrada y me advirtió mi conciencia del “propósito de enmienda”, que hice, de no volver a subirme a una escalera. Y deduje que podía colocarme en cualquier punto de la iglesia, porque, desde él, podía contemplar todo su interior con su majestuosidad, y

sin ningún obstáculo que me lo impidiese. Y es una cualidad de la que dispone nuestra iglesia, y no nos hemos dado cuenta. Pruébalo y te convencerás. Y la explicación está en que se trata de un recinto, que se dice de planta de salón, que te permite ver el altar y su culto desde cualquier rincón de la iglesia u otro elemento. Y esta característica de nuestra iglesia se debe a la singularidad de que dos arcos escarzanos, desiguales y muy atrevidos, dividen la iglesia en tres naves sin necesidad de utilizar columnas y pilares, en los que apoyarse: una verdadera obra de arquitectura, que asombra a propios y extraños, y aún más, cuando se les informa de la longitud de cada uno: 21,50 metros, el próximo a la entrada principal; y 20,50, el de la trasera, y se apoyan en las pilastras, que separan las tres capillas, en la cabecera; y, en las que limitan los tres tramos de la tribuna, a los pies, y, además, caminan adornados con las características bolas hispano flamencas, que, igualmente, se repiten en la cornisa por la parte superior del arco.

Y seguimos la lección de su estructura, y dirigimos nuestra vista hacia adelante, y nos tropezamos con las tres capillas: la Mayor, profunda, que da entrada un arco escarzano, que recibe el nombre de Toral, ornado con bolas, y se apoya en dos grandes columnas adosadas, con basa alta y lisa, fuste y capitel; y rematada, en su parte exterior, por un ábside semicircular, reforzado con dos estribos laterales, que contrarrestan el empuje de su bóveda de crucería y terceletes, en cuya clave, figura el escudo del Duque.

La capilla del Cristo de los Misereres, introducida por un arco algo apuntado, abrazada por un ábside también semicircular, poco profundo, y fortalecido por estribo, y cubierta por bóveda también de crucería. (El espacio comprendido entre los dos ábsides y sus estribos fue aprovechado para construir la sacristía nueva).

A la capilla de Nuestra Señora del Rosario, le da entrada un arco escarzado, apoyado en repisas, con su ábside semicircular, que abraza el retablo de la Virgen, bajo bóveda de crucería, propia del estilo gótico.

Con estas pinceladas, queremos certificar que nuestra iglesia, en lo concerniente a su arquitectura, es un edificio de estilo gótico (arco apuntado u ojival y bóvedas de crucería) y hispano flamenco, con la decoración de sus arcos escarzanos mediante las bolas, típicas de este estilo.

Van a tocar a misa. Me levanto y, con paso lento y la mirada prendida en los grutescos de la viga de la tribuna, me prometí volver otro día.

## MIRAR PARA ATRÁS NO ES PECADO



Desde que construyeron la tribuna de la iglesia de Macotera, a mediados del siglo XVI, mirar para atrás en la iglesia ya no es pecado. Desde ese momento, los macoteranos podemos gozar de este privilegio, y, desde ese momento, nadie nos puede impedir contemplar la joya más preciosa y artística que tenemos en Macotera, sin mermar la importancia de otras.

Quiero decirte que esta obra maravillosa tardó en esculpirse dos años: 1550 a 1552; y trabajaron, en ella, entalladores musulmanes, y renacentistas, dirigidos por los maestros, Pedro Sánchez, Juan de Carmona y Sebastián García; y un tornero, que hizo las rejas de la balaustrada de la tribuna, por encargo de los maestros, y cobró, por su trabajo, mil ciento cuatro maravedís; los tres artistas percibieron setenta y un mil novecientos sesenta y dos maravedís; en madera gruesa para labrar las vigas y en menuda, se

emplearon diecinueve mil cuatrocientos cincuenta y seis maravedís y, en clavazón, nueve mil once maravedís y medio.

Aunque el artesonado resulte una obra magnífica de la carpintería morisca, es superado por la armadura holladera, que cubre el techo del bajocoro. Está todo entallado y henchido de lacerías, que forman caprichosas estrellas y pentágonos entrelazados; el centro de cada dibujo lo ocupa una gran flor.

Distribuidos en el tramo del bajo coro de la nave de la derecha, figuran cinco racimos de mocárabes (motivos decorativos que penden del techo): los cuatro de los lados, octogonales; y el del centro estrellado.

El tramo correspondiente a la nave central, muestra ocho racimos de mocárabes: dos estrellados y el resto, octogonales. Todo conserva el color negruzco de la madera, oscurecida ésta por los años y por el humo de los cirios; pero esta maravilla se completa con el detalle de la cornisa renacentista y la magnífica decoración de la viga.

Toda la viga es un desordenado desfile, en el que participa la más compleja variedad de seres naturales, humanos y espirituales: jarrones, tabernáculos, máscaras, cabezas de serafines alados, una calavera alada, una cabeza de toro, jarrones de los que salen figuras humanas, un medallón con una cabeza de carnero, niños a caballo o en carros, escudos, medallones con los bustos de san Pedro y san Pablo: en las esquinas: los bustos de David y de Moisés. En el tramo central, en su mitad, aparecen dos tenantes, sujetando el escudo de la Virgen del Castillo, compuesto por un jarrón de azucenas y un castillo, Patrona del templo parroquial;

En el friso, hay una serie de cabezas de serafines alados, que se miran, alternativamente, y, sobre ellos, pende una hermosa cornisa de mocárabes, sobre los que descansa la viga que ensambla la balaustrada.

Ya tenemos dispuesta la tribuna, y hay que hacer una escalera buena para subir a ella; se construyó una de madera, pero se vio que no ofrecía mucha

seguridad, y, al año siguiente, se toma el acuerdo de hacer dos escaleras de cantería, una pequeña y otra grande, por lo que el mayordomo de la iglesia se conecta con un cantero, de buen oficio; pero, previamente, el mayordomo y el cantero, (Miguel de Yscano), deben parescer ante el visitador diocesano antes de firmar el contrato. Inició la obra de Navidad para delante de 1553. Según la carta de pago, Miguel de Yscano recibió, por la obra, nueve mil quinientos e diez e nueve maravedís.

Finalizada la obra de la tribuna, los dos tramos laterales se reservan para que sean ocupados por los mozos y casados durante los cultos; y el central, exclusivamente, para los cantores de la misa y oficios divinos.

El 14 del mes de abril de 1556, cuatro años después de la finalización de la tribuna, la iglesia carecía de órgano; y, entonces, el alcalde y regidores, aprovechando la presencia del señor Visitador, le piden un buen órgano para la iglesia, "por ser el pueblo muy crescido". Al representante del Obispo, le parece bien y manda al mayordomo que vaya a Salamanca para dar a hacer el dicho órgano,

"que sea grande y bueno, y que llegue a duscientos ducados, y se faga el contrato ante el señor Visitador, por que la iglesia no sea engañada". (Un ducado equivalía a 375 maravedís u once reales).

Se encargó a Francisco Criado, organista de Salamanca. Se le dio un adelanto de cinco mil seiscientos ochenta maravedís; pero el coste total ascendió a setenta y nueve mil setecientos noventa y ocho. Ya funcionaba el 26 de mayo de 1557.

## EL RELOJ DE LA TORRE YA NO DA LA HORA



Me decía un curioso que el reloj de la torre parece ser el ojo izquierdo de la torre; yo le dije que no exagerara tanto, pues el reloj de la torre estaba demasiado pegado a la cresta del tejado para ser un ojo, que aquello era un reloj puesto adrede para ordenar y decir a la gente lo que tenía que hacer en cada instante: cuando tenía que levantarse y acostarse; cuando tenía que echar el ganado y encender la lumbre; cuando había que uncir la yunta o

cargar las sacas de lana; cuando se tenía que rezar y alzar la gorra para el ángelus; cuando teníamos que ir los niños a la escuela o a la catequesis; echar la partida de cartas y cuando se debía ir a ver la novia...Vamos que el reloj marcaba los tiempos de la vida toda del pueblo. Y todos éramos fieles y sumisos al reloj, porque el reloj siempre tenía razón; el reloj mandaba mucho más que el alcalde y el cura, porque era el administrador del tiempo, y, sobre el tiempo, no mandaba nadie más que el reloj y sus destinos. El reloj era como la fe, la luz que guía nuestras almas y nuestras tareas diarias. El sereno, entonces, era su eco fiel.

Hoy también hay un reloj en la espadaña del Ayuntamiento, pero este artificio no tiene ni mucho menos la autoridad, que tenía el que permanece empañado por el óxido del tiempo en la torre; ese reloj, que podía ser el senador del pueblo, el consejero de los que mandan y de los que obedecen, ha quedado ahí olvidado y sin "miramientos", como le ha ocurrido a muchas cosas que se destiñen en un rincón del sobrao o se diluyen, por el desuso, en la saliva de la intemperie.

Ahí permanece como un testigo de lo antiguo, como un residuo de lo que fue una época floreciente del pueblo; cuando Macotera lucía ingenio y prestancia en sus correrías por el mundo en busca de su pan, revestido con la blusa de tratante, con el mono del lanero, con la manta y el legón de obrero y con el trapo y la albarca de labrador... y por qué no decirlo, de quienes decidieron vestir la sotana y la toca de convento, y de quienes tomaron la aventura de salir en busca de futuros dentro la oscuridad de lo desconocido (aguas allá). Y de todo esto fue testigo el reloj de la torre, hoy callado y ensimismado en el lamento.

Yo no sé por qué, pero las cosas empezaron a cambiar, desde que el reloj de la torre se paró a las dos menos veinticinco, no sé si de la noche o del día. Es lo mismo.

Desde ese día, hay menos bautizos y más entierros, ¿por qué será?

Desde ese día, los tratantes y los laneros se fueron diluyendo y enredando en otras cosas; los obreros se hicieron emigrantes; los labradores colgaron el arado y la barcina y se mecanizaron, y los sobrantes también probaron otros andurriales más provechosos; la torre, también, empezó a echar de menos el flamear de la bandera blanca del misacantano...

¿Por qué será? El reloj de la torre tampoco lo sabe. Quizás Macotera también se esté parando,

lentamente, a las dos menos veinticinco, no sé si de la noche o del día.

¿Dónde estará el relojero?

## LAS CAMPANAS DE LA TORRE

Desde pequeño, no había vuelto a subir al campanario. De pequeño, saltaba los peldaños de la torre de dos en dos; ahora, lo he hecho de uno y en uno, y me ha costado. Son muchos años, y no sé si una persona a mi edad, se ha atrevido a ascender tan alto. Tenía compañía y esto te da confianza para cumplir un desafío, que tenía, de estudiar la historia de las campanas de nuestro campanario, pues la historia de una campana se muestra en ella misma.

Las campanas formaban parte indispensable en la vida del pueblo. Eran el único medio de comunicación y convocatoria que existía. Se desconoce el origen de las campanas; al principio, se las nombraba con el término “signum” (señal). La primera vez, que se utiliza el nombre de campana es el siglo VI, en Italia, y en los primeros lugares, donde se emplean, es en los monasterios, los monjes las usaban para convocar a los hermanos a los actos comunes de la comunidad. Se mencionan cinco clases de campanas: **esquila**, la que se empleaba para llamar al refectorio (comedor); **címbalo**, para citarse en el claustro; **nola**, para juntarse en el coro para el rezo; **nolula**, la del reloj, y “signum”, la que está en la torre o atalaya, para avisar a los fieles del comienzo de los oficios divinos.

El Papa Sabiniano (604/606) ordenó que se colocasen campanas en todas las iglesias, que tocaran siempre que el clero fuese a cantar en el coro los oficios divinos, y que se hiciese lo mismo en las misas solemnes y en las procesiones de las distintas festividades sagradas. A partir del Concilio de Trento, es cuando más se va a notar la necesidad de ellas, y, por lo tanto, el desarrollo de su fabricación. Se puede afirmar que, a finales del siglo XV y, sobre todo, en el siglo XVI, es el momento dorado de la artesanía de las campanas. No podemos obviar su epigrafía, que, a través del contenido de

las inscripciones, podemos conocer el nombre de las personas, que encargaron su fabricación, el de los fundidores, la advocación religiosa a quien fue destinada la campana, la fecha de su hechura y la firma del fundidor.

Cada campana tiene un sonido diferente, según la nota de la escala musical, elegida a la hora de fundirla. En el sonido, intervienen varios elementos: el metal, el grosor y el peso. El 80% del sonido depende del peso de la campana, y el 10% de la forma de la fundición. No se debe tolerar más del 1% de plomo en la aleación, ya que el exceso de este metal afecta, gravemente, a la sonoridad. Para conseguir una campana con la nota “sol”, se necesita una campana de 6.800 kilos, y 2,15 metros de diámetro, si la falda es gruesa; sin embargo, si la falda es fina, será suficiente una de 4.270 kilos y 1,96 metros de diámetro.

### **LAS UNIDADES DE PESOS DE LAS CAMPANAS:**

El quintal, que equivale a 10 docenas; la docena, a 12 libras; la libra, en Castilla, a 16 onzas. La arroba equivale a 36 libras.

La aleación debe seguir la proporción de 78% de cobre y el 22% de estaño. Las mermas se fijan en el 3% del metal fundido.

La finalidad de la campana era convocar a los monjes y a los fieles a los oficios divinos y espantar a los demonios; también tenían un uso civil, convocar a concejo, ahuyentar los nublados, avisar de los peligros y calamidades, fuegos, toro suelto...

## **PARTES DE UNA CAMPANA:**

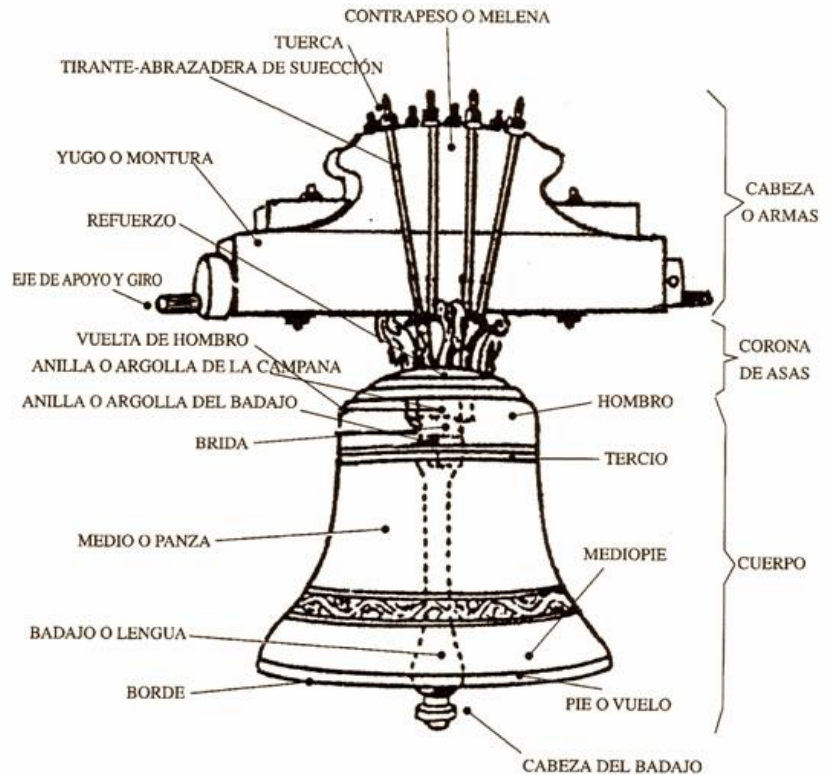


Fig. 2.- Elementos estructurales de una campana.

La falda, corresponde al cuerpo de la campana, que es más gruesa en la parte inferior, donde golpea el badajo.

El borde, se llama también vuelo; la parte central de la campana, meseta, donde se suelen colocar las inscripciones.

La parte superior, corona, es por donde se sujeta al yugo. Este suele ser de madera y se sujeta la campana a él mediante unos tirantes de hierro. En su interior, existe un anillón, al que se sujeta el badajo con correas de cuero. El peso del badajo ha de ser el 3,5 % del de la campana, y se fabrica de hierro, casi siempre termina en forma de pera.

El toque es la voz de la campana; varía en función de su llamada, del pueblo y lugar donde se realiza, y de la mano y sentimiento del campanero. Varía la sonoridad, según la forma de tocarla, bien sea a mano, con cuerda, repicando, volteando o a golpe de badajo. También varía según su hechura y forma; de la climatología: la nieve y el hielo hacen el sonido más corto; la lluvia, mayor lejanía y el viento, lo atrae o lo aleja, según su dirección.

### **TOQUE MÁS SIGNIFICATIVOS:**

Repicar, cuando las campanas se tocan regularmente, se realiza desde el campanario, y es un toque repetido con un mismo ritmo.

Banderar, consiste en golpear con el badajo dos puntos opuestos del borde de la campana, moviendo esta sin que dé vuelta.

Voltear o a vuelo, se hace girando la campana, totalmente, sobre su eje.

Doblar, se realiza con dos campanas.

A fuego, o arrebato es un sonido rápido y ligero, para anunciar de la necesidad de que el pueblo acudiera para ayudar.

A muerto, el toque se realiza de forma cadenciosa y como doliente.

Clamor, se hace con golpes alternos con el badajo de dos campanas; primero, lentamente, aumentando el ritmo para terminar en un repique largo y rápido.

A nublado, buscaba no solo la intervención del cielo, sino que existía la creencia de que los golpes del badajo rompían las nubes, que traían el granizo.

**LA FUNDICIÓN DE UNA CAMPANA** se hacía de forma artesanal desde la preparación del horno, moldes..., hasta el final. El fundidor era itinerante, y se hacía, por lo general, a pie de la iglesia. Los artífices llevaban

sus medidas en tablas, que cuidaban, celosamente, para no ser copiadas por la competencia.

La hechura de una campana era una obra, en la que participaban verdaderos especialistas en varias profesiones; además, de conocer el tipo de aleación, peso y volumen del artefacto, debían tener conocimientos suficientes en música para dar la nota deseada, que tiene que emitir la campana en su sonido; además, preciso calcular la resistencia de la torre, donde serían colocadas, así como la apertura de los vanos, para que permitan la mejor difusión del sonido. El periodo de preparación de todos los enseres solían durar 20 días.

Había que elegir el lugar idóneo para la fundición, casi siempre a pie de torre; se practicaba una excavación para colocar el molde de la futura campana, con altura; a su lado, el horno, protegido de posibles lluvias; reunir el material preciso para el trabajo, buscar ayudantes para su ejecución.

### **LA CAMPANA CONLLEVA UNA SIMBOLOGÍA RELIGIOSA:**

la voz de Dios, que llama a todos a la oración; la dureza del metal, la fortaleza ante las debilidades; el yugo, la Cruz y la soga, la humildad.

**LAS CAMPANAS DE LA TORRE** fueron fundidas en la primera mitad del siglo XX. Apenas sobrepasan el siglo, por lo que son muy cercanas. Tomar sus medidas y analizar sus características resulta complicado, porque se encuentran encasilladas por una doble protección metálica, que las preservar de la acción de los excrementos de las palomas. A pesar de esta limitación, hemos podido conseguir los datos del párroco, que la encargó, el nombre de su fundidor, fecha, y advocación.

### **LA CAMPANA DEL SEÑOR**



Se encuentra en el primer vano de la derecha del campanario, aledaño a la subida del acceso. Su diámetro mide 90 centímetros, aproximadamente; su peso es de 422 kilos y su badajo de hierro, de 14. Su yugo y melena son de madera. Su forma es troncocónica, formada por una pared lateral cóncava al exterior, y convexa en el interior, va cerrada, por arriba, por una bóveda, que actúa como cámara de resonancia de las vibraciones, que producen las paredes como consecuencia del golpe de su badajo en ellas. Es una campana del tipo romano, que se caracteriza por tener anchos hombros. No podemos definir su altura, por la malla metálica, que la protege de la presencia de las palomas.

La campana, en su parte superior, porta unos refuerzos, argollas, en las que se enganchan los tirantes o abrazaderas, que la amarran al yugo y melena, y se los sella arriba por medio de tuercas.

El badajo o lengua pende de una anilla o argolla, fijado a ella por una brida o correa de cuero; termina en forma de pera, y muestra un orificio, donde se ajusta la cuerda, que facilita su manejo en el toque. Del extremo izquierdo del yugo, arranca un brazo de madera, al que se sujetaba una cadena y sogas, que servía para voltear la campana.

En el tercio y en el medio pie, dispone de una decoración circular, que se denomina cordones,

y que enmarcan las siguientes inscripción:

“ SIENDO PÁRROCO D. FELICIANO BERMEJO TORIBIO, ME  
FUNDIERON MANUEL BALLESTEROS E HIJOS AÑO DE 1913”

Esta campana fue fundida en Rubayo (Santander), ayuntamiento de Marina de Cuyedo, donde tenía su taller Manuel Ballesteros Lastra e Hijos, en 1913. Se da la curiosidad, de que Manuel Ballesteros Lastra, es el abuelo del

golfista, Severiano Ballesteros

El toque de campana se verifica por medio de un motor, que impulsa un badajo supletorio, electrificación que llevó a cabo la empresa Gabriel Rivera de Montehermoso (Cáceres). Se toca para los diversos repiques junto con las otras campanas.

El no consta advocación alguna; en cambio, el pueblo la identifica como la campana del Señor.

### **CAMPANA DE “A FUEGO”**



A esta segunda campana, el pueblo la ha bautizado como la de fuego. Está

enjaulada, como todas sus compañeras, para eludir la acción de las palomas. Esta campana tiene las mismas características, que la del Señor, con un diámetro un poco mayor de 95 centímetros, su peso es de 496 Kilogramos, y el de su badajo, de 17.

También circundan su tercio y medio pie un doble cordón, que encuadra la siguiente inscripción:

“SIENDO PÁRROCO D. ÁNGEL TABERNERO BAUTISTA. ME FUNDIÓ JOSÉ CABRILLO AÑO DE 1936”.

La campana fue fundida en el taller familiar de José Cabrillo, sito en el Camino de las Aguas de Salamanca en 1936. Este taller mantuvo su actividad hasta 1975, que cerró sus puertas.

La campana muestra, en el lateral derecho del “medio pie”, la grabación del escudo de España con el toisón.

### **ESQUILÓN DERECHO**

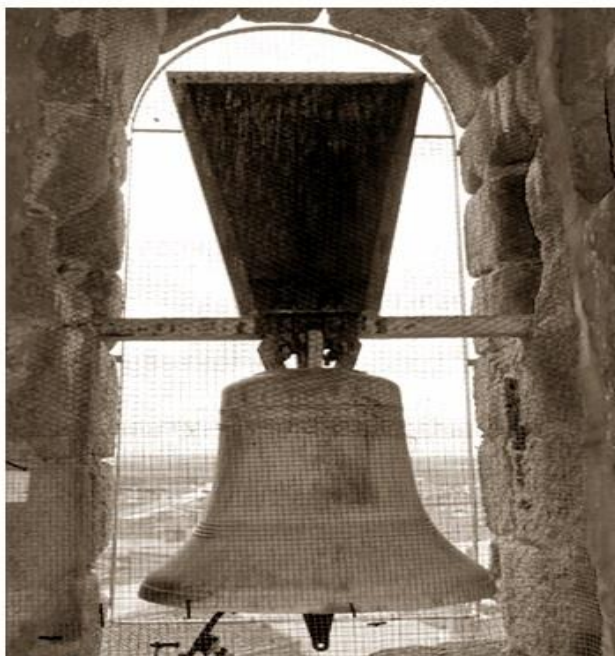
Esta campana, atrompetada, esbelta, estilizada, recibe el nombre de esquilón. Su hombro es de una notable estrechez, frente al de las dos campanas anteriores de anchos hombros y perfil semejante a un troncocónico, del tipo romano. Su sonido es grave sin llegar a la estridencia de las campanas más gruesas. No podemos dar datos de ella, de quien la encargó ni de su fundidor, porque no muestra inscripción alguna, aunque hoy no se encuentra grabada la inscripción, si estuvo presente en la campana que le precedió. Sí observamos, en su medio pie, (en su frontal) una Cruz de calvario con pedestal.

En su tercio y en su medio pie, destaca una decoración circular, denominada cordones, cordones que sirven para encuadrar la inscripción, que recoge cada campana; en este caso, ante la ausencia de aquella, enmarca una Cruz de calvario.

Su yugo y melena de hierro han reemplazado a los de madera, dañados por la acción erosiva de la climatología.

Su diámetro, aproximado, es 60 centímetros y su peso, de 125 Kgs, y el de su badajo, 4 Kgs.

### **ESQUILÓN IZQUIERDO**



Parece gemela de la anterior, probablemente, fueron fundidas por el mismo artífice. Su diámetro de 55 centímetros, pero no es fiable, por la dificultad que tuvimos para medirlo; por lo que nos atrevemos, por su afinidad, considerar que tienen la misma medida y peso, que la anterior, o sea, 60 centímetros de diámetro y 125 Kgs de peso.

Este esquilón está dedicado a “JHS NAZARENUS REX JUDEORUM”. En

su tercio y medio pie, muestra una decoración circular con motivos geométricos, entre la que se encierra la siguiente inscripción:

“·SIENDO PÁRROCO D. FELICIANO BERMEJO TORIBIO. ME  
FUNDIERON MANUEL BALLESTEROS LASTRA E HIJOS AÑO 1911”

Esta familia de fundidores cántabros es natural de Meruelo. En su taller, fundieron campanas para varias iglesias, de Aragón y Castilla y León. Hay ejemplares de esta empresa en la iglesia de Pedraza de Álba y Anaya de Alaba. La campara de Pedraza se fundió en 1894 y La de Anaya, en 1903.

## **PASCUALEJAS**



También su yugo y melena son de hierro. Por el tamaño, no son iguales. La de la izquierda tiene de un diámetro de 25 centímetros y un peso de 9 Kgs, y la más pequeña, de 20 centímetKgs de peso. Su badajos, muy manejables, 31 gramos y 14.

La mayor está dedicada a JHS, y la más pequeña, a Jesús, José y María, la sagrada familia.

Fueron fundidas por Gabriel Rivera, de Montehermoso (Cáceres), en 2004. Esta empresa ha fabricado varias piezas en la comarca de Alba de Tormes, y ha realizado la mayor parte de la electrificación de las campanas. Su sello está formado por círculos concéntricos, recogiendo, en su interior, el “Ave Fénix”, rodeado por la leyenda: “Fundación Gabriel Rivera, Montehermoso (Cáceres”)

Esta empresa ha llevado a cabo la electrificación del toque de las campanas, que se acciona desde la sacristía, así como, la campana de la Virgen de la Encina.

El derecho de propiedad de las campanas corresponde a la Iglesia, aunque el Ayuntamiento posee un cierto derecho de uso; se debe este a que el municipio costeaba una parte importante de los gastos de su fabricación.

## **CAMPANAS DE AYER**

Antiguamente, los maestros fundidores no solían dejar la impronta de su nombre, grabada en la campana; para conocer a sus artífices, hemos tenido que acudir a los archivos parroquiales y analizar los contratos, que se extendían entre el mayordomo de la iglesia y el fundidor. A principios de siglos XIX, se inicia la costumbre de grabar el sello del fundidor en la pieza. Como observáis nuestras campanas pertenecen a tiempos, relativamente, cercanos: se fabricaron en la primera mitad del XX; pero gracias al archivo

parroquial conocemos la historia de las campanas de nuestro campanario y de sus ermitas.

La primera referencia documentada data de 1569, fecha en que se contrata una campana para la espadaña de la ermita de la Virgen de la Encina. El contrato dice así:

*“En Salamanca a 23 de abril de 1569 años, en presencia de my Gerónimo Cornejo, escriuano público del número della, pareció presente Juan Martín, vecino de Macotera, tierra de Alba, como mayordomo que soy de la ermita de Nuestra Señora de dicho lugar, que hizo un contrato con Domingo del Campo, de principal, e **Ventura Pinto** fundidor, vecinos de esta ciudad, sobre una campana que les dio facer para la dicha ermita e agora el dicho **Ventura Pinto** a les entregado dicha campaña e por ver el contrato que entre ellos fue hecho.... E por parezer por vello e porque el dicho Juan Martín no es de esta ciudad e por tener priesa, dize que se da por contento de la dicha campana que la tiene resçibi del dicho **Ventura Pinto**, la qual dize que pesa çiento e cinquenta e tres libras, la cual es resçibida conforme al dicho contrato e a las condiciones del, e se obliga.”*

Este documento nos da a conocer el fundidor que fabricó dicha campana, Ventura Pinto. A la vez, otro escribano, distinto al que formuló el acuerdo entre las dos partes, tenía que comprobar su ejecución y darle el visto bueno, en este caso, el escribano público, Jerónimo Cornejo.

Otra dato documental de las campanas, nos lo refleja ” El libro de lugares y aldeas del Obispado de Salamanca, años 1604 – 1629:

*Tiene una iglesia parroquial de Santa María del Castillo, muy graciosa y de muy buena traza, con arcos prolongados sin postes, con los cuales se hacen tres naves muy buenas. Tiene una buena tribuna y órgano, **su torre de campanas** y su reloj muy bien tratado; el edificio de la iglesia es muy fuerte y muy de provecho.*

Y, a lo largo de la historia, los libros de fábrica de la iglesia, nos proporcionan noticias muy escuetas sobre las campanas, como que “en 1764, se puso un esquilón en la torre, que costó 623 reales. Sin más.

“En 1788, se gastaron 669 reales en la torrecilla para la campana que está junto al reloj: 100 reales se aplicaron para abonar el hierro que se empleó en la fabricación de dicha campana, en el eje, en las clavijas, en las coyundas y en la cadena; 82 reales se dieron al carretero que puso la cabeza de la campana, y el resto se repartió entre un carro y dos fanegas de cal, mil veinticinco ladrillos, diez jornales de los maestros y otros tantos de dos peones, tres jornales de otros dos peones por traer la arena, una mediana para el badajo y un convite para todos.

Fue en 1826, cuando nos detalla la fabricación y colocación de una campana mayor, de 1081 Kgs de peso.

Esta campana se subió el año 1826. Importó 9.985 reales: 8.982 correspondieron al campanero que la fundió; 390, a Vicente Salinero por los herrajes; 260, a los carreteros por la compostura de la cabeza, badajo y coyunda; los 353 restantes se gastaron en madera, maromas para subirla y en picar la campanera. Pesa 94 arrobas y cuatro libras En 1863, se fundió, de nuevo, en Calvarrasa de Arriba por Francisco Hernández, campanero.

Una anécdota de esta campana:

“Nos vimos *moraos* para mover el badajo de la campana grande. Nos aplanaba su fuerza y su sonido ahuyentaba palomas y gavieluches, y casi nos partía el timpano. Esa campana grande pesa noventa y cuuatro arrobas y cuatro libras y para subirla se necesitó una gran polea y unas maromas enormes. Está ahí desde el 27 de junio de 1826”.

En 1851, el Obispo cedió los terrenos al Ayuntamiento, porque la ermita se encontraba completamente arruinada, sin puertas e inservible para el culto,

para que construyese unas escuelas; la imagen de la Santa se trasladó a la iglesia, y se colocó sobre el altar del Rosario;

**y se levantó, en el tejado de la iglesia, una espadaña de ladrillo para colocar su campana, que nos convoca a misa y otros cultos.**

Desde principios del siglo XIX, me encuentro, cada instante, con la familia Salinero, *Pericache*, haciendo composturas en los herrajes de las campanas, montando cerraduras, haciendo llaves, colocando picaportes, goznes y riostras, montando herraduras, aguzando azadones y rejas... Herreros de cuna con los nombres más dispares: Josep, Vicente, Jerónimo. *Pericache*. Aún siguen vivos en los clavos redondos de la puerta de la iglesia, en la cerradura, en los ejes y abrazaderas de las cabezas de las campanas. Por eso, es muy difícil morirse del todo.

## LA CAJA RURAL.



Nadie discute que la Cooperativa de Crédito es una entidad en Macotera. Nos atrevemos a decir que es la iniciativa, de las muchas que se han llevado a cabo en el pueblo, de mayor trascendencia e incidencia en el desarrollo económico y social del pueblo. Estábamos en deuda con ella y, en varias ocasiones, hemos hecho intentos de hacerle el homenaje y el reconocimiento que, en justicia, se merece. Si cabe alguna justificación a tanta demora, podemos aducir que no hemos dispuesto, hasta el presente, con

documentación suficiente sobre su creación y gestión a lo largo de sus ciento cinco años de vida.

Un día cayó en nuestras manos “La memoria de la Caja Rural, cooperativa de Crédito del año 1967”, en la que Alfonso Bueno Zaballos, su tesorero, en el preámbulo de la misma, realiza una detallada exposición de los inicios de la Caja y del gran servicio que esta viene desarrollando a favor de sus socios y del pueblo.

Alfonso abre su trabajo, presentando la situación socio - económica de la localidad a principios del siglo XX:

*“A principios de siglo, en nuestra villa, al igual que en otras localidades agrícolas, en que más del 90% de sus habitantes vivían del trabajo de la tierra, la inmensa mayoría de ellos estaba compuesta de pequeños propietarios, que vivían de su ininterrumpido y honrado trabajo, ya que apenas sabían lo que era el descanso. El trabajo era manual y rudimentario, desconociendo por completo toda clase de maquinaria agrícola. Todos vivían pobremente y una gran parte carecían hasta de lo necesario para vivir. Si intentaban ahorrar algún dinero, tenían que privarse de comer y de vestir. Al vender sus productos eran, con frecuencia, engañados por compradores que venían de fuera, siendo siempre ellos los que imponían el precio. Cuando compraban abonos minerales, era frecuente recibirlos falsificados;. hay más todavía, la usura se cebaba en los que necesitaban préstamos para cubrir sus muchas necesidades, teniendo que pagar un elevadísimo interés, que oscilaba entre un 10 y un 20 por ciento, lo que lejos de resolverles la situación, se la agravaban aún más. Los pagos tenía que efectuarlos al recoger sus productos y, es entonces cuando se ven obligados a malvender sus productos necesariamente, porque el usurero exige.*

*Como vemos, el agricultor estaba totalmente indefenso, cebándose sobre él toda clase de abusos, lo que creaba un ambiente de desesperación y desconfianza.*

*Entonces, no se conocía existiera amparo ni ayuda Estatal, ni tampoco empresa particular, que tratara de ayudar al agricultor. Era, pues, necesario y urgente buscar remedio a tanto mal, y el único camino para ello era la unión de todos los que sufren, con coraje y decisión, pero desechando antes el propio egoísmo, que tan funestas consecuencias acarrear al bien común”.*

Antes esta situación, el 26 de marzo de 1908, 124 labradores se reúnen y toman el acuerdo que constituir un Sindicato Agrícola Católico en esta villa, y se obligan a formalizar el acuerdo mediante documento público. El día 7 de junio del mismo año, el Gobernador Civil de la provincia aprueba los estatutos, cuyos objetivos son:

1º. La adquisición de abonos, semillas, aperos, máquinas y demás elementos de la producción, y el fomento agrícola y pecuario; arrendamiento de pastos y rastrojeras y demás aprovechamientos.

2º. La creación, dentro de la Sociedad, de una **Caja Rural** para el desarrollo del Crédito Agrícola y sostenimiento del Sindicato. Cuando la Junta Directiva lo estime conveniente. El Sindicato podrá extender su acción a los fines que mejor respondan a las exigencias locales entre los señalados por la Ley de 28 de febrero de 1906”.

De esta forma se pone en marcha, el Sindicato Agrícola Católico (hoy Cooperativa Agrícola de “San Isidro”).

## **FUNDACIÓN DE LA CAJA RURAL AGRÍCOLA**

Aunque los estatutos del Sindicato recogían entre sus objetivos la creación de la Caja Rural, pasaron veinte años hasta que, por fin, se decidiera fundar la anhelada Entidad de Crédito. Se toma el acuerdo en la reunión celebrada el día 1 de diciembre de 1928 e integraban la Junta Rectora del Sindicato:

**Don Pedro Losada Sánchez**, presidente; **don Juan Francisco Blázquez Bueno**, secretario; **don Pedro Bueno Jiménez**, tesorero; y los vocales: **don Gabriel Bueno Jiménez**, **don Roque Bautista Zaballos**, **don Antonio Flores Zaballos**, **don Gabriel Sánchez Jiménez** y **don Francisco Bautista López**; **don Ángel Tabernero Bautista**, consiliario.

A los impositores, se les abonaba el interés anual del 4 por ciento, y, a los prestatarios, se les cobraba el 6 por ciento anual. En un principio, se abren 23 libretas de ahorro con una cantidad global de 27.825 pesetas, y los primeros préstamos concedidos ascienden a 17.700 pesetas.

Los socios todos se congratulan, así como los impositores, porque ya no tienen que desplazarse a otras localidades para depositar sus ahorros y solicitar un préstamo

Durante los primeros años, predominaron los créditos sobre las imposiciones; este desfase lo cubría la Caja Central de Ahorros y Préstamos de Salamanca (hoy Caja Rural Provincial), mediante préstamos que ésta concedía a la Caja de Macotera. Pasados unos años, las imposiciones superaron las necesidades y ya no se precisa la ayuda de la Caja Central de Salamanca y se comienza a obtener beneficios, que permiten la formación de los Fondos de Reserva Forzosa, de Reserva Voluntaria, de Obras Sociales y de Riesgos de insolvencia.

Los Fondos de Obras Sociales se traducen en la concesión de becas a algunos estudiantes, en aportaciones para la construcción del Monumento al Sagrado Corazón, para la ampliación del cementerio, para el paro estacional

obrero, para las obras de la Iglesia, para la construcción de una celda en el Seminario Diocesano de Salamanca, para subvencionar cursillos de confección y cultura religiosa... En 1967, costeó todos los gastos de las obras de instalación del taller mecánico, que, posteriormente, se destinaría a la reparación de toda clase de maquinaria agrícola propiedad de sus componentes; tiene alquilado al Taller de Confección unos locales por una renta simbólica; colabora en las fiestas de San Roque con el Ayuntamiento y en algunas actividades del Hogar de la Tercera Edad; así mismo, entrega una cesta de Navidad a las personas mayores, que perciben su pensión a través de la Caja y organiza una excursión anual entre los socios.

Atiende permanentemente a sus socios, concediéndoles préstamos para sus necesidades, tales como compra de fincas, adquisición de maquinaria, compra de casas, fincas de regadío...a módico interés y a largo plazo. La concesión del préstamo se hace por el plazo de un año, al finalizar éste, se renueva y así hasta que, quien lo recibe, lo va liquidando según se lo permiten sus posibilidades; y otorga préstamos preferentes a la Cooperativa de San Isidro y a la Sección de Cereales Cooperativa Macotera.

Otro servicio que prestó la Caja Rural, a partir de 1950, fue el pago de los contratos del Servicio Nacional del Trigo. Se les adelantaba el dinero y no se les hacía ningún descuento por la operación.

La Caja Rural también estuvo al lado de los socios emigrantes. A muchos de ellos, les concedió préstamos para que pudieran comprar su casa o el traspaso de algún pequeño negocio, que, poco a poco, iban liquidando. Una vez reintegrado el crédito, abrían una libreta de ahorros para ir depositando sus sobrantes que, con tanto trabajo y sacrificio, van acumulando.

En la Memoria de 1967, 38 años después de su fundación, las 27.825 pesetas de su primera imposición, se amplían a 46 millones; y las 17.700 pesetas destinadas a préstamos, se incrementan hasta 15 millones.

En los últimos años, la Caja Rural (desde 1994, Cooperativa Macotera, Sección de Crédito) ha aumentado, considerablemente, su tesorería y sección crediticia. Según la Memoria de 1990, la tesorería de Caja era de 448.307.533 pesetas y en la de 2000, figura con la cantidad de 1.391.803.115 de pesetas.

La primera sede de Caja Rural estuvo ubicada en la calle Millán y Caro nº 2, la casa de Pedro Colorao. Se decía entonces: “Si necesitas dinero, vete a la casa del palo”, porque en su fachada figuraba un palo de la luz. Actualmente, sólo quedan los soportes. Hacia 1950, se traslada a la Plaza Mayor, al llamado local de Falange. Se ha modernizado el local y cuenta con amplias dependencias y salones de reuniones y exposiciones: uno de ellos es utilizado por el taller de Confección.

La Cooperativa Macotera, Sección de Crédito cumple una doble función: La sección de Crédito, (que se dedica a la gestión financiera), y la Sección de Comercialización de Cereales. En este caso, se ha construido un gran local para almacenamiento de cereales, en el que depositan sus productos el noventa por ciento de los agricultores de la localidad.

Únicamente, quedan dos cajas autónomas en esta provincia, quizá en toda la comunidad de Castilla y león, la de Cespedosa y la de Macotera.

## LA PRIMERA FAROLA



Yo me pregunto, a veces, cómo se las arreglaban los antiguos para orientarse por la noche, sobre todo, en esas noches en que la luna aparecía apagada, en esas de “como boca de lobo”, en esas en que no se veía un alma. Sí llegó la antorcha, pero, en los pueblos, no se conocía la antorcha; luego, vino el farol, pero alumbraba dos pasos, para que no te rompieras las narices; en cambio, alguno me explica que, por eso, se vivía de sol a sol, y la noche era para descansar. A pesar de esa rutina diaria, yo tengo referencia de que había acontecimientos festivos que se alargaban hasta más allá de

las doce de la noche, como la Nochebuena; san Roque era una excepción entendible, porque alumbraba la luna llena. En esos eventos, con luna nueva o negra, se solía combatir la oscuridad encendiendo una encina en medio de la plaza, que, con su resplandor, solemnizaba la jarana y el alboroto.

Fue, en 1900, cuando el pleno del Ayuntamiento acordó establecer una farola, para el alumbrado público, en la plaza Mayor, y, dada su importancia, según lo fueran permitiendo los fondos municipales, se instalarían algunas más en las calles más céntricas.

Se alimentaba, dicha lámpara, con carburo y lucilina. La energía eléctrica llegó unos años después, con la institución, en Macotera, de una “sociedad anónima civil” para el suministro de la luz y la instalación de un molino harinero. Esta iniciativa arrancó en mayo de 1909, con el título “Molino y Eléctrica Macoterana”.



El capital social fue de 60.000 pesetas, constituido por sesenta acciones de mil pesetas cada una, y la forman exclusivamente individuos de la referida villa. Previamente, se había puesto en contacto con una importante casa de Madrid, que le informó, detalladamente, de los elementos que precisaba para poner en marcha el proyecto, y le daba presupuesto de coste de la instalación, motores y demás. El proyecto era ambicioso, pues la sociedad fundamentaba su objetivo empresarial, en el gran futuro, que se vaticinaba a la energía eléctrica.

En principio, su plan inmediato lo centraba en el alumbrado público, pero, al mismo tiempo, descubrió otras ventajas: la instalación de un molino harinero, y cerró el ciclo industrial con la apertura de una tahona. La idea culminó satisfactoriamente. Y abrió sus puertas en el conocido motor, calle Eras.

Dice “La voz de Peñaranda”: “Nos es gratisimo que tan importante villa de nuestro partido judicial, distante de nuestra ciudad hora y media, cuente con tal medio de progreso, que celebraríamos ver establecidos en los demás pueblos. Nos consta que las aspiraciones de los macoteranos no están limitadas a la luz, sino también proyectan la creación de industrias textiles, que aunque, en pequeña escala, ya hoy trabajan; y sabemos también que, por industriales de la misma población, se planifica la formación de otra sociedad para establecer un servicio diario de coches desde Macotera a Peñaranda, teniendo en cuenta que, con la nueva reforma de Correos, sería fácil obtener, por este servicio, una subvención del Gobierno”.

En julio del mismo año, se inauguró la nueva fábrica, titulada “Molino - eléctrica macoterana”. Después de bendecida la maquinaria por el párroco don Eloy Usallán, a cuyo acto asistieron las autoridades locales y muchos invitados, se celebró un “lunch” en el domicilio de don Antonio Madrid, que es uno de los primeros accionistas”. De momento, sólo se puso, en funcionamiento, la molienda de granos; los trabajos, para la instalación de la

luz eléctrica, no comenzarán hasta pasados unos meses. En junio de 1910, ocurrió, en la fábrica “Molino – eléctrica macoterana” un triste accidente. El joven molinero, Pedro Dosuna, natural de Peñaranda, tuvo la desgracia de ser cogido por el volante de una de las máquinas y lo destrozó completamente.

El desgraciado obrero, sobrino del agente municipal de Peñaranda, Miguel Dosuna, era justamente apreciado por sus jefes y muy estimado por el vecindario macoterano por su honradez y amable carácter. Cuando ocurrió el suceso, estaba la viuda del infortunado molinero, que quiso penetrar a viva fuerza en la habitación, en que se encontraba su esposo. Dejó dos hijos de corta edad.

A finales del 1910, se subastó el alumbrado público bajo el precio de 2.000 pesetas por año. Se anunció la subasta, por diez años, del alumbrado de Macotera para el suministro de 1.000 bujías diarias. En 1913, el corresponsal de El Adelanto, en su crónica del pueblo comenta: “La sociedad Molino-Eléctrica de Macotera” deseosa de servir al público, gestionó y adquirió, por mediación de dos de sus socios en Madrid, un nuevo dinamo, pues el antiguo se averió, y estamos alumbradísimos. Con esto se evitará, en que siendo la luz eléctrica un testigo de vista y un defensor de que, en ventanas, se escuchen conversaciones que a nadie importan, y de que se tiren anónimos a personas honradísimas que cumplen con su deber y están muy tranquilas en sus casas”.

“En noviembre 1920, el Ayuntamiento subasta el alumbrado público, durante diez años, por el tipo de 27.500 pesetas para fluido y 8.000 para material. El número de bujías será de 1430, distribuidas en 140 lámparas, que serán colocadas en los lugares que se designen”.

En ese año, se deshizo la sociedad. Conocemos por Santiago Domínguez que esta empresa fue adquirida por Celestino Laruscaín (vasco) y por su

cuñado Benjamín Simón Inés. Celestino vino a Villaseco de los Reyes a construir un puente y allí conoció a Ángeles Simón, hermana de Benjamín. Se casaron. Benjamín poseía varias aceñas en la zona de Almendra y en la provincia de Zamora. Introdujo al cuñado vasco en el negocio y abrieron su mercado por otros lugares de la provincia como Paradinas y Macotera. Les fue fácil entrar en Macotera, pues, en ese momento, la sociedad estudiaba la posibilidad de deshacerse de su empresa.

“En junio de 1921, la comisión de instalación eléctrica concedió autorización, para establecer una instalación eléctrica para el alumbrado en los pueblos de Tordillos, Macotera y Santiago de la Puebla, allí inteligente industrial y propietario del molino de harinas de Macotera, don Manuel Domínguez. Circunstancia que aprovechó Domínguez para comprar los derechos del alumbrado público y doméstico a Celestino Laruscaín y a Benjamin Simón Inés por 3.000 duros a pagar en tres años”. Consuelo Simón (madre de Benjamín, Germana, Santiago, Saturnino, Chelo y Sotero), natural de Carvellino de Sayago, conoció a Santiago Domínguez en Paradinas de San Juan, Labrador él. De mozo, venía a verla a Macotera, y paraba en casa de Juan el Ranes, su íntimo amigo. Se casaron y Santiago optó por cambiar la labor por el molino. No tenía ni idea de este negocio, pero depositó su confianza en su molinero, Delfín Pérez Jaspe, natural de Villagonzalo. Y aquí nacieron los hijos de ambos y, desde entonces, se integraron, plenamente, en el catálogo de familias macoteranas.

## **LAS ERMITAS**

Ahora estoy empeñado en tomar nota de las ermitas, que hubo y aún siguen en pie, en los pueblos vecinos a Macotera. Ya guardo en cartera noticias de las ermitas de Sotrobal, Bóveda, Mancera, Salmoral, Alaraz y Santiago de la Puebla; Macotera y Santiago, en esto de las ermitas, se daban la mano; si nosotros tuvimos cinco ermitas; Santiago llegó a disponer de seis; San Benito, San Pedro, San Miguel, San Blas, Nuestra Señora del Arrabal y Nuestra Señora de Revilla.

Vamos a dar unas pinceladas sobre las nuestras, que es lo que nos interesa. Lo que tenían de peculiar nuestras ermitas era su situación: estaban ubicadas a la salida del pueblo y a la vera de los caminos que nos relacionaban con los pueblos vecinos; a unos 150 metros, en el camino de Tordillos, estaba asentada la ermita del Cristo de la Batallas (y ahí sigue); en el de Santiago, en la Cotorrita, se alzaba la ermita del Ángel y el humilladero; en el de Salmoral, la de la Virgen de la Encina; y, en el de Mancera de Abajo, la de san Gregorio; fue una excepción la de Santa Ana, que ocupó una zona privilegiada en la plaza de su nombre, posible plaza Mayor de Macotera, pues no es desacertado pensar, que fuese la iglesia parroquial hasta finales del siglo XV, en que el Duque de Alba, don Fadrique, ordenó construir la actual iglesia a la vera del trayecto que empalmaba los caminos de Mancera y Tordillos, conocido, hoy, como calles Larga, Millán y Caro y Honda (baja).

### **LA ERMITA DE SAN ANA.**

Desconocemos cuando se edificó, pero, posiblemente, tenga su origen en la repoblación de Alfonso IX, en las primeras décadas del siglo XIII. Para que te des una idea de su figura, tenía un

soportal, (en el que sesteaban las ovejas en el verano), un retablo bastante decente, que se tapaba con un guardapolvos de angeo azul, para preservarlo del polvo que caía; la imagen de Santa Ana era de buena hechura, y las imágenes que la acompañaban en el retablo, no debían de ser de mucha calidad y decencia, puesto que el visitador mandó se enterrasen, pues, "por su fealdad e indecencia no deben exponerse a la veneración pública". Disponía de tribuna y en la misma, colgada de su ventana, la campana, que retumba y asombra el sonido, cuando están en misa"; por ello, en 1567, el visitador ordena al mayordomo que construyese una espadaña de piedra y arco de ladrillo y cal, para colocar la campana. En 1825, el Obispo suspendió el culto en las ermitas de Santa Ana y del Cristo, "hasta que se adecenten"; y, en 1866, el Obispado cedió los terrenos de la ermita, arruinada, al Ayuntamiento, para que construyese las escuelas. La imagen de santa Ana se trasladó a la iglesia, su campana se utiliza, actualmente, para esquilas a misa.

### **ERMITA DE LA VIRGEN DE LA ENCINA.**



La Virgen tenía más simpatías que Santa Ana. Su fiesta estuvo, de siempre, rodeada de gran solemnidad. Se la veneraba no solo en Macotera, sino que también tenía grandes devotos en los pueblos cercanos, que asistían, en romería, a honrar a la Virgen el 8 de septiembre. Los actos religiosos se celebraban durante tres días, entre vísperas, misa, procesión y devociones personales. Los peregrinos traían ajuares y viandas suficientes para los tres días, que duraban los ritos; la Virgen poseía una alameda de 112 pies de negrillo, cercada de tapia, y era aprovechada por los peregrinos para tomar su merienda y descansar en los ratos libres entre los distintos oficios religiosos; la dormida la realizaban en la misma ermita; costumbre considerada por el Visitador como una indecencia, y ordenó que se construyese una casa para los peregrinos; terreno había, pues la ermita estaba rodeada de una gran plataforma; se abrió una puerta en la pared, que mira al naciente, y que se conservó, hasta que se edificó el nuevo recinto, como acceso a la casa, después, al cementerio. La vivienda contaba con dos dormitorios hermosos: uno, para acoger a las mujeres, y el otro, a los hombres, y una amplia cocina-comedor. La puerta sólida, de buena madera, con umbral y dintel de piedra, en su mitad superior, quedaba libre para colocar unos barrotes, para que el personal pudiese practicar sus rezos desde la casa, cuando la ermita estuviese cerrada al culto.

Hay muchos datos que aportar sobre la ermita de la Virgen de la Encina, pero me he limitado a comentar este apunte, porque conozcamos la gran devoción, que sintieron por la Virgen las gentes de los pueblos de nuestro entorno; en 1807, en su explanada, se construyó el cementerio; la edificación de la nueva ermita se llevó a cabo en 1971/72.

## **LAS OTRAS ERMITAS.**

De la ermita del Ángel, nos queda el topónimo el "cerro del Ángel" (Cotorrita), y algún apunte que hace referencia al camino de Santiago.

San Gregorio, además de los topónimos conocidos, de la calle y charca de san Gregorio, señalamos el lugar donde estuvo situada: cercana a la instalación ganadera de Sotero, en el camino Mancera, entrada al antiguo sendero de los Abajuelos. San Gregorio gozaba de gran devoción entre los mozos; aportaron tres reales cada uno para la reconstrucción de la ermita, que estaba arruinada, pero no se llevó a efecto.

La ermita del Cristo, en 1921, se revistió de ladrillo por fuera: en ella, se cantaba el "Miserere" todos los viernes de Cuaresma, se iba en procesión desde la iglesia, se cantaba el Miserere y se regresaba por la calle de El Cristo (de aquí, el nombre de esa calle). Tiene su mayordomía y sus mayordomos cuidan de su limpieza y decencia; se celebra su festividad los días de la Cruz de mayo y septiembre.

## **MONUMENTOS DE LA VILLA, QUE CUMPLEN EL SIGLO**

## EL MATADERO



Cuando abro cualquier ventana de mi casa, que mira a la calle de La Leche, me tropiezo con el matadero. Lo veo solo y sin uso. Cuando pasa el personal a su lado, solo mira sin ningún tipo de gesto y no habla ni da la hora; sin embargo, hubo un tiempo en que tuvo una actividad frenética: no tenía tregua. De chico, me gustaba asomarme a contemplar la actividad de los matarifes, y me fijaba en como arrimaban la res al potro para darle el cachetero, en como la sangraban, en como le extraían el vientre y la colgaban de la polea, que dirigía aquel racimo de cadenas gordas que se enredaban, si no se accionaban con destreza. También recuerdo que, en un rincón de la sala de despiece, existía una pila grande de granito, y, en la dependencia continua, el pozo con su brocal, y se comunicaban, (pila y pozo), a través de un hueco grande que se abría en el tabique de separación de ambas dependencias. El agua era imprescindible para limpiar canales, el pavimento de cemento, lavar los cuchillos y destralas, y los matarifes, sus manos ensangrentadas. Estas aguas, teñidas de sangre, se deslizaban por

un albañal, que canalizaban una hilera de tubos de 25/100, que las vertía en el regato.

La fotografía muestra la entrada principal del edificio, tabicada. Le cerraba una puerta de doble hoja, y disponía de otras dos puertas de acceso que daban al corral. Goza de una excelente ventilación, que le facilitan diez ventanas también con doble hoja. La techumbre recorrida con fuertes vigas y tablas bien ensambladas. El tejado, compuesto por la típica teja castellana. Una obra de gran solidez, que ha resistido, sin perturbarse, durante casi un siglo.

No se me olvida tampoco el jolgorio que se armaba cuando se llevaba al matadero una vaca brava. Se trataba de un acontecimiento. Se corría la voz como la pólvora. Se acumulaba el personal en el corral del tío Ñurris. Dentro, un trajín de carreras, hasta que conseguían colocar a la res las dos maromas: la que la conducía adelante, y la que la frenaba detrás. Todo el recorrido hasta el matadero una fiesta, un toreo, un riesgo, un divertimento.

El matadero está asentado en un terrero, que adquirió el Ayuntamiento a Pedro Hernández Zaballos (Chaga, esposo de la señora M<sup>a</sup> Alfonsa la Virgen), y a José Antonio Sánchez Bueno, el 29 de mayo de 1921. El solar medía una cuarta (1.118 metros cuadrados) y se pagó el metro cuadrado a 50 céntimos. Se quedó con la contrata de obra Nicolás Padín, vecino de Peñaranda, por la cantidad de 12.650 pesetas. Comenzó la ejecución material del edificio matadero el 5 de junio de 1921, y el arquitecto, Joaquín Vargas Aguirre, firmó la recepción de finalización de obra, el 5 de febrero 1922.

Para culminar el proyecto, era preciso habilitar un corral aledaño para depositar el muladar; para ello, hubo que realizar un desmonte del vallado. Se contrató al jornalero José Antonio Sánchez Jiménez, (vivía en la calle

Cifuentes) quien se encargó de la operación y de retirar la tierra. Percibió por su trabajo 395 pesetas.

El matadero antiguo estaba ubicado en la plaza de la Leña. En el sitio, donde la nieta de Cele Pondera ha edificado su vivienda, al lado de la casa de Paulino *Echatierra*. Era un nido de quejas, pues su muladar, con los desechos de vientres y excrementos, despedía unos olores muy molestos. Este fue el motivo de la urgencia de construir un matadero nuevo, alejado del pueblo. Era propiedad del Ayuntamiento y, cuando se finalizó la construcción del nuevo edificio, la Corporación acordó levantar el piso, que estaba compuesto de cien lanchas de granito, las dividió en lotes de diez lanchas cada uno y los subastó.

## LA MÁQUINA



La máquina es tan vieja que se sostiene con andadores. Como se ve en la foto, tiene goteras y desprendimientos por todos los costados de su cuerpo. He comentado en otros escritos que la máquina fue el casino de los pobres. A su amparo, se han jugado cientos de miles de partidas de brisca los días festivos, porque los días laborales no dejaban sitio a estas diversiones, porque su misión era otra: moler cereales para el consumo de personas y animales.

A pesar del peligro de ruina que anuncian las vallas, me he asomado por la rendija de la puerta, y me ha dado pena ver toda maquinaria harinera y las tolvas enterradas debajo de un amasijo de maderas, cuartones, ripia y tajas. Fruto del abandono.

Siempre me ha sorprendido su ubicación ocupando buena parte de calle pública. Hoy no se entiende, pero se ve que, cuando se construyó, las cosas funcionaban de otra manera o se consideraba justo permitirlo, ya que

reportaba una utilidad ventajosa al vecindario. Y pudo ser así, puesto que, con esta cesión, se iba a instalar un molino a la puerta de casa. Existía el molino del río, propiedad de don Eduardo de la Torre, notario de Peñaranda; en cambio, para muchos vecinos, le resultaba dificultoso llegarse hasta allí. (Este molino fue adquirido por Agustín Domínguez Vicente, de Tordillos, en 1897).

Un grupo de macoteranos decidió crear una sociedad harinera en Macotera. La iniciativa partió de Matías García Jiménez, el padre del señor Constante, abuelo de los Ponderas del Garden. Este señor disponía de un local a la vera del regato de la Virgen, pero no reunía las dimensiones suficientes para montar una empresa de esta envergadura.

Entonces, la sociedad se pone en contacto con el Ayuntamiento. Le presenta el proyecto y las dificultades de llevarlo a cabo por falta de espacio en el corral de Matías, y le propone si sería factible la venta de un trozo del terreno de calle pública aledaño al local. La Corporación discute y valora la propuesta y decide venderle un espacio de 54 metros cuadrados, por un importe de 54 pesetas. Se formalizó la escritura ante don Francisco González, notario de Macotera, el 17 de abril de 1891.

Comenzaron las obras. Se instalaron los enseres precisos y emprendió su funcionamiento. Estuvo activa, como sociedad, durante unos años, y a principios del siglo XX, se la vendieron a Agustín Domínguez Vicente, el abuelo de los Molineros, y su hijo Manuel y nietos han seguido con la actividad hasta hace unos años.

## LA CALLE “EL PIOJO”.



Juan, según me cuenta, había nacido en la calle del Piojo; la llamaban así, porque a ella se abría el ejido del pueblo, un cercado donde pastaban los animales y se daban las pulgas y los piojos; con el tiempo, en el solar, se construyeron pajares y casas, y pasó a llamarse calle Mediodía. Este cambio de nombre tuvo lugar el 16 de diciembre de 1887. Juan ya nació en la calle Mediodía, pero su madre seguía nombrándola calle del Piojo.

Su padre era un obrero de pico y pala; su madre tenía la profesión de sus labores, y sus hermanos mayores eran Jesús, Antonio y Pedro. Por ser el más pequeño, remataba los pantalones, los jerséis y las chaquetas de sus hermanos mayores; la primera vez, que estrenó un traje nuevo fue cuando tomó la primera comunión, porque, en este caso, había dado un estirón, y el de sus hermanos le quedaba demasiado pequeño y angosto.

Juan amanecía como *arrecío*, y así seguía todo el día: casi no tenía amigos y le daba miedo de todo. Se asustaba de los perros; los gatos le producían escalofríos cuando se relamían el labio de arriba y, no digamos de los ratones: se subía a la silla más alta, cuando alguno asomaba la cabeza por la hura, que habían abierto, sigilosamente, en el rincón de la sala (hoy

dormitorio); incluso, se negaba a acostarse en la cama por miedo de que alguno se acurrucase entre las sábanas. Hubo que improvisarle una cama artificial con unos adobes y unas tablas, y le echaban la manta, que su padre utilizaba en los inviernos, cuando iba a excavar las viñas; a los hermanos, no les importaba dormir en el portal, porque no había sitio en toda la casa.

A Juan, le amedrentaban los otros muchachos, y, por *arrecío*, no sabía defenderse; se reían de él, le daban soplamocos y no se lo decía a nadie, ni a sus hermanos, para que le librasen; él era así, pero no tenía la culpa; en cambio, estaba dotado de una gran inteligencia. En la calle, era insignificante; pero, en la escuela, era un lince: nadie le mojaba la oreja y se convirtió en el alumno predilecto del maestro.

Un día apareció por la escuela un fraile de hábito marrón, con una correa de cuero a la cintura, que le colgaba a un lado, una barba larga, salpicada de canas, y una calva artificial flanqueada de unas vedijas de lana bien disciplinadas. Quería muchachos listos, que quisiesen ser frailes, servidores de Dios.

Juan, al principio, se sintió un poco reticente, lo propio de su carácter indeciso. No le gustaba mucho que le contase el fraile que, a san Francisco, le gustaban mucho los animales, y que los consideraba como hermanos; lo de las flores y los pájaros le cayó mejor, pero lo anterior no le hizo mucha gracia, y dificultó su decisión final; pero, con el empujón de sus padres y la recomendación del maestro, Juan, por fin, se atrevió a dar una respuesta afirmativa. La voz se corrió:

"Juan se va al convento de los frailes, quiere ser fraile, y, a fe, que va a ser buen fraile, porque tiene dotes", comentaban los vecinos de la calle Mediodía o de la calle del Piojo, como decía su madre.

Quienes se pusieron muy contentos fueron sus hermanos: se iba una boca y tocarían a más, cuando su madre partiera el huevo, la sardina, la naranja, el turrón en Navidad...

Cuando Juan volvía en verano de vacaciones, apenas levantaba la vista del suelo. Cuando miraba de refilón o sentía el airecillo de la chica, que pasaba a su lado, sentía un pequeño sarpullido que le removía las entrañas. Él lo interpretaba como el hormigueo del diablo.

Una mañana, mientras su madre freía unos torreznos a su padre, que se iba de escarda, se dirigió a la cocina todo decidido.

- Madre, tengo que decirle que llevo un tiempo sintiendo terror de los lobos, de las alimañas, de los perros, de los gatos, de los ratones, de todos los animales... No quiero, como san Francisco, ser hermano del lobo ni de los animales, ni tampoco de las alondras ni de aquellas margaritas, con las que jugamos al sí y al no. Mi sanación está en dejarme cobijar por el arrumaco de una moza. Así Juan logró la paz interior.

## AYUNTAMIENTO NUEVO DE 1920



Antes de detenerme a contar el proyecto de la nueva casa consistorial, que se levantó en 1920, quiero hacer un poco de historia del edificio. En principio, fue la vivienda de don Juan Pajares, cura teniente de la iglesia de Macotera. Este sacerdote, en su testamento, manifestó que “su voluntad es que su casa se dedique a hospital de menesterosos”. Se acondicionó para el nuevo destino mediante la construcción de una cocina comedor amplia y dos dormitorios: uno para mujeres y otro, para hombres. Se acogía tanto a pobres del pueblo, como transeúntes que pasaban por la localidad. El edificio era de dos plantas, la superior ejercía

de sobrado, sin uso.

El Ayuntamiento realizaba sus concejos de “res pública” en la iglesia. Y, al conocer que no se daba utilidad a la parte de arriba del hospital, lo solicitó para gestionar su actividad. El Ayuntamiento corría con los gastos de mantenimiento. Y añadido más, en su corral, se cerraban los toros, que se corrían el día de la Virgen.

Hacia 1780, el Ayuntamiento se hace cargo del edificio y de la hacienda del hospital. Su función social sigue en pie, pues el Ayuntamiento firma un acuerdo con los hospitales de Santiago y de san Marcos de Alba de Tormes, el grupo de “Hospitales unidos”, mediante el cual Macotera entrega a los administradores de “Hospitales Unidos” la renta de la entidad macoterana, a cambio del compromiso de acoger en ellos a las personas necesitadas del pueblo.

Pasados los años, el edificio se va deteriorando. En una ocasión, ya entrado el siglo XX, un concejal manifiesta:

“Algún día, vamos aparecer debajo de los escombros”.

La Corporación se plantea la necesidad de construir un Ayuntamiento nuevo. El proyecto fue facultado el 30 de noviembre 1914. El arquitecto, don Joaquín Vargas Aguirre, traza el plano, describe la memoria y formula el presupuesto. La Corporación saca la obra a subasta en tres ocasiones, y no se presentan licitadores. Informa al Gobernador Civil de la situación y solicita le autorice levantar el edificio de su cuenta. Obtiene el visto bueno.

El 6 de abril de 1919, la Corporación acuerda contratar la ejecución de la nueva casa consistorial con don Cesáreo González Martínez, vecino de Peñaranda, conforme al plano y condiciones económicas estipuladas por el arquitecto. El presupuesto se fija en 17.133 pesetas, “sin poder pedir más por ningún concepto”.

Las obras de demolición y construcción comenzaron el 28 de abril de 1919.

Mientras las obras se llevaban a cabo, se habilita, como casa consistorial, la casa carnicería, situada en la calle Honda, propiedad municipal. (La casa carnicería es el espacio, que, actualmente, ocupan el Juzgado y Correos).

Esta casa, el Ayuntamiento la subastaba todos los años, y el licitador la utilizaba como despacho de carne.

El 18 de enero de 1920, don Joaquín Vargas Aguirre, arquitecto, recibe la obra culminada y la Corporación acuerda su inauguración y la habilitación de todas sus dependencias: salón de sesiones, secretaría, archivo, cárcel pública y juzgado municipal, hasta que se vislumbró 'la construcción del edificio actual.

## LA FUENTE DEL CARRIL



En la cima de la ladera, a la derecha, del camino de Alconada, brotaba un agua medicinal con insistencia. Estaba dotada de grandes poderes curativos, era muy eficaz en la cura del Herpes y de aftas juveniles. Se comentaba que los mozos solían darles buenos lavados de cara a las mozas, pues les hacía buen cutis. Esta costumbre puso sobre aviso a los padres, que lo consideraron como un atentado a la moral, e instaron a la autoridad a que promulgara un bando prohibiendo tal abuso.

También se comentaba que el agua de la fuente, tomada a las dos de la mañana, en la misma fuente, de bruces, a lo natural, era conceptiva y fecundante. Así dicen que le pasó al tío Tieso con su estéril esposa y una vaca asmática. Todos los días, se acercaban los tres a esa hora, se rebozaban un poco, y la práctica dio resultado, pues las dos hembras quedaron y, pasado el tiempo, sacaron a la luz dos hermosas criaturas.

Sin duda, era el agua potable de mejor calidad del pueblo, la menos caliza y recomendada para la cocción de legumbres y verduras.

La fuente manaba agua en abundancia y se deslizaba ladera abajo, encharcando el camino. Las quejas eran el pan nuestro de cada día. En 1876, el Ayuntamiento decidió excavar una charca, que retuviese el agua, a la vera del sendero que conducía hasta la fuente. A pesar de la intención de retención del agua, su afluencia era tan sobrada, que la cañera era insuficiente para encauzar su caudal, que seguía anegando el camino.

El 18 de enero de 1920, siendo alcalde Ramón Blázquez Ranes, la Corporación acordó solucionar el problema de una vez. Decidió canalizar el agua y construir una fuente con caño. De esta determinación, se mataron dos pájaros de un tiro: se acercaba a la población un agua potable para el consumo doméstico; y, por otra parte, se remediaba a la clase trabajadora que, en ese momento, carecía de jornales. Se la ocupó en la apertura de zanjías para descubrir los manantiales, en el relleno de estas con piedras y en la construcción de un depósito, donde reservar el agua.

Una red de tuberías conducía el agua desde el depósito a través de la cañera y de la línea de corrales de la calle (Fuente del Carril) y, al alcanzar las portadas del corral de Leo el *Misionas*, se colaba debajo y asomaba su boca al exterior hacia la mediación de la pared chaflán del corral. Se construyó un pilón para recoger el agua, que revertía de los cántaros, que se utilizaba para abreviar a las caballerías que iban y venían de paso.

La fuente sigue manando y la cañería continúa ejerciendo de conductora. La fuente ha cambiado de ubicación y de estructura. Se halla a la cabecera de la calle, sentada en su trono, como homenaje vivo de un tiempo en que sirvió de alivio a tanto transeúnte.

## **REFORMA DE LAS ESCUELAS DE SANTA ANA (1920)**



En 1851, el Obispo cedió los terrenos de la ermita de Santa Ana al Ayuntamiento, porque se encontraba completamente arruinada, para que construyese unas escuelas; la imagen de la Santa se traslada a la iglesia, y se coloca sobre el altar del Rosario, y se levantó, en el tejado del templo parroquial, una espadaña de ladrillo para colocar su campana, que, actualmente, nos convoca a misa y a otros cultos.

En agosto de 1863, el Concejo vendió 38 huebras de tierra por 49.438 reales, para construir, en ese solar, dos escuelas: una de niñas y otra, de niños. Además, se contaba con 10.000 reales, que había donado el Arzobispo de Santiago de Compostela, don Miguel García Cuesta, para este menester.

Apenas finalizadas las obras de las dos aulas, se arruinaron por su pésima construcción. El Ayuntamiento decidió instalar la escuela a la

panera del Pósito (Plaza Mayor, pared con el Ayuntamiento), dentro de las épocas, en que dicho local no se utilizase.

En marzo de 1879, protestan los vecinos de la plazuela de Santa Ana por el peligro del edificio arruinado, en el que juegan los niños, y ruegan a la Corporación realice las gestiones pertinentes ante el Gobierno, demandando la ejecución de un nuevo grupo escolar.

En octubre de 1883, el gobernador comunica que el presupuesto de las obras de las escuelas asciende a 80.000 reales, y que el Ayuntamiento compre un trozo de casa para completar el solar indispensable. Adquiere el terreno recomendado en 1.641 reales. Y se anuncia la subasta. El proyecto incluía la construcción de dos escuelas de niñas y dos niños.

Como curiosidad. Una vez edificado el grupo escolar, en la parte posterior, entre las escuelas y las viviendas anejas, quedó un espacio muy estrecho, (un callejón), que se bautizó con el nombre de “Salsipuedes”.

El 9 de septiembre 1919, la Corporación acuerda reformar las escuelas, pues sufrían un palpable deterioro. Se pone al habla con don Joaquín Vargas Aguirre, arquitecto, quien visita

el grupo escolar y planifica las modificaciones que hay que realizar para enmendar los desperfectos que experimentaba el edificio. Ante el aumento de población de la villa, la Inspección de Enseñanza Pública propone al Ayuntamiento la urgencia de construir un nuevo local para niños. La idea es bien acogida por la autoridad, y así se lo hace ver al arquitecto, que lo incluye en el proyecto, en el que se detallan los trabajos a realizar:

- La construcción de un nuevo local para el grupo escolar de niños en el espacio, que existe entre los locales - escuelas, (de doña Rosalía y don Ataúlfo), que fue cortado, cuando edificaron las escuelas, para casas de

maestros, y que nunca se llegaron a edificar. Esta nueva aula, en nuestros tiempos escolares, la habilitó don Pedro y, después, don Pepe, el de Mancera.

- la colocación, en las cinco aulas, de un pavimento de madera de buena clase; zócalos de madera de tapapolvos de un metro y medio de altura, pintados al aceite, dejando libres los huecos de los encerados de cemento.

- Picar las paredes y lisarlas con lienzos de yeso. Mejorar los dobles y maderas del tejado y hacer un retejo general, pegando con cal y cañizo los caballetes, los boca-canales y la teja cobertera cada seis canales. Hacer los tres huecos de ventanas y puerta en el nuevo local, y arreglar y colocar las piedras pasiles de las dos entradas generales.

21 de septiembre 1919, se personaron ante el Ayuntamiento los artistas de esta villa: Juan Martín Cosmes, José Sánchez Campos, Cristóbal Jiménez Bautista, Pablo Joaquín Martín Cosmes, Juan Francisco Sánchez Sánchez y Eustaquio Bautista Blázquez, manifestando que deseaban contratar las obras de reforma de los locales - escuelas en la forma acordada en la sesión extraordinaria, celebrada el día 9 de septiembre de 1919, en la cantidad total de 11.856 pesetas. Se iniciaron los trabajos el día 1 de octubre y finalizaron el 27 de febrero de 1920. El 7 de marzo, se realizó su recepción por el arquitecto, Joaquín Vargas Aguirre.

Escuelas, por las que hemos pasado varias generaciones de niñas y niños. Unas escuelas amplias, soleadas, firmes, con un basamento de piedra de pajarilla y muros de doble asta de ladrillo, con una techumbre sólida de madera de pino, que apoyaba sobre los muros y unas columnas de hierro circulares. Cada una ocupaba una superficie de 99 metros cuadrados, con una capacidad para 125 niños

## EL CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL



No dejo de recrearme en la vida pasada del pueblo. Es la fuente que abastece el presente y traza la puerta al futuro. El sábado pasado, cuando visité por primera vez el pueblo, tras largos meses de ausencia, al bajar a la vera del cuartel, su presencia me sugirió la idea de escribir unas líneas sobre la vida de la Guardia Civil en el pueblo. No lo había hecho nunca. Ya, en

casa, rebusqué en los cajones, donde guardo mis cosas: abrí una carpeta y me detuve en un apunte fechado el 20 de enero 1888. El documento hace referencia a un acuerdo de la Corporación, en el que solicita un puesto de la benemérita, clase de la guardia civil de infantería, para Macotera. Argumenta que, con la presencia de la Guardia Civil, se evitaría la comisión de delitos y faltas que suelen ocurrir, no solo en la localidad, sino en los pueblos circunvecinos, con especialidad contra la propiedad agrícola y forestal; e incluso está dispuesta a ofrecer casa cuartel gratuitamente.

El 26 de mayo de 1893. Se encontraban en la población el comandante de la guardia civil de la provincia, y el teniente del puesto de Peñaranda con varios números: su venida tenía por objeto ver locales para la instalación de un puesto, que se tiene solicitado en esa villa.

No sabemos dónde tuvo lugar su primera sede, pero sí conocemos que el cuartel de Cordovilla se trasladó a Macotera a primeros de julio de 1893, siendo alcalde Juan García Blázquez. El Ayuntamiento no disponía de local para acomodar a los cinco números, de que se componía el grupo y, para instalarlos, debió arrendar un local, adecentarlo convenientemente y rodear a las familias con una serie de prebendas, tales como la atención gratuita del servicio médico y farmacéutico, y de paja y cebada, para las caballerías.

En junio de 1902, el alcalde recibe un escrito del comandante de la guardia civil, que dice así:

“El comandante del puesto de la guardia civil de esta villa ha puesto en mi conocimiento que la casa cuartel, que ocupa la fuerza de su mando, se encuentra en malas condiciones, ofreciendo poca seguridad sus paredes y pavimento, no pudiendo ser alojados en ella por más tiempo, y que, de no proporcionarle otra casa cuartel en mejores condiciones, saldría la fuerza para otro pueblo”.

La Corporación acordó que, con objeto de evitar la salida de la guardia civil de esta localidad, se gestione el arriendo de otra casa cuartel, pudiendo hacer proposiciones a doña Gertrudis Bueno García, para que ceda en arrendamiento la casa de su pertenencia situada en la calle del Cristo, donde antes estuvo acuartelada la fuerza de caballería, cuyo precio anual del arrendamiento sería la cantidad de 275 pesetas.

El 26 de julio 1914. Se crea una comisión para la elección de terrenos para la construcción de la casa cuartel para la Guardia Civil. Después de haberse asesorado de personas peritas, se fijó el sitio de las eras chicas, a la salida para Tordillos, propiedad de Manuel Blázquez Bueno, lindero, por el este, con posesiones de Fernando Gómez Blázquez y Antonio Martín Bueno; al sur, con camino de Tordillos; al oeste, con el camino del prado y al norte, con la calle del Cristo. Su superficie ocupaba una cuarta, y se valoró a 1 pesetas por metro cuadrado.

En el Ayuntamiento, se vivieron momentos de tensión a cuenta del lugar, donde debía asentarse la casa cuartel. Unos concejales opinaron que el sitio idóneo era el elegido por la comisión de policía urbana: a la salida para Tordillos. El alcalde propuso que se debía construir en un terrero de su propiedad, lindero con la recién estrenada la carretera de Piedrahíta. En vista de que no hubo forma de llegar a un acuerdo, el alcalde, Manuel López Gómez, decidió edificarlo de su cuenta. Toma posesión el nuevo alcalde y la Corporación persiste en la idea de culminar su proyecto de la casa cuartel. Los trámites se demoran. El Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Salamanca se persona en Macotera, visita las instalaciones del cuartel nuevo y reconoce que reunía las condiciones adecuadas para establecer el puesto de la Guardia Civil. Ante las manifestaciones del responsable de la Benemérita, la Corporación delibera sobre la posibilidad de adquirir el

edificio, siempre que el dueño esté dispuesto a venderlo en las condiciones que convengan a la Corporación. La Corporación y Mateo López Gómez formalizan la operación por la cantidad de 22.500 pesetas. La escritura se firmó el 18 de abril de 1919.

EUTIMIO CUESTA HERNÁNDEZ

# **UN PASEO POR LAS CALLES DEL PUEBLO**

## ¿DESDE CUÁNDO?

Ya te responderé, le dije a mi amigo Antonio. Aquel día, cruzábamos la carretera para colarnos por el camino de Mancera. Y salió el comentario de cómo las calzadas, los caminos y las sendas unían unos pueblos con otros, y que no se usaba el término carretera tal como ahora, sino que se decía carrea: carreamolino, carreamancera, carreapeñaranda, carreasantiago, carreallano...; y, como todavía seguimos nombrando a la “calzá de los recueros”, ruta que pateaban las recuas de caballerías, que se dirigían a la feria de Medina de Campo, procedentes de las provincias de Ávila, y de allende del puerto del Pico: Extremadura; y la “calzá de los recueros” también fue noble, porque fue elegida por el séquito de Carlos V, cuando decidió retirarse, por vida, a Yuste; momento que utilizaron los macoteranos para conocer, en carne y hueso, a un Emperador, que fue dueño de medio mundo. Desde entonces, Macotera no ha tenido ocasión de tener tan cerca a un rey, salvo, en aquella contingencia, en la que Alfonso IX de León, quien ordenó la repoblación de nuestras aldeas, en la primer periodo del siglo XIII, visitó la villa de Santiago de la Puebla, el 7 de marzo de 1226.

Y cuando nos adentramos un poco más en el camino de Mancera, le señalé la instalación ganadera, que regenta mi amigo Santi, lugar que, hasta principios del siglo XVIII, ocupó la ermita de san Gregorio, aquel Santo que fue patrón de la juventud, y a quien los mayordomos de las cofradías del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora del Rosario pedían prestado el tamboritero, contratado por los mozos para el baile de los domingos, para armonizar el baile de las danzas en las festividades del Corpus y del Rosario, y que ha dado nombre a la calle, plaza y charca de san Gregorio.

Y, enfrascados en estos recuerdos, Antonio me interrumpió: ¿desde qué momento el término carrea, pasó a llamarse carretera?

## LA CARRETERA



El tramo de carretera, que une a Peñaranda con Macotera, corresponde al trozo quinto de la carretera de tercer orden Cañizal - Piedrahíta. El replanteo previo de este sector se aprobó el 18 de julio de 1908, se subastó el 8 de mayo de 1909 y se adjudicó a don Antonio Gil Rodríguez, el 14 de junio, por la cantidad de 136.990 pesetas. El contratista no pudo, de inmediato, dar principio a las obras hasta enero, por la oposición de los propietarios de las fincas, y que comprendían veintiuna en el término de Peñaranda, y ciento nueve, en el de Macotera; afectó, en nuestro caso, a noventa y nueve fincas de labor, nueve viñas, una era y dos tramos de vía pública, pertenecientes a los caminos de Macotera- Mancera y Macotera- Salmoral. Superada esta dificultad, las obras continuaron, sin interrupción alguna, hasta su recepción provisional, verificada el 4 de enero de 1912; el acta de recepción fue aprobada por la Dirección General de Obras Públicas, el 2 de abril del mismo año; la fecha (4 de enero 1912) da principio al plazo de

garantía de un año. El 13 de enero de 1913, se firma la recepción definitiva de la obra, que ha resultado de una longitud total de 11.160 metros.

Y, hace muy pocos años, que cumplió el siglo, y nadie, hasta ahora, le ha agradecido sus servicios.

## LA PLAZA DE LA LEÑA



La plaza que recoge la lámina de José Luis es una plaza remozada, más moderna, con menos gancho. Tiene en el medio una glorieta con cuatro plantas salteadas y una farola; en la parte trasera del frontón, se levanta el Hogar del Jubilado, y se deja enmarcar por unas cuantas viviendas de corte nuevo, que llenan de comodidad a sus habitantes.

Nuestra plaza de la Leña era otra cosa, más acogedora, más juguetona, más bulliciosa: el centro de todos los juegos y diversiones tanto de grandes como de chicos. Su imagen de antaño muestra el pozo de las piedras, que estaba enfrente de la casa de los Pintos. Su brocal estaba formado por grandes bloques de piedra de pajarilla y lo cubría una tapadera formada de grandes láminas de hierro sujetas a la piedra por fuertes rondajas. Ese pozo apenas tenía agua, su fondo lo teníamos cegado de piedras. Su pila era peculiar; en un tiempo atrás, se utilizaba para abreviar el ganado, pero, en los tiempos de mi infancia, la usaba la tía Regañuza de Santiago para montar en el burro cuando iba de regreso a su pueblo, después de haber vendido las hortalizas

a las macoteranas. Cuando tenía diez o doce años, me salieron un montón de clavos en la mano derecha. Un día el tío Ángel, mi vecino, me dijo: “Cuenta los clavos que tienes en la mano y echa en el pozo de las piedras otro tanto de garbanzos, pero cuida de no sentirlos tropezar en el agua”. Así lo hice. Los tiré y salí corriendo la cuesta arriba. Al cabo de unos días, me desaparecieron las pequeñas protuberancias y tenía las manos limpias como el jaspe. Otros puntos borrados ya por el tiempo son los rincones de Micaela, verdadera solana del pobre parado; el rincón de Gabriel Carolo, en el que los muchachos nos guarecíamos del frío y de la lluvia en invierno y, que teníamos reservado para jugar al palmo en la lancha que había pegada a la pared de la izquierda, y el puente de hierro por el que cruzábamos el regato para ir a la ermita, a la era y a todos los lugares. El regato era hondo y las aguas de lluvia iban bien emparedadas hasta llegar a la altura del fortín. El taller de los Blázquez era también centro de tertulia para los mayores, y los muchachos nos cobijábamos en él cuando la lluvia nos impedía seguir con el partido de pelota.

Pero la zona de la plaza de la Leña más espectacular era el frontón. Yo no sé dónde se podía meter tanto juego. La chiquillada era inmensa y había sitio para jugar a la pelota, al tangué, al peón, a los cuadrines, a las canicas y al mahón. No cabía un alma. Se alivió un poco cuando llegaron las pelotas grandes de goma; entonces, un buen número de muchachos y mozalbetes subían o subíamos a la era a echar un partido de fútbol en las eras de Elías el Fraile. El jolgorio no se paraba hasta bien entrada la noche, pues, luego, en la oscuridad hacíamos un corro grande a la vera del frontón y, allí, los más jóvenes nos despertábamos de la inocencia escuchando las “cosas feas” que hacían los grandes, y fue, la primera vez, que yo descubrí la existencia de Quevedo. Cuando me hice grande y estudié a Quevedo, me asombré de las cosas falsas que decían de él los jóvenes de mi pueblo. Lo que me

encantaba eran los buenos partidos de pelota que jugaban, de tarde, los mozos y, sobre todo, los domingos después de misa mayor. Quedaron grabados en el frontón nombres como Hilario, Lucas Lobito, Augusto, Albardero, Carlos Caballo, el Rubio, Cajarines, Pedrín el Bartolo, Diego, Miguelín, Gerardo, Patricio...Una lista interminable. Y no es justo si no recuerdo los buenos tragos de agua, que nos echábamos del pozo de la abuela Chaga

Me he emocionado tanto con mis recuerdos infantiles y mis nostalgias, que me he olvidado de explicar por qué se llama plaza de la Leña y del Mercado. Es la única plaza del pueblo que tiene dos nombres legítimos. Lo de Leña le viene porque, en ella, vendían sus cargas de leña, retamas y sacos de cisco los de Cabezas (Ávila); y lo de Mercado por lo que cuento a continuación. Se denomina así porque, antaño, en su recinto se celebraba un mercado de ganados. Fue el 11 de enero de 1861 cuando el Ayuntamiento acuerda establecer, con la aprobación del Gobernador Civil de la provincia, un mercado semanal dominical. Su inicio fueron inciertos y, a pesar de los esfuerzos de los concejales y del propio vecindario, no terminó de consolidarse y de alcanzar el atractivo preciso, como ocurría con otros mercados de la provincia y de la próxima Ávila, a los que acudían nuestros tratantes.

El 12 de enero de 1894, se reúnen, de nuevo, en el Consistorio las autoridades y aquellos vecinos, que conocían por su oficio el funcionamiento de otros mercados, y aprueban una serie de medidas encaminadas a dotar el mercado de las condiciones morales y materiales propicias, que contribuyan al desarrollo de la industria agrícola, pecuaria y comercial, que se hallaba en crisis a finales de siglo. Para conseguir el objetivo, determinan que el mercado semanal, que tenía lugar en domingo, en lo sucesivo, se celebre los miércoles de cada semana, por entender que, de esta manera, se ha de dar

mayor impulso a la actividad, dada las condiciones de ser de este vecindario, y evitando así hacerlo coincidir con otros reconocidos de los pueblos aledaños; asimismo, se acuerda que los ganados, que se expongan, queden exentos de toda clase de impuestos; por último, se designaron los sitios o puntos donde se han de colocar los animales de contratación, que es como sigue:

“Los ganados vacunos ocuparán el tramo que llaman la Cruz del Ángel y el pozo de Juan Rey (enfrente de Lucio Izquierdo) (Aún no se había edificado el matadero ni las casas y corrales de la Cotorrita); el ganado de cerda se situará en las proximidades del pozo de las piedras (enfrente de la casa de los hermanos López Flores, la casa del tío Pinto) y el ganado asnal, caballar y mular se instalará a la trasera de los corrales de Mateo Gómez Nieto y a la entrada de la calle de la Alameda”.

Aún se escuchan las voces del mercado de ganados de los miércoles, los gruñidos de los garrapos; el ruido quebrado de las cargas de retamas y los gritos y jaranas de los muchachos después de la escuela. Todo esto suena a vida añorada.

## **LAS CUATRO ESQUINAS FUERON MI ESCUELA**



Mi amigo Antonio es forastero, de la tierra de “María Santísima”, pero afincado en Macotera, a temporadas, pues su mujer es de nuestro terruño. Y me cuenta que se ha hecho bien en Macotera, y que le gusta vivir sus costumbres, recorrer sus campos, conocer sus plantas, las especies de animales propias del lugar, y, sobre todas las cosas, su historia, su manera de ser y su patrimonio cultural y social. Muestra mucha curiosidad por lo nuestro, y me he comprometido a programarle unas rutas turísticas y sociales, para que nos conozca en profundidad, y se convierta en una identidad con nuestra idiosincrasia.

He quedado, para comenzar los itinerarios urbanos, en las “Cuatro Esquinas”, a las nueve. Y he elegido este espacio, porque fue mi escuela de

vida, donde yo me empecé a abrir al mundo y a conocer sus entresijos. En las “Cuatro Esquinas” lo aprendí todo: a jugar a los montones, a los cuadrines, a los platines, al carrete sin perras, a la panada y a “tres nabos hay en la cuba”; y, en las “Cuatro Esquinas”, yo aprendí que los muchachos tenemos que ir a la escuela todos los días, mientras somos niños, y que, al tiempo que vamos a la escuela, hay que practicar el juego del mate, el brinquillo corrido y el “dao”. Yo lo aprendí, pero yo no iba a la escuela porque era chico: había que tener seis años, y yo tenía cuatro; por eso, mi padre me apuntó a la escuela de doña Petra, que estaba en la calle de La Plata, en la casa de Juan el Chiquino, pared con la posada de Prim, y casi enfrente de la barbería de Jesús el Contra, y, enfrente mismo, de la tienda de señor Aceiterín.

Y las “Cuatro Esquinas” fueron mi escuela de chico, chico. Desde aquí, empecé a distinguir que es un joven, una persona mayor y una anciana; desde aquí, descubrí lo que es una moza, y lo que es una cuadrilla o panda de mozos y de mozas; y desde aquí, vi como se divierten los mozos con la jarra de vino en casa del tío Pondera; y, las mozas, con los seductores paseos, por la calle, por la plaza, por la era y en el baile; y desde aquí, supe que si un mozo y una moza se los ve juntos, y ella va a buscar agua al pozo con el cántaro, a la hora de salir el mozo del trabajo, es que son novios, y que los novios se casan y forman una familia, que vive aparte de los padres, y tienen hijos. Yo, entonces, no sabía cómo se hacen los hijos, caso es que los tenían; y conocí lo que es una boda, porque el día del enlace, ella iba de blanco y muy guapa, y él, con un traje oscuro, tirando a negro, y todos los invitados iban detrás, también muy elegantes ellos y ellas; y advertí que ya se habían casado, porque observaba como algunos invitados se dirigían a sus casas con una envoltura blanca, (su pañuelo del moco), y que, en él, guardan una rosca bañada, unas avellanas y un bizcocho; y también me enteraba de

que se habían casado, porque los mozos y las mozas recorrían las calles del pueblo con Pachulo, y se paraban en las “Cuatro Esquinas” y echaban un par de bailes, que decían valseos.

Y desde aquí, supe lo que era una procesión, y que unas eran más importantes que otras, por la gente que iba; yo distinguía la procesión de san Roque de la del Corpus, porque, en una, se bailaba, y, en la otra, el cura llevaba una efigie redonda con rayos, y, en el centro, una cosa blanca, y la gente cantaba y Pachulo tocaba unas canciones, que la gente no bailaba. Y, en las “Cuatro Esquinas” experimenté y diferencié a un buey, a una vaca, a un caballo, a una mula y a un burro; y me percaté para qué se usaba cada uno; y lo que son las ovejas comuneras, porque el señor Miguel el Garrapo cruzaba, con ellas, por las “Cuatro Esquinas, camino de la ermita del Cristo.

Y aquí comprobé que los muchachos de las “Cuatro Esquinas” eran un punto más listos, que los demás muchachos del pueblo, porque ellos no eran capaces de resolver aquel acertijo que decía: “Cuatro esquinas, cuatro gatos, cada gato mira a tres, ¿cuánta gatería es?

Y Antonio me escuchaba atento. Y, al final, me dice: ¿Por qué llaman al recinto “Cuatro Esquinas”, si tiene seis?

Le respondí que las esquinas de la calle de la Botica no cuentan, que las “Cuatro Esquinas la limitan solo: las dos esquinas de la calle Retuerta y las dos esquinas de la calle de La Leche. Estas líneas son el preámbulo de un recorrido, que iniciaremos por la calle Oriente hasta la plazuela de Santa Ana.

## LA CALLE ORIENTE



Hemos sido puntuales. Antonio, un poco más, porque está más acostumbrado a madrugar que yo. Como ves - le digo -, las “Cuatro Esquinas” son un punto estratégico, porque, en ellas, vierten y se inician cinco calles: Retuerta, la Leche, Tentenecio (hoy Obispo Jaime), Oriente y Botica; y cada una tiene un motivo para denominarse así. El nombre de Retuerta le viene porque, en la mediación, hace curva, y, para los antiguos, este accidente lo interpretaban como retorcido y retuerto; lo de La leche no le saco explicación, a no ser que los lecheros de Cabezas entrasen, en el pueblo, por esa calle; lo de Oriente se entiende, porque se inicia mirando al oriente, a la salida del sol; lo de Tentenecio, calle en cuesta, como así lo es la calle salmantina, se dice así, en recuerdo del milagro de san Juan de Sahagún, Patrón de la ciudad; “San Juan, caminando por ella, que entonces recibía el nombre de Santa Catalina, se encontró con un toro enorme que había escapado del mercado y corría, enloquecidamente, calle abajo. San Juan le gritó «¡Tente, necio!» y el toro, asombrosamente, se paró

mansamente". Lo de Botica es más fácil de entender, porque, en esa calle, estuvo ubicada la botica, (casa adintelada del señor Rogelio el Jorge), hasta que don Gonzalo edificó la casa de la calle Honda.

Como observas, las "Cuatro Esquinas" son enmarcadas, por su izquierda, por la fachada enladrillada del tío "Azúcar". Me han contado que el mote de "Azúcar" le viene, porque se trataba de un hombre bondadoso y, sobre todo, porque era muy goloso. A pesar de que éramos vecinos, yo no llegué a conocerlo, se llamaba Pablo. Fue uno de los primeros que construyó en Macotera una casa con fachada de ladrillo, porque el resto era de adobes; se cuidaba la fachada, porque una fachada de ladrillo daba mucho postín y también que, en las arcas, se guardaba fresco. El tener una casa de ladrillos y ser mayordomo del Señor, de la Cruz, del Rosario o de San Antón daba mucho prestigio y categoría social. Normalmente, quienes presumían de esta prestancia urbana solían ser los industriales y los labradores fuertes; ahí, tienes otro ejemplo, en la casa del señor Javier Morroncho.

Por la derecha, las cerraba el lagar de Jerónimo Gómez Bueno, que, antiguamente, fue la cilla del vino. Aquí se vaciaba la uva del Diezmo, a través de una ventana, lindera con la casa de Domingo el Roble, se pisaba y el mosto se bajaba a las cubas, que había instaladas en la "bodega honda" de la esquina. Y, por la espalda, las sigue protegiendo la fachada de la casa de Alonso Zaballos Madrid "Chaga", y que ocupó después M<sup>a</sup> Alfonsa la Virgen, su hija Francisca, y, hoy, sus nietos Petra y Ángel.

Nos adentramos en la calle Oriente, y le informo de que la bodega de la esquina, propiedad de Remigio Bautista, se convirtió en sede de la peña del Arriero, que decoró, con pinturas rupestres, nuestro amigo José el Morenito, y, el lagar contiguo, de los Vivas, el habitáculo de la peña del Cencerro, un lugar de tertulia, y, en cuya fachada, el pintor universal, Jerónimo Pericache, pintó la cara de una mujer, y su boca fue la puerta de entrada al recinto. Esta

bodega y lagar son dos ejemplares de las 17 bodegas y 8 lagares independientes, pues costumbre era abrir una bodega en la propia casa, ya que, de los 309 vecinos que tuvo Macotera en el siglo XVIII, 216 poseían una aranzada de viña o, al menos, una cuarta. Avanzamos un pequeño tramo, y Antonio me señala el medallón, que muestra la fachada de Juan el Resti.

Si te fijas bien en las portadas de las casas del pueblo, no figura ninguna casa blasonada. Macotera no fue un pueblo de hidalgos, y la presencia de esa efigie de guerrero es una excepción, que tiene una explicación.

En la guerra de la Independencia, los franceses destruyeron el monasterio de los Jerónimos de Alba de Tormes. Las ruinas del cenobio se convirtieron en la cantera de Alba y de sus pueblos aledaños. Manuel Gómez, el padre del señor Resti, se casó, en segundas nupcias, con una moza de Aldeaseca de Alba. Es posible que Manuel Gómez encontrase, en el corral de su suegro, alguna de las figuras pertenecientes al monasterio, que le venía de perlas para decorar la fachada de su recién estrenada vivienda, Y se trajo, de entre ellas, el medallón, la figura de Moisés con las tablas y una crestería de alabastro que, posiblemente, perteneció a la visera de una pequeña capilla. Como contemplas, el medallón representa la figura de un guerrero, labrada en piedra de Villamayor, una pieza interesante en que destaca la mirada profunda del personaje, su peinado en trenza que se enrolla cubriendo la oreja derecha, y el alzado del cuello de su camisa muere en forma de pajarita sobre la parte inferior de su cuello. Cubre su cabeza un pequeño casco, este y su barba cuidada armonizan su rostro. Su conversación es perfecta. La figura de Moisés con las tablas de la ley fue vendida hace tiempo, y el hueco vacío se ha rellenado con un lienzo rectangular de cemento.

-A este paso, no llegamos a San Ana.

-para ver cosas bien, no es aconsejable la premura.

Y llegamos a la plazuela de la calle Oriente. En este punto, existió una fuente, que abastecía, malamente, de agua al vecindario. Siempre nos la encontrábamos rodeada de cántaros, que esperaban la vez, y, a las mujeres, con los brazos cruzados en señal de paciencia. La fuente, en llenar un cántaro, se llevaba las horas muertas, pero no había otra forma ni otro medio. Esta agua procedía de un depósito, que estaba situado donde hoy se ubica el tanatorio. Se alimentaba con el pozo del agua buena, que estaba un poco más abajo. Si el depósito, rara vez, vertía agua por los aliviaderos, el agua de la fuente se ofrecía más animosa; pero, si estaba medio lleno, se imponía la ley de los vasos comunicantes, pues la fuente se encontraba en una de las cotas más altas del pueblo.

Yo consideré a esta plazuela, amigo Antonio, como el compendio de la vida económica y laboral del pueblo: Fíjate, en ese rincón, existió una panera de lana, donde las mujeres apartaban las cascarrias, los obreros y amos clasificaban las lanas y ataban los vellones, que hacinaban en un rincón de la panera; al lado, se abría la tienda de ultramarinos de Quica la Panera; y en las casas aledañas y, en las de enfrente, tenían sus viviendas y trastiendas los hermanos, Antonio y Nicolás Jorge, que se empleaban en recoger huevos y en vender gallinas y pavos por Navidad, y que, luego, trasladaron el oficio a Madrid; a su vera derecha, vivía Manuel Barriles, tratante en ovino; una modista, M<sup>a</sup> Antonia Chapilla, y un tejedor, Pedro Echatierra; y, a su izquierda, Cayetanín, un primo del señor Cayetano, sacristán, confeccionaba pantalones, y cerraba el ciclo de la plazuela, la zapatería del señor Chachín, que, con sus hijos reparaban los calzados de medio pueblo; el señor Javier, que esquilaba las mulas y burros, y, por último, el señor José Manuel, Ajero, que ejercía de labrador; y, antes de llegar a la plazuela de Santa Ana, dejamos a la izquierda, la casa del señor Braulio, albañil, de origen gallego,

por más señas de Albarellos (diócesis de Tuy) y, enfrente, al señor José Antonio, Bartolo, tratante de vacuno.

Ya era tarde, Antonio tenía que ir por pan y agua. Quedamos a la puerta del abuelo Pondera, a la hora de siempre.

---

## EL RINCÓN DEL SEÑOR MIGUEL

### CAPALAPERRA



Quedamos en la esquina del tío Pondera. Para mí, esta casa guarda muy buenos recuerdos. Precisamente, en esta taberna, quité yo las primeras pajas. Antonio, me miró con cochineo. No pienses mal, que lo de quitar la paja es obra cosa. Mi madre me mandaba a casa de la señora Gregoria, que así se llamaba la mujer del tío Pondera, a buscar la media zumbre de vino para comer. Me llenaba la botella con cogolmo, y me pedía que le quitara la paja: la paja era el sobrante; otras veces, me daba la pinta; lo de la pinta, te explico: cuando ella llenaba las botellas, solía verter algo de vino, que recogía en un plato grande de barro, que tenía posado en el suelo. Ella tomaba el recipiente de medio cuartillo, y, del plato, tomaba una pequeña cantidad de vino, y me decía: ¡Anda, echa una pinta! De verdad, a mí la señora Gregoria me tenía mucho afecto, y yo a ella; algunas veces, me entregaba el medio cántaro, y me pedía que bajara a la bodega y se lo

subiera lleno: “de la primera cuba y ten cuidado con la espita, apriétala bien” - me recomendaba.

Y dimos vista a la plazuela de Santa Ana, y centramos nuestra vista en el rincón del señor Miguel “Capalaperra”. No sé si es un rincón o el cantón de la plazuela de Santa Ana, el caso es que se halla ahí inalterable y callado a la espalda de lo que, un día, fue una ermita, después escuelas nacionales y, hoy, centro cultural municipal, saludando a todos los que vienen de la plaza o de cualquier sitio por la calle Oriente. El rincón de los “Capalaperras” lo preside la casa del señor Miguel y lo flanquean por la izquierda las casas de la tía Pelegrina; la de Lucas Zaballos Magüele (Malhüele), que después habitó Santiago el Zahoril y hoy Roque Lauro; la de la tía Madrileña, que, posteriormente, compró el Valeriano el correo; las dos de éste y la del abuelo Juan Alonso Camaces; y por el lado derecho, en el rincón, la de la tía Pascua la Sexmera, que vendía sardinas; la casa del tío Blanco, guarda de viñas, el del percance con el toro en el camino de las Cárcavas (Pedro Cusina) y otra vivienda de Miguel Capalaperra, que, cuando yo era un gazapo, se la tenía arrendada a un señor forastero que atendía unas vacas lecheras; y, finalmente, vivió en ella Rita la Capalaperra. Recuerdo que dicho ganadero tenía una hija muy guapa y muy salerosa, que todos los días salía por el pueblo con la cántara y el cuartillo a vender la leche. Un mozo macoterano se enamoró locamente de ella. La familia era y es muy amiga de mi padre, (algo familiar), y me acuerdo que un día estábamos sentados mi padre y yo a la lumbre de su casa y la madre de “calixto” le espetó a mi padre: “Habla con el mi hijo, que ésta me lo pierde”. Yo, sinceramente, no entendí eso de que me lo pierde. Para mí perder era otra cosa. ¡Lo que es la inocencia!

El rincón del señor Miguel ha dejado muchas vivencias y añoranzas en grandes y pequeños. Las señoras mayores lo usaron como solana. Todas las tardes, se reunían en el lugar más acogedor, después de dejar la loza bien

aviada a escurrir en el latón del fregadero, a charlar con las vecinas, mientras una ponía un remiendo al pantalón, otras cosían el tomate del calcetín o hacían punto o confeccionaban una bata de percal a la muchacha. Todas tenían su quehacer, aunque tampoco faltaba la mirada escudriñona de la del “brazo sobre brazo”. Cuando refrescaba o se movía el aire, ponían un varal estribado en la pared y echaban sobre él una manta del campo, y así preparaban un buen apatusco.

Las alumnas de doña Adora y doña Rosalía lo utilizaron como patio de recreo. Los muchachos les dejaron también, para este menester, un cacho de la plazuela, la que daba al frente de la casa de Francis. Aquí corrían al “dao”, jugaban a la comba y a las mecas; jugar a las mecas solían hacerlo en la zona empedrada, que servía de acera a las casas de Pedro el Cusina y sus aledañas. Cuando yo escribí el libro sobre “El habla y los juegos populares, en Macotera”, que patrocinó mi amigo Antonio Jiménez “Corneta”. Me llamó la atención el conocer los nombres, que daban las muchachas a cada una de las caras de la meca: le decían “aguas”, a la cara más ancha y más hundida; la cara contraria, la nombraban “correas”; la cara lateral más lisa, la decían “culitos”, y, la contraria, más hundida y labrada, “chichas”, y se las veía a cada una con una bolsita, donde guardaban el artilugio.

Cuando las chicas tenían que hacer aguas se iban al regato del señor Manuel Barriles, porque los muchachos tenían acotada la trasera del corral del señor Gabriel Junquera, que un día compró el Niño para guarecer sus ganados y, actualmente, es propiedad de un hijo de Amador el Antón, y la del señor Mateo Molleta (casa de José el fontanero). Los muchachos, entre nosotros, a las aguas mayores, las decíamos jiñar.

## LA ERMITA Y ESCUELAS DE SANTA ANA



-¿Nos sentamos?, a mí, el estar, a pie quieto, me cansa más que andando.

Nos encontramos en la loma de un cerro; justamente, en este entorno, fue donde se levantaron las primeras casas del pueblo, y sus pobladores lo primero que construyeron, fue su iglesia, y, a continuación, alzarón sus casas alrededor.

-¿Cuándo sucedió esto?

-Tuvo lugar en una época muy oscura, no se tomaba nota de nada, no dejaban constancia de sus hechos. He rebuscado, pero es como buscar una aguja en un pajar. Sí tengo constancia de que Alfonso VII repobló unas aldeas del territorio de Alba de Tormes a mediados del siglo XII.- ¿pudo estar Macotera entre ellas?

- Vete tú a saber. Lo que sí se puede considerar, como válido, que antes de la guerra de Castilla y León (1196), ya existía Macotera, y que fue completamente devastada por los castellanos, como sucedió con las otras

aldeas e, incluso, con la villa de Alba; y que pasados unos años, en 1224, Alfonso IX las repobló con gentes traídas del norte.

-Y, con esto, tenemos su nombre, Macotera.

-Un analista nos dice que el vocablo Macotera es de origen indoeuropeo, una voz prerromana, y que significa, para él, “hombres de mandíbulas grandes”; este filólogo nos lleva al periodo neandertal. El caso es que tenemos en el término un paraje que llamamos Macolla. Parece que hace referencia a rebaño o a campo de trigo, y esta interpretación puede ser más acertada.

-Y, ¿sobre la ermita?

-Nos encontramos en la misma situación de incertidumbre: lo que sí puedo afirmar, sin error, es que fue la iglesia de la aldea, pues la iglesia parroquial se edificó a finales del siglo XV y principios de XVI, y el pueblo no podía estar sin iglesia. Y las otras ermitas no podían ejercer de iglesia, porque estaban a las afueras del pueblo, en los inicios de los caminos, que nos unen con los pueblos vecinos.

En 1563, se colocó, en la ermita, un hermoso retablo de talla y pintura, obra del entallador salmantino Juan Guerra; unos años después, se cayó su campanario de piedra y hubo que colocar la campana sobre la tribuna, que retumbaba con su sonido, y, por el hueco de la torre, entraba un frío que atería a los que estaban en misa, y el polvo, que entraba, deterioraba el retablo y su pintura; entonces, el visitador diocesano mandó al mayordomo que comprase un guardapolvos de angeo (lino basto) teñido de azul, con la insignia de Santa Ana, que “protegiese el retablo nuevo del detrimento del polvo que hay y cae en la ermita”, y que, sobre lo que quedaba del campanario, se “levantase un arco de ladrillo y cal para colocar la campana”. Sabemos también que la puerta de entrada la cobijaba un hermoso soportal, y mostraba una cruz ante la puerta, y que tenía una casa, que el ermitaño no utilizaba, y el mayordomo la vendió por 5.500 maravedís; y, a su sombra,

descansaban las paneras de la iglesia, donde se guardaban los cereales del diezmo; y que el ermitaño se encargaba de su limpieza y cobraba, por ello, media fanega de trigo.

En septiembre de 1825, el señor Obispo suspendió el culto en las ermitas del Santo Cristo y de Santa Ana, hasta que no se adecentasen interior y exteriormente, y tengan los ornamentos sagrados competentes; además, ordenó enterrar las imágenes, que hay en ella, porque, por su fealdad e indecencia, no se debían exponer a la veneración pública.

En 1851, el Obispo cedió los terrenos al Ayuntamiento, porque la ermita se encontraba completamente arruinada, sin puertas e inservible para el culto, para que construyese unas escuelas; la imagen de la Santa se trasladó a la iglesia, y se colocó sobre el altar del Rosario; y se levantó, en el tejado de la iglesia, una espadaña de ladrillo para colocar su campana, que nos convoca a misa y otros cultos

En agosto de 1863, el concejo vendió 38 huebras de tierra en 49.438 reales, para construir, en ese solar, dos escuelas: una de niñas y otra de niños. Además, se contaba con 10.000 reales, que había ofrecido el Arzobispo de Santiago de Compostela, don Miguel García Cuesta, para este fin.

Apenas se finalizaron las obras, se arruinaron por su pésima construcción. El Ayuntamiento decidió instalar la escuela en la panera del pósito, dentro de las épocas, en que dicho local no se utilice.

En marzo de 1879, protestan los vecinos de la plazuela de Santa Ana por el peligro del edificio arruinado, en el que juegan los , y recaban del Gobierno que se adopten las medidas pertinentes para su reconstrucción.

En octubre de 1883, el gobernador comunica que el presupuesto de las obras de las escuelas asciende a 80.000 reales, que el Ayuntamiento compre un trozo de casa para completar el terreno indispensable. Adquiere un terreno en 1.641 reales, dinero que está incluido en dicho presupuesto. Y se anuncia

la subasta. El proyecto incluía la construcción de dos escuelas de niñas y tres niños. Escuelas, por las que hemos pasado varias generaciones de niñas y niños. Unas escuelas amplias, soleadas, firmes, con un basamento de piedra de pajarilla y muros de doble asta de ladrillo, con una techumbre sólida de madera de pino, que apoyaba sobre los muros y sobre unas columnas de hierro circulares. Cada una ocupaba una superficie de 99 metros cuadrados, con una capacidad para 125 niños. Recuerdo que, un día que me tocó barrer, curioseé el registro escolar de don Jesús, y había apuntados 87.

Este fue el proceso que siguió la construcción de las famosas escuelas de Santa Ana, cuya solidez ha sido por todos vivida y disfrutada.

## LA CALLE DE SANTA ANA (1)



Retomamos nuestros paseos por el pueblo. Mi amigo, Antonio, llegó ayer de la capital, y quedamos para repasar la calle de Santa Ana.

El nombre de Santa Ana es un contagio de la antigua ermita, y es, también, el centro de un barrio castizo, populoso y, sobre todo, muy dinámico. En torno a esta calle, circulaba la actividad del barrio de abajo. En la época, que nos sirve de referencia, Macotera estaba dividido en dos grandes sectores: el Barrio de Arriba y el Barrio de abajo; y nuestro concejo estaba constituido por dos alcaldes, dos concejales, el procurador del común y el fiel de fechos, que ejercía de secretario; e incluso llegué a conocer el nombre de los alcaldes y concejales de mediados del siglo XVIII: Miguel Cuesta y Cayetano Jiménez, del barrio de arriba; y Pedro Cuesta Amores y Antonio Blázquez Seco, los del barrio de abajo; cada uno gobernaba medio año, y eran elegidos, entre los más pudientes, a mediados de diciembre; y, en el presupuesto municipal de

1752, figura la asignación que percibían los alcaldes y concejales, anualmente, 60 reales, los del bastón, y 30 reales, los ediles.

Cuando finalizaba su mandato, la corporación saliente presentaba las cuentas a la entrante, y si estas las veía limpias, las acataba, y, si no, exigía una explicación del descubierto, y, en algunas ocasiones, el alcalde tuvo que pagar, de su propio bolsillo, el montante del quebranto.

-Nos adentramos despacio en la calle Santa Ana, Lolita del alma..., y Antonio me interrumpió, para recordarse “¡los buenos ratos que me pasé, con los amigos, en la taberna de Emiliano y Benilde!” E íbamos avanzando, al tiempo, que le relataba las familias, que habitaban cada una de las casas: a la vuelta, en el chafán de la esquina de la calle, tenía su casita la señora Ramona, la barbera, se la motejaba barbera, porque asistía a las mujeres en el momento de dar a luz; ahí, vivió el tío Julianete y Nicanora, padres de Pedro, “el bachiller”, que se le conocía por “Nicanor”, un lanero, que tenía la panera, donde hoy ha levantado su vivienda mi amiga Fili, la de mi amigo Francisco el Esparrama; y, en esa otra, el tío Damián el Maruso, que vendía abarcas y peces de Alba; y en la de enfrente, la tienda de ultramarinos del tío Pedro Trigo, que lucía siempre blusa negra y sombrero de pico, y era muy buena persona, pues había nacido para no molestar a nadie. Y un personaje típico del barrio, el tío Botellas, que era cuñado del tío Güí, que vivía un poco más abajo; ambos se pasaban el día trabajando en su huerta, que poseían en la Carramolino, y regresaban a casa, cada tarde, con el burro cargado con dos cestos grandes, llenos de hortalizas, que las mujeres y los muchachos acudíamos a comprar al anochecer.

-¿Y por qué se llama a ese paraje Carramolino?, me corta Antonio, porque, enfrente mismo de la huerta del tío Botellas, al otro lado del río, a la vera derecha de la cañera, que desciende desde las Colás, y lindero con el huerto de Juan Albarrán, se alzaba el molino viejo, aún se conservan los restos de

uno de los pilares; o sea, que Macotera contaban con dos molinos, el viejo, que era del concejo, y el de arriba, que era propiedad de la iglesia de Santa Cruz de Alba.

Y como esta calle da mucho material para llenar folios y más folios, vamos a parcelarla en bloques, para no perder ripio; pero, antes de dejar el corte abierto para mañana, quiero comentarte que, entre los dos barrios, existía un poco de picadilla, como cuenta la canción: “en la calle de Santa dicen que no vive nadie”; parece ser que los de arriba miraban un poco, solo un poco por encima del hombro, a los del barrio de abajo; como se dice, hoy, los “ninguneaban”.

Y, entonces, los de Santa Ana, replicaban: “Vivimos, además, la luna y el sol y el lucero, cuando sale”.

Y siguen abundando en la respuesta: “en la calle de Santa Ana, hay bellotas, como peras, para cebar a las damas, ¡Lolita del alma!, de la calle Las Aceras”.

Pero, al fin, se firmaba la paz, como buenos vecinos, degustando ...“las avellanas que traigo para los dos”.

## LA CALLE DE SANTA ANA (2)



Abrimos la puerta de arriba, de cristales, de la casa de la señora Alfonsa.

-¿Se puede?

-Pasad.

La señora Alfonsa, sentada al frente de la mesa camilla, leía el promotor.

-¿Qué se os ofrece?

Cada uno le pedimos lo que, en aquellos momentos, le apetecía. A mí, me sirvió un puño de caramelos de menta, y, a mi amigo Antonio, un vaso de cacahuètes y un chupachús.

La señora Alfonsa estaba casada, con el señor Gaspar el Roble, que era de Santiago. Este matrimonio estuvo siempre muy vinculado al portal de Belén, pues, cuando le nacieron sus hijos no tuvieron necesidad de mirar al Santoral, pues el belén se lo puso todo en bandeja. Una vez vino al mundo, su primer hijo, lo pusieron José, y cuando nacieron los otros tres, echaron manos de los Reyes Magos: Melchor, Gaspar y Baltasar.

El señor Gaspar era una persona muy activa y muy ingeniosa; se dedicaba a transportar mercancías a Peñaranda con un carro y, después, cuando los hijos se hicieron mozos, se compró un camión para el mismo oficio; al principio, lo llevó José, su hijo mayor, y, cuando se casó este, lo condujo Gaspar; José se hizo una casa frente a su padre, donde montó una tienda de tejidos, que, posteriormente, vendió al señor Marcelino, un sastre de Tordillos; y recuerdo, que Isidro Pachulo aprendió a coser en esta sastrería. Digo, más arriba, que el señor Gaspar era ingenioso y bromista, porque le gustaba participar en las distintas parodias, que se organizaban en el barrio. En una de ellas, representó una boda: él ejercía de novio y la tía Berrenda, la madre de Petra, de novia. La pareja de novios recorrió todo el barrio invitando a los vecinos a la ceremonia, pegaron a su puerta las pregonas (amonestaciones), y, en el día señalado, se celebró el ritual con toda solemnidad, y fue muy concurrido, incluso llegaron curiosos de otros lugares; y, a esta escenificación, siguió la simulación de la matanza del abuelo Berbique, el de las loas, que sacrificó un marrano, lo chamuscó, e invitaba a una copa de aguardiente y a un higo a las gentes, que bajaban a la misa del hospital: eligió bien la hora y el domingo, para mayor expectación. Le costó deshacer el verraco, pues se trataba de una víctima de granito.

Por lo contado, fue un barrio muy castizo, alegre y trabajador. Saludamos, al paso, a la señora Teresa La Chaga, al señor Juanfra el Garbanzo, a la señora Catalina, a Antonio el Bicho y a su mujer, M<sup>a</sup> Antonia, modista de cartel y a la señora Rosario la Andaja, que tomaban el fresco, sentadas en una silla de espadaña de las bajas

También fue una familia muy significada la del tío Chaquetilla, que congregaba, en torno a su puerta, una mesa de tertulia, que duraba desde media tarde hasta bien entrada la noche, con un receso para cenar. Allí, se comentaba de todo con el mayor respeto, pero con el mejor gracejo; enfrente,

la vivienda del señor Cristóbal Gabrieluco, un gran ganadero de vacuno, que asombraba, en los encierros de san Roque, por su destreza, a la hora de cerrar los novillos.

Por costumbre, nos gusta investigar el origen de las cosas, y, en este momento, nos vamos a detener en el porqué de la canción popular "Si no hay toros, tampoco baile", y que tuvo también su complicidad el barrio de Santa Ana.

El primer año del siglo pasado, cayó una tormenta, el día de san Pedro, que arrasó toda la cosecha. La gente no tenía ganas de fiesta y, aquel año, no se pidieron los toros el día de Santiago, como era costumbre; pero el Ayuntamiento quiso aliviar un poco la tristeza del personal, y programó, para los días de san Roque, un baile en la plaza; vino a tocar el tío Haragán, de Tordillos; pero los mozos se declararon en rebeldía, y le gritaron al alcalde: "Si no hay toros, tampoco hay baile", y así lo propagaron, con música, por calles y plazas. El dulzainero no sabía qué hacer: si obedecer al alcalde o marchar a la taberna del tío Pedro Rubio, en la calle Las Fraguas, donde se hospedaba.

Por fin, hubo acuerdo: José Matilla se brindó a correr a Peñaranda a poner el telegrama al Gobernador, en que se solicitaba el permiso para correr los novillos. Regresó con la aprobación en el bolsillo, y el alboroto y la jarana se adueñaron de calles y plaza:

"Hay toros, los carros". Lesmes, (santanero), Sabalete y Walías tenían pastando en el prado una remesa de novillos. El día 16, no hubo toros, porque había que preparar la plaza. Las corridas se celebraron los días 17 y 18. Los doce novillos se corrieron a cambio de la hierba consumida por la manada en los días precedentes a la fiesta.

## LA CALLE DE SANTA ANA (3)



Nos refrescamos en la fuente de la plazuela de Santa Ana. Me puedo equivocar por muy poco, pero, hacía 1963, la mandó construir nuestro alcalde, don José Flores, ese macoterano, que realizó una labor extraordinaria en el pueblo, y el pueblo no ha sido capaz de reconocérselo ni en vida ni después de su fallecimiento. Deudas, que quedan suspendidas en el “mayo” de la historia, como un reproche.

Y mi amigo Antonio y yo nos acercamos a saludar a los vecinos, que se asomaban a la puerta a satisfacer su curiosidad. Como Antonio solo los conocía de vista, se los fue presentando: el señor Juan el sereno, que avisaba a mi padre, cuando le requería un enfermo o una parturienta a altas horas de la noche; el señor Antonio el Guindín, que se ganaba la vida vareando colchones de lana; el señor Manuel el Galo, el señor Liborio

Guerras, el bonachón de Militón y el señor Mateo Rubio, reconocidos trabajadores del campo y de la lana, el último.

Después del saludo, volvimos a la vera de la fuente, y se acercó mi amiga Teresa la Tavera, pero, ¿qué os traéis entre manos?

-Este muchacho, que no conoce el pueblo, y se lo estoy enseñando.

- Le aproveché para preguntarle: dónde vivían la tía Petronila, el tío Custodio, el tío Lesmes, Petra la Güisa, el tío Berbique y la madre de Morata. Y me vino a la mente la imagen de mi amiga Leonides y Agustín, los padres de Catalina, Manoli y Matilde

Tere me señalaba, al tiempo, que me iba explicando las transformaciones, que había recibido cada una en su estructura, y la naturaleza de los nuevos inquilinos.

Y dejamos atrás la barbería de Vidal, la droguería de Isabel la Neguilla, señora Teresa, Marcelino y señora, el señor Miguel Berbique, la casa del tío Güi y de Nicolás el carpintero, nos detuvimos ante la casa de mi amigo Juan Machaca.

Antonio tenía referencias de Machaca por lo de las loas. Y le expliqué. Juan era un hombre del campo, con sus elementales conocimientos de la escuela, pero, con un ingenio especial para componer versos y poemas de calado social y humano. Cuando le venía la inspiración, escribía en el primer papel que se encontraba: un cuaderno viejo y casi deshojado, un papel de envolver, el reverso de una carta... Y, cuando disponía de cierto material, se iba por mi casa para que se lo pasase a máquina; y así, tiento a tiento, iba urdiendo la loa de san Roque; siempre le salía demasiado larga. Yo le insinuaba: "Juan, que lo poco agrada, y lo mucho enfada"

-Bueno, lo que tú digas.

Y me ponía, de vuelta y media, ante el rapsoda, porque le había cortado la loa. Pero, a mí, ni palabra; seguía yendo por mi casa año tras año, hasta el

duodécimo. El fruto de su imaginación fue tan intenso y profundo, que los amigos le hemos publicado cinco libros; el último “Con voz quebrada”, que se elaboró con los poemas, que nos dejó recogidos en una carpeta, y que patrocinó Caja Duero.

-Me hubiese gustado haberlo conocido, me cortó Antonio.

-No es tarde, lee sus libros y comprenderás su gran humanidad y su escalofriante sensibilidad.

En esa casa de frente, residió Juan Zaballos “Cañín”, un señor, que, un día de san Roque, se cayó en el toril con los novillos dentro. Ni lo tocaron, incluso dieron facilidades para sacarlo, poniéndose a mirar a otra parte, para que conozcas la nobleza de la raza brava.

- Allá arriba, me hablabas de Morata.

-¡Ah, sí! En 1948. Morata (Mariano Sánchez García) sufrió una cornada tremenda el día de san Roque. Se guarecía debajo de un carro y un toro, que parecía un buey, acometió el carro, y Morata tuvo la mala suerte de ser alcanzado por el morlaco. La cornada debió afectar a una de las venas, que pasan por el cuello, la yugular o una subclavia; los sanitarios del pueblo lograron detener la hemorragia, intervención que le permitió llegar a Salamanca, y, allí, le salvaron la vida. Fue tan aparatosa, que se suspendió la corrida, la gente, muy afectada, marchó a casa con pocas ganas de fiesta. Yo era un crío, porque yo también fui crío, ¿no crees?

-¿Y esas casas de la derecha?

- Una la ocuparon los Confitines, Gabriel y Antonio, un carpintero y un ebanista. Antonio fue quien talló la sillería, que hay en el presbiterio de la Iglesia; y han dejado otras obras importantes, como el sepulcro del Viernes Santo, grabaciones en puertas de casa y esculturas, representativas del patrimonio monumental de Salamanca

La panera de lana del señor Atanasio el Confite y la casa del señor Juanfra el carpintero, que trabajaba en compañía de su hermano Nicolás.

-¿habrás oído hablar de los Esparramas?

-No mucho, pero sí los conozco de vista.

-Pues vivieron en esta casa, aquí nacieron y se criaron sus hijos. El tío Julián, que así se llamaba el padre, fue un obrero del campo, pero empezó a comprar lana, a comisión, para un señor de Aranda de Duero (Berzosa); fue haciendo un dinerillo, y empezó a comprar partidas de su cuenta; en invierno, lavaban en el río Margañán, abrían un pozanco, no muy profundo, en el cauce del río, colocaban un tajo para apoyar un pie, y el otro, en la orilla; metían la canasta con lana y, con un hachuelo, la esponjaban bien, se sacaba a la orilla para que escurriera y se volvía a sumergir, hasta que quedaba limpia y aclarada. Se extendía en el vallado y, una vez seca, se envasaba en sacas en la panera.

Durante el verano, como se secaba el río, lavaban en Alba, debajo del puente. Allí hacían el día y la noche; en el hato, comían y dormían, y la comida y la cena se la servía la posada de Malhuele, (Malgüele) de procedencia macoterana.

Y nos adentramos en la plazuela del hospital. Antes de levantar el edificio, el solar lo ocupaba una corraliza de una cuarta y un huerto de tres cuartas, con una plantación de árboles frutales, propios de Raimundo y Laureano Blázquez, Ranes.

Mañana te explicaré lo que sucedió en Macotera en 1885, y la construcción del hospital-escuela.

## ESCUELAS DEL HOSPITAL DE SANTA ANA



“El padre Cámara, obispo de Salamanca, había llegado a la ciudad en agosto de 1885, y observó que el territorio, que abarcaba su jurisdicción, se hallaba atacado del cólera, y que la villa de Macotera fue uno de los pueblos que, principalmente, sufrió los rigores de la epidemia, por lo que decidió visitarla; y hallándole falto de medios, con que resistir la peste, le inspiró el Señor la idea de erigir allí un hospital”.

Así fue, el 10 de septiembre, cuando aún la peste estaba todavía en su plena virulencia, el Prelado agustino se personó en Macotera. Y, en el Boletín de la diócesis, nos ha dejado la descripción de Macotera, tal como la encontró:

“Macotera es un pueblo extremadamente pobre. Sus casas son de tierra, y apenas si se elevan del suelo un par de metros. Los habitantes más acomodados viven solo en plantas bajas, y excusado es, por tanto, añadir

que aquí no se conocen escaleras ni pisos principales; y de las ochocientas familias, que lo componen, las trescientas son pobres de solemnidad, asistidos por facultativos de menesterosos. Ciento más no están declaradas como tales, pero, a mi juicio, bien merecen el título.

Son los vecinos trabajadores, que parte del año tienen jornal, y otra buena parte carece de él. Su pobreza les obliga a ser un tanto industriosos, si bien en perjuicio de su salud, dedicándose a la limpia y comercio de lanas del país, extendiéndose por todas partes del España, y llevando sus reses de uno a otro extremo, para ganar escasos maravedís. Los infelices, con tal industria, no pueden sobresalir en la limpieza y aseo ni de sus personas ni menos de sus viviendas, e importan a sus casas la epidemia de los pueblos infestados. De ahí que Macotera recogerá siempre la mortífera semilla...”

-Timi, ¿qué me dices de la descripción que hace el obispo de Macotera?

La fotografía física del pueblo de finales del siglo XIX, me parece muy acertada. Eso que cuenta de las viviendas, me ha tocado conocerlo en vivo; pero de otras manifestaciones, que tienen que ver con las personas, no estoy nada de acuerdo con el Prelado. No me ha gustado nada que tilde de infelices a las laneros y tratantes de mi pueblo, porque se ganen la vida dedicados al negocio de la lana y del ganado. La profesión industriosa es tan digna y honesta, como pueden ser otras de la cuerda del obispo. ¿O es que prefiere incluirlos en ese grupo de personas, que no reciben jornal? Lo de la higiene y aseo afectaron por igual a toda la población, y la semilla mortífera puede anidar de la mano de cualquiera que se desplace.

-Antonio, me he puesto serio, pero, cuando me rechina algo, no me puedo callar.

Sigamos con el relato.

La epidemia se inició el 21 de agosto y finalizó el 19 de septiembre; durante esos 29 días, fallecieron 77 personas, (algún escribiente llegó a publicar que

la peste se había llevado consigo trescientas personas); todos los días se inhumaban tres o cuatro cadáveres, incluso, hubo alguna jornada de siete entierros; entre las víctimas se hallaban trece niños, el mayor de once años.

Y estamos ante el hospital – escuela. El edificio - escuela se inauguró el 12 de julio de 1894. Fue el día 10 de octubre de 1885, cuando el Ayuntamiento reunió a las autoridades locales, y se determinó construir un hospital y escuela, para remediar la falta de medios sanitarios e higiénicos del pueblo y acoger a los niños pobres, que se perdían en la calle. Nombraron una junta presidida por el párroco, el alcalde, el juez y el primer contribuyente; se repartieron las responsabilidades. Ella se encargó de activar los trabajos preparatorios y de abrir una suscripción. El pueblo respondió y, con él, muchas personas forasteras, dispuestas a colaborar en paliar las consecuencias que había dejado tras de sí el cólera.

Raimundo Blázquez donó una corraliza de algo más de una cuarta, que tenía en la calle de Santa Ana. Laureano Blázquez siguió su ejemplo, y ofreció una huerta con árboles frutales, que lindaba con el regalo, de tres cuartas de superficie. Todo lo convierten en un predio urbano, y se lo cedieron al señor Obispo por medio de escritura pública, que firman el 30 de agosto de 1893. En este solar, se levantó el hospital y escuela, construido, todo él, con piedra de granito,; ocupaba una superficie de 576 metros cuadrados; la obra importó setenta mil pesetas, se satisfizo plenamente, gracias a la generosidad de los macoteranos y de personas foráneas.

Se concluyó la obra y hacía falta dinero para el mobiliario y su puesta en funcionamiento. Este gasto lo asumió la Vizcondesa de Bahía Honda. Se inauguró el 12 de agosto de 1894. Al acto, asistió el señor Obispo, Padre Cámara y Castro, la Vizcondesa de Bahía Honda, las Hermanas de la Caridad, sor Magdalena Elizondo, Superiora, sor Isabel García y otra hermana, que no figura su nombre, las autoridades locales y todo el

vecindario. Se puso bajo el manto de Nuestra Señora de los Dolores y se erigió en memoria del Eminentísimo Cardenal don Miguel García Cuesta, Arzobispo de Santiago de Compostela.

El hospital de Santa Ana fue escuela, hospital de heridos de guerra; escuela, de nuevo, y residencia de ancianos en 1971; y, una vez acondicionado, la flamante residencia de ancianos de Santa Ana.

La labor, que desarrollaron las hijas de la Caridad, fue impresionante, como docentes y como enfermeras, y así se lo reconoce el pueblo y los alumnos, que pasaron por ella.

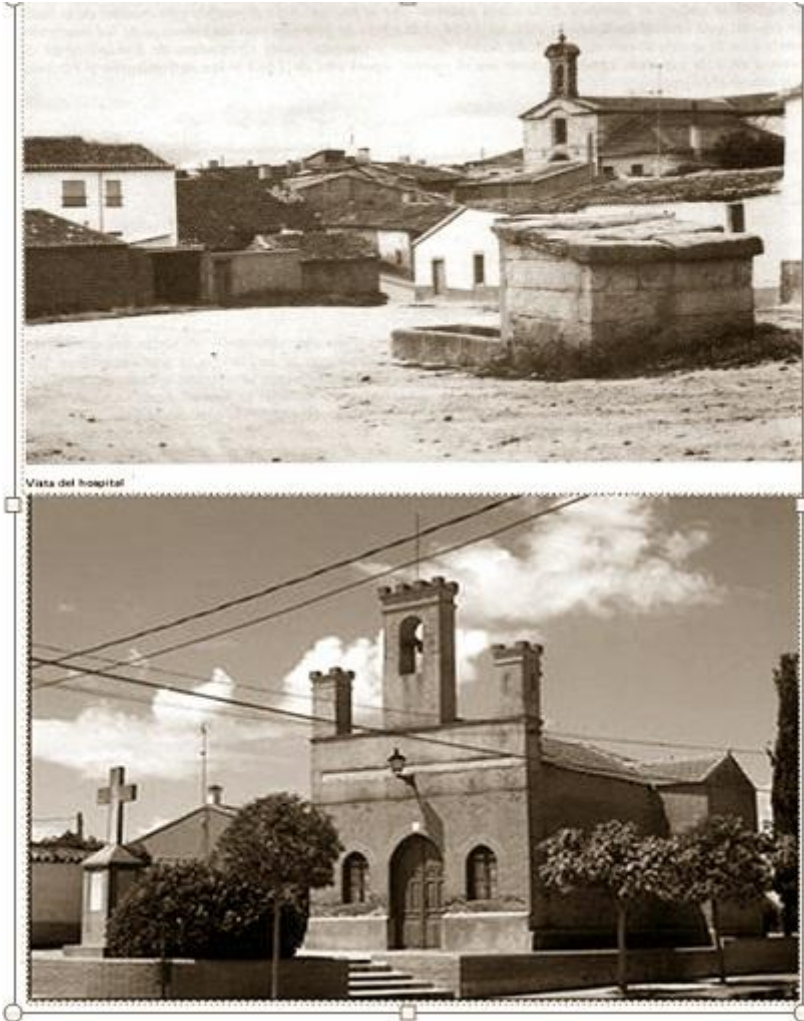
-¿Y esas casas abandonadas de la plazuela?

-La del rincón la habitó la familia del tío Padilla; esa otra, Juan el Berna y la siguiente, Pablo el Chaga; en esa, que está abierta, Rita la enterradora. Y ya, fuera, nos dirigimos hacia el regato del Molino; y, amablemente, nos saludaron Agustín Echatierra, Alfonso Patitas, Florentino Alubiero, Pedro Sabino, la tía Bolola, la abuela de Ramonín, el tío Chaparro y mis amigos, Sebastián el Chan y Jesús el Manolajas.

Ya, en el regato, comprobamos que ha desaparecido la verja, que peinaba el agua de tormenta, que arrasaba con todo lo que pillaba a su paso.

Volvimos la vista atrás, y le comenté a mi acompañante, Antonio: “ y dicen que no vive nadie”, y he contado setenta y nueve casas, un hospital y un pajar”.

## **“POTELLÍ” Y LA ERMITA DEL CRISTO**



Ayer, mi amigo Antonio y yo lo dejamos a la vera de la fuente de Santa Ana. Según bajábamos por la calle de Santa, nos sintió Morenín, que se preparaba para subir al bar de la plazuela del Moreno, y nos invitó a un café de puchero. La mujer nos sacó un plato de roscas, que había elaborado por la noche. Nos sentaron bien, y Morenín nos deseó buen día

con su sonrisa característica y el gesto espontáneo de un hombre bonachón.

Y nos adentramos en la calle del Molino. Se la nombra así, porque era el camino más utilizado para ir a moler al molino de arriba (existió el de abajo). Hasta hace unos años, fue un regato bien encajonado por un vallado, moderadamente profundo. Para superar su desnivel, hubo que construir unos puentes en la desembocadura de las calles que afluyen en él. Precisamente, donde nos encontramos ahora, se alzaba el puente de Santa Ana; era el más estrecho y corto; un poco más arriba, el puente del tío *Pezuños*, que daba acceso a los vehículos y personas procedentes de la calle de La Plata. Hace muchos años, sería yo un adolescente, cayó una tormenta de a cántaros, cuya agua arrasó con todo lo que encontró en su camino, se obstruyó el ojo del puente y se anegó la casa del tío *Petuños*, hasta el punto de casi ser derruida. Y, al final, del regato, en su confluencia con la calle Honda, el puente del porquero, el más antiguo y el más utilizado por el vecindario.

En esa casa de enfrente, vivió el tío cestero; se le veía siempre a un costado de la puerta, urdiendo con mimbres, que cortaba en la ribera del río Margañán o de otros ríos próximos, cestos, cuévanos, canarras, aguaderas y banastas. Le admiraba por la destreza con que trenzaba la mimbre y el remate final de la pieza. Y te comentaba, que el camino del molino corre paralelo al regato, y que, un trozo más abajo, se une con el regato de Nuestra Señora de la Encina, en el punto, que conocemos como los Dos Arroyos.

En una de las corralizas, que cortejan el camino, vivió el tío *Cone*, que fue aguardientero y guarda de las eras. Era tartamudo, o sea, que hablaba con media lengua, su mujer se llamaba Agustina y vivía, con ellos, una cuñada soltera. Era chiquinín, pero muy chistoso. Me contaba que, en un

tiempo en que estuvo de pastor, mandó, al zagal, que se colocase en la linde de una finca sembrada, para que no entrasen las ovejas. Le insistía al muchacho a voces: ¡¡¡*Potellí!*, ¡*potellí!!!!*... El mozuelo le entendía bote allí; buscaba por arriba y por abajo, y no hallaba el bote. El tío Cone le gritaba y le señalaba el lugar. El chico le insistía: "*no lo veo*"; por fin, el muchacho cae del burro y entiende la orden del tío *Cone*. El *potellí*, *potellí*, era ponte allí. ¡Acabáramos!, musitó el pobre chaval.

De pequeño, me insistía mi madre: "no llames al señor Ángel, tuno, que te la encuentras". Pero el señor Ángel me confundía. Él tenía mucha amistad con mi madre y le contaba mil cosas y chistes. Recuerdo que, una noche, sentados en la piedra, que tenía colocada a la vera de la puerta de su casa, contaba a mi madre que un día iba a arar con una pareja, formada por un burro y una mula, un cacho besana, que tenía en la ladera del río. Solía ir por el camino del tío Caracoles (Molino). Un día lo vio el tío Cone arreando la yunta y, al llegar a su altura, le espetó

- "Ágel, tú no, tú no tienes vacas"

El señor Ángel le respondió con sorna

- "Con e, con e dinero se compran".

Hace unos días publicamos la foto de la carroza, que presentamos en el desfile de Peñaranda; representaba una cocina charra, y figuraban, en ella, como protagonistas, el señor Pedro Zahoril y su mujer, Isabel la Pontera; pues bien, en esa corraliza, que dejamos a la izquierda del pozo, el señor Pedro cerraba su piara de ovejas.

-Me hablas de corraliza, me espeta Antonio.

- En Macotera, distinguimos entre corral y corraliza. El corral es una pieza más de la vivienda; la corraliza es independiente de la casa, y también, más amplia.

No queda rastro, pero, en este punto, existió un pozo de agua buena,

quedó tapado con la pavimentación, una vez llegó el agua a las casas. Antiguamente, hubo dos pozos de agua buena en el pueblo: el de arriba, (el del “Encañao”), se le conocía por el **pocillo**; el de abajo, a la salida para el prado, el **pozuelo**, que fue construido en 1862, siendo alcalde Antonio Sánchez Walías. En 1893 Moneo de Salamanca les colocó una bomba para elevar el agua; y el Ayuntamiento aprovechó el momento para pedirle presupuesto para la construcción de un puente de hierro sobre el río Margañán en el paso de Angorrilla. Un año después, Moneo construyó el puente y colocó una tapadera de hierro al Pocillo, pues se dio el circunstancia de que, en el fondo del pozo, se habían visto restos de animales muertos. El Ayuntamiento mandó que se limpiase el pozo, ya que existía repugnancia entre los vecinos y dejó de ir a buscar agua.

Y seguimos la ruta en dirección a la ermita del Cristo. Es una de las cinco ermitas de que gozó Macotera en la antigüedad, y que aún se mantiene en pie junto con la ermita de la Virgen de la Encina. Se encuentra a la salida del pueblo hacia Tordillos. Hoy forma parte del casco urbano, pero, antaño, se hallaba separada del mismo quinientos pasos. Su estructura era la habitual en su tiempo: adobe, techo de madera y teja castellana; pero, como le sucedió a la ermita de Santa Ana, hubo que repararla, pues amenazaba ruina. En septiembre de 1825, el señor Obispo ordenó se adecentara interior y exteriormente y, además, mandó enterrar las imágenes que hay en ellas, *“por su fealdad e indecencia”*.

Un siglo después, en 1926, hubo que reformarla de nuevo; en esta ocasión, se forraron las paredes de adobe con muros de ladrillos y se le dio la fisonomía actual; el tejado fue sustituido por teja plana, se han embellecido sus alrededores con parterre y la plantación de árboles y la colocación de asientos.

Preside el altar una talla del Cristo de las Batallas, bastante interesante, que data del siglo XVII.

En esta ermita se celebraban, con toda solemnidad, los cultos del día de la Cruz: el 3 de mayo y el 14 de septiembre, hasta que se hizo cargo de la organización de la fiesta la mayordomía de la Cruz, que, en este caso, el culto se hacía en la iglesia por falta de espacio. Actualmente, conserva su plantel de mayordomas, que se encarga de la limpieza, del mantenimiento del recinto y de tocar la campana en la mañana, al atardecer y por la noche, a la hora del rosario.

Antaño, durante los viernes de Cuaresma, se bajaba en procesión desde la iglesia, entonando cantos y salmos penitenciaros, y, una vez allí, se recitaban los salmos del “Mirerere”; después, se retornaba a la iglesia por la calle del Cristo, razón por la que, a esta vía pública, se la bautizase con el nombre de Cristo.

Se sigue con la costumbre del ritual del Viernes Santo: se rezan unos salmos mientras los nazarenos, con la cruz acuesta, hacen un pequeño descanso. Ya que hablamos de nazarenos, muchos jóvenes se comprometían a llevar la cruz en el santo Entierro, en agradecimiento al Santo Cristo, porque les había librado del servicio militar o habían salido ilesos de todos los peligros en su vida de campaña.

## LA FUENTE DEL CARRIL Y LAS ACERAS



Esta mañana, nos hemos levantado con ganas de andar, y disponemos de más tiempo, porque lo hemos dejado todo hecho. Llegamos a la ermita del Cristo, donde arrinconamos la tarea, que teníamos que emprender hoy. El día amaneció primaveral, con un sol sonriente, ese que anima todas las cosas y los espíritus. Vamos a asomarnos, unos momentos, a la entrada del camino de las Cárcavas; a la derecha, la panera y el corral, (todo solidez), del señor Serafín el Morroncho, no hace ya ruido ni tiene actividad, está ahí, solo, hasta que el hombre quiera. Y, llegamos al camino.

-¿para qué me traes aquí, si esto lo tengo requeconocido?

- Lo conoces tal cual está hoy, pero ignoras que, desde este punto, desde el principio del camino de las Cárcavas hasta el Melgarejo, y abrazado por el

camino de Tordillos y lo que hoy es la carretera de la Anaya, se extendía el Monte Viejo. Un encinar que acogía a 1.800 encinas, y ocupaba 326 huebras. La última encina, que miraba al prado desde la ladera, fue cortada en 1927. Este Monte, propiedad del Ayuntamiento, fue de gran utilidad para los vecinos del pueblo, porque, con sus hierbajos y montanera, se alimentaban los cerdos del pueblo, que se reunían, todas las mañanas, en el porquero, y su guarda los conducía hasta aquí, donde pastaban hasta el atardecer; y, después, retornaban a su lugar de encuentro, donde cada propietario pasaba a recogerlos. Estos cerdos sí que eran de pata negra, pues se alimentaban de la pura naturaleza. El concejo no cobraba cosa alguna por pastar en el monte y por aprovechar la montanera, siempre que cada vecino echase un solo cerdo; si decidía echar alguna cabeza más, debía abonar 12 reales por cada una. Hoy solo se conserva el nombre del lugar, en que estuvo asentado. Y ves ahí, a la vera de la carretera, ese edificio de la Mancomunidad, su solar fue una era de los “Fabianes”, que la permutaron por el porquero, ya en desuso, siendo alcalde don José Flores,

Sin prisa, avanzábamos por la carretera, porque estaba empeñado en enseñarle el manantial de la fuente del Carril. Saludamos a Victoriano y a su gente, que sortean lanas para el mercado; y a los hijos de Prim, que regentan, con mucho acierto, su fábrica chacinera, y que, según me cuentan, progresan adecuadamente; y saludamos a Jesús y a sus muchachos, que suben una gran ventana de aluminio a su camioneta, y que dicen que es la mía. Y nos introducimos en el camino de Alconada.

Antes de canalizar el agua de la fuente, fluía, abundantemente, por la cañera, y, a veces, se anegaba el camino. Mediada la ladera, trochamos una tierra y observamos como brota el agua medicinal, con cierta parsimonia, pero con insistencia. Antaño, así se afirmaba, con toda rotundidad, que el agua de la fuente del Carril estaba dotada de grandes poderes curativos. Era muy eficaz

en la cura de herpes y aftas juveniles. Se dice que los mozos solían darles buenos lavados de cara a las mozas, pues les hacía buen cutis. Este uso puso sobre aviso a la autoridad y a los padres, por aquello de que atentaba a la moral a plena luz del día. Se colocó un bando en el tablón del ayuntamiento, prohibiendo tal costumbre.

También se cuenta que el agua de la fuente, tomada a las dos de la mañana, en la misma fuente, de bruces, a lo natural, era conceptiva y fecundante. Así dicen que le pasó al tío Tieso, con su estéril esposa y una vaca asmática, que iban los tres a esas horas, se remozaron y las dos hembras quedaron y, al cabo del tiempo, nacieron dos hermosas crías.

Y este uso se hizo popular como narra el ripio que sigue:

Dime, ¿dónde vas morena?

¿Dónde vas macoterana?

Dime, ¿dónde vas lucero

a las dos de la mañana?

Voy a la Fuentecarril

a beber un vaso de agua,

que dicen que es muy buena

a las dos de la mañana.

Dime, ¿dónde vas estrella?

¿Dónde vas macoterana?

Mira que es sorpechoso,

a las dos de la mañana.

Voy a la Fuentecarril

a beber sus frescas aguas,

que dicen son saludables

y alivian todas las ansias.

Sin duda, el agua de la Fuente del Carril es la más saludable del pueblo, con un índice muy bajo de cal, muy apropiada para cocer las legumbres, y muy socorrida para aliviar enfermedades.

Y te sigo contando, en 1876, el Ayuntamiento acordó construir una charca en el lugar, para abrevadero del ganado; para ello, construyeron un vallado de contención ante la citada fuente; se abrió un sendero que conducía a la misma, pero los linderos protestaron, porque argumentaban que les ocasionaba perjuicios con el paso del personal y del ganado; y siguió con la protesta María García Hernández, en mayo de 1906; y hacia 1918, el concejo decidió entubar el agua, y construir una fuente con un gran pilón, en el chaffán de las calles Alconada y fuente del Carril, para utilidad de los vecinos y de los animales. Se pusieron al habla con el maestro de obras, señor Evaristo, que afrontó la obra con la mayor diligencia; ese constructor, que dejó su impronta en la edificación del Ayuntamiento, del cuartel, del matadero y de esas casas nobles de fachada de ladrillos, donde se muestran, en relieve, algunos símbolos religiosos, como las de los Cantarillas, Paco Molinero, tío Azúcar, Mateo Molleta y otras más, en la primera mitad del siglo XX. Y con la llegada del agua a las casas y la pavimentación, se eliminó la fuente, y, hace unos años, se le erigió un monumento en su calle, aledaño a la carretera, y que aún sirve para calmar la sed a los paseantes.

Y Antonio ha permanecido mudo esta mañana. Escuchaba y asentía: no le quedaba otra. Y pasamos por el pajar de los pobres, y le conté que fue el “portal de Belén” del pueblo, el que albergaba a las personas que no encontraban posada: los pobres de solemnidad.

Y llegamos a la calle Millán y Caro.

En Macotera, hace muchos años, existía un camino vecinal, que unía Mancera de Abajo con Tordillos, y se prolongaba hasta Alba de Tormes. A la

derecha de ese camino, se edificó la iglesia a finales del siglo XV y principios del XVI; a su izquierda, se alzaban unas casas de barro y tapial, cuya trasera daba al regato, que bajaba con su hilillo de agua, encajonado por un vallado hondo; la otra orilla del vallado, estaba ocupada por tierras de labor y herrenes; a estas “tierras fronteras” a las casas, se las denominaba “aceras”. Con el tiempo esta zona, se destinó a la construcción de nuevas viviendas y pajares; y su nombre de “aceras”, se empleó para denominar sus nuevas calles: Aceras de Abajo y Aceras de Arriba. Y el camino Mancera de Abajo - Tordillos se troceó en cuatro tramos, que nominamos Honda, Millán y Caro, Larga y San Gregorio.

-Me hablaste del porquero, ¿dónde se encontraba?

-Aún existe. Bajemos a la calle Honda, ¿No ves, allá abajo, una portadas verdes, entre el corral de Francisquín el Niño y Marcelo Parleta? Esas portadas no lo dejan asomarse a la vía pública, como tampoco el recuerdo de tantos juegos, que practicaron los muchachos en su recinto.

-¿Por dónde tiramos mañana?

-Mañana, descansamos. Nos vamos a tomar unas vacaciones. Materia guardo mucha en la faltriquera de mi memoria. No olvides que he convivido, durante treinta y cinco años, con los macoteranos de todos los siglos, y me han contado sus cosas, muchas cosas que no son secretos, y las he disfrutado con ellos y, hasta los he conocido con sus nombres y apellidos, y me despidieron con un hasta luego, porque yo, dentro de poco, más o menos, ya será historia como lo son ya ellos.

## EL PUENTE DEL ARROYO



Yo cruzo por allí todos los días, y, como es ya una rutina, que se viene repitiendo desde que tengo uso de razón, paso indiferente, hasta que, esta mañana, me he percatado de que ya no tiene dientes; solo enseña uno, y carcomido, en el que se suele sentar mi amigo Jerónimo, para tomar aire, cuando viene devuelta de su paseo diario al río.

Viejo es, pero no tanto, como para perder, tan pronto, sus dos pretiles, a no ser que haya sido víctima de los desaprensivos; en cambio, su infraestructura conserva su solidez y firmeza berroqueña de forma impecable.

Y el puente del Arroyo, como toda obra pública, tiene su historia. Y te adelanto: es hermano gemelo del puente que se construyó en la calle Honda, camino del Cristo, que decíamos del porquero. Ambos puentes vinieron al mundo el día 28 de enero de 1940. Su partida de nacimiento dice:

“Reconocida por la Corporación la necesidad urgente de construir un puente en la calle Honda sobre el regato del molino, para hacer posible la salida y paso a la carretera de Guijuelo, y reconocida, asimismo, que es de tanta necesidad construir otro puente en el paso de los dos Arroyos, para hacer posible el acceso a la villa por el camino del arroyo de arriba, por unanimidad, el Ayuntamiento acuerda que, por el señor Alcalde, se haga venir a un maestro de obras de Salamanca, para que, sobre el terreno, redacte el proyecto y formule el presupuesto de gastos, que pueda importar la construcción de ambos puentes. Y una vez, la Corporación acordará lo que estime más conveniente y beneficioso al municipio y a los intereses municipales.”

El 11 de febrero de 1940

La Corporación recibe el presupuesto de gastos, que, para dicha construcción, formuló el maestro de obras don Jacinto Corral, traído, expresamente, para este fin, y cuyo presupuesto ascendía a la cantidad total de 21.768 pesetas, cantidad que, a juicio de la Corporación, resultaba muy elevada.

La corporación acordó realizar gestiones precisas al objeto de ser posible de encontrar el medio de realizar las obras proyectadas lo más económicamente posibles; el concejal Ildelfonso Bueno (Maruso) manifestó, que, en el pueblo cercano de Diego Álvaro, hay unos maestros canteros, que trabajan bien y económicamente. Se determina que el Alcalde haga venir, a esta villa, a dichos señores, al objeto de informar al Ayuntamiento, una vez visto el terreno, en el que se han de construir las alcantarillas, de la cantidad aproximada, a que puede ascender el coste de las obras.

24 de marzo de 1940

Habiendo visto el terreno donde las obras se han de realizar, informan al Ayuntamiento que, construirán las alcantarillas a base de piedra de

mampostería, y que el presupuesto podía cuantificarse en unas 14.000 pesetas, aproximadamente, invirtiendo en la construcción de 80 a 90 días. Oída esta información y vista la diferencia tan considerable, que existía entre la cantidad fijada por el maestro de obras, don Jacinto Corral, que era de 21.768, y la que señala don Calixto Marcos Calvo, el Ayuntamiento acordó, por unanimidad, que las referidas alcantarillas se construyan a base de piedra de mampostería, de cuya consistencia da idea las que el Estado construye en las carreteras

.A continuación, el Alcalde expresó la necesidad de llevar a cabo, con toda urgencia, la ejecución de las obras, para que se hallasen finalizadas antes de dar comienzo la recolección. Finalmente, don Calixto Marcos Calvo llevó a cabo la realización de las dos alcantarillas, por la cantidad de doce mil pesetas. Y no fue el único proyecto, que este cantero realizó en Macotera, sino que, entre otros, levantó el monumento al Sagrado Corazón del Cerro.

## ¿DE QUIÉN ES LA CALLE?

No me lo había preguntado nunca hasta ahora, porque estaba convencido, desde que pisé la calle por primera vez, de que se trataba de un espacio de todos y de todas las cosas. A la calle, vertían los albañales; a la calle, tiraban las mujeres el agua de fregar; las vecinas barrían la calle: su primera acción doméstica antes de emprender las tareas de casa; a la calle, sacaban los braseros, para que se pasasen; en la calle, jugaban las mujeres a las cartas después del rosario los domingos; en la solana de la calle, se sentaban las vecinas, después de fregar, a hacer media, a zurcir los calcetines, a poner unas culeras a los pantalones o a dar vuelta al cuello de la camisa carcomido de sudores; y, la calle, era el solar de todos los juegos infantiles: ahí, los niños jugábamos al balón, y al toro, y a los tres nabos, y al brinquillo, y al jeme, y a los cuadrines, y al tangué, y a los canicas; y las muchachas, a la palmeta, y a la comba, y a las mecas, y a los alfileres; la calle era el lugar de tránsito de las personas, de las procesiones y de todos los rituales; el lugar de idas y venidas de las caballerías, de las ovejas, cabras y cerdos del común y de los vehículos todos. Toda la vida con sus aconteceres tenían lugar en la calle, y no había que pedir permiso a nadie, porque la calle era de todos y de todas las cosas.

Pasado el tiempo, esa calle se pavimentó y se adecentó; las aguas se canalizaron mediante redes subterráneas de abastecimiento y desagüe y se plantaron algunos árboles; quedó más sana, más limpia, más habitable, más coqueta y más guapa, pero continuó siendo de todos y de todas las cosas.

Un día, apareció un personaje del reino de Galicia, y nos atemorizó a todos: “La calle es mía”. Y nos fastidió. Nos desposeyó de lo que más queríamos: fue como si nos quitara el juguete más preciado: la libertad. Nos dejó sin calle. Nos dejó huérfanos, porque la calle nos apatascaba a todos. Y, desde

ese momento fatídico, tomó posesión de la calle la autoridad. Y la autoridad ha convertido la calle en un *mercatus*, en un sacaperras. Empezó poniendo un impuesto a todo lo que se mueve por tracción mecánica; nos llegó, como recompensa, la peatonalización de las arterias principales; se ampliaron las aceras y se angostaron las calzadas de vehículos. Todos tan contentos: podíamos pasear por nuestras calles tranquilos, sin precaución, a nuestras anchas y respiro; pero mira por donde, la alegría dura poco en la casa del pobre. No se buscaba nuestro bienestar y comodidad ciudadanos. No. Se trataba de un proyecto con otras miras: el objetivo era pecuniario y recaudatorio. ¡Ignorante de mí!

La primera piedra fue en la plaza Mayor: se abrieron cafeterías entoldadas al aire libre; eso sí, respetando la armonía que impusieron el Churriguera y el Gil de Ontañón; la experiencia se fue extendiendo, progresivamente, por toda la ciudad, y hoy no hay plaza ni calle ni acera que no sea un bulevar de veladores y terrazas; han conseguido, con pretensión, arrendar buena parte del suelo de nuestras calles, de forma que hay rúas, que, para poder caminar, hay que ir en procesión, en fila de a dos, como, antiguamente, al “rosario de la aurora”; y, en la mayor estrechez, en fila de a uno o de costado o al bies. Y no digamos en ciertas plazas, que para seguir ruta, antes tienes que someterte a un ejercicio de zigzaguo entre sillas y mesas, y, además, tenemos que agradecerérselo, porque nos permite mantenemos en forma y en el disfrute de buena salud.

¿Nos queda ya algo, paisano?

## **COSTUMBRES Y TRADICIONES**

## LA VIRGEN DE LA ENCINA



La Virgen de la Encina, Patrona del pueblo, preside casi todas las celebraciones religiosas de la parroquia; se trata de una imagen que dicen de "vestir", porque solo tiene esculpidas las partes no cubiertas por los ropajes, así como la cabeza y las manos. Este tipo de imágenes se difundió en el medio rural, (siglo XVII), porque la ermita no disponía de fondos para encargar una talla de la Virgen a un maestro imaginero; el culto a las imágenes se potencia a partir de la doctrina del Concilio de Trento, que implanta la costumbre de sacar, en procesión, la representación de los misterios sagrados (pasos) y las imágenes de la Virgen y de los Santos, para fomentar el fervor y la devoción del pueblo; pero no vamos a centrarnos, de

forma minuciosa, en la imagen de la Virgen, sino en las farolas, que luce en la procesión del Santo Entierro, obra de las expertas artesanas de soldadura, Joaquina y Rosa Domínguez Sacristanas. Para la tarea, se inspiraron en las farolas, que muestra el paso de la Piedad de los Domínguez. Utilizaron, como material, latas de sardinas, y con su arte, maña y paciencia fueron elaborando la filigrana de las distintas piezas, empleando como soporte la bigornia, y como instrumental, el soldador manual de cobre, las tijeras y el martillo; la urdimbre de la vidriera, con hebras de estaño en trazo geométrico, y también merece destacar el corte minucioso de los vidrios multicolores, que cierran el conjunto de la pieza. Una maravilla. Hace unos años, hubo que retocar algún extremo por los enredos del tiempo, pero sin necesidad de modificar ni un detalle de su estructura original

## YÁ ESTÁN LAS CASTAÑERAS EN SU GARITO



Vienen por los Santos, como las cigüeñas por san Blas. Antaño, aparecían sentadas en su silla de espadaña, ataviadas con sus sayas, pañuelo cruzao y mandil negro o pajizo, y con sus medias y alpargatas también negras, y asomaban su nariz por el hueco, que dejaba su pañuelo de la cabeza también negro. Era el hatu luctuoso, que exigían las festividades de los Santos y del día de difuntos.

En la Edad Media, la escasez de harina de cereal llevó a utilizar las castañas, como principal fuente de alimentación, se decía de ellas, que eran el “pan de los pobres”, pues secas, peladas y molidas se hacía con ellas un tosco pan, pero muy nutritivo; la castaña fue muy apreciada en las civilizaciones antiguas, donde se creía que tenía beneficios mágicos para la fecundidad y la prosperidad.

No sé si por reminiscencia de estas creencias ancestrales o por qué, el caso es que la castaña era el fruto más apreciado y estimado en cuantas celebraciones religiosas se celebraban en mi pueblo junto con el vino.

El día de san Antón, después de dar la vuelta con los animales en torno a la iglesia, se acudía a casa del mayordomo a recoger el puño de castañas y a beber una copa de aguardiente. Lo mismo se hacía la víspera del Corpus y de la festividad de Nuestra Señora del Rosario; después de las vísperas, se acudía a casa de los mayordomos, donde los cofrades, de ambas mayordomías, recibían como colación, un puño de castañas y un trago de vino.

Tenemos un apunte de 1761, que nos dice que, en ese año, los mayordomos del Santísimo Sacramento, compraron siete fanegas de Castañas y nueve cántaros de vino para obsequiar a los cofrades; e incluso, nos informa del precio de la fanega de castañas y del cántaro de vino: la fanega de castañas se pagó a 27 reales; y el cántaro de vino, 3 reales y medio. Tenemos noticia de esta costumbre castañera desde 1683 a 1721, en que desapareció sin conocer los motivos.

Antaño, los niños eran los encargados de barrer la escuela todas las semanas, y como compensación de esta tarea, el ayuntamiento les

entregaba unos sacos de castañas las vísperas de Navidad, que los niños recibían con gran regocijo.

Aunque, cada año, los mozos y los niños deciden apuntarse a la fiesta del Halloween norteamericano, en España, existen otras celebraciones típicas para el 31 de octubre; entre ellas, se encuentra el Magosto, que se festeja en Galicia y en las provincias de Cáceres y Zamora, y que tiene su raíz en los ritos celtas, y en el que se conmemora el paso al invierno y la recogida de las castañas, y en el que son protagonistas las castañas asadas al fuego de una hoguera.

Se recomienda el consumo de castañas, porque tiene un gran poder nutritivo, parecido al de los cereales integrales; con una ventaja, que, al estar refinadas, contienen todas las vitaminas y fibras; y destacan, sobre otras, las vitaminas de complejo B; además aportan una buena dosis de minerales, entre los que se encuentran el potasio y el hierro; favorecen el metabolismo energético y mejoran tanto el rendimiento mental como físico, conque aprovechemos el cuarto.

## EL DOMINGO DE RAMOS



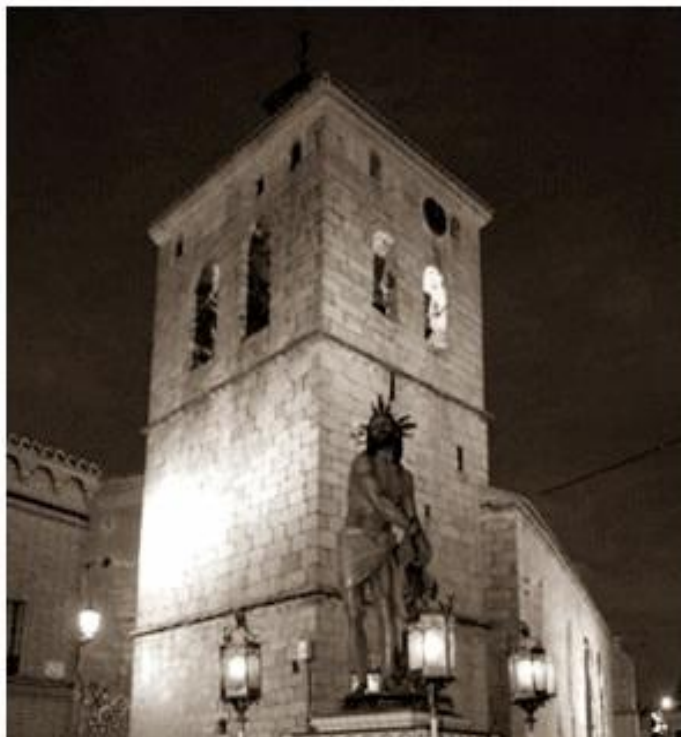
El Domingo de Ramos es el primer día de la Semana Santa y se celebraba y aún se sigue conmemorando con gran solemnidad. Antes de misa se reparten los ramos de laurel. Se intentaba de que te lo diesen grande, pues, después, sus hojas que iban a utilizar como condimento de la comida de todo el año. Todos asistíamos a la procesión de las palmas, que rememora el triunfo de Jesús en su entrada en Jerusalén, y, por la tarde, a escuchar el sermón del “perdón”, prólogo de plausibles reconciliaciones de familias mal avenidas y de amistades perdidas. Pero los jóvenes estábamos deseando que llegara el Jueves Santo: ese día se hacía *limoná*. Poníamos cuatro perras, buscábamos un pequeño pajar o local, se limpiaba de polvo y paja, se pedía a la madre un barreñón grande de barro y se iba a casa de los Ponderas a buscar un cántaro o dos de vino. Se pasaba por el lugar cuarenta veces. La *limoná* (hoy se ha desvirtuado echándole mil cosas) es una bebida

excelente que hay que respetar en toda su acepción. Una buena limonada es la que resulta de los siguientes ingredientes y proporciones.

"Para un cántaro de vino, se echan dos kilos de azúcar y se exprimen tres kilos de limón. Se toma el limón, se parte por su mitad, se estruja bien sobre el vino y se echa sobre el líquido. Se mantiene el vino y el azúcar bien diluido con los trozos de limón un par de horas. Pasado este tiempo, se extraen los trozos de limón. La pruebas y me dices cómo sabe. Yo recuerdo que nosotros le agregábamos un poco de canela. El vino corriente es buen elemento. Si tiene mucha graduación, conviene añadirle dos o tres litros de agua; y, si se trata de un vino dulzón, una cucharada de vinagre". El Viernes Santo mantiene todos los actos culturales que aún se celebran con toda devoción y solemnidad. Se ha perdido la costumbre del Sábado de Gloria, mientras tocaban las campanas se recogían chinias en la calle y se guardaban en un puchero. Cuando había tormenta, se tiraban sobre el tejado para preservar la casa de la caída del rayo; también se pasaba por la iglesia con un puchero o jarra a buscar agua bendita, se asperjaban las paredes de todas las habitaciones de la casa para ahuyentar los demonios.

¿Quién pagaba al padre cuaresmero? Después de Pascua, el Ayuntamiento, los curas y el padre visitaban todas las casas del pueblo a pedir un óbolo para el cuaresmero. Había personal que ofrecía su donativo en metálico; otros, en especies; éstos eran, como es natural, los labradores, quienes pedían a las autoridades le apuntasen una cuartilla, media fanega de trigo o unos kilos de legumbres; después, en septiembre, volvía el padre a recoger la cosecha. Salía, de nuevo, el cortejo con un burro y se iba retirando la oferta de cada cual. Se depositaban los sacos en el consistorio y, finalizada la recolección, con un vehículo del pueblo se trasladaba la mercancía hasta el lugar de procedencia del padre.

## SEMANA SANTA DE AYER Y DE HOY



Hace varios años que no participo en la Semana Santa de mi pueblo. La culpa la tiene el tiempo, que, por esas fechas, suele ser inestable, y la incertidumbre siempre retrae y debilita nuestra voluntad. La Semana Santa macoterana mantiene lo tradicional en lo esencial, es evidente que ha perdido parte de la sacralización de antaño, en que lo religioso impregnaba toda actividad humana y social; pero, a pesar de esta diferenciación entre lo ritual y lo profano, la gente hoy asiste a los actos programados con el mismo recogimiento, respeto y silencio, práctica común que heredamos de nuestros mayores.

El Domingo de Ramos conserva el rito de la “bendición de los ramos” en conmemoración de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; el mismo pueblo que, días después, pedía su crucifixión. ¡Qué curioso! Así ocurre con todos los acontecimientos humanos: al triunfo le sigue el fracaso, la decepción y el desengaño, aunque, en el caso de Jesús, de ese sacrificio, nos vino la recompensa espiritual. La tradicional bendición tiene lugar en la ermita de la Virgen de la Encina y, a continuación, se va en procesión a la parroquia para celebrar la Eucaristía. Yo, desde la distancia del tiempo, echo de menos un acto fundamental en el proceso de renovación del hombre: “el sermón del perdón”, que se celebraba, por la tarde, en la ermita: se trataba de un momento en el que se nos recomendaba la reconciliación consigo mismo y con el prójimo antes de presentarnos ante la mesa de los pasajes de la Pasión.

El Jueves Santo, por la tarde, se conmemora la cena del Señor y el lavatorio de pies. Una vez, finalizada la Eucaristía, Jesús Sacramento es trasladado, en procesión, al monumento, ubicado en el altar del Cristo de los Misereres, estolado por el sudario, y todo él adornado de flores y velas; seguidamente, los mayordomos del Señor inician la vigilia, la “hora santa” y la oración de la Adoración nocturna, hasta las 12.30; a partir de esa hora, los mayordomos del Señor, familiares y amigos retoman el turno de la “vela”, hasta los rituales de la tarde del Viernes Santo.

El Viernes Santo se abre con el “Vía Crucis” por las calles de la localidad; y, a las 17, comienza la celebración de la liturgia de la Pasión y la procesión del Santo Entierro. Para mi sentimiento, es el momento cumbre y esperado de la Semana Santa, no porque sea el punto final de la cuaresma, sino por lo que entraña de dramatismo y realidad humana. Cristo hombre sufriente con las mismas heridas corporales y morales que los mismos hombres. Y, en mi reflexión, así lo entiendo, y ese sentimiento y soledad se proyectan a través

del silencio de la torre, que se pierde en perspectiva hacia el Padre Clemente. Este es mi punto de visión espiritual del Viernes Santo; y me integro, con los demás, en la procesión del silencio, porque es una de las ceremonias más

señeras del acompañamiento a Cristo Muerto: el profundo silencio. Silencio respetuoso. No se oye un alma: las simples pisadas son acalladas por el canto solemne del “miserere”, y la melodía musical de la marcha procesional, que acompasan las dulzainas, los tambores y bombos.

Abren el itinerario los nazarenos, que cargan con la pesada Cruz, en grupo de a tres con cada una; grupos de personas, revestidos con túnica y velo, portando velas, acompañan los distintos pasos, que procesionan esa tarde.

Y, antaño, el sábado santo, mientras tocaban las campanas a gloria, los muchachos y mayores recogíamos chinás, que se guardaban en un tarro de cristal, y se arrojaban al tejado los días de tormenta, para que actuasen de pararrayos. Esta costumbre se ha perdido.

El encuentro se produce en la plaza; y es tradición que el grupo del paleo dance en son de gloria ante imágenes del Resucitado y de su Madre. El grupo de danzadores solían integrarlo los jóvenes; en cambio, en la actualidad, lo componen señoras, adiestradas por el paciente Vicente Flores, Pinto

## **LAS ROGATIVAS.**



Las rogativas se hacían para propiciar la misericordia de Dios y alejar los castigos, pestes, guerras, hambres, y para pedir por los buenos temporales; se bendecían los campos para que, por la intervención de Dios, se nos concediesen los frutos necesarios para la vida.

Nuestro pueblo no ha vivido ni vive ajeno a estas creencias. Si se tenía que operar alguien, para lograr que todo saliera bien, se rezaban los responsorios; cuando, en el año 1882, se presentó en nuestros viñedos la filoxera, que destruyó gran parte de ellos, el Concejo envió al auxiliar del Ayuntamiento a Solsona (Navarra) a buscar unas garrafas del agua milagrosa de San Gregorio y se contrató a fray Pío Caneras, dominico, para que practicara los exorcismos sobre las viñas. Le fueron a recoger a Ventosa y los gastos corrieron a cargo del Ayuntamiento; en las distintas pestes y epidemias, que se han dado en nuestro pueblo, la plegaria y las

novenas a los distintos santos estuvieron presentes; los sábados de gloria, mientras tocaban las campanas, se recogían chinias, que se guardaban y, en el caso de nublado, se arrojaban al tejado en prevención del rayo; los rezos a San Bárbara, a Santa Lucía... A cada santo se le convirtió en protector de un bien, de un interés y de una necesidad.

La primera rogativa era la de San Marcos, que se celebraba el 25 de abril, luego, venía la de San Gregorio, 9 de mayo, y la de San Isidro. Esos días, a las ocho de la mañana, se reunía el personal en la Iglesia; desde allí salía para el campo. El itinerario solía ser: calle Honda y camino de Alconada. Allí se echaba la bendición a los campos. No siempre se iba a este lugar, dependía de la zona donde estuviese sembrada la “hoja”. Después de las rogativas, los mayordomos de la Cruz llevaban el chocolate y los bizcochos para el señor cura, el sacristán y los monaguillos. En las rogativas, se rezaban las letanías de todos los santos. Recordaréis que, de pequeños, recitábamos aquella plegaria:

Agua San Marcos  
riega los charcos  
para mi triguito  
que ya está bonito,  
para mi cebada  
que ya está granada,  
para mi melón  
que ya tiene flor,  
para mi sandía  
que ya tiene una.

Durante los tres días, que precedían al Jueves de la Ascensión, se rezaba en la Iglesia por los buenos temporales. Esta costumbre ha desaparecido. Pero sí es bueno recordar la rogativa que se celebraba el Lunes de Aguas. Ese

día, los niños asistían a la rogativa tocando las esquilas. Se sacaba en procesión un Niño Jesús y se colocaba una rosca de cinco ojos en las manos, atada con una cinta ancha. Los chavales, que llevaban al Niño, movían bruscamente las andas. Cuando don Juan se acercaba a reprender a los *atravesados*, se ponía como excusa lo irregular del terreno, los baches y las piedras. Los muchachos estaban más fijos en la rosca, que en la rogativa; con los movimientos que se hacían con las andas, la rosca venía a romperse y los chicos se pegaban porque todos querían apañar un cacho.

## EL JUEVES DE CORPUS BRILLABA MÁS QUE EL SOL



En todas las mayordomías, el cohete anuncia algo grande y solemne, pero, es, precisamente, en la función del Señor, cuando lo majestuoso, el sentimiento religioso, el ritual y el boato externo alcanzan lo sublime. Hasta la música de *Pachulo* marcaba la diferencia.

El Jueves de Corpus era un día brillante, de fiesta, de traje planchado y de traje charro que desafia, con sus filigranas, al astro rey. Elegancia, gracia,

garbo y algo de altanería se conjugan para ensalzar la función más importante del calendario litúrgico macoterano.

La mayordomía de Señor dispone de dos varas. A cada mayordomo le acompaña una muñidora y un muñidor, que suelen ser miembros de la familia. Pocas veces, las dos varas se quedan en la misma casa, pero se han dado casos de que una misma familia ha pedido las dos. Lo que sí es evidente es que los compañeros, que así se llaman entre sí los dos mayordomos, se profesan tanto o más afecto que con un familiar. Si uno de ellos reside fuera del pueblo, una vez abandona las maletas, la primera visita es al compañero. No hablemos de las bodas o de cualquier otro acontecimiento familiar: la primera invitación es para el compañero.

La función del Señor mantiene en jaque a los mayordomos casi todo el año. Los terceros domingos de cada mes, los destinan a la misa minerva. Comienza el tercer domingo de julio con la 'misa nueva'. Se trata de una celebración solemne, con exposición del Señor, y hace unos años, se cantaba en latín; sin embargo, hoy, conserva la misma dignidad de siempre. Al finalizar la misa, se inicia una procesión por el interior de la Iglesia con el Santísimo bajo palio y se canta el "*Tantum ergo*".

La fiesta se celebra el Jueves de Corpus y el Domingo Sacramento. Se distingue, aparte de su importancia y solemnidad, por el trajín que conlleva. La función se inicia el domingo de la Trinidad, anterior al Corpus. Ese día los mayordomos y muñidores recorren las calles, por donde ha de pasar la procesión, para invitar a un vecino a que instale un altar en que pueda descansar el Señor durante la misma. El acto es muy sencillo: llaman a la puerta, entran con las varas, se arrodillan los visitados y besan la vara que lleva, en la parte superior, la insignia de la custodia. La familia acepta gustosísima y se esmera en preparar el altar con todo primor.

El mismo domingo, antaño, los mayordomos y muñidores, acompañados por los Pachulos, visitaban a los enfermos. La víspera, al mediodía, los muñidores con los músicos, subían a la torre y anunciaban la proximidad de la fiesta con cohetes y interpretando dos canciones; lo mismo hacían por la noche durante el toque de Oración.

El día del Corpus, también antaño, amanecía con galanuras especiales. La casa del mayordomo mayor se despertaba muy temprano: había que preparar el banquete, llevar los asados al horno, extender en las bandejas los bizcochos y roscas, llenar las jarras de vino dorado y clarete; después, los muñidores y muñidoras comenzaban el ceremonial: había que estrenar el traje él y ella, rodeada de damas, se embutía en el elegante y valioso traje de charra: joyas, dengue, los guantes, el pañuelo del moco en la mano derecha. Finura. Gracia. El muñidor, al compás de la dulzaina, sale de casa en busca del muñidor del otro compañero; los dos juntos pasan a recoger a la muñidora; los tres, a la segunda mullidora. Todos juntos, encabezados por los mayordomos y con el acompañamiento de familiares e invitados detrás, a escuchar la santa misa. Ese día se traía un predicador de solera. Después de misa, la procesión. Asistía todo el mundo. El pueblo vibraba con la fiesta. El banquete, el baile...

El Domingo Sacramento correspondía organizar la fiesta al otro mayordomo: los mismos actos, los mismos preparativos, la misma solemnidad; la única diferencia estaba en que la procesión se celebraba por la tarde y alrededor de la Iglesia. Como final, la entrega de varas a los mayordomos entrantes. Un acto lleno de emoción, en el que no faltaban palabras entrañables y alusivas a la Eucaristía.

En la puerta de los mayordomos, dos grandes chopos enramados sombreaban tanta solemnidad y desparpajo ritual.

## **SAN ROQUE**



Después de la recolección de la cosecha, vienen las fiestas patronales de san Roque: unos días de asueto, que bien merecidos se tienen los macoteranos tras un año duro de dolorosos esfuerzos y amargos sudores. Si buscamos el origen de la fiesta, nos perdemos en el tiempo. Existe un apunte de del 14 de junio de 1563, que nos dice que la fiesta patronal de

Macotera era el día de la Virgen. No se celebraba san Roque. El día de la Virgen era un día grande, un día en que el vecindario daba gracias a la Patrona por la buena cosecha, que se acababa de recolectar.

El documento reza así

*“En el día de Nuestra Señora se corre un toro en dicho lugar, y tienen abierta la puerta de la iglesia, y acuden allí las gentes a "guarirse" y además dejan sacar los escaños de la dicha iglesia, lo cual es indecencia y pónese en peligro de entrar allí el toro”*

También hay noticia (unos años después) de que los toros de san Roque se encerraban en el corral del hospital, (Ayuntamiento), que daba al regato de la Virgen. La gente se subía a las tapias y el visitador advirtió del peligro de que se desplomasen por el peso.

Con estos datos, podemos afirmar de que, a finales del siglo XVI, ya se corrían toros en Macotera.

Del momento en que se implantó la *Charrá* de san Roque, no tenemos constancia documental, pero sí podemos fijar una fecha aproximada por las informaciones que nos han llegado a través de la prensa. Dice don Gorgonio Bueno (año 1910): *“El tamboril y la dulzaina (en la procesión de san Roque) entonan alegres charradas y fandangos”*. No habla de una charrada en concreto; por lo que ya descartamos de que, a principios del siglo XX, se tocara exclusivamente la *charrá*. El dulzainero, que amenizaba la procesión y las fiestas en esos años, era el tío Haragán de Tordillos, el dulzainero más famoso de la comarca.

Cuando el abuelo Haragán dejó la dulzaina, aparecen las figuras de Antolín y Alonso Pachulos. Los dos hermanos se dedicaban a fabricar mantas y costales en el telar de su padre, Pablo Sánchez Zaballos; en sus ratos libres, con el asesoramiento del señor Venerando, el sacristán del pueblo, se

entrenaban en el manejo de la dulzaina y del redoblante. Este aprendizaje finaliza en 1917. Antolín acaba de cumplir los 24 años. Ya están en condiciones de amenizar el baile de la plaza y de tomar la responsabilidad de tocar en la procesión. Es, por tanto, Antolín Pachulo y su hermano Alonso, quienes implantan la famosa *Charrá* en 1920. Posteriormente, sus hijos Pepe, Isidro, Porfirio y su nieto Antolín, fieles a la partitura de su padre, han contribuido, un año tras otro, a hacer más tradicional aún la famosa *charrá*.

Añado, en 1992, un señor tuvo la santa paciencia de contar el número de *charrás*, que interpretaron Isidro y el amigo Cándido durante la procesión: ciento sesenta y siete; claro es que esta paliza la aguantan, porque se turnan, si no, era humanamente imposible que un hombre soportase este intenso trabajo.

## **ANTAÑO**

La señora Ana M<sup>a</sup> Hernández Martín nos cuenta como celebraban ellas la fiesta de san Roque: *“Antaño los Sanroques no eran asín como ahora. Veníamos del baile y a otro lao, y asín pacá y pallá. Teníamos muchas necesidades, pero había mucha alegría.*

*El día de san Roque tas las amigas nos acostábamos juntas, ni dormíamos ni na. Nos quedábamos ancá la tía Manuela, tumbás en el suelo con la enagua y la atadera pa delantar más por la mañana. En los incierros, tos los toros corrían lo mesmo por las tierras que por el pueblo. Los toros corrían sin tino, al que podían apañar, le sacudían y los mozos se acobijaban donde se terciaba. Cuando alguno se colaba por el pueblo, nos cobijábamos en la metecasa con alto miedo.*

*Tos los días festivos nos poníamos lo güeno, la saya lanilla, el pañuelo de caja y algún collarzucu baratillo; por la noche, íbamos al baile, nos ajuntábamos ancá la fulana o la mengana. Tas las amigas armábamos la de san Quintín”.*

Otros tiempos, otras ambiciones, otras juergas, otros aconteceres. San Roque es el mismo. Su cara seria, arrogante, de hombre de respeto no intimida el entusiasmo y el bullicio de los macoteranos, que les falta tiempo para exprimir el jugo de la emoción. El trago, Yo creo que, en san Roque, se paraliza toda tensión diaria, y el macoterano olvida el conflicto del tajo, el enfado con el hermano o con el vecino, y presta su cuerpo roto por el sudor y el cansancio de la faena. en loar a su Patrón en la procesión y en el baile al Santo.

Y, al final de la procesión, subido en un carro, Berbique reclama silencio:

Decidme, ¿a quién buscáis?

- ¡¡¡A san Roque!!!

Ya le tenemos aquí

a este Santo peregrino.

¡Cuánto gozan los vecinos

al acordarse de ti!

Todas las penas se acaban,

cuando se acerca este día.

El pobre goza en sus penas,

el rico más todavía,

al mirar esos semblantes

de san Roque y de María.

Los macoteranos están enamorados de san Roque y, por supuesto, de su imagen: una talla con poca gracia artística, pero eso es lo de menos para sus devotos. Lo importante son los favores que el santo realiza a lo largo de la historia. ¿Cuántas veces las astas del toro no han podido rasgar el cuerpo de los aficionados macoteranos, porque san Roque echó la punta de su capa? Y lo de la peste de 1885, ¿quién fue su mejor médico? La devoción por su

imagen es tal que, en una ocasión, un macoterano regaló una figura nueva del santo, pues la actual se caía a piazos, y fue rechazada de pleno por la mayoría. San Roque y su imagen son una institución, poseen un carisma que nada ni nadie puede sustituir y, aunque parezca una perogrullada para el foráneo, para la sensibilidad del macoterano es así.

La imagen muestra al Santo, recogiendo con una de sus manos la túnica y mostrando su pierna con las llagas; le faltan los dedos de esa mano; con la otra, sujeta el bordón de peregrino; su cabellera y barba, muy corta, enmarcan su pálido rostro; a su lado, aparece su inseparable compañero, el perro.

En 1864, el párroco de la iglesia, don Remigio Sánchez, al observar que la imagen estaba muy deteriorada y le faltaban los ojos de cristal y las orejas, determinó repararla. En este momento, la imagen tenía los ojos pintados.

## **USOS Y TERTULIAS**

## LA VIVIENDA

Cuando entras en una casa de hoy, no ves más que cacharros por todos los sitios y los armarios llenos. Todo está constreñido hasta los habitantes de la casa. Y exiges un poco de orden donde es imposible conseguirlo. Y comentas y apenas te creen: "Antaño nos sobraba media casa". Teníamos cuatro cosas: una camas, cuatro sillas, una mesa de comedor, que muy pocas se utilizaban y, en la cocina, una mesa pequeña con cuatro tajos en que se sentaba el personal para comer, para calentarse en la pequeña lumbre y para coser el ama de casa ante la escasa luz que despedía la pequeña bombilla de 15 bujías o de 25, que, comúnmente, iluminaba dos habitaciones contiguas de la casa a través de un pequeño ventanuco que se abría en la pared medianía de los dos cuartos.

Las habitaciones, que no se podían iluminar con la energía eléctrica, se hacía por medio de un candil o un carburo. El candil podía usar como combustible el aceite de oliva y un cacho de mecha, que se tejía con cuatro hebras de algodón. Se enroscaba ésta y se sumergía en el aceite y con una cerilla se prendía la punta que se asomaba al exterior por una pequeña ranura.

La diferencia de este candil con el de lucilina se manifestaba en que éste despedía más luz, pero también su olor era más molesto. Había sistema de iluminación, que se decía de candileja o panilla. Muy simple, más tenue y muy práctico para alumbrar la imagen de alguna Virgen o Santo de devoción. El artilugio se preparaba con una tacita de porcelana, se le echaba un poco de agua y un chorito de aceite y una candileja, preparada con un circulito de cartón que llevaba en medio una pequeña mecha. El aceite menos densa que el agua se quedaba arriba de la superficie del agua, aquélla empapaba bien la candileja, se prendía y duraba casi eternamente, tanto como lo que tardaba en consumirse el aceite.

## LA VESTIMENTA



Antaño el vestido típico del señor macoterano era el charro: con su calzón, camisa cerrada con botón de filigrana de plata o de oro; su chaleco bordado con mil abalorios y la blusa; La media de lana cubría su pantorrilla y calzaba zapato abotinado; se calaba con un sombrero de hongo de paño negro. Todo su aspecto era fúnebre.

Los más pudientes lucían charro ordinario, de cada día, y los de fiesta, el porte y la elegancia le llenaban de gallardía.

En invierno, se protegía del frío montando sobre el charro la capa: con amplias y bordadas hombreras y con las solapas interiores recubiertas de terciopelo de colores vivos y deslumbrantes. Era un gesto de petulancia cruzar la plaza o la calle con público y mostrar, con cierto disimulo, la veta

interior de la capa. Pero la capa no sólo se usaba en el invierno, era prenda obligada en los cabildos y mayordomías; en las bodas y entierros y las fiestas de rumbo, aunque el sol hiciese de las suyas.

La anguarina era la prenda de abrigo más ordinaria, de uso diario para combatir los rigores del invierno. La prenda era abierta del cuello hasta los pies, de forma del abrigo, pero sin botones. Como todas las prendas (calzones, chalecos, capas...) eran de paño negro. Las había del color pardo, porque, del uso, habían perdido el color natural.

El jornalero solía usar el tapabocas, una manta palentina, que se echaba sobre los hombros y se cruzaba uno de sus extremos hasta el hombro contrario y hacía de esbozo. ¡Cuánto frío y cuántas “guindas” chuparon los tapabocas.

## **NO ES BROMA**

Hace muchos años, el baile se celebraba en la plaza, en los alrededores del Ayuntamiento. Esta costumbre era bien vista por aquello de la tradición, y porque se bailaba a plena luz del día ante la mirada de los padres. El respeto humano y el qué dirán no permitían muchas licencias y desahogos. Añado yo, hasta que se llegaba a algún rincón, a la penumbra de las candilejas o al amparo de una trasera.

Un día, se le ocurrió a alguien trasladar el baile al salón. Este atrevimiento trajo mucha trapisonda al pueblo: “Un escándalo, el baile entre cuatro pareses”. Hubo denuncias por indecencia y motivo de escándalo.

Aquellas que se atrevían a ir al baile al salón eran criticadas, señaladas con el dedo y vilipendiadas. ¡Y qué no se les ocurriera tener un mal tropiezo, que ni veían la calle! Más de una se llevó un soplamocos por sortear la prohibición paterna.

Eran tales la presiones que sufría el dueño del salón, que éste se vio forzado a poner dos vigilantes, cuya misión era llamar la atención a las parejas que se arrimaban una miaja. Cuando tal sucedía, se acercaba la “pareja de seguridad”, daba el toque y hacía el gesto de reprobación con el entrecejo.

No es broma, la cosa fue así. No me preguntéis quiénes fueron los “guardianes de la decencia”, porque no os lo voy a decir.

## **LA BODA**

No vamos a contar la boda de hoy, pues todos tenemos una idea muy clara del ritual y de toda la parafernalia que se monta en una boda actual. Antiguamente, la cosa era más sencilla y familiar. Se congregaban los invitados del novio y de la novia en sus respectivas casas. Cuando estaba presente todo el personal, el novio ordenaba sacar unas bandejas con dulces y unas jarras de vino para obsequiar a los convidados. Cumplido este requisito, el cortejo, encabezado por el novio, custodiado por sus padres, iba a buscar a la novia a su casa. La novia no era menos y invitaba, asimismo, a todos los invitados. Se dirigían a la iglesia. El personal entraba en la iglesia, pero los novios, padrinos y testigos se quedaban en la cancela esperando la llegada del sacerdote. Aquí se realizaban los desposorios y, una vez, casados, entraban en la iglesia a escuchar la misa. En el ofertorio, se presentaban sobre el altar los bollos maimón o tartas, que recogían los managuillos y ponían a buen recaudo en la sacristía. El padre iba ataviado con su capa y tocado por un sombrero también negro; la madre, con el típico traje charro o con el pañuelo cruzado de Manila, igual las mozas que iban a hacer la ofrenda.

Cuando se salía de misa, los invitados iban a casa de la novia y se les entregaba el puño, que consistía en un bizcocho, una rosca y unas avellanas. Recuerdo que se envolvían en un pañuelo. Y cada invitado se retornaba a su casa a llevar el convite. Los jóvenes, acompañados del tamboril, recorrían las calles más importantes del pueblo, se paraban en cada plaza o cantón, se tocaban dos o tres piezas y se invitaba a bailar a las mozas, que salían al oír la música, a curiosear a los trajeados y a marcarse unas vueltas.

La comida se hacía en casa de la novia. El día antes, se reunía toda la vajilla: peroles, cazuelas, platos, vasos, copas, cubiertos.... Cuando se aportaban los platos o cualesquier enseres de cocina, se pintaba en el culo el nombre de la

propietaria. Era como el “carné de identidad”. Y, en el asunto de la comida, sucedía un tanto de lo mismo: quien más y quien menos de la familia llevaba manjares para completar el menú. Antiguamente, el plato típico de la boda era el cocido (la comida marrana, pues había de todo del cerdo). Después de tomar el puro y las almendras y dulces, baile, hasta la hora de cenar. La cena consistía en un buen plato de alubias y de segundo capones, cabritos o pavos; la pescadilla y la merluza tuvieron su turno ya posteriormente. Más dulces. Más baile hasta las doce.

Al día siguiente, los mozos de la boda, acompañados por la dulzaina y el tamboril, salían a cobrar la marza a las muchachas invitadas a la boda. Les daban unas perras, que las gastaban en almendras y perronillas, que degustaban todos juntos en el baile que organizaban por la tarde. La madrina también era generosa con las mozas y las invitaba a tomar un mantecao y un trago de vino de dulce en su casa.

Para los allegados, había preboda, boda y tornaboda. El primer día había que consumir los higadillos y en la tornaboda, las sobras del día de la ceremonia. El espigo era acorde con los tiempos; pero lo que se estilaba era regalar un pequeño ajuar para atender las necesidades domésticas de la nueva familia: unas toallas, una palagana, unos platos, una sartén, etc.

## LA ESTUFA ESCOLAR

Me levanté aquel día muy temprano. Los chupiteles gordos y puntiagudos colgaban de los tejados. Una bandada de pájaros picoteaba la paja que el tío Ángel había desparramado sobre la nieve para evitar que nos rompiéramos la crisma. Aquella noche había helado mucho. La voz del sereno sonaba limpia y tintineante en el hueco inmenso de un firmamento estrellado. Te daba la impresión de que el mundo fuese una damajuana de cristal transparente.

Aquel día no hubo escuela. Nuestras madres nos decían: “Quietecitos en la cama, que ha nevado y hace mucho frío”.

Nosotros, al oír la palabra fatídica de frío, nos arrebujábamos más en la manta y rebuscábamos el escaso rescoldo que se escondía entre las sábanas.

Aquella lumbre era demasiado escasa y demasiado pobre para tanto frío. Escarbar era casi inútil, se trataba de una lumbre de burrajos, que tenía en el medio un poco de cisco rojo y unos palos delgados de roble, que parecían los bigotes de un gato, y que se consumían casi al instante.

Nosotros no teníamos monte ni cepas ni manojos ni aquellos pucheros grandes que servían para todo; ni calderas de cobre suspendidas de las llares, en las que hervía el agua sin parar; ni sartenes grandes, que sobresalían por todos los costados de las “estrébedes”, en las que se freían los torreznos grandes, los trozos de chorizo y los huevos en un santiamén.

La cocina de mi madre tardaba muchas horas en cocer los garbanzos, en freír el cacho de tocino, el cacho de chorizo y el cacho huevo. En la lumbre del señor de la casa grande, todo era grande, trozos grandes de tocino, trozos grandes de chorizo, huevos grandes, que se deslizaban por el culo de la sartén.

En la casa de mi padre, todo eran cachos: el cacho tocino, el cacho chorizo y el cacho huevo.

No sabía explicarme tanta diferencia ni sabía explicar por qué existía tanta desventaja entre las lumbres; ni tampoco entendía por qué la lumbre del señor de la casa grande era de garrobaza y de palos grandes de encina y de cepas, que no se consumían nunca, que hacían retirarse para atrás y llenaban de “chivas” las piernas de sus hijas.

Mi madre, para podemos calentar los pies, nos encendía un cacho de brasero de cisco.

Y no quedaba ahí la diferencia de clases. En la escuela, había niños que entraban con los mocos helados pegados en el labio de arriba. No tenían ni moquero para limpiarse los mocos. Estos muchachos entraban en la escuela calentándose las manos con el aliento. Aprovechaban todo atisbo de calor que manaba de su cuerpo. Y Tenían los pies como carámbanos, porque no podían alcanzarlos con el aliento. ¡Cuánto frío! Frío en casa, mucho frío en la calle, mucho frío en la escuela y mayor frío en la iglesia. Todo el pueblo, desde noviembre hasta marzo, era de frío.

Había otros niños, que llevaban una estufa a la escuela. Aquí también había desventajas. Había estufas que eran latas de sardinas, Las madres, antes de salir de casa para ir a la escuela, las llenaban con un rescoldo de paja de burrajos. ¿Eran como un engaño o un consuelo? Cuando llegabas a la escuela, no quedaba una brizna de calor. Era inútil que llevases la cuchara para escarbar, ¿qué ibas a encontrar dentro? En cambio, existían las estufas de caja de metal, con tapadera agujereada y con unos listones de madera encima para que no quemasen los zapatos ni los pies. Esta estufa era el patrimonio del hijo y de la hija del señor de la casa grande. Ésta sí que daba calor. Estaba llenita de ascuas de palos de encinas, de manojos encendidos y, para que durasen más, las madres las cubrían con ceniza de garrobaza

bien prendida. A veces, dejaban poner sobre la tapadera un cacho de pie a los compañeros que tenían al lado, pero sólo un cacho que no servía ni de alivio. Me vino esta historia verdadera de antaño, porque mi cuñada habló en la tertulia de una estufa que le había regalado una amiga.

## MATANZA TRADICIONAL



Aquel día nació el sol un tanto enfadado, y le dije: “¡cambia esa cara, hombre, que mañana, sábado, vamos de matanzas!”. Me dijo que, a pesar de lo mohíno como se encuentra, está dispuesto a echar una mano, para que una de las tradiciones más familiares del pueblo se celebrasen con toda solemnidad y regocijo.

A pesar de la implantación de las industrias chacineras, todavía, en nuestros pueblos, se mantiene la costumbre de celebrar la matanza familiar; no con la vitola de la fiesta de antaño, en que la matanza del cerdo era un acontecimiento señalado, en el que toda la familia se reunía en torno de aquellas lumbres bien alimentadas de palos de encina, y coronadas por aquellas gigantes calderas de cobre, pendientes de las llares, que servían

para calentar el agua con la que se lavaban las tripas y canales, y se ablandaban los pies y el rabo para su pelado posterior. Aquellas calderas, en las que se cocían las morcillas, que dejaban, de poso, aquel caldo grasiento, que nombramos caldo baldo.

Son recuerdos que pernoctan con nostalgia en el desván de la memoria y que afloran a nuestra mente no sé por qué, quizá por la añoranza de quien comienza a entrar en el umbral de la vejez.

Lo curioso es cómo el hombre se resiste ante las ofertas del mercado, en el que hay de todo, y prefiere gozar con lo que vivió de pequeño y seguir celebrando aquellas costumbres, que son para él un rito, una ceremonia, que le reporta grandes encuentros y momentos muy gratos en la vida.

Cuando yo era pequeño, mi madre me mandaba a buscar unas gavillas de gamarzas a las tierras del “Cochino” para chamuscar el marrano. Por otros sitios a los marranos, los llaman cochinos, gochos, guarros..., pero nosotros siempre hemos preferido la palabra marrano. Cada pueblo tiene sus preferencias. Mi madre me mandaba a arrancar gamarzas, porque hacían cierto rescoldo sobre el cerdo muerto, que facilitaba el chamusco y dejaba un cierto poso de “turrao” que, al freír el tocino, atiesaba la cortaza de modo que crujía al contacto con los dientes, dejando una sensación de regusto. Siempre decía mi madre que las pajas queman y que no chamuscan bien; me mandaba también traer unos “brazos” de pajas para extender después las morcillas, para que se echasen la siesta, mientras escurrían el moquillo antes de colgarlas en las puntas del humero de la cocina.

Pero, a pesar de los años, nadie ni nada puede privarnos del placer de aquella vivencia y de la emoción inevitable que se ambientaba.

La añoranza la quiso revivir el Ayuntamiento, junto con sus mondongueras, ayudantes y vecinos, la mañana del 1 de febrero, en el juego de pelota, con la matanza tradicional, en la que se escenificaron el chamusco, el despiece

del cerdo y la lección didáctica del portavoz, que fue explicando el significado de cada pieza, a medida de que Santi (el matarife) las iba extrayendo de las entrañas del cerdo; antes, la mesa ofreció higos, galletas, aceitunas, el porrón del vino y el aguardiente, y, como final, la degustación del hígado, de la panceta y salchichas, rociada con el tinto y el refresco. Todo el momento estuvo amenizado por los muchachos de la Escuela de dulzaina y percusión del pueblo.

Y, luego, llegó la novedad: el sorteo de las todas piezas del cerdo, (solomillos, lomos, jamones, paletas, costillas, cabeceros, pancetas y carrilleras), distribuidos en diez lotes. Felicidades a los agraciados y buen provecho.

## **CON LA ALFORJA AL HOMBRO**

## **EL CICLO DEL LABRADOR Y DE SU CÓMPLICE, EL JORNALERO**



De vez en cuando, me asomo por aquí a echar un cigarro y a charlar contigo de alguna cosa. Yo no soy labrador, pero, como todos vosotros, conozco, al dedillo, las faenas que se trajinaban y trajinan en el campo. Las aprendí del mejor de los libros: el de la vida, el de la observación reforzada de curiosidad. De ahí te puedo afirmar que sé lo que es hundir las vertederas, voltear la tierra, sembrar en llano..., y también echar el cerro, aricar, acarrear, hacinar la mies, extender la parva y tornar..., y sacar gatuñas, escardar, segar, atar con bálago y con lías...No lo he hecho nunca, pero te lo he visto hacer a ti y me he quedado con ello: lo tengo grabado en mi memoria como una imagen que no se olvida nunca, porque me afectó tanta fatiga, tanto esfuerzo y sacrificio con tan escasa recompensa. Y también recuerdo a aquellas aradas

que cortejaban los caminos, que parecían alfombras de estameña parda, y que también eran condición amorosa: “si echas el surco derecho a mi besana, labrador de mis padres serás mañana”.

Mientras el mosto fermentaba en las cubas, el labrador se afanaba en la sementera, antes había dejado a punto la semilla, había revisado las clavijas, el barzón, el dental, la mancera o esteva, el timón o viga, las orejuelas, las cuñas, asentadera, cama y vilorta del arado y aguzada la reja, y había reparado los tiros, cosido las coyundas y preparado los balancines y boleas. Deja, para el final, la colocación de los gavilanes en el extremo de la aijada. Todo a punto, comienza la sementera por el 25 de septiembre. El refranero reza: *“Para que la sementera sea derecha para San Bartolomé (24 de agosto) el agua primera”*.

Cuando finalizaba la recolección, el labrador dedicaba el mes de septiembre a preparar el terrero para la sementera. Era el momento de retirar de los corrales los montones de basura, que se habían ido hacinando durante el todo año con las camas de las caballerías, bueyadas y de los cerdos. La basura se cargaba en los carros con un pico de seis dientes. En la parte delante del carro, se colocaba un tablón, que mostraba en su cara exterior un bello paisaje o una escena de caza o la inventiva del propio autor; en la parte trasera, iba un tablón más estrecho, que impedía que la basura se cayera por el suelo. Una vez, se llegaba a la tierra, se descargaba el estiércol en pequeños montones, dispuestos en hileras. La tarea siguiente era cortar los cardos del barbecho y se repartía armónicamente la basura por la finca. Pero el labrador consideraba los orines y excrementos de las ovejas como el abono excelente para sus tierras. El ganadero, durante la primavera, verano, era partidario de que el ganado pernoctara en el campo. Entonces, los agricultores, que estaban interesados en este tipo de abonado, tenían la oportunidad de beneficiarse de él. Los domingos, después de misa, bajo los

soportales de la plaza, la Hermandad subastaba los abonos de estiércol ovino de las pieras que arrebañaban los pastos y rastrojeras de las distintas hojas, en que estaba dividido el término. El labrador apostaba por el lote que le interesaba y, durante catorce noches, dormían las ovejas en su finca. Hecha esta operación, se ponía el cerro.

La sementera se iniciaba con la siembra de las lentejas y de los garbanzos; luego, llega el turno de la cebada y del trigo. Hay un refrán que dice: *“El que siembra por los Santos siembra trigo y coge cantos”*. La imagen mañanera era ritual: la yunta con el arado sobre el yugo haciendo cruz, el saco de simiente sobre la testuz de la yunta y el extremo del timón iba dibujando sobre la tierra reseca o sobre el barro una línea irregular marcada por el paso balaceante de la yunta, en otros casos, la yunta va enganchada al carro y se montan en éste los aperos y la simiente. Era habitual observar la calle ensuciada con regueros de cagajones y boñigas, que solían barrar las mujeres y que, después, depositaban en el muladar de casa como alimento de sus gallinas y como estiércol, que se vendía a cambio de una carro de burrajos.

Mientras el mozo, ya en la tierra, aderezaba el arado, ajustaba las cuñas y asentaba la reja con la azuela, los mozos de la siembra echaban la simiente sobre el campo, que portaban al hombro en sembraderas que habían preparado con costales o sacos ya en desuso. Y lo hacían a lleno por lleno, o sea, tiraban una fanega de grano por huebra de terreno. Se trazaban calles de ocho o nueve cerros, espacio que ellos podían cubrir con el impulso del puño cargado de simiente, y lo hacían con marcha acompasada y paso garboso. La pareja se colocaba en el cabecero con las orejeras impidiendo la visión lateral de aquélla; y el gañán, mancera o esteva en mano, iba guiando la yunta con la voz y rajando al tiempo los cerros; el gavilán dispuesto en la

mano izquierda por si era necesario limpiar el barro de las orejeras; la mirada firme a lo lejos y la simiente bien tapada bajo un lienzo de tierra arcillosa.

Al mediodía, el mozo de labor, se sentaba en el hato, sacaba la merienda que le había metido el ama, y la pareja hacía lo mismo con la cebadera suspendida de su testuz.

En función de las labores que se iban realizando en el campo, la finca o tierra va tomando distintos nombres.

Es besana, la rastrojera consumida y zaleada por la pisada reiterativa del rebaño.

Al levantarla y ponerla el cerro, pierde esa denominación y pasa a llamarse pardala.

Cuando es sembrada, deja de llamarse pardala y se convierte en serna.

Una vez macollada, recibe el primer arico, entonces se dice senara.

Una vez espigada, se le llamaba cierna y “pan” cuando está a punto de ser segada.

Antiguamente, se distribuía la propiedad en yugadas. Una yugada se definía al terreno que era capaz de labrar un yugo durante un año, que venía a ser como cincuenta huebras (un yugo era una pareja)

Huebra el trabajo que alzaba una yunta en un día. Equivale a 4.472 metros cuadrados. El estatal era la medida agraria habitual para determinar la capacidad de superficies pequeñas; equivale a 11,18 metros cuadrados. La huebra son cuatrocientos estatales.

En otros lugares, a la huebra se le da el nombre de obrada.

Y si no pateé el término de chico, lo he hecho de grande a través de unos paseos tan largos, que no te puedes ni imaginar. Y he comprobado que esos campos ya no huelen a tortilla, ni a torreznos, ni a cebolla, ni a vino de barril; y casi se les ha borrado el nombre a los parajes: ya no hay lindes ni vallados; hoy se les dice polígonos, parcelas y cotos.

Por esta razón, me he asomado esta tarde a esta ventana, para recordarte y no olvides.

Una de mis manías es apuntar las cosas. Me gusta escuchar y todos los días me echo un *parlao* con nuestros abuelos, no los de ahora, sino los de antes: los que vestían con calzón y blusa. Y, de ellos, he aprendido que el término de mi pueblo es muy pequeño. Si echamos un vistazo de levante a poniente, sólo mide una legua; y, de norte a mediodía, otra legua; y su circunferencia no supera las tres leguas y media: unas cinco mil trescientas noventa siete huebras. Muy pocas para su población.

Las tenían distribuidas en dos hojas: la Hoja de la Macolla y la hoja de Valdegómez, con sus sitios bien definidos.

## LA SEMENTERA



Se acerca el otoño y la sementera espera el permiso de la lluvia, que se resiste en llegar; y mientras tanto, me voy a recrear en el recuerdo de la otra sementera, para mí, más entrañable y certera.

El mosto fermenta en la cuba, y el labrador se afana en dejar a punto la semilla, las clavijas, el barzón, el dental, la mancera o esteva, el timón o viga, las orejuelas, las cuñas, asentadera, cama y vilorta del arado; ha aguzada la reja, y ha reparado los tiros, cosido las coyundas y preparado los balancines y boleas. Deja, para el final, la colocación de los gavilanes en el extremo de la aijada. Todo a punto, comenzará la sementera, a mediados de octubre, con el permiso de la lluvia. Y reza el refranero: *“Para que la sementera sea*

*derechera para San Bartolomé (24 de agosto) el agua primera*”, pero no sé dónde se habrá metido, este año, *esa agua primera*.

Y cuando todo esté a punto, el labrador, inquieto, se afanará en preparar el terrero para la siembra. Antes ha retirado la basura, hacinada durante el año en los corrales y corralizas, en carros provistos del tablón delantero, que muestra, en su exterior, escenas de un paisaje agreste, de cacería galguera o el pasaje de san Isidro rezando mientras el ángel hace el oficio. Una vez, se llegaba a la tierra, se depositaba el estiércol en pequeños montones, dispuestos en hileras, que, luego, se desparramaban, uniformemente en manto, con el pico de seis dientes; en cambio, el labrador consideraba los orines y excrementos de las ovejas como el abono excelente para sus tierras. La sementera se iniciaba con la siembra de las lentejas y de los garbanzos; luego, llegaba el turno de la cebada y del trigo. Hay un refrán que dice: *“El que siembra por los Santos siembra trigo y coge cantos”*.

La imagen mañanera era un ritual: la yunta con el arado sobre el yugo haciendo cruz, el saco de simiente sobre la testuz de la yunta y el extremo del timón dibujando, sobre la tierra reseca o sobre el barro, una línea irregular marcada por el paso balanceante de la yunta; en otros momentos, la pareja iba enganchada al carro y se montaban en éste los aperos y la simiente. Era habitual observar la calle ensuciada con regueros de cagajones y boñigas, que solían barrer las mujeres, que, después, depositaban en el muladar de casa como alimento de sus gallinas y como estiércol, que se trucaban a cambio de un carro de burrajos.

Mientras el labrador aderezaba el arado, ajustaba las cuñas y asentaba la reja con la azuela, el mozo cargaba la sembradera, que portaba sobre el hombro, y emprendía el oficio, a lleno por lleno, o sea, tirando una fanega de grano por huebra de terreno. Trazaba una calle de ocho o nueve cerros, espacio que podía alcanzar con el impulso del puño cargado de simiente, e

iba avanzando por la besana con marcha acompasada y paso garboso. La pareja se colocaba en el cabecero con las orejeras impidiendo su visión lateral; y el gañán, mancera o esteva en mano, iba guiando la yunta con la voz y abriendo, al tiempo, los cerros; el gavlán, dispuesto en la mano izquierda, por si era necesario limpiar el barro de las orejeras; la mirada firme a lo lejos y la siembra bien tapada bajo un lienzo de tierra arcillosa.

Al mediodía, el labrador y su mozo se sentaban en el hato, y sacaban, de las alforjas, la merienda que les ha metido el ama y el barril de tinto, mientras la pareja de bueyes hacía lo propio con la cebadera suspendida de su testuz.

En función de las labores, que se realizaban en el campo, tomaban distintos nombres. Es besana, la rastrojera consumida y zaleada por la pisada reiterativa del rebaño. Al levantarla y ponerle el cerro, perdía esa denominación y pasaba a llamarse pardala. Cuando era sembrada, dejaba de llamarse pardala y se convertía en serna. Una vez macollada, y recibía el primer arico, entonces se dice senara. Una vez espigada, se le llamaba cierna, y “pan”, cuando estaba a punto de ser segada.

Antiguamente, se distribuía la propiedad en yugadas. Una yugada se definía al terreno que era capaz de labrar un yugo durante un año, que venía a ser como cincuenta huebras (un yugo era una pareja)

Huebra: el trabajo que alzaba una yunta en un día. Equivale a 4.472 metros cuadrados. El estadal es la medida agraria habitual para determinar la capacidad de superficies pequeñas; equivale a 11,18 metros cuadrados. La huebra son cuatrocientos estadales. En otros lugares, a la huebra se le da el nombre de obrada.

A las tres de la mañana, se levantaban con el carro y con los bueyes. Antes de salir a acarrear, cogían la pastilla de chocolate y un cacho de pan y, de esta forma, engañaban el estómago. Durante la sementera, cambiaba el horario, solían marchar al campo a eso de las nueve de la mañana. En este

caso, quitaban las telarañas del estómago con un trago de aguardiente. Desayunaban las sopas de ajo, unos torreznos de tocino, el huevo frito y el cacho de chorizo. Al lado, nunca faltaba el barril de vino fresco, que terminaban de subir de la bodega.

Muy antiguamente, antes de venir el pimiento, allá por el siglo XV, se tomaban las sopas canas, que se hacían con agua, ajo, un poco de sal, las rebanadas de hogaza y se echaba un chorro de leche; con la llegada del pimiento, la sopa cana pasó a denominarse sopa de ajo o de sal y pimiento. En este tiempo, en que las cosas funcionan mejor, se manipulan las sopas de ajo añadiéndole huevos y tropezones de jamón.

## LA RECOLECCIÓN



Durante la recolección, los labradores, los criados y temporeros solían levantarse a las tres de la mañana para ir a acarrear. Antiguamente, las mujeres, cuando los carros llevaban estacones, solían ir con el marido o con el padre a acarrear. Su marido o padre les alargaba los haces con el horcón y ellas los iban colocando sobre el carro. Llegaron las barcinas, y este trabajo fue casi exclusivo del hombre, pues el esfuerzo aumentó considerablemente. El paso lento de los bueyes les forzaba a quitarse horas de sueño, pues, a eso de las nueve, había que llegar con la mies a la era. Cuando se aglomeraba mucha mies en la era, se colocaban los haces, unos sobre otros, bien ordenados, formando una hacina. Después de comer las sopas de ajo, el torrezno y el huevo, se extendía la parva y se tornaba. Se uncían los bueyes o las mulas y se les enganchaba al trillo. Se les ponía el bozal para evitarles la tentación de comer las espigas mientras pateaban la parva. El trillique se calaba el sombrero de paja, tomaba la *aijá* o el látigo, colocaba la pala a su diestra y iba atento por si la res levantaba el rabo y había que poner la pala para que la boñiga no pringara la blanca parva, se sentaba en

el tajo y a dar vueltas al redondel hasta que la mies quedaba medio quebrada. Nueva torna, mientras la yunta sigue su ritmo.

Las mujeres solían trillar por la tarde mientras los hombres merendaban, aunque no era raro ver jóvenes con el pañuelo bien amarrado a la cara y el sombrero, para no *amorenarse*, (pues, entonces, la blancura era señal de belleza), echaban una mano al padre.

Y la canción las animaba a salir de la lenta rutina del cruji del trillo:

Qué salada va en el trillo,  
salados son sus andares,  
tiene tal fuerza en sus ojos,  
que roban los rayos caniculares.

Qué salada va,  
subida en el trillo,  
cuántas vueltas da.

Entre más veces la miro  
y escucho sus cantares,  
más hechizos va pusiendo  
y, en dulce, van tornando  
mis pesares.

Qué salada va,  
Subida en el trillo  
Cuántas vueltas da.

Con la ajada entre sus manos,  
mil flores en el sombrero,  
hay que verla por los llanos  
cuando vuelve del rodeo

Qué salada va,  
Subida en el trillo,  
Cuántas vueltas da.

La parva, una vez, triturada la paja y desgranada la semilla, se recogía con la cañiza de madera y rastras grandes de metro, tirada por la yunta. Se formaba con la masa un gran montón y se esperaba a que hiciese viento para limpiarlo con los bielos. (El diccionario lo llama biello, de beldar, aventar).

La faena de la limpia era un ritual; a medida que la paja se apartaba del grano, había que peinarlo con las puntas del escobón de brezo para separar las grancias y el cozuelo. La operación se hacía con mimo, como para no herir elpreciado cereal.

La paja más ligera se la llevaba el viento y la depositaba, mansamente, en el vallao del camino; y, allí, acudían las abuelillas, con la escabezuela y el cacho de saco recosido, a barrer los burrajos para engañar a su escuálida lumbre; pero los niños, cuando más disfrutábamos, era en el momento en que se limpiaban las algarrobas (para nosotros, garrobas). Los gorreatos o gurriatos hacían acto de presencia y se arremolinaban entre el polvillo en busca de los gorgojos. Los muchachos preparábamos un látigo y, a la punta de la cuerda, atábamos unos alambres y practicábamos la caza “de ojeo”, pero los pájaros solían driblarnos con sus cabriolas y nos dejaban con tres palmos de narices.

Antes de envasar el trigo en costales, se pasaba por la criba. Había varias clases de cribas: existía la triguera, la garbancera y el arnero. Se utilizaba la media fanega y el rasero. El costal o el saco hacía cuatro medias, dos fanegas.

Antes de llevarlo a la panera, antiguamente, había que esperar la visita del diezmero, el que cobraba el diezmo; después de la guerra, al de la fiscalía, que apuntaba, en un cuaderno, las fanegas de todos los productos con el

nombre de cada agricultor. Y, también, se acercaba por las eras el padre cuaresmero a cobrar la limosna que se apuntó en el pasada Cuaresma.

Sobre el asunto de la fiscalía, tengo una anécdota.

El abuelo Fachenda, padre de mi cuñado Paco, tenía las eras vecinas a lo de Domínguez. Aquel año, ya había limpiado los garbanzos. Por miedo a la inspección, dejó unos pocos garbanzos a la vista y el resto los escondió entre los haces. Tenía costumbre Jesús el Huevero, sacerdote, ir por la era, pues el abuelo Fachenda sentía por el niño un cariño especial. Cuando llegó el inspector, le mostró los garbanzos: "*Aquí están los garbanzos que he cogido*". Mientras el inspector tomaba nota, gritaba Jesús: "Señor Francisco, le enseñe los que tiene ahí escondidos". Y lo repetía, constantemente, mientras el amo de la era intentaba entorpecer o tapar la voz del muchacho hablándole de las delicias del burro.



## SE TRABAJABA DE SOL A SOL



Esta costumbre se hace ordenanza el 16 de enero de 1431, fecha en que se regula la jornada laboral de los obreros de Alba y su tierra.

“Este día, en la dicha iglesia, estando y (allí) el concejo de la dicha villa junto por pregón llamado, segund costunbre, los dichos alcalles e regidores ordenaron e mandaron que de oy día en delante todos los obreros e obreras que fueren a jornal, asý para viñas e lebrar en la villa conmo para otras cosas, sean tenudos partir (tendrán que partir) de la villa y de sus aldeas, los que ovieren de yr fuera a labrar, quando teñiere la campana a misa de Santo Domingo desta villa (Los de Macotera al toque de la campana de la ermita de la Virgen de la Encina), de gisa que, dexando de taner, non esté ninguno en la villa, e asý sean tenudos (tenidos) de ir a las labores. E que anden en las dichas labores fasta (hasta) el sol puesto.

E qualquier o qualesquier que salieren más tarde et (y) antes de la dicha ora de sol puesto se venieren, que por cada vagada paguen en pena seys maravedís e demás, que pierda el fornar dese día”.

Metían la paja después de San Roque. Decía el refrán: “*Para san Agustín (28 de agosto) tapa tu bocín*”. Había años en que no se había terminado de eras para la feria de Salamanca, porque no había hecho aire o había llovido mucho.

Los haces se ataban con lías o vencejos. El vencejo se hacía con el bálago. El bálago es paja de centeno. Se cogía un manojo de pies de centeno y se sacudía contra un trillo o un tablero hasta dejarlo desprovisto de grano. Realizada esta operación, se maceraba o ablandaba sumergido en agua. Se unían varios manojos y se unían con tres ligaduras. A la madeja final, se le daba el nombre de vencejera.

Otra operación, que se realizaba al final de la recolección, era asfixiar las legumbres, sobre todo, las lentejas y las algarrobas. La tarea consistía en meter en una habitación, herméticamente cerrada, los granos, de esta forma, se privaba de oxígeno a los gorgojos que se escondían entre el grano. Éstos morían y así se preservaba el que el grano fuese dañado por la ferocidad de estos bichos. El tío Pinto, en su corraliza de la plaza del Mercado, disponía de tres o cuatro habitaciones acondicionadas para llevar a cabo esta labor.

## LA VENDIMIA



A finales de septiembre, llegaban las vendimias. Los cuberos bajaban a la bodega y ajustaban alguna duela de alguna cuba que andaba floja o había que reemplazarla por otra nueva. Cuando empezaban a madurar las uvas, se permitía a los dueños de las viñas ir los viernes a buscar una cesta de uvas, para consumir en casa. Se los llamaba viernes de uvas. El camino de las cárcavas era un río de gentío. Los mozos y las mozas aprovechaban la ocasión para echar un parlao y, otros para afianzar una miaja más sus amoríos en ciernes. Los muchachos se entretenían en pedir a unos y a otros un cacho de racimo. Era una fiesta vespertina, un cuadro bucólico, un rato que se esperaba, semana a semana, como un momento merecido de alegría y divertimento.

Las vendimias revolvían el pueblo. Se daba el pregón el jueves en el mercado de Peñaranda y aflúan vendimiadores de todos los pueblos del entorno. Se habilitaban los pajares como dormitorio, adonde se arracimaban

niños, padres, mozos, mozas y, más de una vez, hubo que poner moderación.

Al apuntar el día, salían los carros cargados de cestos con los vendimiadores y vendimiadoras encima; ellas cobijadas en la sayaguesa y, en la faltriquera, guardaban el hocín para cortar los racimos. Se llenaba el camino de griterío, de cantos y sonidos de almireces. Cada pareja cogía su cuévano y a vendimiar. Una vez llenos, se vaciaban los cuévanos en los cestos. Cuando la carga estaba repleta, se cargaba en el carro y se conducía al lagar. Se vaciaban los cestos por la bisneta y se volvía a la viña trotando para estar a punto para reiniciar el acarreo. Había hasta un desafío entre una cuadrilla y otra, por ver cuál era la más lista, la más diligente. Pero no era sólo trabajar y afanarse; de pronto, era una liebre la que saltaba de la cama y animaba las cuadrillas o el mozo aprovechaba el menor descuido para estrujar un racimo en el trozo de rostro de moza que asomaba entre el pañuelo que cubría la cabeza, para no turrarse. Y la venganza no tardaba en llagar: cuatro mozas le tiraban al suelo, le desabrochaban la bragueta y le restregaban bien las “vergüenzas” con el jugo meloso de la uva.

Se paraba a la una. Se aprovechaba el último viaje de la mañana, para traer la comida de casa. Con ella, solía venir el ama. Se sentaba todo el mundo en el suelo y, en medio, se colocaba el barreño grande con el cocido. Siempre el cocido fue la comida del vendimiador: Sopa, garbanzos, berza, chorizo, carne y relleno. Se comía a pilón. Para cenar, ya en casa, se ponían sardinas y callos de las reses, que se mataban para la ocasión. Algunos labradores se ponían de acuerdo y mataban a medias o a cuartas una res para la vendimia. Era el momento de preparar buenas tiras de cecina. Y siguiendo con el menú de la vendimia, se desayunaban patatas cocidas con pimentón, que picaban un rato, y torreznos.

Después de cenar, a pesar del cansancio, se organizaba un cacho de baile a los sones de la badila y del almirez. Yo recuerdo que, mientras el personal cenaba en la amplia cocina, algún gracioso colocaba en el portal el humazo, que se preparaba, vertiendo, sobre una lata, gallinaza con carbón, se prendía y despedía un tufo que apestaba. Todo el mundo se sentía asfixiar y, entre los estertores, salía alguna palabreja ofensiva en contra del reo o reos de la broma.

La uva se vertía en el largar a través de la bisnera. La uva, por su propia presión, se abría e iba depositando, en el pozo del lagar, el goteo lento del mosto, que emitía un pequeño sonido llamado “pin, pin”. Este mosto (esencia de la uva) se recogía, se embotellaba y se le añadía unas gotas de aguardiente para impedir su fermentación. Se abría la botella en Navidad, y era un excelente compañero de turrone y mazapanes.

Son añoranzas, que se desperezan en nuestra mente, con los últimos estertores del mes de septiembre.

### **El “pin, pin”**

La uva se vertía en el largar a través de la bisnera. La uva, por su propia presión, se abría e iba depositando en el pozo un goteo lento de mosto, que emitía un pequeño sonido llamado “pin, pin”. Este mosto (esencia de la uva) se recogía, se embotellaba y se le añadía unas gotas de aguardiente para impedir que fermentara. Se abría la botella en Navidad y era un excelente compañero de turrone y mazapanes.

## EL SILENCIO DEL VINO



Lo nombro así, porque el vino nace llorando, pero, mientras se cría, se cura y envejece, se sume, por siempre, en la oscuridad callada de la bodega. En la bodega, no se oye ni una mosca. El vino no respira ni carraspea por no romper el silencio. El vino necesita el silencio para meditar y proyectar la manera de hacer feliz a los hombres, y de echarles una mano en los sinsabores, que les depara la vida. Solo unas bujías rojas, pendientes del techo, lo acompañan; y el ambiente, que lo envuelve, es de soledad y aroma.

*¡Plácido caldo, temeroso de herir y sanador de tantas heridas y penas!*  
*¡Compañero del alma!*

Macotera fue pueblo de vino desde la época medieval. Macotera fue la referencia vinícola en el alfoz de Alba por la calidad de sus caldos, por su mercado y por su influencia a la hora de fijar los precios. Los jerónimos de

Alba tenían, en Macotera, su bodega, que abastecía de vino a toda la comunidad.

La jarra y el barril sobre la mesa, el pellejo, el barreño y la cuba grande en la bodega fueron los recipientes que animaban la tertulia y la fiesta con su contenido. Y, al ser, con el tiempo, más vecindario en el pueblo, hubo que plantar muchas más cepas para calmar sus ansias.

Si en el siglo XV, Macotera producía vino hasta vender su remanente; en el siglo XVIII y siguientes, Macotera fue la bodega de todos los pueblos de alrededor. El 14,63% de su término estaba destinado a viñedo. En 1752, se excavaban setecientas noventa aranzadas de viña, y, a esta superficie, había que sumarle las ciento cuarenta aranzadas que tenían arrendadas los macoteranos en el despoblado de Fresnillo.

Cada aranzada mantenía cuatrocientas cepas. De cada aranzada, se obtenían seis cargas de uva si era de primera calidad; cinco, si de segunda y tres, si de tercera. De las 790 aranzadas de viñedo del término de Macotera, cien huebras se las incluía en el grupo de primera clase; cuatrocientas, en el de mediana, y 290, en el de categoría inferior. De cada carga, se conseguían tres cántaros de mosto y éste se pagaba a tres reales el cántaro. (6 maravedís la media azumbre o litro).

Según estos datos, que nos proporciona el Catastro de Marqués de la Ensenada, Macotera producía 10.410 cántaros, más los 2.100 procedentes del despoblado de Fresnillo; un total de 12.510 cántaros. Cuarenta cántaros y medio por vecino. Entonces, Macotera tenía 309 vecinos, mil ciento cincuenta y cinco habitantes.

Los datos nos informan que hubo labradores que cultivaron más de 21 aranzadas de viña; la lista va descendiendo a 19, 16, 14, 13, 10... Casi todo el mundo tenía su cacho de majuelo y su cubeto. De los 309 vecinos del pueblo, 216 tenían sus aranzadas o su cuarta de viña. Contabilizamos 120

bodegas en sus respectivas casas; 17 bodegas y 8 lagares en locales separados o independientes.

La zona vinícola estaba distribuida en 21 pagos: Cochino, La huerta, Carreasantiago (camino de Santiago), Portillo, la Juara, Carreamolino, Carreazarzal, Carreavilla (camino de Alba), Soto, Cárcavas, Carreacoca, Valdecasa, Arenales, Elcano, Carboneras, Valcruzado, Tintillas, Arroyo Concejo, Majuelos, la Llaná y el Blasco Martín. Dentro de estos pagos se colaban sitios muy singulares, como el "sitio de la Cruz de Moreno" (junto a la Llaná), Las hoyuelas, El torbiscal (en el pago de Carreamolino), las Valonas y Altorredondo, y disponía, por lo visto, de 21 cabañas y de 21 guardas, que solo iban a casa a dormir y a yantar.

Bien vale, como creo,  
un vaso de buen vino.

## HOY, VAMOS A HABLAR DEL ESQUILEO.



La semana pasada, le tocó el turno a la lana, y, hoy, vamos a dar unas pincelas sobre el esquila.

Se esquilaba en unos cobertizos, llamados ranchos. Previamente, se encerraba el ganado desde el amanecer, bien apretado, en un recinto estrecho, el “bache”, para que, al resudar, se ablandara la lana, facilitando su corte y aumentando su peso, sobre todo, cuando se vendía en bruto, sin lavar, con su grasa y suciedad. Los esquiladores trabajaban en cuadrillas de 125 hombres, pudiendo cada una despachar al día un rebaño de mil cabezas. La lana, que no se vendía en sucio, se lavaba en los lavaderos,

llevándola después a las lonjas o laneras. La más grande estaba ubicada en Segovia. Finalmente, se transportaba por las correrías a las grandes ferias, especialmente, a la de Medina del campo y, desde aquí, se distribuía a los puertos de la costa norte para embarcarla rumbo a Inglaterra o a Flandes.

Durante los reinados de los Reyes Católicos y de su nieto Carlos V, aparece la figura del comerciante o tratante en lanas. Los pedidos, que demandaban los consumidores ingleses y flamencos, exigían prontitud en las entregas. España se jugaba mucho en los mercados foráneos y la seriedad era una exigencia permanente. Había que facilitar la movilidad de la materia prima y los pastores no disponían ni de tiempo ni de medios para enviar sus lanas a los mercados. El tratante en lanas era la persona idónea que podía cubrir ese vacío: se pone en contacto con el ganadero, compra su lana y él se encarga de llevarla al mercado de Medina del Campo, centro comercial de España. Y aquí puede estar el origen de la experiencia lanera de gran parte de la población macoterana.

La trayectoria lanera ha ido ligada a Macotera hasta el momento actual. En numerosos escritos, salpican noticias en que se ve al lanero macoterano en primera línea. El Marqués de la Ensenada nos informa que Macotera, en 1752, disponía de cincuenta y siete comerciantes de lana blanca basta, que abastecía de hilados, que cardaban e hilaban a torno en sus propias casas, a las fábricas de jerga de Peñaranda y a los dos telares de lienzo y estopas, que, en aquellos años, había en la localidad.

Nuestros laneros trabajaron, (año 1752), 9.880 arrobas de lana, 113.620 kilos. La arroba se pagaba a veintidós reales de vellón y les dejaba un rendimiento, cada una, de cinco reales.

## LA TRASUMANCIA



La vida pastoril caminó siempre al unísono con la presencia del hombre sobre la tierra. Si el ser humano primero fue cazador, una vez que optó por el sedentarismo, sus preferencias se centraron en la domesticación de los animales y en el cultivo de la tierra. Muchas facilidades halló el hombre en la docilidad y mansedumbre de la oveja. La raza churra era la oveja originaria que pastaba aquellos pastos abiertos y sin lindes de la Iberia tribal. “Sus vellones, - nos cuenta Klein -, se distinguían por un color marrón rojizo y por una hebra inusitadamente larga y suave”. El hombre primitivo empleaba la lana de su oveja autóctona en tejer sus sayales, que conciliaba con las pieles de los animales como elementos de su atuendo. Una vez que el hombre medieval descubre las cualidades de la lana merina, el churro va perdiendo su importancia y padece el menosprecio de los pastores trashumantes por “su basto y escaso vellón”. En nada se parece aquél al recién llegado

producto corto y crespo de la oveja merina. Los hatos de oveja churra quedan relegados al pastoreo de prados y rastrojeras de la localidad, lo que se denominó ganado estante.

La oveja merina es introducida en España hacia 1146 por los benimerines, tribu del Norte de África. Y, precisamente, de estos invasores le viene el nombre de merina. De los pastores benimerines o bereberes, nuestros rabadanes aprendieron muchas cosas: a seleccionar los sementales del rebaño, a aplicar formas nuevas de castración, a engordar la oveja destinada a la matanza y a usar distintos sistemas de esquila, lavado, teñido e hilado de lana.

El primer dato documentado del término merino, se registra en Castilla a mediados del siglo XV. Se lee en el inventario de las tarifas que Juan II de Castilla, en 1442, fija para el paño confeccionado con lana merina. Aunque parece cierto que el nombre “merino” no se generaliza, como voz popular, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVII.

Los períodos de tregua, entre una guerra y otra en la Reconquista, algún rey, como Pedro IV, intentó mejorar la raza originaria (churra), cruzándola con reses del norte de África, pero no obtuvo los resultados apetecidos. La lana de la oveja cruzada tenía demasiado pelo. Cisneros, asesorado por Palacios Rubios, consejero jurídico de los Reyes Católicos y presidente de la Mesta durante doce años, ordenó la importación masiva de ganado norteafricano. Era la solución para conseguir la gran cabaña que la economía española demandaba y la forma de llenar, en parte, las arcas exhaustas del erario. Una vez logró el incremento deseado de ganado beréber (merino), volcó todo su esfuerzo en marginar el llamado churro. La lana churra y la de la res cruzada no eran apetecidas en los mercados europeos; y, por lo tanto, no proporcionaba los codiciados beneficios a la monarquía. La lana oriunda seguía utilizándose en el consumo interior, mientras que la lana blanca corta

y crespita era solicitada en todos los mercados de mundo. Los reyes apoyaban toda iniciativa tendiente a perfeccionar la raza merina. Dictaban normas que favorecían su crianza y expansión. Se le facilitaba los mejores pastos verdes durante todo el año y se evitaba que sufriera los rigores estacionales. De aquí el auge de la trashumancia.

## HOY VAMOS A HABLAR DE LA LANA



La vida pastoril caminó siempre al unísono con la presencia del hombre sobre la tierra. Si el ser humano primero fue cazador, una vez que optó por el sedentarismo, sus preferencias se centraron en la domesticación de los animales y en el cultivo de la tierra. Muchas facilidades halló el hombre en la docilidad y mansedumbre de la oveja. La raza churra era la oveja originaria que pastaba aquellos pastos abiertos y sin lindes de la Iberia tribal. “Sus vellones, - nos cuenta Klein -, se distinguían por un color marrón rojizo y por una hebra inusitadamente larga y suave”. El hombre primitivo empleaba la lana de su oveja autóctona en tejer sus sayales, que conciliaba con las pieles de los animales como elementos de su atuendo. Una vez que el hombre medieval descubre las cualidades de la lana merina, el churro va perdiendo su importancia y padece el menosprecio de los pastores trashumantes por “su basto y escaso vellón”. En nada se parece aquél al recién llegado producto corto y crespo de la oveja merina. Los hatos de oveja churra quedan relegados al pastoreo de prados y rastrojeras de la localidad, lo que se denominó ganado estante.

La oveja merina es introducida en España hacia 1146 por los benimerines, tribu del Norte de África. Y, precisamente, de estos invasores le viene el

nombre de merina. De los pastores benimerines o bereberes, nuestros rabadanes aprendieron muchas cosas: a seleccionar los sementales del rebaño, a aplicar formas nuevas de castración, a engordar la oveja destinada a la matanza y a usar distintos sistemas de esquila, lavado, teñido e hilado de lana.

El primer dato documentado del término merino, se registra en Castilla a mediados del siglo XV. Se lee en el inventario de las tarifas que Juan II de Castilla, en 1442, fija para el paño confeccionado con lana merina. Aunque parece cierto que el nombre “merino” no se generaliza, como voz popular, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVII.

Los períodos de tregua, entre una guerra y otra en la Reconquista, algún rey, como Pedro IV, intentó mejorar la raza originaria (churra), cruzándola con reses del norte de África, pero no obtuvo los resultados apetecidos. La lana de la oveja cruzada tenía demasiado pelo. Cisneros, asesorado por Palacios Rubios, consejero jurídico de los Reyes Católicos y presidente de la Mesta durante doce años, ordenó la importación masiva de ganado norteafricano. Era la solución para conseguir la gran cabaña que la economía española demandaba y la forma de llenar, en parte, las arcas exhaustas del erario. Una vez logró el incremento deseado de ganado beréber (merino), volcó todo su esfuerzo en marginar el llamado churro. La lana churra y la de la res cruzada no eran apetecidas en los mercados europeos; y, por lo tanto, no proporcionaba los codiciados beneficios a la monarquía.

La lana oriunda seguía utilizándose en el consumo interior, mientras que la lana blanca corta y crespa era solicitada en todos los mercados de mundo. Los reyes apoyaban toda iniciativa tendiente a perfeccionar la raza merina. Dictaban normas que favorecían su crianza y expansión. Se le facilitaba los mejores pastos verdes durante todo el año y se evitaba que sufriera los rigores estacionales.

## LAVANDO LANA EN EL RÍO



La mayor parte de la lana churra se lavaba en el río Margañán, mientras corría, pues se secaba en el estío; y, entonces, se elegían otros sitios como Alba de Tormes, Ledesma, Encinas y Huerta; hubo macoteranos que lavaron en el Manzanares, en Paredes de Nava, en Cerezo del río Tirón, cerca de Briviesca, y en Cívico de la Torre.

En Alba, los laneros macoteranos paraban en la posada de Antonio el Malhüele. Su mujer, Eva, les preparaba las comidas y los trataba como hijos. Cuando se construyó el pantano de Santa Teresa, no se pudo lavar en Alba y, entonces, los laneros cambiaron el hato a Galisancho y a Ledesma. En este pueblo, comían en casa de la señora Venancia, que ponía unos filetes que “te chupabas los dedos”.

Estando el señor Foro, lavando lana en el Alba, todos los días, le despertaban las campanas de los conventos de monjas, que tocaban demasiado temprano a maitines. Un día, harto y de mal humor, largó el taco de costumbre y espetó: “Por qué no se volverán de corcho”. Otro día,

enfurruñado con su sobrino Pepe el Esparrama, porque no movía bien el hachuelo en la lavadura, le dijo: “Vete a ordeñar perdices con alicates”.

El río Margañán estaba muy solicitado; al atisbarse el otoño, cada lanero llevaba una banasta vacía al río y la colocaba en el sitio más propicio para montar el hato. Ese lugar era respetado, “como tierra sagrada”, por los demás. Cuando aumentaba el caudal del río, los laneros cogían sus carros, banastas y lana, bajaban al río y levantaban su tienda en la que guardaban sus enseres.

Se allanaba la arena y se apisonaba bien, pues había que vaciar sobre ella la lana sucia. Anteriormente, se había preparado el lavadero: se abría un pozanco con una azada, se colocaba un palo de dos metros a lo largo de la orilla, separado unos centímetros, y se cubría el hueco con unas tortas de césped bien prietas, a este espacio se le daba el nombre de patera, sobre la que se apoyaba un pie mientras se lavaba; a medio metro de la orilla, se plantaba un tajo de patas altas, para estribar el otro. Cuando lavaban dos, se colocaba otro tajo a la misma distancia. Se sumergía la banasta cargada con dos vellones de lana y se iba meciendo lentamente durante un tiempo; después se elevaba, para que escurriese bien el agua sucia, se volvía a hundir y se removía bien de nuevo, y se daba por buena la lavadura. Se aplicaban dos aguas a las lanas churras; y tres, si era lana del tipo 5.

Para remover la lana en la banasta, se empleaba un hachuelo pequeño; esta labor había que hacerla con mucho cuidado y destreza para no romper el vellón. La misma operación de lavado se hacía con los acuellos, añinos y las cascarrias. Se llamaban acuellos, a la lana del cuello de la oveja, que se le cortaba en verano, para que se encontrase más fresca. Esta lana daba más rendimiento de limpia que de sucia; añinos, a la lana de los corderos, y cascarrias, a la lana de la parte de atrás de las ovejas, que se manchaba con los orines y excrementos del animal.

Antes de meter los menudos y las cascarrias en el río, se limpiaban de pajas y porquería en el zarzo.

Cuando se lavaban los añinos se esparcían sobre un lugar duro y limpio, se movía un par de veces al día para que secaran bien, se recogía con una rastra con púas y se metía en la saca. Otro tanto se hacía con las cascarrias.

Una vez lavada la lana, se sacaba la banasta fuera por medio de un zacho y se dejaba escurrir a la orilla. Después, se hacían unos surcos con la arena y, sobre ellos, se vaciaban las banastas unas a continuación de las otras. En el invierno, la lana se extendía en los vallados el día siguiente, para que se oreara bien; en el verano, se hacían dos tendidos: en el de la mañana, se esparramaba la lana que se había lavado el día antes por la tarde; y, en el del mediodía, la que se había lavado por la mañana. Se recogía, se envasaba en sacas y se trasladaba a las paneras.

### ***LA TERA***

En verano, como hacía mucho calor, el que lavaba se desnudaba de la cintura para abajo y se cubría con una saca que ataba a la cintura. No se empleaba el tajo ni la patera, se metía en el río descalzo y amarraba la banasta entre las piernas y mullía la lana con las manos. También, en este tiempo, se solía buscar un sitio fresco, junto a una junquera, se hacía una poza honda, se mojaba bien una saca y se envolvía en ella la damajuana y el botijo, y se colocaban dentro para que estuvieran frescos. A esta “nevera natural” se le daba el nombre de “tera”.

## LOS CHALANES



Laureano Blázquez

El desarrollo económico de Macotera despliega hacia 1820. La vida del pueblo toma un dinamismo inusual y a Macotera se le comienza a conocer por todos los rincones de España. Su población aumenta y comienzan a verse apellidos nuevos de gentes que fijan su residencia en el pueblo, atraídos por su prosperidad. Su prestigio y nueva perspectiva influyen en la nueva pretensión del ayuntamiento, que presenta su solicitud ante la reina Isabel II, para que se eleve la categoría de pueblo a villa, y a fe que lo consiguen.

*El señor Gobernador Civil de la provincia comunica, con fecha 2 de septiembre, lo que copio: “por Real Orden del 19 de agosto de 1861, la Reina (Q. D.G.) se ha dignado expedir el Real Decreto siguiente: Reconociendo la importancia que tiene el pueblo de Macotera por el desarrollo notable de su población, riqueza y por los elementos de propiedad que encierra, he venido en decretar a instancia de su Ayuntamiento, interprete de las nobles aspiraciones de sus vecinos y moradores y, de conformidad, con lo manifestado por las autoridades y corporaciones provinciales, lo siguiente:*

*Artículo primero.- El pueblo de Macotera, en la provincia de Salamanca, **tomará en adelante el título de villa del propio nombre**”.*

*Dado en Santander a 10 de agosto de 1861. Está rubricado de real mano”.*

Y a esta bienandanza contribuyó la rama industrial macoterana.

El oficio de tratante o chalán en Macotera no se ejerce hasta bien iniciado el siglo XIX. El personal ocupaba su vida en la ganadería, en la agricultura y en el comercio de lana basta. A base de enredar con los papeles, he dado con las primeras familias que se iniciaron en el trato de ganado vacuno.

La fuente, en que hemos calmado nuestra curiosidad, son los libros de la iglesia, guardados en el Archivo Diocesano de Salamanca. Repasando partidas de nacimiento y de matrimonio, muchas de ellas indican la profesión de los padres y abuelos, y, por esta información, hemos descubierto, más o menos, nombres que han ido aparejados al oficio del trato. No diferencia claramente, si la gente del trato se empleaba en el negocio de la lana o de los bueyes; por lo tanto, no podemos cifrar el número de personas que se dedicaba a cada cosa. También resulta harto complicado averiguar si el escribano se refería con el término tratante a persona que comerciaba con ganado o con lana. Como resultado de este enredado asunto, he optado por englobar el total de personas, que viven de una y otra ocupación. Entre unos y otros hemos contado más de ciento veinte.

En el recorrido histórico, nos hemos familiarizado con apellidos de negociantes en ganados como los Zaballos Sánchez, Javier y Lorenzo; con los Zaballos Hernández, Manuel y Diego; con los Zaballos Zaballos, Antonio y Javier; con Zaballos Hidalgo Juan y con Zaballos Madrid Alonso; Sánchez Jerónimo; los Hernández Francisco y Cristóbal; Blázquez Molinero Raimundo; Hernández Lucas; Blázquez Blázquez Laureano. De Laureano sabemos que vestía calzones en el pueblo; en cambio, usaba el traje ordinario de época, porque viajaba a Francia por asuntos de negocio. De estos contactos foráneos, le viene la costumbre de vestir bien trajeado. (Foto arriba)

Si queremos puntualizar más, esos apellidos deben aludir a apodos como los *Barrigueros*, el tío *Azúcar* (Pablo Bautista Madrigal), los *Cantarillas*, *Patanes*, *Picones*, los *Ranes*, *Sabaleta* (trabajaron con él sus cuñados Cajarines), los *Bizcochos*, los *Cañiles*, los *Junqueras*, los *Gabrielucos*, los *Boleles*, que desarrollaron su negocio durante el siglo XIX; y, ya iniciado el XX, aparecen mote como *Potanche*, *Cajarines*, *Bartolo*, *Pernetas*, *Norris*, los *Barriles*, los *Porretos*...

Los chalanes macoteranos eran conocidos en todas las provincias limítrofes con Salamanca y, de manera especial, en nuestra provincia. Los tratantes macoteranos abastecían de bueyes a los agricultores de la Moraña (Ávila), de la Armuña y de tierra de Alba. El chalán era muy apreciado en todos los lugares por su seriedad y por la firmeza en el trato. El labrador le comentaba al oído: “*El buey es caro, pero bueno*”. Y Mateo *Barriguero* solía contestar: “*Tú lo pruebas, si no te vale, no te preocupes que para eso está Candelario y El Escorial*”, donde se llevaba el ganado de carne. Viene a cuento aquí aquella frase de nuestro personaje: “*No me interesa tener un comprador para una vez*”. Recuerda su hija Presenta

La figura del chalán iba siempre acompañada por su hombre de confianza, esa persona de fácil palabra para el trato, avispada, en la que se podía fiar como de su propia camisa. El mayoral de la casa de Mateo *Barriguelo* era Agustín *el Violeta*, el padre de Agustín que casó con Alfonsa la Patana. *“Era un hombre que valía mucho para el trato”*, me dice Presenta, hija de Mateo. El personaje del arreador era una entidad dentro de la cabaña. Los había de todo: hombres trabajadores, incansables, verdaderos trotacamino como Fernando *Mogán*, *Seisdedos*, *Guindilla* (hombre muy apuesto éste, limpio y garboso) y un tal Plácido, que vivía en el hospital. Éste decía al ama, la señora M<sup>a</sup> Teresa, antes de salir de camino: *“Tú mete mucho aunque sea malo”*. Y junto a esta cuadrilla de trabajadores, estaban el encargado del comedero, como Pedro Casildo, y los hombres de la labor como Manuel *el Ajero* y sus hijos Rafa y Francisco, y Melchor Ajero, hermano del primero. Ya más tarde, trabajó en casa de Mateo *Barriguelo*, Pedro *Jeromillo*, hasta que Antonio Oreja se hizo cargo de las tierras de su suegra. La sementera y el verano eran las dos épocas propicias para comprar la pareja. Llegaban los tratantes a la Armuña, cerraban los bueyes en la corraliza de costumbre y se corría la voz: *“Está ahí el chalán”*. Los interesados acudían a echar la vista al ganado. Se decía de Mateo *Barriguelo*: *“Siempre tiene tres tandas: una en casa, otra en camino y la otra llegando a Candelario”*. Me sigue contando Presenta: *“Mi padre tenía fama de ser una persona muy tenaz, no comenzaba una cosa sin terminar otra. Estaba en contra de que se iniciaran cien cosas y no se acabase ninguna”*. El trato no era excusa para abandonar sus costumbres religiosas. En una ocasión, Mateo, un día festivo, estaba con los bueyes en un lugar y tocaron a misa. Dijo a los curiosos: *“Vosotros mirad los bueyes y, después de misa, tratamos”*. Cuando Presenta vendió la corraliza a José el fontanero, en la que éste ha edificado una casa, me topé en una de sus paredes, pintada de cal, con el escudo de los dominicos y con

esta frase: *“Benedicimus patrem et filium cum Sancto Spiritu”* (año MCMXXVII). Lo comenté con amiga Presenta y me dijo que lo había pintado Pedro el *Sucio*. Antes le preguntó a M<sup>a</sup> Teresa, esposa de Mateo: *¿Me da usted permiso para poner el escudo de nuestro padre Santo Domingo en la pared?* La frase era legible desde la calle, hoy ha quedado tapada con el cemento.

Mateo trabajó durante varios años asociado a sus cuñados Ramón y Pedro *Ranes*, padre éste de Guadalupe y Brígida. Murió Pedro y siguieron juntos Ramón y Mateo. Con el tiempo, *“rompieron las peras”*. En casa de Mateo, dio sus primeros pinitos, como ganadero, Miguel Zaballos *Potanche*, muy amigo de Juan el *Ranes*. Con el tiempo, se independizó y se abrió camino como tratante y ganadero fuerte de reses bravas.

Otra familia con solera fue la de los *Cantarillas* en esto del trato. Trabajaron el ganado manso de vida y de carne, y el ganado bravo. Llegaron a tener una ganadería de segunda, que pastaba en la finca llamada *“Albergues”*, provincia de Madrid, y estaban al tanto de ella los *Tiburcios*. Dieron varias corridas por los pueblos de Madrid e incluso en *Macotera*. Me cuenta *Petra Cantarillas* que su tío Javier toreaba muy bien. Murió en 1925, a los 22 años. Un día se escapó una vaca del matadero y consiguió dominarla con un cacho de manta en la Puerta del Sol. Quien fue una personalidad en ganado bravo fue Diego Zaballos *Castor* se casó y murió en Villaverde de la Guareña a los 59 años. Lidió más de doscientas corridas entre Madrid y provincia. Fue socio de los *Cantarillas*. Era muy estimado por todo el mundo por su inteligencia y don de gentes. Fue huérfano como Miguel Zaballos, y ambos, a los catorce años, iniciaron el oficio de tratante siendo, primero, arreadores: Miguel en casa de Mateo *Barrigueto* y Diego, en casa de los *Gabrielucos*.

Actualmente, el tratante de buey de labor ha desaparecido, pues el tractor ha suplido su presencia en el campo; en cambio, el ganado bravo ha alcanzado

gran renombre gracias a la dedicación de familias como los Barriles, Patán y los nietos de Miguel Zaballos. Una persona muy significativa, dentro del mundo del trato, fue Perfecto Bautista. Después de iniciarse en el oficio con su tío Serafín, se trasladó a Madrid, donde ha sido durante 44 años comprador y hombre de confianza del empresario catalán, Gallifa. La vida del chalán es calcada la de uno y la del otro. Lo que te cuentan por un lado guarda una estrecha relación con lo que te dicen del otro. Por eso, evitamos repetir la misma cantinela. A todos les recuerdo y a todos acojo bajo los nombres de nuestros protagonistas.

## LOS PACHULOS, DULZAINEROS POR DEVOCIÓN



Yo no sé cómo los mozos de la peña Mexicana se hicieron con la gaita valenciana, pero lo que nunca imaginaron los muchachos de la peña es que se iban a convertir en los culpables de una gran ilusión.

Los anocheceres, en Macotera, han tenido siempre el regusto de disfrutar y de emprender iniciativas que tenían que ver con la cultura popular. En el atardecer, se forjó aquella banda musical de don Benerando; y el anochecer es el testigo fiel de aquellos grupos o compañías de teatro, que entusiasmaron al pueblo todo, y de aquellas actividades del teleclub y de los planteles de Extensión Agraria. Las primeras horas de la noche fueron las animadoras de la riqueza cultural de un pueblo, que supo valorar y gozar con

la magia del arte y del ingenio natural. Todo se hacía con ilusión. El dinero estaba ausente.

Un atardecer también Francisco, hijo de Servando, y Vicente el albañil, se reunían en el corral de la abuela de aquél, en la calle Príncipe. Antonio Churris le había prestado la gaita a Francisco y éste intentaba hilvanar algunas notas, no sin esfuerzo. Vicente le marcaba el compás con el redoblante. Toman por norma la cita en el corral, sobre todo, los fines de semana. Su anhelo era comprar una dulzaina, pero no había “posibles”, y la pareja decide fabricar estatuillas de san Roque con el asesoramiento de Magda y Gertru. Un día caímos por allí Francisco Churris y yo. Cogí la gaita y me puse a soplar. Saltaron varios gallos y alguna nota. Me animé y nos arrimamos a la tertulia. El rato lo repartíamos entre tocar un poco y pintar las figuras del Santo. Cada día se afianzaba más el grupo y la ilusión se hacía más grande. Nuestra meta era la dulzaina. Pusimos los sanroques a la venta. Nos echó una mano Juan el droguero. Llegamos a juntar unas perrillas, un poco que pusimos cada uno y la pequeña ayuda de Francisco Chotín, nos llevó a Carbonero el Mayor. Compramos nuestra primera dulzaina. Recuerdo que nos costó treinta y cinco mil pesetas; fue en julio de 1982. Nos pasamos el viaje de vuelta, intentando sacarle la calle de Santa Ana y, cuando llegamos al pueblo, la sonábamos casi bien. Ensayábamos casi todos los días: yo tocaba la dulzaina, Vicente el redoblante y mi primo Francis el bombo. Francisco el Servando también tocaba, pero siempre de paredes para adentro. Le daba mucha vergüenza tocar en público. Francis deja el bombo y comienza a acompañarme con la dulzaina.

Nuestro bautismo oficial fue en la romería de San Miguel de Serrezuela en octubre de 1982. Tocamos algún pasacalles y un par de jotas. Nos dieron cinco mil pesetas. Desafinábamos un poco, pero es natural: aprendimos solos, sin el asesoramiento de nadie. Mi tío Timi nos consiguió una pequeña

subvención y nos llevaba un día a la semana a Alaraz, a casa de Ángel Valverde. Éste nos dio unas clases, que fueron primordiales para nosotros. Nos enseñó a manejar bien las llaves, a soplar con suavidad y nos enseñó a leer alguna partitura. Pero lo fundamental ha sido nuestro esfuerzo personal y las muchas horas que le echamos al asunto.

Comenzamos a sonar por los pueblos de alrededor y nos llamaron para las fiestas de Gajates, Pedrosillo, Larrodrigo, Santa Marta, el Puente Ladrillo de Salamanca... Mi tío Timi nos hizo una entrevista para El Adelanto en abril de 1983 y nos preparó una entrevista en la Cope con Antonio Sandoval. En julio de 1984, compramos una nueva dulzaina, que costó 55.000 pesetas. Ésta era otra cosa. Poco a poco, se nos va conociendo y nuestra colaboración con el grupo de baile de doña Manoli nos lleva por varios pueblos de la provincia. Fue importante nuestra actuación en la plaza Mayor de Salamanca, repleta de gente, acompañando al grupo de baile de Macotera y nuestra presencia en la plaza de Anaya junto con el grupo de Coros y Danzas de la ciudad. Llegamos a actuar en la semana cultural de Moralarzal (Madrid). Nos invitó mi tío Pepe. Y siempre, hemos tocado para los quintos y nuestros pasacalles han estado presentes en las fiestas de San Roque, animando la noche.

A pesar de estar fuera del pueblo, suelo ensayar cada quince día, con el amigo Javier, nieto de don Sergio. Es la manera de matar el gusanillo. Y, siempre que podemos, participamos en aquellos encuentros y eventos que organizan los macoteranos, y nos reclaman.

Podemos presumir de que lo poco o mucho que hemos aprendido, ha sido con nuestro esfuerzo casi exclusivo. No hemos contado con medios, nos lo hemos currado solos; esto quiere decir que con ilusión y ganas se pueden lograr cosas.

## **FRANCISCA GARCÍA DELGADO CUMPLIÓ LOS CIENT AÑOS.**



En esas reflexiones, que tengo en mis ratos de espera a no sé qué, me detuve a distinguir sobre "ser mayor o viejo"; y decíamos que ser mayor es quien tiene mucha edad, pero reconoce que merece la pena vivir, soñar, aprender, hacer ejercicio, tener proyectos y obligaciones, ansias de renovación cada día, tener esperanzas y el deseo de hacer cosas y de disfrutar de la presencia de los cercanos y amigos. Cuando uno pierde la jovialidad, empieza a sentirse viejo, a notar la merma por las cataratas y a mirar las sombras del ayer.

Un día de Semana Santa, compartí palabra y camilla con la señora Francisca la "*Pocarropa*". Hacía años que no la veía, pero me encontré con la misma figura de siempre, casi sin arrugas, con una lucidez juvenil y con ganas de pegar la hebra; a su lado, descansaba un libro de juegos de letras y un lapicero amarillo con aristas negras, compañeros en esas horas que faltan la conversación y la compañía; en esas horas en que ejercitas los dedos con la

aguja de ganchillo, para mantener la habilidad, o te entretienes en entrenar la mente con la filigrana de las letras, para que la idea y la palabra fluyan con la nitidez de una persona mayor, que sigue sintiéndose joven; ella dice que no, pero pude comprobar a lo largo de la charla, que la señora Francisca goza de una salud física y mental envidiables, a pesar de haber cumplido los noventa y uno años, pues nació en 1920, el mismo año en que murió Galdós y nació Miguel Delibes.

Me cuenta que su padre se llamaba Miguel y su madre Josefa Delgado, natural de Santiago. Su padre es de la familia de los "*Pocarropa*", y me nombró los hermanos de su padre, y me contó que su tía Gertrudis se había casado con Francisco Blázquez; y su tío Jerónimo, con Isabel Celador; y su tío Juan, con Carolina Flores, moza de Valdecarros. Le insistí me explicase de dónde venía el apodo de "*Pocarropa*", y ella me espetó que su abuelo poseía una corraliza en lo de Bibiano, que solía visitar todos los días, y tanto en invierno, como en verano, le gustaba ir ligero de ropa: "Francisco, ¿qué poca ropas llevas? Y se quedó con el mote para toda su vida.

La señora Francisca también fue niña, y no lo niega cuando la animé a recordar sus años de infancia. Ella aprendió las primeras letras con la señora Teresa, que no era maestra, pero recogía, en su casa, a los más pequeños y nos enseñaba la doctrina, a contar y a conocer la primeras letras; allí estuve hasta los seis años, momento en que vine a Santa Ana, a las escuelas públicas. La señora Teresa vivía en la plaza de san Gregorio, donde tiene la vivienda Gabriel Ruano. Cuando yo iba a la escuela, las maestras de niñas se llamaban doña Laureana y doña Josefa, yo asistí a la escuela de doña Josefa hasta los doce años; fue cuando retiraron los Cristos de la escuela. Acudíamos muchas niñas y la maestra nos dividía en secciones por edades para podernos atender. El material escolar (la cartilla, los libros para leer y estudiar, la pizarra para escribir y hacer cuentas) nos lo proporcionaba la

escuela; nosotros no llevábamos nada; si acaso una estufa o una lata con lumbre para calentarnos los pies; además de aprender las cosas de la escuela, la maestra nos enseñaba costura, a hacer vainica, canesús y a coser; cuando salíamos al recreo jugábamos a los alfileres, a las mecas, a la comba, a la panada, a la chirumba, a la maya y al escondite o bajábamos la cuesta corriendo hasta el regato. Al cumplir los doce años, ya no volví porque tuve que ayudar a mi padre en las labores del campo; mi padre tenía un *rompío* en el Soto y me tocó sacar muchos calderos de agua del pozo con el cigüeñal, abrir los canteros, excavar las patatas y quitar hierbas; y, en el verano, iba con mi padre a segar, caminaba detrás de él amontonando las gavillas y atando los haces bien con la lías o con vencejo. Le pregunté qué era eso del vencejo. Y me explicó como se preparaban las vencejeras, con paja de centeno. Se tomaba un *brazao* de centeno, se sacudían las espigas; con cuidado, sobreel trillo, hasta que soltaban el grano, después, se metían en la pila para que la paja se ablandase y se hiciese más flexible, se unían varios *brazaos*, y, al conjunto, se le sujetaba con dos lías: una se rodeaba en la parte superior y la otra, en la mediación; se colocaban en las aguaderas: una a un lado y otra al otro, y camino del corte. Una vez finalizada la siega de lentejas o cebada o trigo, me tocaba ir a acarrear; ya era una mocita y, con el horcón, daba a mi padre los haces, que él colocaba en el carro; le ayuda a extender la parca, y a trillar, y a recoger la parva con la rastra, y a limpiar, y le empujaba los sacos de grano, que él cargaba a su espalda. Y hice de todo.

Mi padre tenía una sola mula y solía conyuntar con el señor Chato, que vivía pared por medio con el señor Isaac el Berna, y también con el padre de doña Rosalía, el señor Mateo; éste tenía una mula muy recia, se las veían para dominarla. Me cuenta que, en su trajín por el campo, sufrió algún contratiempo, como aquel, en que iba subida arriba de un carro cargado de

lentejas, volcó y se vio enredada entre un amasijo de matas; su padre consiguió hacerse con una pareja de vacas, una tarde, subida en el carro, camino de una finca cercana a Mancera, las vacas sedientas, husmearon el agua de la charca de la Vaca, se lanzaron a todo correr a calmar su sed, me tuve que tirar del carro, si no el baño que me esperaba era de escalofríos; o aquella otra en la que a mi madre y a mí nos cayó una tormenta en el huerto del Soto y, hechas una sopa, regresábamos a casa la una agarrada a la otra; mi padre, atragantado, salía en busca y nos topamos con él en la Cruz de piedra; (este episodio de Francisca me retrotrae a la tormenta, que me sorprendió en los prados de Bóveda: los rayos rasgaban las cortinas de agua y los truenos redoblaban en mis oídos, de forma tan estrepitosa y aterradora, que, de pronto, me entraron las ganas de irme a estudiar con los curas).

Fueron tiempos muy duros, pero no me quejé nunca, porque era consciente de que mi padre me necesitaba, pues era hija única: mis hermanos habían fallecido de pequeños.

Escuchaba asombrado con la fluidez y facilidad con que la señora Francisca me iba desgranando la parcela de niña-adolescente al lado de su padre, y cómo iba tiñiendo su relato de

la seriedad y de la responsabilidad propias de una persona mayor. La conducta de Francisca era la habitual, pues, a muchos niños, les tocó crecer y madurar desempeñando las mismas tareas o parecidas tareas que nuestra moza, hasta el momento en que se casó con Diego, que, para ella, fue como un cierto alivio, como una liberación, pues no volvió a ejercer de labradora con mono en el resto de sus días: se convirtió en señora de su casa; a pesar de que me tocó trabajar duro, nunca me quejé.

No me quiso comentar cómo se hizo novio de Diego, su marido; pero algo le saqué, pero, antes me contó que la única diversión que tenían, cuando eran mozas, era el baile los domingos en la plaza, donde se hacía un corro grande

y se bailaban de todo: valseos jotás; durante los domingos de cuaresma, nos íbamos de paseo a la era y allí jugábamos a la sogá o a la pelota, hasta el toque de oración; los mozos andaban alrededor, pero no les hacíamos mucho caso; pero, en la situación de la señora Francisca, hubo una excepción: Diego se acertó una tarde, hablamos y así empezó la cosa: hablando.

Estuvimos de novios tres años. Al principio, nos veíamos en el baile, luego, la cosa se fue formalizando, y los miércoles, sábados y domingos pasábamos un rato de después de cenar, lo que se decía la ronda. Yo le insinué, maliciosamente, que la madre estaría delante..., me miró, (como lamentando mi inocencia), "no, hombre, en el portal solos, pero no pienses mal"; pero lo que no me cabe duda es que la señora Francisca estaba muy enamorada, como se pudo ver aquel día que fue al río a lavar la ropa con la señora Alfonsa la Quesca, y, después de comer y de tender la ropa al solano, las dos marcharon a ver a Diego, que estaba arando un *rompío* a un tiro de piedra.

Estos gestos son atisbos de modernidad, de esos adelantos con los que nos tropezamos todos los días en la calle, y que son tan naturales como la vida misma. Y hablando de la Cuaresma y de sus penitencias, me cuenta que, los domingos, había que cenar deprisa, porque había que acudir a la catequesis y al sermón; la iglesia se llenaba hasta los topes, y la escasa iluminación y las palabras del cuaresmero nos sobrecogían un poco el alma; tanto a estos actos como a misa, las mujeres acudían ataviadas con su falda negra, el pañuelo cruzado sobre el pecho y el pañuelo a la cabeza, embozadas en su mantón, con el silletín en una mano y el tapete bajo el brazo era toda una estampa propia de recato y del espíritu religioso de aquellos años; la imagen de las mozas era distinta: el velosobre la cabeza, las mangas hasta la

muñeca y su reclinatorio, se trata de una estampa más jovial y menos costumbrista.

Su padre falleció en enero de 1944, a los cincuenta y ocho años, y su muerte suscitó un problema serio: su padre dejó las fincas preparadas y sembradas, ¿cómo proseguir con las labores de arico y recolección? Hubo que buscarle una solución. Mi tío nos aconsejó, que podía adelantar mi boda y así mi marido se podía hacer cargo de la labor. Estábamos de luto por la muerte reciente de mi padre, pero la situación nos animó a tomar la decisión de adelantar la boda. Nos casamos en junio del mismo año. Diego se hace cargo de todas las labores y, una vez, casados, nos instalamos en la casa de mi madre, en la calle Peñaranda, donde hemos residido toda la vida. En estos momentos, convive con su hija María en la vivienda de esta. Aproveché el momento y le pregunté que me contase cómo se celebraban las bodas. Se comenzaba con la pedida de la novia por parte de los padres del novio. Al acto, no asistía el novio, entraba cuando el acuerdo se había conformado; le seguían las tres amonestaciones, que consistían en que el sacerdote, en la misa mayor, anunciaba el compromiso de los dos contrayentes durante tres domingos consecutivos. En la segunda amonestación, por la tarde, los familiares y amigos del novio acudían a la casa de este, donde también se encontraba la novia, a darles la enhorabuena y ofrecerles un presente, y se les invitaba a una pasta, un vaso de vino o una copa de licor, y se les deseaba para bienes con el tópico y típico deseo de "que sea para bien y para muchos años"; en la tercera amonestación, el mismo rito se repetía en casa de la novia, pero, en este caso, con sus invitados. Las mujeres más allegadas solían ir a casa de la novia a ver los "guapos", el ajuar, y aprovechaban la ceremonia para regalar a la pareja alguno de los enseres para la casa. La boda duraba tres días; en el primero, se preparaba la vajilla, como no había bastante para tanto personal, se pedía a la familia o a la

vecina; en este caso, se solía poner una señal en la base del recipiente; luego, se mataban los capones o tostones o lo que se terciara, y la guisandera se encargaba de condimentar los platos, que se llevaban al horno o se freían en aquellas cocinas de garrobaza con tarugos de encina. La preboda era, por lo tanto, un acontecimiento de trajines y ajetreos y nervios; el día de la boda, centraba la atención la novia, y la familia, de estreno, se daba el último retoque; las bandeja de bizcochos y las jarras de vino esperaban a los invitados en la gran mesa de la cocina; los invitados del novio se reunían en la casa de este, tomaban su bizcocho bizcocho y su trago de vino, mientras bromeaban con el novio; todos juntos, en procesión, se dirigían a casa de la novia; saludos entre los acompañantes de la pareja; se degustaban los mismos manjares, y se iniciaba el cortejo, camino de la iglesia. La dulzaina y el tamboril encabezaba la marcha; a continuación, la novia del brazo de su padre, seguido del novio, con los suyos. Después de misa, con la música, se regresaba a casa de la novia y se obsequiaba a los invitados con un bizcocho y una rosca bañada de azúcar. Los novios con la juventud recorría el pueblo y, en las plazuelas, se bailaba un par de vueltas; había comida y cena, y los mozos cobraban la marza a los invitados, y, con ese dinero, hacían una merienda y, a las mozas, les regaban un rocador de almendras. Había novias que se casaban con el traje de charra.

Hablando de fiestas, me destaca las fiestas de san Antón, y me explica que, ese día, los animales daban la vuelta a la iglesia y recibían la bendición del sacerdote, y, después, iban a casa del mayordomo a recoger el puño; la semana de Ánimas, con sus mayordomos. La noche de Ánimas se tocaban las campanas toda la noche, interrumpían, a medianoche, para cenar, retornaban al campanario y seguían tocando hasta el AveMaría. Además, el mayordomo y los muñidores se encargaban de repartir las velas a los cofrades, que encendían durante la misa, y, de recogerlas de nuevo.

También salían, con un burro por el pueblo, a pedir dinero para pagar las misas y responsos que se ofrecían a las Ánimas: unos daban dinero; otros, trigo, cebada o lentejas... Lo que se recaudaba se entregaba al sacerdote; la festividad del Señor era muy importante, con mucho lujo, la muñidoras iban vestidas de charras; pero la que más llamaba la atención era la de san Roque, como ahora. Traían los toros al prado quince días antes y lo corrían por las tierras con los caballos. En estos encuentros, nos rejuvenecemos todos un poco.

## **PASEOS Y ENSUEÑOS**

## **MACOTERA, LOS PRIMEROS PASOS**



Buenos días, al mirar por la ventana, veo un sol sonriente dibujado en la fachada de la casa de enfrente. Paso las hojas de un periódico y leo que se cumplen 800 años desde que Macotera aparece, por primera vez, en un documento histórico, que data de 1220, (pero no dice cuál), y que, por lo tanto “Turismo del Reino de León” se suma a la efeméride.

Como soy macoterano me he adentrado más en el asunto y di con Macotera histórico mucho antes. Lo vi, por primera vez, en el mapa de Julio González, en el que describe la repoblación de la Armuña en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII. Y existe otro testimonio de que Alba y su tierra fueron repobladas durante ese reinado (Alfonso VII) en 1144, pues donó al obispo de Salamanca el diezmo de las rentas reales de Alba y su tierra, y, dentro de esa tierra, se encontraba Macotera.

En 1196, Macotera se encontraba del lado de acá de la linde de los reinos de León y Castilla. La raya seguía la ruta de Zorita y Aldeaseca de la Frontera y continuaba por la Huelga hasta el valle del Jerte. En este período histórico, Alfonso IX era el rey de León, y Alfonso VIII, el de Castilla. Estos monarcas se disputaban la propiedad de ciertos castillos, motivo por el que mantuvieron serios enfrentamientos. Con el fin de solventar estos conflictos, ambas cortes

se citaron en Tordehumos; y, allí, se firmó un tratado por el que Alfonso VIII tenía que devolver varios castillos al rey leonés. El rey castellano no respetó lo pactado y, entonces, aquél le declaró la guerra.

En abril de 1197, se inició, de nuevo, la lucha. Alfonso IX recobró Castro de los Judíos y asoló el reino castellano. La venganza de Alfonso VIII y de su aliado el rey aragonés se reprodujo de inmediato, y con el apoyo de los portugueses, decidió adentrarse en la tierra de Salamanca. Devastaron sus tierras y la villa y aldeas de la tierra de Alba de Tormes. Entre los pueblos, que sufrieron tamaño asolamiento, se encontraba Macotera.

Tras la guerra, Alba y su tierra quedó declarada “zona catastrófica” y había que recomponerla de algún modo. Alfonso IX se comprometió, personalmente, a rehabilitar el territorio. Trae nuevos colonos de las provincias norteñas (Galicia, Burgos, Santander, Vizcaya, Logroño, Ávila (los Blázquez) y mozárabes. Incrementó la tierra de labor, talando parte de los montes, ordenó reparar las viviendas destruidas y levantar otras nuevas.

Los nuevos repobladores eran gentes sin recursos y sometidos al yugo de algún señor o de abad de monasterio, a quienes el rey prometió tierra propia, casa y ganados, exención de impuestos y el reconocimiento del derecho de libertad. Una inmigración azuzada por la necesidad como todas. Este nuevo asentamiento supuso, para Macotera y su entorno, mayor bienestar y desarrollo económico.

En otros parajes próximos, el rey ordenó la fundación de nuevos pueblos de colonización donde pudiesen asentarse los nuevos pobladores como es el caso de Gómez Velasco, Tordillos, Fresnillo, Pedrosillo, Galleguillos...

En diciembre de 1224, Alfonso IX confirma el reparto de heredades a los nuevos colonos. Para llevar a efecto la voluntad real, en cada aldea se nombra un jurado. El jurado, que se encarga de la distribución en Macotera,

lo integran: Moro García, Sancho, Pero Gonzalvo, Peidro Serrano y Johanés Diago.

La adjudicación quedó como sigue:

Peidro Serrano, le asignan XV obradas; filios de Domingo Gordo, I juga (\*) e XII obradas; dona Sancha, II obradas e media; Michael, media juga; mulier (mujer) de Johan Fagu(n), XV obradas; Peidro Cunado, I juga; la heredad Descarga Maria, I juga; Sancho García, VI obradas; Bienayazo, media juga; Domingo Lobo, media juga; Domingo Michael, XL e V obradas; Mari Cara, I juga; Mari Martín, I juga e V obradas; nieto Nuño ( en blanco), VII obradas; Mari Gomiz, XVI obradas; la sobrina de Sancho Pero, VIII obradas e I ferren (\*); filios de Posado, XL obradas; dona Oria, XV obradas e media; Fernand Panadero, IIII obradas; dona Amuna, VI obradas.

Archivo Municipal de Alba de Tormes)

Macotera pudo haber surgido antes, pero no tenemos datos, solo el nombre, que data de la época prerromana. Lo que sí son fiables los datos escritos que nos han llegado.

## MI CARNET DE SANTANERO



Yo siento que parte de mi vida y de mi historia infantil permanece amarrada a aquellas casas y fachadas de barro y cal, y a aquellas calles embarradas del barrio de Santa Ana, que me impactaron tanto de chico, que dejaron sus pequeños guiños en mi carácter en ciernes.

Yo era muy chico, pero no, por eso, dejaba de dar juego a mi curiosidad; y estas vivencias de pequeño quedaron tan impresas en mi alma, que han marcado la andadura de mi futuro; como también lo han hecho el tiempo con sus inclemencias, y los juegos, y las relaciones con los niños y con los mayores, y la escuela, y todas las circunstancias que me han hablado, me han aconsejado y me han guiado en mi proyecto de hombre y de persona. Estas experiencias santaneras y de otros ambientes me han hecho más humano, más generoso, y es de agradecer.

No nací en Santa Ana, pero crecí en Santa Ana. Mi padre fue el practicante titular de San Ana, y su médico, don Agustín García Talavera. Tenían

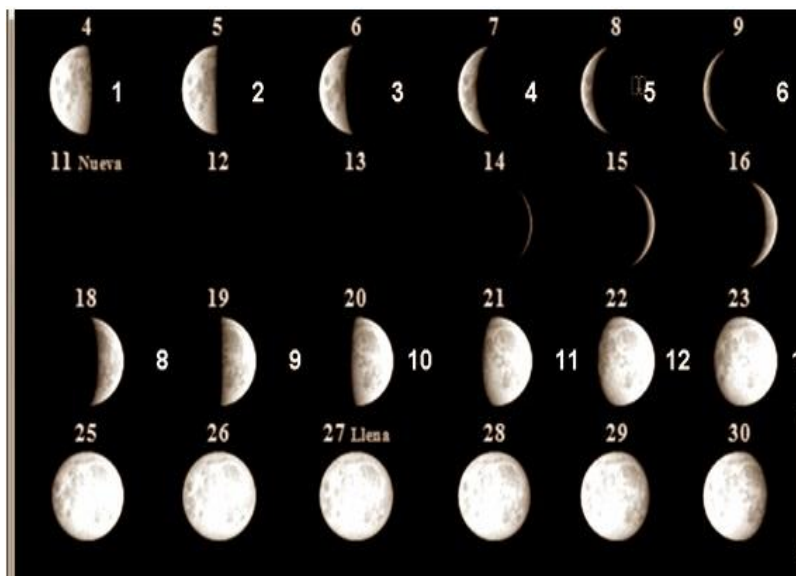
pacientes en todo el pueblo, pero su destino era Santa Ana y los santaneros. Así lo fueron durante cuarenta años.

Cuando marchó don Agustín a Medina del Campo, cubrieron su plaza otros médicos, médicos que no tenían ni idea de Santa Ana ni de sus vecinos, y yo tuve que hacer de lazarillo. ¿Conocéis el refrán que dice “quien no sabe es como quien no ve?”, por eso, tuve que erigirme en el lazarillo de los médicos. Los familiares dejaban el aviso en casa de mis padres, y, con la lista en la mano derecha, guiaba al médico hasta la casa del enfermo; y, en este trajín diario, sobre todo, en verano, porque no podía perderme un día de escuela, me permitió conocer todas las casas de Santa Ana y sus habitantes; y las casas y los habitantes de Santa Ana me conocieron a mí; y me sentí, profundamente, partícipe en aquellos ambientes de escasez, en el que sus gentes no tenían más que ofrecerte que su amistad, su simpatía y su agradecimiento, y que, muchas veces, me sumieron en la tristeza, y ¿por qué esto?, y no hallaba respuesta en mi alma de niño inocente.

Pero hoy Santa Ana ya no es aquel Santa Ana. Sus casas están remozadas, sus calles adecentadas, sus gentes son otras gentes con más solvencia, pero con la misma solera. La solera es tan innata en Santa Ana, que es su seña de identidad, y este sello es imborrable e insustituible.

Ahora comprendéis porque me siento tan santanero, porque viví Santa Ana desde niño, y disfruté de Santa Ana, de su gente, de su escuela, de la señora Gregoria y de su amistad; y también, porque mi padre fue en Santa Ana una institución por su capacidad de entrega por la gente de Santa Ana, y yo me quedé con esa impronta.

## LAS FASES DE LA LUNA



Todos tenemos un libro grabado en nuestra memoria con muchas páginas, que no se agotan hasta que no aparece esa página, “aviso”, que llamamos la hoja roja. Este libro es en el que escribimos todas las cosas que nos pasan en esta vida, desde que tenemos uso de razón, hasta un instante antes de la muerte; (algunos lo alargan unos minutos más de la muerte: ese momento en que se apagan todas las luces, y se enciende una vela.

Cuando nosotros éramos niños, el uso de razón lo daba la primera comunión, que se solía tomar a los siete años. Parece ser que, antes, los niños éramos menos despiertos que ahora, pues, ahora, hasta un bebé tiene uso de razón: nace ya hecho un “lince”.

## **HOY, LUNA NUEVA**

Un capítulo, que guardo en mi mente, tiene que ver con mi vivencia familiar. Me engendraron con una dosis de miedo, y ese “gen” me ha perseguido siempre y me ha condicionado toda la vida; aún hoy me sigue mordiendo el calcañal: *el miedo de un preso sin sentido*. Me contó mi madre que había nacido en la calle Jesús de mi pueblo y que, a los quince días, mis padres se trasladaron a la calle Retuerta: yo no sé si esto tuvo algo que ver con lo retorcida, que fue mi infancia en los años de posguerra, pero que me sirvió de escuela en mi despertar humano.

Mi padre era profesional de sanidad, lo que, antaño, se llamaba practicante. En la misma sala, (que hoy se dice dormitorio) dormíamos, en una cama, mis padres y, en otra, dos hermanos a la cabecera y yo a las pies; recuerdo que, en la pared, que separaba la cocina y la citada sala, había un ventanuco pequeño y, de su reducido techo, colgaba una bombilla de 25 bujías, que alumbraba las dos estancias.

Entonces, el sereno recorría las calles del pueblo, pregonando la hora y el estado del tiempo: “*La dos y sereno o nublado*”. Era como un reloj ambulante en aquellas noches largas y frías, y de largos miedos. Con mucha frecuencia, tocaba a la ventana y mi padre dejaba de roncar: “*Pedro, levanta que fulana ha vertido aguas o mengano necesita que le pongas una inyección...*” Cualquier urgencia. Y mi padre se vestía rápido, se ponía la pelliza, cogía la cartera y salía raudo; cerraba la puerta de abajo con la tranca y empujaba la de arriba. Yo le sentía romper la nieve helada y, a medida que se alejaban sus pisadas, aumentaba mi miedo, que no se calmaba hasta que regresaba a la hora que fuera. Mi padre era para mí mi seguridad. Y la *diligencia* de mi padre en el cumplimiento de su deber, y su *abnegación* a cualquier hora del

día, como sucedió después con el descubrimiento de la penicilina, despertó mi *inquietud* y mi pronta *disposición de servicio* sin cortapisas.

Y existían dos clases de clientes: el que podía pagar la iguala y los demás; a éstos no les cobraba; y mi madre le recordaba que tenía seis hijos; él respondía que ella, al menos, podía comprar pan. Y yo aprendí que, en la vida, hay algo más importante que el dinero: la *generosidad*.

Esperaba, como todos los niños, en aquellos años de escaseces y tremendas penurias, sentarme a la mesa a comer con mi familia. Mi madre ponía un puchero de patatas o de sopas o legumbres, y, de segundo, un cacho de algo que podía ser un huevo, una sardina, escabeche, pero lo aleccionador era que mi madre partía un huevo para dos o una sardina para tres, o una naranja: cualquier cosa. Mi madre partía y nosotros *compartíamos*. Aprendimos a compartir. Compartíamos todo: la cama, la chaqueta del hermano mayor, (que remataba yo, si no, mi hermano más pequeño); la enciclopedia, las castañuelas, la peonza... No había juguetes. No nos tirábamos de los pelos, porque nadie se quitaba nada, porque no existía ese algo; era como el juego de la *conformidad* y de la *resignación*. Valores que nos ayudaron a afrontar las dificultades de la vida con *entereza*, *mesura*, *sacrificio* y *constancia*.

## **HOY, CUARTO CRECIENTE**

Fíjate *tú*, esta mañana, he abierto mi libro por cualquier capítulo y ha coincidido con los aconteceres, que yo viví en la escuela. Nosotros no tuvimos colegio, tuvimos escuela, donde íbamos niños de todas las edades, desde los de primeras letras hasta los catorce años; y teníamos un solo maestro, que se llamaba don Jesús. Toda la vida escolar estuve con él. Tardaba un cuarto de hora en pasar lista, porque éramos sesenta, y todo un revoltijo de edades. No llegábamos nunca a aprender más de las cuatro

reglas, salvo, aquel grupo de destacados, que llegaba hasta la regla de tres y de compañía. Nosotros no teníamos libros, como vosotros, ni cartera, ni iban nuestras madres o abuelos con nosotros en la ida y vuelta al y del colegio; sólo teníamos una cartilla para aprender a leer; una pizarra y un pizarrín para escribir y hacer cuentas. Nosotros hacíamos cuentas, no como vosotros, que hacéis actividades y ejercicios. Nosotros no sabíamos de la existencia de esas palabrejas, como actividades y ejercicios; eso sí, siempre íbamos jugando a la escuela: nosotros jugábamos mucho, y a todas las cosas, como fomento de valores como la *solidaridad*, la *amistad*, la *participación*, el *compañerismo* y el *respeto*; y cada temporada tenía sus juegos; nosotros no teníamos consolas y esos artilugios, con que jugáis vosotros, entretenimientos que tienen poco de social, y mucho de soledad y de individualismo. Nosotros nos inventábamos todo, así nunca nos aburríamos. No teníamos tiempo, a pesar de que no teníamos tele ni ordenador, y éramos felices, tan felices como puedas ser tú.

En un apartado del capítulo de la escuela, tengo escrito algo sobre la estufa: el único medio que teníamos para calentarnos una *miaja* en aquellos inviernos fríos, de nieves y de grandes heladas, en que tiritábamos y castañeteábamos los dientes.

## TE CUENTO.

Me levanté aquel día muy temprano. Los chupiteles gordos y puntiagudos colgaban de los aleros del tejado. Una bandada de pájaros picoteaba la paja que el tío Ángel había desparramado por la calle sobre la nieve, para evitar que nos rompiéramos la crisma los muchachos y mayores en nuestro resbaladizo trajinar: aquello era *civismo del bueno*. Aquella noche había helado mucho. La voz del sereno sonaba limpia y tintineante en el hueco

inmenso de un firmamento estrellado. Te daba la impresión de que el mundo fuese una damajuana transparente.

Aquel día no hubo escuela. Nuestras madres nos decían: “Quietecitos en la cama, que ha nevado y hace mucho frío”. Nosotros, al oír la palabra fatídica de frío, nos arrebujábamos aún más bajo la manta, rebuscando el escaso rescoldo, que se escondía entre las sábanas.

El problema del frío, en serie, era cuando íbamos a la escuela: allí, no había calefacción ni las comodidades que tenéis hoy. No teníamos ni pañuelo para limpiarnos los mocos. No os quiero contar donde se quedaban los mocos, porque no teníamos pañuelo. La mayoría entrábamos en la escuela, calentandonos las manos con el aliento; aprovechábamos todo atisbo de calor que emanaba de nuestro cuerpo: nos bajábamos las mangas de la chaqueta; nos metíamos las manos debajo de los sobacos; nos las frotábamos hasta que se enfadaba la sangre de tanto incordio... Teníamos los pies como carámbanos, porque no podíamos alcanzarlos con el aliento. Cuánto frío! Frío que, a veces, congelaba hasta el aliento. Frío, en casa; mucho frío, en la calle; mucho frío, en la escuela y mayor frío, en la iglesia. Para amortiguar el frío, algunos niños, no muchos, llevábamos una estufa a la escuela (estufas de juguete). Había estufas que eran latas de sardinas de kilo, taladradas con pequeños agujeritos; las madres, antes de salir de casa para ir a la escuela, las llenaban con el rescoldo de paja de burrajos: era como un engaño, pues, cuando llegabas a clase, no quedaba ni una brizna de calor. Era inútil que llevásemos la cuchara para escarbar, sino había nada que escarbar; en cambio, existían las estufas de verdad, con caja de metal, tapadera agujereada y con listones de madera encima, para asentar los pies. Estas estufas sí que daban calor: un privilegio del hijo de gente pudiente; se alimentaba con ascuas de palos de encina y, para que durase más, las

madres solían cubrirlas con ceniza de garrobaza bien prendida. A veces, el compañero de al lado te dejaba poner sobre la tapadera un cacho de pie, pero sólo un cacho, que, apenas, te servía de alivio; pero, en el gesto, *había algo de solidaridad*, y ese algo se saboreaba mucho en aquellos tiempos, en que yo fui muchacho; tan muchacho como tú, pero, con muchas menos cosas.

### **POR ÚLTIMO, LUNA LLENA Y EL CUARTO MENGUANTE**

Campo, que huele a tortilla y tocino anejo; a heno seco, a mies dorada y rastrojo; campo, que añora la blandura suave y ligera de la abarca; campo, que sintió impasible la rasgadura de la reja y la presión del estevón: cultivador y sembrador de esperanzas; campo de nostalgias; de tertulias en la linde; de corrobolas a la sombra de la encina o del fresno estirado y pomposo; campo, buen campo, fantasía de ilusiones; siempre soñador y vigilante; agobiado de angustias y sudores; como buen padre, cuidador de *subsistencias* de proles que reclaman pan.

Campo donde los muchachos jugábamos a buscar nidos de alondra, a acariciar grillos de linde, (grandes cantadores, que extraíamos de su hura con una brizna de paja) y nos entretenía haciendo gatarías en los majuelos y melonares, buscando las vueltas al guarda, para calmar hambres.

Campo donde aprendimos a ejercer de niños yunteros: en la escarda, en la siega, atando haces y recogiendo espigas o espigando para alimentar las gallinas del corral, que satisficieron tantas hambres. Trabajos duros, de infancias tiernas, de sol a sol: sudores sin jornal.

Aquellos tiempos fueron tan duros, que hoy los padres espetan: “¡Que mis hijos no pasen lo que yo pasé!”. Flaco favor.

Y el fraile pasaba por las escuelas buscando vocaciones. Era la manera de poder estudiar y de librar una boca de la mesa. Había sólo un instituto por provincia; no había becas; ni posibles; ni oportunidades. Los seminarios y los conventos se convirtieron en la única oportunidad; por esto, mi pueblo se transformó en el pueblo más levítico de España. Vocaciones, que muy pocas cuajaron, y muchas se frustraron, pero que sirvieron de trampolín para que muchos jóvenes lograran su licenciatura en alguna especialidad, y aseguraran su futuro. Cuántos bocados se quitaron los padres de la boca, por que el hijo finalizase sus estudios, mientras los otros hermanos seguían tras la yunta o pendientes de un jornal (cuando llegaba), y de pobreza extrema, pues, entonces, no existían subsidios de desempleo ni otro tipo de ayuda; sí mucha mendicidad.

Y así se soportaron muchos años, hasta que vino la emigración de los años sesenta, por la que España empezó a respirar y en los hogares comenzó a entrar la comodidad, el progreso y el bienestar. Y aquellos, que deseaban estudiar y no tenían posibles, lo hacían, como libres, en su casa, sin profesor, y acudían a la capital a las convocatorias, que se programaban en los meses de junio y septiembre. Mucho *sacrificio, excesiva austeridad y tenacidad*.

Hoy, es otra cosa: todo el “mundo” tiene acceso a todo tipo de enseñanza. Se dispone de centros, de recursos didácticos modernos y tecnológicos; más ayudas, más medios, más facilidades; hoy, se dice que “no estudia quien no quiere”.

## **CUARTO MENGUANTE**

Me he jubilado de un trabajo que ha tenido que ver con la educación. He trabajado con niños, con jóvenes y con adultos. Tanto igual con adultos que con pequeños.

He intentado ser testimonio, porque yo aprendí en la escuela de las vivencias y de las observaciones, y así he procurado que mis aulas fueran escuelas de fomento de valores, de buenas costumbres y de compromisos compartidos. He procurado inculcar la importancia del *deber*, de la *responsabilidad*, del *respeto*, de la *tolerancia*, de la *autoestima*...; y para ello, me así a las grandes posibilidades que tienen el teatro y la práctica deportiva, que entrañan grandes valores que tienen que ver con el desarrollo personal, humano y social.

Tanto los valores, como los intereses y disposiciones, son elementos inmanentes a la persona, que la educación se encarga de despertar, y la instrucción, la experiencia, la imitación y la introyección de fortalecer; prácticas en las que deben estar, seriamente implicados, los padres, amigos, profesores y sociedad.

## MI SOMBRA Y YO TERMINAMOS DE LLEGAR



Calienta. Cuando me calé el sombrero para salir al campo, me tuve que poner una chambrá, pues refrescaba. Hoy, he pateado un cuarto de término encadenado a mi sombra. Todo un trayecto. Mi sombra iba delante, imitando mis movimientos; en otra posición, se ponía a mi lado y conversaba conmigo; en otra postura, se colocada detrás, y sentía cómo se mofaba de mi facha, desgarbada y cansina, de los muchos andares y de las mil fatigas; pero, a pesar de todo, mi sombra me sigue teniendo cariño, y me ha jurado morir conmigo, y que ella no se queda, en este mundo, sin mí. Mi amiga fiel. Hoy, he tomado una ruta nueva, desconocida, y me he perdido, porque no sabía por dónde tirar, aunque los puntos de referencia me orientaban en la distancia. Seguí el camino de la fábrica hacia Guedejas, y me llevó la curiosidad por un sendero a la derecha, (antes de llegar a los “Infiernos”), y lo seguí en busca de una salida; mientras avanzaba, ni un alma, ni un pájaro;

en la rastrojera, seстеaban diseminados rebaños de pacas, que esperaban al mayoral que las embarcase para la hacina; alguna tierra salpicada y sembrada de cardos de luminaria de la Virgen de la Encina; y, muy raro, tan raro, como que yo me metiera por allí, un coche *colorao*, aparcado a la vera del camino; tenía matrícula de Madrid, me la aprendí por si era necesario comentar nuestra locura. Lugares de “valdes” (valle) como Valderrón, Valdelamora, Valdesalegas, Valdeviterna, (valle de la vida eterna, con su fuente de agua milagrosa, que curaba los males del cuerpo y del alma; tierras de pleitos. E, intermitentemente, le preguntaba al campo ¿dónde se han metido los pájaros y las alondras y las perdices y las liebres y las alimañas y ...?

Y se me encogía de hombros.

Y andaba un tramo más, y le volvía a interrogar por el hombre encorvado, sobre la tierra, que hacía la siembra, y la siega, y la escarda, y esparramaba basura, y se alzaba para encaramar los haces a la barcina...

Y arrugaba el ceño.

Y deambulaba un poco más, y le intentaba sonsacar sobre qué ha sido de aquel olor a tortilla, y a torreznos, y a cebolla, a vino de barril...

- ¿Qué quieres que te diga yo?, me espetaba.

Y mientras subía una pequeña loma en silencio, el campo aprovechó el momento, para devolverme las preguntas.

- Oye, Timi, ¿por qué no se ven alondras en estos mis parajes, ni hombres con abarcas, ni yuntas, ni fiambreras brillando al sol, ni...?

Yo sí tenía respuestas y se las di; las mismas explicaciones que le hubieses dado tú.

Entonces, el campo se sumió en sus tristezas, mirándome sin ver, sin comprender; como un alucinado sin luz, y se tocaba los vestidos confuso, como ido, y aterrado al mismo tiempo. Intenté animarlo, desprenderle

su angustia y pena. Reconfortarlo:

- ¡Campo, tú todavía estás aquí!

Y antes de cruzar la carretera, en un cacho de prado, pastaban unas vacas; cortésmente, levantaron la cabeza para saludarme, y continuaron a lo suyo; unos ciclistas sudaban un trozo de cuesta; crucé la carretera y mi curiosidad continuaba llevándome de su mano. Caminaba al son que marcaban mis pisadas, que reventaban las mil arenillas; mi sombra era mi única compañera; y bajé una cuesta, y llegué a una pequeña encrucijada de caminos: enfrente el monte y unas casas; me percaté de que me hallaba en el monte de los Gómez, porque, en esa explanada de casas y prado, nosotros, de más jóvenes, celebramos los actos del primero de mayo, con juegos y merendolas. Me decidí por el camino de la derecha, que mira a las lomas del prado en lontananza; en una tierra de pajas, cercada de alambre, una piara de vacas almorzaba plácidamente; y, con mucho respeto y extrañeza de mi presencia y figura, alzaron la cabeza para preguntarme si necesitaba algo o qué buscaba por allí. Correspondí a su gentileza, y continué camino abajo; me tropecé con una panda de zarzas, apoyadas en el vallado de un pequeña cañera: todas las moras heladas, ateridas por los fríos de la noche; un coche bajaba por un camino, procedente de la carretera; me observó y, al verme por allí perdido por andurriales, para mí, casi desconocidos, paró; el amigo Goyo iba a ver sus vacas, y me señaló la Cabezota y, de repente, se despertó, en mi memoria, la imagen de la charca, de la fuente de agua cristalina y del grillo cantaor, que traje bajo el sombrero, y que armonizó tantos mis sueños y compitió con tantos mis ronquidos, y también me mostró la senda que debía conducirme a mi casa; pero, ya que estaba en el monte, quise comprobar si había buena cosecha de montanera y, a fe, que las copudas encinas están plagadas de bellotas: buen año para el recebo del ibérico; y, asimismo, contemplé un ala de color gris y negra de

paloma, apoyada en la sombra de una encina, y, a la vera de una cañera, una culebra o bastardo dejó abandonada su raída camisa prendida a unos matojos, y, remudada, reptaba de caza por esos campos exhaustos en busca de un ratón o un pájaro adormilado por el calor de un sol despiadado: únicos vestigios de vida. Trochando tierras de buen pan llevar, abriendo camino al andar y guiado por la rodera de un tractor, di con el camino de Tordillos a Santiago; la charca del prado reseca como el campo, ni una gota de agua, con una corona de hierba más verdeja en la frescura de su clave; los huertos familiares, sin oficio ni beneficio, esperan nuevos inquilinos que los revivan en vergel.

Ya notaba el cansancio y apenas me encontraba con alguien, que me sirviera de pretexto para detenerme a aliviar el jadeo: di, por fin, con la presencia de Ramiro, el vecino, y más adelante con la de José el *Piro*, con la de Ventura *Pucherero* y con la de Manolo *Gui*; y con un coche, que me vertió encima todo el polvo del camino, sin querer. Y estas paradas me permitieron un respiro, que agradeció todo mi cuerpo.

Y llegué a casa con catorce kilómetros a la espalda, medio desfallecido, hambriento de agua y de energía de quemar, con mucho sudor en las axilas y en la cintura; pero, contento, porque había atendido el consejo del médico y me había dado tiempo a ser feliz y a hilvanar estas líneas, que saben a naturaleza, a sol, a sudor y a fatiga; a recuerdos, no añorados por su dureza de sed y lágrimas; y a fragua forjadora de hombres recios, nobles, aguerridos y austeros, que bien merecido tienen el disfrute de unas fiestas de verano, que saben a gratitud.

## LA SOLEDAD EN NAVIDAD



El anciano animaba la lumbre de burrajos con la punta de las tenazas. Se inclinaba sobre sus rodillas e intentaba, inútilmente, aumentar el calor de la estancia con los cuatro cachos de ascuas y las cuatro puntas de palos, que se escondían, distraídamente, entre la ceniza. Muchos años tenían Antonio y la Francisca. La Francisca se encontraba más ligera, y se embozaba en el pañuelo negro, que anudaba a la barbilla; en cambio, Antonio, “Antón”, como lo decía ella, tenía el rostro más apergaminado, más arrugado, y las piernas más torpes: el peso del legón y de las parihuelas habían machacado demasiado sus huesos, hasta el punto de paralizarlos; de su nariz, pendía una “guinda”, que él intentaba, sin disimulo, atrapar con un moquero grande, que se columpiaba en su muslo derecho; de pronto, una lágrima se despanzurraba, de repente, contra la pernera de su pantalón de pana. No me

miraba; su vista estaba lejos, en otro lugar, en otro ensueño tanto o más frustrante, que aquel de la cocina llena de frío por todas las partes.

Musitó, con voz casi imperceptible: “Trabajar de sol a sol para esto...”. La Francisca me ofreció unas galletas “maría”. No me resistí, no me podía resistir, porque aquel plato con galletas entrañaba el valor más grande del pobre: la generosidad; mientras tanto, Antonio seguía meciéndose entre sus desengaños.

Y, para calentar el ambiente y recompensarlo con alguna añoranza, intenté hacerlos retroceder a aquellos años de plena juventud un tanto más ilusionantes; les recordé aquella “navidad”, la del candil, la del silencio en las calles, la del calor más familiar: aquella en la que nadie tenía excusa para no sentarse en torno a la mesa; pero “Antón” seguía ensimismado, abstraído en su profunda reflexión callada. Vivía sumido en su soledad interior, y, tan ni siquiera, habían tenido hijos, ni habían disfrutado de una sonrisa ajena, salvo, el maullido cansino de su gato hambriento.

Me salí de aquella cocina contagiado de soledad y de tristeza triste; y esta vivencia de cocina me evocó aquel hecho que sucedió en Nazaret con una familia sin techo, que tuvo que salir huyendo a otro país, mientras, en el suyo, se le cerraban las puertas; y, concluí, en mi reflexión que, a medida de que este mundo se introduce, cada instante, en más progreso, en más tecnificación y en más riqueza, se deshumaniza más descaradamente, como lo muestran esas imágenes sangrantes de personas, que atraviesan desfiladeros de montaña y cruzan los mares en pateras en busca de posada y de un plato caliente de comida, y se les niega. Y, con este sin vivir, avanzaba por la calle acompañado de bullicio, de ajetreo y de prisas; de gente, de mucha gente; de escaparates agresivos, de luces de magia; de material bélico incendiario y estremecedor; de ambiciones desmedidas; de hipocresías inconfesables y cínicas...

## EN BUSCA DE LAS FUENTES DEL RÍO MARGAÑÁN



Ante la tensión, en que nos han mantenido estos políticos de medio mandil durante estos meses, he sentido la necesidad de oxigenarme, de sacar del arca de mi alma todas las prendas, que huelen a moho, a airearlas en el respiradero saludable de la madre naturaleza. Y aproveché un día de la semana, en que el sol se paseaba plácido, sin ninguna nube en que enredarse, para cumplir uno de mis sueños: llegar a conocer las fuentes del río de mi pueblo, que lleva por título Margañán.

Me levanté muy de mañana, me calé el sombrero, tomé la cachava y me espaldé la mochila con la fiambra, una botella grande de acuario mineral y más agua. Me propuse seguir el río Margañán hasta dar con sus mismas fuentes. Al principio, todo me fue fácil andar entre la maleza y bajo un toldo de sombra natural. Apostados en las enramadas, los pájaros me aliviaban la

marcha con su variopinta melodía. Dejé Santiago y Malpartida detrás, y el risco continuo se entretenía en mordisquearme las playeras y mis riñones. Al lado, las zarzas plagadas de flores preñadas de escaramujos y de moras negras y gordas; las lanchas, tapizadas por la caricia del agua que discurre precipitada en catarata y se retuerce entre pedruscos insensibles, rompiendo, con sus murmullos alocados, la soledad y el silencio; la vegetación, en primavera, impacta y ennoblece el alma; pozas pequeñas y grandes; la más grande quiso Franco convertirla en embalse para regar la vegas encadenadas de Santiago, Macotera, Tordillos y Coca: un proyecto dormido en los cajones por falta de mecenas. Saludé a unos aldeanos de de Villar, que retenían una piara de vacas ante la portada de un cercado. No les quise decir de dónde era, ni a dónde me dirigía: me tendrían por un loco. Es más saludable que digan: *“Nos encontramos con un desconocido, nos saludó y siguió adelante con su mochila”*. Quizás quien me consideré como un chiflado de verdad, fui yo mismo al decidirme a emprender semejante aventura por las quebraduras de un suelo escabroso, abrupto e inmisericorde.

Enfrente de los molinos de las Veguillas, saqué la fiambrera y me puse a echar las once y un trago largo de agua mineral, que me reconfortó. Desnudé los pies, que hervían de sudor, y, con el balanceo de las piernas, los reanimaba, alternativamente, en la frescura que desprendía aquel reguero fuerte, que se *esbarizaba* por la peña.

A partir de este punto, la senda se iba suavizando. El entorno se hacía más encantador y bucólico: praderas cercadas y frescas arboledas en las márgenes del río, que, en esta época del año, se ensancha cristalino, deslizándose sobre una alfombra verde, engalanada de margaritas blancas y amarillas. Me invadió el sentimiento de paz, de sosiego nostálgico, y el arrumaco tierno de la sempiterna madre naturaleza. Nunca había visto un lobo de verdad. Cruzaba el sendero a muy corta distancia de mí. Me miró de

arriba abajo y debió pensar que yo era ya carne dura y siguió su marcha. Me dio tiempo a hacerle una foto.

En lontananza, se avistaba la sierra de Ávila con su cerro de Salrota y el puerto de Villatoro: territorio monacal, donde los agustinos regentaron un hospicio. De pronto, me sentí peregrino con hambre de indulgencia. A un palmo de las ruinas conventuales, la desolada ermita de Nuestra Señora del Risco.

El lugar me cautivó. Me recosté en el tronco de un álamo centenario y su sombra me resarcí y me rescató de la extenuación de la marcha. Más que comer, devoré la merienda: no sentía las fuerzas y me quedé dormido de cansancio. Cuando me percaté de mi presencia, el reloj marcaba las seis de la tarde. Me desperecé como pude y seguí la ruta. A medida que me adentraba en la sierra, cruzaba pequeños valles salpicados de barruecos graníticos, escaso arbolado y corto pasto, pero rico en nutrientes que hace que los animales, alimentados con estas hierbas, den una carne de excelente calidad.

Y encaramado en la cima del puerto de Villatoro, pude contemplar un gran acuífero, que daba vida a cuatro ríos, que, a pesar de nacer en la misma zona, tomaban destinos distintos: el Corneja, que riega las tierras de Piedrahíta; el Adaja, que fertiliza buena zona de la Castilla abulense antes de llegar a la capital; el Gamo, que acaricia indiferente los pueblos de Alaraz y Gajates antes de verter en el Tormes y el Margañán.

Me quedé un rato observando el nacimiento de nuestro río. De entre las rocas, asomaban la cabeza unas culebrillas de agua, que, al advertir mi sombra, se guarecían, raudas, en la espesura de una tupida era verde y virgen. Y juntas aparecían, de nuevo, un poco más abajo en forma de fuente, que se despeñaba en torrente. Venero viejo, que, en lo antiguo, calmó tanta

sed al pueblo pastor beréber, que, en reconocimiento, le puso el nombre de Margañán, “agua del pastor”.

Ante tanta belleza y paz me transfiguré, levanté mi tienda y me senté a la puerta, mientras mi alma era tentada a quedarse allí, como anacoreta, por el equilibrio del proceso natural de lo sensible y lo insensible; sin las ataduras de egoísmos y ambiciones, que contaminan toda relación humana. Cuando me emancipó la paz, sentado a mi vera, estaba el lobo, que, con su mirada noble, solicitaba mi amistad.

## **LAS APARIENCIAS ENGAÑAN**



Esta mañana, por la claridad, que entraba por las rendijas de la persiana, me dije: “¡Parece que el sol se ha levantado muy listo, ha abandonado las sábanas y las mantas en un santiamén! Me levanté también contento, alegre, porque me agobia tanta agua y tanto frío, y sin atisbo de que esto acabe. La levantada fue una pura apariencia, pues, una vez me asexé y repuse fuerzas, me dispuse a llevar los boletines de abril a Correos; nada más dar vuelta a la esquina, un fuerte viento me impidió el paso, no me dejaba pasar porque sí, porque lo dice él, y él manda. Le rogué y te puse a ti por excusa de que me estabas esperando, y a regañadientes, no de buena gana, me dejó andar, pero, con él delante frenándome con sus gigantes manos. Y a duras penas, llegué acezando a Correos. Como era el primero me atendió rápido un señor, que le conocía, porque había trabajado con Juan el cartero en Peñaranda, pero, sin privilegios; me atendió, porque ya he dicho que era el primero de la cola.

Una vez, en casa, llamé a mi sobrino Ángel, y me informó de que esta tarde, en la iglesia de Macotera, hay un concierto de música sacra, que interpretarán el grupo Adobe y los alumnos de la Escuela de Dulzaina y

Percusión de Macotera. Y me anunció que, mañana, repetirán el repertorio sagrado en Paradinas, el próximo miércoles en el teatro Calderón de Peñaranda y el sábado santo, en Tordillos. Cómo veis estos muchachos y los del Club Atletismo hacen patria de la buena.

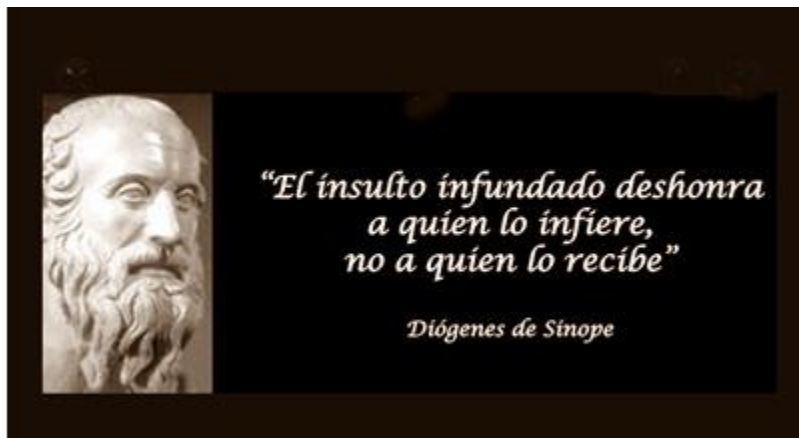
Yo el paseo no me lo pierdo, aunque caigan chuzos. Me gusta estar aireado física y mentalmente, aunque se han empeñado en acompañarme el 8 y el 0. La huerta del cura, como la llama mi amigo el “Niño el Arenitas”, me conoce bien; y gracias a los árboles, que han frenado la fuerza del viento, me han permitido dar cuatro vueltas. Cuando iba por la primera, y, a escasos metros, un pino se partió a cárcene, no avisó, solo gritó rassssss..., y cayó al suelo, todo lo largo que era con sus ramas y hojas. Despanzurrao. Poco rato después, una grúa y un camioneto se llevaban al difunto al cementerio de estas especies.

Y, ya, en casa, no tenía nada que hacer, y me puse a escribir, a la espera de la hora de comer. Esta tarde, veré la “Volta” y buscaré tarea para llenar la sobremesa. Por la radio, sé que el viento sigue azotando todo lo que pilla por delante, y el sol sigue listo, colándose por la ventana; hay ratos que se empaña, pero solo a ratos, luego sigue alegrando los intentos de la primavera.

Hoy es la víspera del Domingo de Ramos, pero también es la víspera de la “Anunciación del Señor”; antaño, el día de la “Anunciación del Señor”, por la tarde, las mujeres y jóvenes se reunían en la ermita de la Virgen de la Encina, y la señora Petronila, directora del coro, recitaba: “El día de la Anunciación cien veces me santigüé, (y todas, a una, se santiguaban cien veces); cien veces me arrodillé ( y todas, a una, se arrodillaban cien veces) (¡Imaginaos la gata!); cien Avemarías recé ( y todas, a coro, rezaban las cien Avemarías), y, a la Virgen de marzo se las entregué”.

De esto, no tenía ni idea, pero, de algo nuevo, se entera uno.

## LA HONESTIDAD ES COSA DE TODOS



Lo discutimos la otra tarde en la tertulia del “Sanedrín” universitario, y llegamos a la conclusión de que si el ciudadano es honesto, respetuoso, ético y con comportamiento moral, la democracia es honesta, respetuosa, ética y moral. Las piezas son las que forman el puzle, y sus colores, los que las identifican, caracterizan y ennoblecen; pero si el individuo es corrupto, no respeta lo ajeno, no profesa principios ni valores, se salta, a la torera, las normas y la conducta cívica, esa democracia se manifiesta con las mismas vergüenzas que la componen.

Y Ahí tenemos el ejemplo. ¿Por qué se mantiene un corrupto, un desalmado en el poder? Porque la materia prima, que lo sustenta, es de la misma calaña.

Esta reflexión nos llevó a la conclusión de que la primera en regenerarse es la propia sociedad, la persona, el individuo que la estructura y la compone. Es un error pretender empezar la casa por el tejado. Exigimos a los responsables y representantes del pueblo, que se renueven, que cambien de cara, de ideas, de actitudes y de comportamientos, cuando el remedio del

entuerto se halla en la base, en el principio, en la comunidad. Lo comentamos en mil ocasiones: “tenemos los gobiernos que nos merecemos”. Esa es la razón y la verdad. Nos sacudimos el hombro, echándole la brizna y la responsabilidad al otro, y mientras tanto nosotros nos lavamos las manos como Pilatos, como si nosotros nunca ni ahora hayamos roto un plato.

Metido en estas reflexiones, di con un tratado de Aristóteles sobre Moral. Me pareció bastante enredoso para iniciados, pero me quedé con una idea muy escueta: *“la Moral forma parte de la política. En política, no es posible cosa alguna sin estar dotado de ciertas cualidades, quiero decir sin ser hombre de bien; pero ser hombre de bien equivale a tener virtudes y, por tanto, si, en política, se quiere hacer algo, es preciso ser moralmente virtuoso”*.

Virtuoso es como decir con sentido común, buenas dosis de humanismo, poseedor de nobles valores y principios y un desinteresado compromiso por los demás.

Andando entre más cavilaciones, me tropecé con unas sentencias más tangibles, más cercanas, inteligibles y tan didácticas: la filosofía de nuestro insigne don Miguel de Cervantes. Nos aconseja que para ser buenos ciudadanos, debemos guiarnos de la locura del Hidalgo de la Mancha:

*“Don Quijote es un ser generoso sin límites, que un buen día decide dar su vida a los demás, y luchar por todas las causas perdidas que se encuentre.*

*Su mayor locura está en esa generosidad extrema, que le distingue de todos los que le rodean, y que le lleva a olvidar su interés y su “hacienda”, para lanzarse a “desfacer entuertos” y a socorrer a los más débiles. Él no piensa si sus aventuras le reportarán beneficios o le traerán cuenta o no.*

*Y es que don Quijote jamás busca su propio provecho y rechaza la cruda realidad que mueve a los demás”*.

## **PASÉ LA TARDE CON LA ALONDRA**



Hacía tiempo: muchos años, que yo no pasaba una tarde, pateando los campos de Macotera. Hacía tiempo que no escuchaba el canto alegre de la alondra ni el canto corto y ronco de la codorniz ni el grillar de los grillos. Hacía tiempo que no atrochaba el sembrado, ni teñía de verde las zapatillas. Hacía tiempo que no ladeaba la mies para descubrir el nido. Hacía tiempo que no respiraba el olor húmedo y penetrante de la alfombra verde, que se prolonga indefinida en el horizonte. Ya no se ven escardadores en la besana ni burros acariciando ballicos; ni yuntas abriendo surcos en el barbecho... Remiro y ya no encuentro collarbos tiernos para aderezar la ensalada; ni acederas para merendar con un rescaño de pan; ni espinosos cardillos, que la señora Rosa la Alfilerinas vendía por las casas, a plato el real, para acompañar los garbanzos. Dicen que se ven algunos en las laderas del abuelo Pilili, pero pocos se arriesgan a arrancarlos de raíz y a degustarlos por miedo a los herbicidas y venenos. Sólo queda en el campo: verde y cielo; paz y silencio; aire limpio y transparente. Sigue ahí aún la amapola con sus flores rojas, típica habitante de baldíos, cunetas, terrenos incultos y, como mala hierba, salpicando de gotas de sangre los cultivos de cereal. Dicen que

los griegos la consideraron la flor de Afrodita, y los romanos la asociaron con Ceres y, en otras culturas, se distinguió como símbolo de la gloria y de la muerte por el color y la fragilidad de sus pétalos. Precisamente, de éstos se extraía un pigmento rojo para dar color al vino, así como para teñir lanas, que se lavaban en el Margañán a banasta y a golpe de hachuelo; y, también, algunos alcaloides con efectos alucinógenos; por esto último, los antiguos relacionaban la amapola con el dios del Sueño, hijo de la noche y hermano gemelo de la muerte. Su morada estaba en una oscura cueva en el lejano oeste, donde nunca brillaba el sol y todas las cosas estaban sumidas en el silencio. Lete, el río del olvido, corría cerca de la cueva, y junto a él crecían amapolas y otras plantas de cualidades narcóticas. El dios Sueño tenía poder sobre dioses y sobre mortales, y es representado, a menudo, como un joven durmiente que sostiene un tallo de amapola.

Y todas estas cosas iba yo recordando, hasta llegar a la ladera del río, en lo alto de la Barranca, donde levanté un altar con piedras y ofrecí un sacrificio a la diosa Ceres: una mata de trigo, una planta de patata, que arranqué de una huerta, y una rama de manzano... Es honrado ser agradecido en aquella tarde de ensueño.

Y os preguntaréis, ¿quién es Ceres?

- La causante de tanta belleza, diosa romana, protectora de la agricultura, que, cuando se reunía con su hija Proserpina en cada primavera, sentía tal júbilo, que hacía que la tierra produjera frutos y granos en abundancia. Y esta diosa generosa era tan querida y respetada por los antiguos labradores, que le ofrecían culto y fiestas, (las Cerealia), los días del 12 al 19 de abril. Precisamente, de Ceres procede el vocablo cereal.

Seguramente, te ha llegado conocimiento de la hija de Ceres: Proserpina, y viene al caso que te cuente algo de ella, como ejemplo de cosas, que tienen

que ver con temas de actualidad y de siempre: “con el amor y el cobijo de madre y con la resistencia del hombre a perder la mujer de sus amores”.

Proserpina era hija de Zeus, padre de los dioses, y de Ceres, diosa de la tierra y de la agricultura. Hades, dios del mundo inferior, se enamoró de Proserpina y quiso casarse con ella. Aunque Zeus dio su consentimiento, Ceres era contraria a la boda. Entonces, Hades raptó a la muchacha, mientras estaba recogiendo flores y la llevó a su reino. Cuando salió en busca de su hija perdida, Ceres quedó desolada: murieron todas las plantas y el hambre devastó la tierra. Ante tamaña desgracia, Zeus envió a Hermes, mensajero de los dioses, para que recuperara a Proserpina y la devolviera a su madre. Antes de dejarla ir, Hades le pidió que comiera un grano de granada, el alimento de los muertos. De esta manera, se vio obligada a volver al submundo y permanecer allí durante la tercera parte de cada año, como diosa de los muertos; las dos terceras partes restantes, volvía con la madre y ejercía como diosa de la fertilidad de la tierra. Proserpina era la personificación de la renovación de la tierra en primavera.

Y con estas cosas, mitad realidad y mitad fantasía, me vertí en el sendero de las Cañas; me encontré con mi amigo José el sastre, que iba contento porque el Barça había marcado el primer gol de la tarde. Y llegó el ruido desde la carretera y el vaivén de los coches y el temblor de los tractores; y los gritos de cinco niños jugando al fútbol en el medio derruido campo de la Juara; y el saludo de Jerónimo y de la Antonia, al tiempo que la campana de la Virgen tocaba a oración, Juanín acostaba la furgoneta en la cochera y aullaban sus perros; y, en el campo, seguía el silencio y los grillos iniciaban su concierto. Todo esto me llenó de humanidad y me sentí feliz, porque saboreé, como otras tardes, la grandeza y la realidad de un pueblo, que es mi pueblo. Se apagaron las luces y la amapola me hundió en un profundo y sonoro sueño.

## IMÁGENES SILENCIOSAS



A medida que leía “Contra paraíso” de Manuel Vicent, se me iban despegando de la memoria pedazos de vida, que son retazos y añoranzas de un pasado que me resulta lejano. Yo no sabía que las cosas que suceden en los pueblos, por muy distantes que estos estén (uno en la costa de Levante y el otro, en la meseta leonesa), las vivencias cotidianas sean tan parecidas, tan iguales, tan cercanas y tan patrias. Yo creí siempre que los niños pequeños de mi pueblo eran los únicos del mundo que vestían pantalón corto, sujeto con un tirante cruzado amarrado a un solo botón, y que tenía, además, una raja en el trasero, para aliviarse de entero donde y cuando le venía en ganas; pero no es así, también en el pueblo de la costa levantina, sucedía lo mismo; yo creí siempre que algunos niños de mi pueblo eran los únicos, no todos, quienes mamaban hasta los siete años, y que la madre era capaz de aguantar los mordiscos con la sola queja de “un tu padre”. Y seguí leyendo y comprobé que, en aquel pueblo como en el mío, las abuelas y las no abuelas rezaban con la misma devoción el “Santo Dios,

Santo fuerte, Santo inmortal; líbranos, Señor, de tanto mal"; y que, por la mañana, se despertaban con el toque de la campana de la ermita de la Virgen, y que el mismo bullicio rompía el silencio de la madrugada con el repetido saludo: "Buen día nos dé Dios"; y seguía con el mismo trasiego de caballerías y de yuntas con el carro y el arado uncidos a sus espaldas, camino de la besana; y con el griterío de los niños, camino de la escuela. Y, luego, esa agitación mañanera se acostaba de repente, se enmudecía, se paralizaba y, sólo, le interrumpía la campanada del reloj que anunciaba la hora.

Y, en aquel pueblo como en el mío, la lechuza se bebía el aceite de la lámpara de la ermita; y los niños elaboraban canicas con barro de arcilla, que ponían a cocer al sol sobre una tabla jubilada por el uso y carcomida por la edad; y, también, que había niños que se sentían más fuertes que otros, porque eran dueños de una canica de acero, que pulverizaba en la refriega las canicas enclenques del contrincante. (Vivir para ver).

Y en aquel pueblo como en el mío, era imagen común ver a la criada y al ama con la tabla al hombro, portando tortas alineadas bajo una sábana blanca o de dril camino del horno, seguidas por un niño que arrastraba de la brida un caballo de cartón, que le habían echado los Reyes.

Y en aquel pueblo y en el mío, los fideos de hoy son de color blanco, más estirados, más finos, más lavados, menos gustosos, de otro apaño; en cambio, los fideos caseros, los que se hacían con aquellos coladores y harina de trigo candeal eran de color amarillo, más gruesos, más duros, más sabrosos y nutritivos: los recuerdo estirados, como hilachas, recolgados de un varal sostenido por los respaldos de dos sillas. Y una vez oreados al amor del aire, que entraba por la ventana, mi madre los migaba con la presión de las palmas de sus manos y los vertía sobre el caldo caliente del cocido: aperitivo de garbanzos, relleno y cacho de chorizo bofeño.

Son imágenes dormidas en la hemeroteca del tiempo y que, a veces, nos vienen a colación, como aquella otra de los bautizos. La voz corría como la pólvora: "Van a tirar", y esperábamos a la puerta de la iglesia a que saliera el recién cristianado, y nos uníamos al cortejo para hacer vez: y después de tomar el dulce y el trago los cercanos, salían el padre, la tía y la prima de la criatura con un canasto o fardel repleto de golosinas: caramelos, confites, avellanas, castañas pilongas (lo que se terciara), que los muchachos y los no muchachos pescábamos al vuelo; pero los muchachos estábamos más alerta al turno de las monedas, de aquellas perras gordas y chicas de níquel, que se embadurnaban de barro en tiempo de lluvias, y de polvo en tiempo seco, pero era igual, se lavaban en cualquier charco de la calle o en el pilón de la plaza de la Leña; y no les dábamos tregua en el bolsillo, pues, aun oliendo a humedad retenida, las gastábamos en palo dulce y regaliz en casa de los Paneras o de la Pericacha. Entonces, los bautizos eran un acontecimiento tanto para mayores como para pequeños, pues a nadie amargaba un dulce ni le venía mal la perra, aunque fuera chica.

Y recuerdo aquellas noches de frías nevascas y hielos, de luna llena vidriada, reflejándose en el carámbano del charco, silenciosas, interrumpidas sólo por el ladrido de un perro que anunciaba la presencia de algo extraño, o por el llanto de un niño aquejado de erisipela o por la voz espesa del sereno, anunciando la hora, y que quitaba miedos (a mí me aliviaba el miedo la voz del sereno); y recuerdo sentirlo golpear la ventana de la sala, donde dormían mis padres: "Pedro, levántate, que la fulana ha roto aguas". Yo, entonces, ignoraba lo que era romper aguas, y me daba un poco de vergüenza preguntarle a mi madre qué era eso de romper aguas; y mi padre se levantaba, se ponía la pelliza, los guantes y cogía la cartera, y taconeando con el bastón, se ponía al habla con el sereno, que le acompañaba hasta el casa de la parturienta, y, a la vez, sentía como sus pisadas se perdían

lentamente destripando la nieve blanda, a medida que el miedo, incluso un miedo más grande, volvía a aposentarse en mis entrañas, que yo intentaba disimular apatuscándome más y más entre las mantas, hasta llegar a transformarme en un ovillo.

Y, entre las distracciones más apasionantes de los muchachos de mi pueblo y del pueblo levantino, se hallaba lo del apareamiento de los perros. Se trata de una escena curiosa, llena de malicia y de picardía infantil. En mi pueblo, decíamos que la pareja está cachipegá; en este caso, el jolgorio, el desenfreno y el vocerío atronador sonaban hasta atemorizar a la pareja, que no sabía cómo deshacer el "nudo": ella intentaba huir en su sentido y el macho en el suyo; y, en aquel tira y afloja, se arrastraban entre el acoso de los desaprensivos mocazos, hasta que, al fin, el celo se desinflaba y cada uno se perdía, como el rayo, con la vergüenza al hombro por la senda de la libertad, si es que los perros tuvieron, alguna vez, vergüenza de copular en público. Pero el colmo de la travesura infantil no acababa aquí, la broma se cebaba con más descaro e inquina contra el dócil, manso y fiel amigo del hombre. El juego consistía en sujetar al pobre animal y, ante su indefensión resignada, se le ataba una lata al rabo y se le soltaba de inmediato; el perro, en su huida desenfrenada, era azuzado por el ruido infernal del artilugio que le aguijoneaba las patas y pedía asilo y protección en casa del dueño, en cuyo portal entraba jadeante y despavorido, alarmando al ama de casa, que estaba friendo un cocho de costilla para comer; y el amo, entre mil improperios, liberaba, cariñosamente, al pobre canino de la fechoría que le acechaba, al tiempo que le consolaba con arrumacos y carantoñas de tamaña vejación. Y estas artimañas también se producían en el pueblo de Levante, quizá con menos ensañamiento, pero con la misma insolencia y aspaviento. Y aún quedan mil cosas e imágenes dormidas en la sala oscura, esperando su oportunidad de salir a la luz del recuerdo

## HABLÉ CON LOS NIÑOS EN SUEÑOS



Aunque estoy jubilado, el sueño profundo me saca la vena profesional y me introduce, de cuando en cuando, en la escuela, y me rodea de niños. Los niños de mi escuela figurada no se sientan en pupitres, les gusta más sentarse en el suelo y rodearme, y a mí me gusta que se acerquen a mí. Dicen que a Jesús también le gustaba que se le acercaran los niños, aunque los padres no lo quisiesen, porque dicen que son muy preguntones y se vuelven atestosos.

No estoy de acuerdo con los padres, los niños son niños, lo ignoran casi todo y florece, en ellos, el afán de saber, de conocer y de descubrir el significado y utilidad de las cosas, que nos rodean y nos envuelven; también buscan una explicación a las conductas humanas, porque muchas les confunden y les inquietan y les duelen. Los niños no son sordos ni están distraídos cuando juegan, están con el ojo y el oído avizor pendientes de lo que sucede en su entorno.

Y, en esa clase de ensueño, que fue tan viva como la realidad, los niños me contaron mil peripecias y ocurrencias, que son el alma y la esencia del niño

en su inocencia. Me hablaron de sus juegos, de lo que habían visto en sus wasaps, de lo que cuenta la tele y la radio y de lo que comentan sus padres y los amigos de sus padres. He comprobado que los periódicos no son del agrado de los niños, ni los miran; de aquí, la preocupación por el futuro de los periódicos de papel. Si soy sincero, a mí, los periódicos tampoco me hacen mucha gracia, porque lo poco o mucho que cuentan, hay que cogerlo con pinzas, para no manchar la conciencia.

Y, en estas estábamos, cuando los chavales me sacan a colación el lío de la justicia. Los niños, a mí, no me meten en un charco, porque comparto, al cien por ciento, sus inquietudes y la desorientación que les acosa por todos los medios. Yo tampoco entiendo lo que está pasando. Están pasando muchas cosas, que rechinan, profundamente, los principios, la ética y la moral. Y los niños también saben distinguir, en su inocencia, lo que es bueno y lo que es malo; y comprenden lo del premio y lo del castigo, por lo bien hecho y por lo mal hecho.

A uno de ellos, que tenía prendida la mirada en su pensamiento, le pregunté: “¿Qué es, para ti, la justicia?”

No lo dudó: “Tratar a todos por igual”.

La respuesta animó el diálogo, y surgieron las comparaciones, y salió lo de la vara de medir, lo de la cárcel para los que no tienen donde caerse muertos; y, de como los hacendados, señores de fortuna y poder, gozan de la bula de la libertad y de los privilegios de clase. Y tuve que cortar, porque lo que se comentó allí, me dolió tanto, que me desperté.

No, los niños no son tontos, quizás sean menos manipulables que los mayores, que permitimos, sin rechistar, estos atropellos a la justicia.

## AÑORANZA



Si me dejas, me voy a convertir, de nuevo, en niña y en adolescente; y si quieres, me acompañas para jugar juntas, para ir juntas a la escuela, para ir juntas a misa, para hacernos juntas medias mozas, y después mozas.

Suelta la imaginación; hoy, es domingo. Tu madre y mi madre se han levantado temprano, han encendido la lumbre y han arrimado el perol grande de cobre; hierve el agua. ¡Vamos, niña, levántate! Junto a la silla baja de espadaña: el barreño de cinc, una corteza de jabón casero y el estropajo de sogá; aún me duelen los refregones a los zancajos, mitigados por el rezo del bendito.

Me acicalo de domingo, mientras mi madre, me pasa unas ascuas por los zapatos "Gorila", pero, cuando llego a misa de niños, ya habían perdido el calor; la iglesia estaba abarrotada de niños y niñas: los de las monjas, a la izquierda; y los de las escuelas de arriba, a la derecha; cada clase, con su

maestro; y, siempre, había picadilla entre los muchachos y muchachas de las monjas y los otros, pero, ya fuera, todos éramos amigos.

Después de misa, me subía a desayunar, pues, antes, no se podía tomar nada, porque había que comulgar; los desayunos del domingo también se revestían un poco de fiesta: pan frito con azúcar, mojado en café con leche; mi madre lo freía con grasa de tocino, ¡Qué bueno estaba! El domingo Gordo, el de Ramos o el de Sacramento se caía, casi siempre, un chocolatito con pan reciente o algún churrito, que se le había antojado preparar a alguna vecina., y se compartía. Podemos catalogarlo, como una excepción, por lo de la regla más austera.

Cuando llegaba la Purísima era costumbre estrenar abrigo: quien tenía posibles; en otros casos, se estrenaba, sí, el abrigo de una hermana mayor o de una prima, al que se daba la vuelta, para estar lucido, y aparentar de nuevo; pero estas cosas se veían naturales, porque los tiempos son los tiempos, y las situaciones trazan su propio camino. Hoy, los chicos y las chicas llevan harapos de moda, agujereados en las culeras o en las delanteras, y van tan guapos: el mundo al revés; pero es el mismo mundo.

No podemos ver las cosas con los ojos de hoy, hablamos de otra época, en que se nos hacía la boca agua, cuando, en Pascua, nuestra madre cocía las castañas para postre, que endulzaba con aquella barra de turrón duro de almendra y del blando también almendrado en polvo, y los capones, que entretenían y alargaban aquellas tertulias de comidas y cenas, que deseábamos interminables por ser tan especiales y extraordinarias; y no nos olvidemos de los Reyes, ¿No añoras aquellas anguilas de mazapán, que venían en unas cajitas pequeñas? No las he vuelto a ver. Hoy, se hacen más grandes, pero sé que coincidirás conmigo, en que no saben igual. No se me olvidaba de poner los zapatos a la ventana: tenía un ojo tapado con la almohada y con el otro seguía la sombra del rey mago, que me ponía un

costurero o unos guantes o cien pesetas, que me pedía mi madre para guardarlas para el año que viene; y, ya un poco mayor, me dejaban ropa para empezar a presumir y llamar la atención de algún mozuelo; recuerdo que, a un vecino, le echaron una bicicleta, y aquella bici parecía que nos la habían echado a todos.

El tiempo de Cuaresma era de abstinencia para todo, pero tenía su aquel: me gustaban los misereres de los viernes; menos, los sermones y catequesis de los domingos; el miedo me despertaba por las noches; en cambio, eran una disculpa buena para correr el pueblo y pegar en alguna puerta. Trastadas de niños. Me líe y me he dejado para atrás las matanzas. Para mí, la matanza era la fiesta familiar por excelencia, porque nos reunía a toda la familia: tíos, primos, no como la Nochebuena que se reducía solo a padres e hijos. Yo creo que se mataba no solo para abastecer la despensa para todo el año, sino también por el disfrute en familia durante dos días al año; se trabajaba mucho y se pasaba frío, pero se compensaba todo con la alegría entrañable de sentirse arropado por el cariño y la cercanía. Como la edad que tenía no era de lavar tripas, gozaba con el juego de la vejilla con mis hermanos y primos; y más, degustando aquellas galletas de vainilla: primero, me comía la oblea y dejaba para el final el relleno: lo daba de sí, con el deseo de que no se acabase.

No lo vi nunca, porque ya estaba en la cama, pero me resuena en los oídos. Mis hermanos, como todos los jóvenes, tenían la costumbre de salir de ronda; entonces, los jóvenes se acostaban tarde; ahora, dicen que los jóvenes madrugan demasiado. El caso es que, cuando llegaba uno, mi padre, desde la cama, le preguntaba:

-¿Qué hora es?

Respuesta: "Las dos"; llegaba el otro, y hacía lo mismo; y el otro respondía lo

mismo: "Las dos". Espetaba mi padre: "¡Cojona, es la primera vez que un reloj anda *pa tras*!"

Ya mocita me hacía mucha ilusión, aparte de que era un pretexto para salir de casa, coger la cantarilla e ir al pozo a llenarla de agua, como hacía tan poco, teníamos permiso materno para hacer varios viajes para llenar el cántaro o la tinaja; a veces, la traía media llena. Mi madre, ¿pero no acabas ya? Lo mío era parar poco en casa: era mi juego, mi entretenimiento y el de mis amigas. No tenía dinero para gastarlo en chucherías, yo solo tenía tiempo, y lo gastaba hasta el último céntimo.

Me he dejado mil añoranzas en el tintero, pero es que manda el espacio. Y aprovecho estos renglones para evocar el recuerdo de mis padres, familiares y amigas de los que tanto aprendí y disfruté.

## EL NIÑO QUE NO SABÍA JUGAR



No sabía jugar, porque se había criado entre algodones. Desayunaba todos los días un tazón de soledad y sus juegos se reducían a teclear un aparato de mil filigranas, que sólo entendía él. En una palabra, se había acostumbrado de chico a hacer lo que le daba la gana, y esta actitud era aplaudida, como buena y sana, por sus padres, por sus tíos, por los amigos de sus padres y por todos los individuos que libaban a su alrededor. El

muchacho vivía como en una burbuja, le daba miedo todo, desconfiaba de todo, y se encogía cuando se acercaba otro niño a invitarle a jugar.

Ya crecido, se vio en la necesidad perentoria de construir un puzle con otros compañeros. Y, como no estaba acostumbrado a compartir ni sabía de solidaridad ni de compañerismo, porque no lo había practicado nunca, a pesar de haber tenido ocasión, se negaba a tirar el dado de la suerte, porque él se consideraba la suerte misma: no respetaba la vez de los otros: implantaba su ley y, a los demás, no les permitía ni rechistar. Los otros muchachos protestaban, y él se cogía unas rabietas de muy señor mío: se tiraba por el suelo, gritaba, pataleaba, les llamaba mil perrerías, y, refunfuñando, se lo fue a contar al tronco del árbol de sus secretos.

*No comía y las pesadillas no lo dejaban vivir ni dormir. Los padres, alarmados, se pusieron en contacto con un preceptor muy sonado. Este examinó al chico, auscultó su alma y aconsejó a los padres que le venía bien retirarlo una temporada a una casa rural, rodeada de pájaros y de naturaleza, y someterlo a unas jornadas de reflexión: había que concienciarlo sobre la doctrina de las obras de misericordia: “visitar y cuidar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, perdonar las injurias, consolar al triste...”*

*Así se hizo y, con los consejos del maestro, fue entrando en razón, y salió, no sé si dominando la esencia de la doctrina misericordiosa, pero, al menos, sí un poco tocado; y le espetó al padre: “Ahora, sí quiero jugar”. En principio, exigió que al palé, porque era su juego preferido (las pelás del mercado), pero, al observar las miradas disconformes de sus contrincantes (no amigos), accedió a regañadientes.*

- *Bien, procedamos a construir el puzle.*

*Y ahí están enfrascados en colocar las piezas del enredo. Les pueden faltar algunas piezas, pero, entre el revoltijo, esperemos las encuentren, a Dios gracias.*

Se trata de una alegoría de plena actualidad, que nos mantiene a todos expectantes sobre el talante y el talento de nuestros políticos. ¿Pensarán, por una vez en la historia, en el pueblo llano y honesto, o se deslomarán, como siempre, en defender su puesto de trabajo, su ambición y poder, manipulando, con sus encantos viperinos, a este pueblo masoquista y vilipendiado?

## EL NIÑO QUE TENÍA UN SOLO BOTÓN



Las camisas tienen tantos botones como ojales, pero a mi camisa, le sobra un ojal, porque he perdido un botón. He mirado por todos los sitios, hasta en un pajar, y no lo he visto brillar ¿dónde se habrá metido el condenado de botón? Para que la camisa guarde la armonía, y no se ahueque cuando me agache, decidí abotonar uno en dos ojales, pero refunfuñó el otro, e incluso, tuve miedo de que lo agarrase del cuello y lo atragantase de celos, y me vi obligado, por si moscas, a desengancharlo; pude comprar uno igual o arrancar uno viejo de una camisa más que *usá*, pero no es igual, parecería que mi camisa tuviese una pequeña mancha, y que desentonaría en mi sonada pulcritud y elegancia... Además, no estaría bien visto mi despilfarro en estos tiempos, en que hay que recortar todo, hasta el uso de un botón para cada ojal. Igual pasaba cuando Juanito era chico, llevaba por lo mismo, por la necesidad, un tirante cruzado en el pantalón, que abrochaba en un

solo botón, porque su pantalón solo tenía un tirante y un solo botón. Juanito, además, usaba un pantalón con una raja grande en la culera, esto le facilitaba la cosa cuando tenía necesidad de aliviarse, y más decencia aún, porque las cascarrias no encontrarían pelo donde posarse. Juanito iba a la escuela luciendo su tirante negro, que su madre le había cortado del forro carcomido de una chaqueta de su padre, pero lo mostraba en contraste con aquella camisa, sin cuello, de rayas azules desvaídas de tanta colada.

No portaba nada cuando iba a la escuela: ni cartilla ni pizarra ni un cuaderno pequeño de una sola raya ni lapicero; él no sabía lo que eran estas cosas, quizás se lo hubiera visto a sus hermanos más grandes, (entonces no se decía mayores). Y ya, en la escuela, se sentaba en el banco con otros niños, también con un solo tirante, aunque había algunos con dos; se cruzaba de brazos sobre la mesa y esperaba, mirando perplejo la figura enjuta del maestro, que hablaba y no entendía lo que decía; por fin, uno de los grandes se acercó, lo hizo levantar con los otros compañeros, y lo llevó ante un cartelón gordo, revestido de color pardo, que tenía unos garabatos, que decían letras, y que, luego, consiguió leer abecedario. Con el puntero y a voz en grito, se fue haciendo con las vocales y la primera **m**, que, después, pintaba, con otros, en el encerado de cemento, teñido de negro, y así aprendió a escribir el nombre de su *mama*, que él solo sabía de palabra; y seguía el grande enseñándoles a contar en aquel ábaco de diez tiras de alambre, con diez bolas en cada una, formando una decena, y las diez, una centena, y también escribían los números en el encerado; y seguía con la doctrina: con Adán y Eva, con Caín y Abel; con las oraciones; Juanito no se hizo con el credo y los artículos de la fe, hasta que no hizo la primera comunión. Juanito no supo del maestro hasta que no pasó de sección. ¡Pobre maestro!, tenía que atender a ochenta niños él solo, con la ayuda de los grandes; y le costaba un mes, pasando lista, conocer el nombre de los

muchachos; hasta entonces, los llamaba con el nombre de su padre o señalando con el puntero del dedo el nombre común “Tú”.

Un día se dio cuenta de que su madre le había cosido la raja de la culera del pantalón, puesto que se iba haciendo más grande; y ese mismo día, también se percató de que había niños que vestían pantalones sujetos con un solo tirante. Mientras otros, los enganchaban con dos; se fue para casa y se lo comentó a su madre; al mismo tiempo, advirtió que esos niños no iban al comedor de auxilio social de la calle Sevilla; buscaba una explicación mirándoles la cara, el color de los pelos, el color de la sangre cuando se hacían una herida, el color de la piel, el tamaño de las piernas, de los brazos; Juanito, incluso, los ganaba jugando a la pelota y al tango, y aún era más avisado que ellos; no encontró más diferencia que los dos tirantes de los pantalones y en que no iban al comedor ni a mendigar por las casas un rebojo, que su madre, por la noche, ablandaba con agua, un puño de sal y media cucharada de pimienta y, de segundo, una cucharada de *zuche* con migajas de un pan duro. Y, de pronto, notó y comprendió que la vida era muy extraña, y le afianzó más, en su idea, la presencia de aquellas viejecitas, escondidas en aquellos pañuelos negros, descoloridos, que, a su vez, tocaban a las puertas como él, y acudían a la puerta de la iglesia en los cabo de año, en las vísperas de las tres Pascuas y a la llamada generosa de san Antonio, a recoger la torta de dos libras. Y, con los años, Juanito fue desabotonando del ojal el tirante negro, que cruzaba hasta el botón derecho; se lo recordaba a su madre: “Madre, cósemelo al lado derecho, porque, si no, no me dejan entrar en el comedor”. Y con el cambio de moldura, fue aprendiendo a trabajar, a escardar, a abrir canteros en el huerto, a segar...; el día en que su padre le ajustó de trillique, llegó a casa eufórico; “madre, ya soy como padre, porque la señora María me ha puesto un huevo entero para almorzar. Se sintió un hombre de verdad, con su bigotillo de pelusilla.

## ME ARRIMÉ AL CALOR DEL FRÍO



Todos tenemos un libro grabado en nuestra memoria con muchas páginas, que no se agotan hasta que no aparece esa página, aviso, que llamamos la hoja roja. Este libro es en el que escribimos todas las cosas que nos pasan en esta vida, desde que tenemos uso de razón hasta un instante antes de la muerte; (algunos lo alargan unos minutos más de la muerte: ese momento en que se apagan todas las luces, y se enciende una vela.

Cuando nosotros éramos niños, el uso de razón lo daba la primera comunión, que se solía tomar a los siete años. Parece ser que, antes, los niños éramos menos despiertos que ahora, pues, ahora, hasta un bebé tiene uso de razón: nace ya hecho un "lepe".

Fíjate tú, esta mañana, he abierto mi libro por cualquier capítulo y ha coincidido con los aconteceres que yo viví en la escuela. Nosotros no tuvimos colegio, tuvimos escuela, donde íbamos, de todas las edades, desde primero de primaria, hasta los catorce años, y teníamos un solo maestro, que se llamaba don Jesús. Toda la vida escolar estuve con él. Tardaba un cuarto de hora en pasar lista, porque éramos sesenta: un revoltijo de edades. No llegábamos nunca a aprender más de las cuatro reglas, salvo, aquel grupo de

destacados que llegaba hasta la regla de tres y de compañía. Nosotros no teníamos libros como vosotros ni cartera ni iban nuestras padres o abuelos con nosotros en la ida y vuelta al y del colegio; sólo teníamos una cartilla para aprender a leer; una pizarra y un pizarrín, para escribir y hacer cuentas. Nosotros hacíamos cuentas, no como vosotros, que hacéis actividades y ejercicios. Nosotros no sabíamos que existieran esas palabrejas de actividades y ejercicios; eso sí, .siempre íbamos jugando a la escuela: nosotros jugábamos mucho, y a todas las cosas; cada temporada tenía sus juegos; nosotros no teníamos consolas y esos artilugios, con que jugáis vosotros. Nosotros nos inventábamos todo, así nunca nos aburríamos. No teníamos tiempo, ni teníamos tele ni ordenador, y éramos felices, tan felices como puedas ser tú.

En un apartado del capítulo de la escuela, tengo escrito algo sobre la estufa: el único medio que teníamos para calentarnos una miaja en aquellos inviernos fríos, de nieves y de grandes heladas.

Te cuento.

Me levanté aquel día muy temprano. Los chapiteles gordos y puntiagudos colgaban de los aleros del tejado. Una bandada de pájaros picoteaba la paja que el tío Ángel había desparramado por la calle sobre la nieve, para evitar que nos rompiéramos las narices los muchachos y mayores en nuestros vaivenes..

Aquella noche había helado mucho. La voz del sereno sonaba limpia y tintineante en el hueco inmenso de un firmamento estrellado. Te daba la impresión de que el mundo fuese una damajuana de cristal transparente.

Aquel día no hubo escuela. Nuestras madres nos decían: "Quietecitos en la cama, que ha nevado y hace mucho frío" Nosotros, al oír la palabra fatídica de frío, nos arrebuajábamos más en la manta y rebuscábamos el escaso rescoldo, que aún se escondía entre las sábanas.

El problema del frío, en serie, era cuando íbamos a la escuela; allí no había calefacción ni las comodidades que hay hoy. No teníamos ni pañuelo para limpiarnos los mocos. No os quiero contar donde se quedaban los mocos, porque no teníamos pañuelo. La mayoría entrábamos en la escuela, calentándonos las manos con el aliento; aprovechábamos todo atisbo de calor que emanaba de nuestro cuerpo: nos bajábamos las mangas de la chaqueta; nos metíamos las manos debajo de los sobacos; nos las frotábamos hasta que se enfadaba la sangre de tanto incordio...; teníamos los pies como carámbanos, porque no podíamos alcanzarlos con el aliento. ¡Cuánto frío! Frío, en casa; mucho frío, en la calle; mucho frío, en la escuela y mayor frío, en la iglesia.

Para amortiguar el frío, algunos niños, no muchos, llevábamos una estufa a la escuela (estufas de juguete). Había estufas que eran latas de sardinas de kilo, taladradas con pequeños agujeritos; las madres, antes de salir de casa para ir a la escuela, las llenaban con el rescoldo de paja de burrajos: era como un engaño, un pequeño consuelo, pues, cuando llegabas a clase, no quedaba ni una brizna de calor. Era inútil que llevases la cuchara para escarbar, sino había nada que escarbar; en cambio, existían las estufas de verdad, con caja de metal, tapadera agujereada y con listones de madera, encima, para asentar los pies. Estas estufas sí que daban calor: un privilegio del hijo de gente pudiente: se alimentaba con ascuas de palos de encina y; para que durase más, las madres solían cubrirlas con ceniza de garrobaza bien prendida (garrobaza era la paja de las algarrobos, que daba mucho calor y tardaba tiempo en consumirse). A veces, se dejaba poner sobre la tapadera un cacho de pie al compañero de al lado, pero sólo un cacho, que, apenas, servía de alivio; pero, había algo de solidaridad, y ese algo se saboreaba mucho en aquellos tiempos, en que yo fui muchacho; tan muchacho como tú, pero, con muchas menos cosas

## NUESTROS JUEGOS ERAN DE BALDE



No te extrañe: nosotros jugábamos de balde, porque la calle, las plazas y cantones, el juego de pelota, las eras, detrás de la iglesia, el porquero y demás sitios eran de todos y para todos. Eran, como se dice hoy, lugares públicos. Los niños andábamos y corríamos por ellos, como Pedro por su casa; lo mismo ocurría con los carros y las caballerías; con las ovejas, las cabras comuneras..., hasta las gallinas picoteaban, en la calle, las boñigas y cagajones en busca del cacho alimento, que enriquecía de albúminas el huevo. Lo compartíamos, porque así lo había dictado y enseñado la madre naturaleza: la gran comunidad de bienes.

Los muchachos nos lo pasábamos pipa en estos sitios; practicábamos cientos de juegos: el palmo, los cuadrines, el tangué, el mahón, las canicas, el peón, la pelota, el jinque, la chirumba, el jeme, el brinquillo, el balón... Nosotros jugábamos al balón, aún no había llegado a nuestra habla la palabreja fútbol: en aquellos tiempos estaban prohibidos los neologismos. Y volvíamos a casa con los pantalones y rodillas embadurnados de polvo o de barro, y nos limpiábamos con la rodilla, porque no se conocía la ducha ni el

agua corriente. Nosotros nunca pagamos un céntimo por jugar, además, porque no lo teníamos. Sólo sisaba a mi madre, de vez en cuando, una peseta para ir al cine de Ruperto. Era lo único, que costaba, el cine, el palo dulce y el regaliz: todo lo demás era de balde. Nosotros no conocíamos la palabra gratis, sólo “de balde”.

Y fuimos creciendo y el Ayuntamiento, con la prestación personal de todos los jóvenes, construyó la cancha polideportiva. Con este invento, los muchachos dejamos aquellos juegos viejos, y aprendimos a jugar al baloncesto, al balonmano, al tenis... y aprendimos atletismo y competimos en la comarca, en la provincia y en Salamanca..., y, toda actividad deportiva seguía siendo “de balde”.

De pronto, cambiaron las cosas: las calles, las plazas, las pistas, los campos de fútbol, los pabellones y demás instalaciones se privatizaron, o sea, dejaron de ser públicos: y, de un plumazo, se eliminó, del lengua popular, la voz “de balde”. Ahora, si quieres practicar cualquier deporte, tanto infantil como juvenil y absoluto, tienes que llevar el monedero, si no, no juegas.

Siempre he considerado el deporte como una faceta básica en la educación de la persona; aparte de su influencia en el desarrollo físico del individuo, ejercita una serie de virtudes que tienen relación con el compañerismo, la convivencia, el esfuerzo, la capacidad de sacrificio y de superación y con el respeto al adversario ante el triunfo y el fracaso. Y todas estas cosas no caben en el programa de “los de la foto”, como ha sucedido con la música, la ética y la lógica, eliminadas de un plumazo.

En consonancia con estas últimas materias, saco a colación a la santa Andariega:

*“Si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas siempre, os quedaréis enanas”.*

## AL CALOR DE LA LUMBRE



Cuando era chico, me iba a acostar a casa de mi abuela, porque, en mi casa, éramos muchos hermanos. Y, antes de irme a la cama, mis abuelos me contaban mil historias, mientras mi abuela escarbaba en la ceniza de la lumbre en busca del consuelo de algún rescoldo. Mis abuelos ya habían rezado el rosario; no solían esperarme para no aburrirme con las letanías y el “ora pro nobis”. Yo llegaba jadeante, porque pasar por el encañao me daba mucho miedo: se comentaba en el pueblo, que, en su oscuridad, se guarecían los fantasmas. Me sentaba en el tajo y escuchaba. A mi abuelo, le gustaba tararear aquella canción que hablaba del desastre de Cuba. Me la cantaba también, cuando íbamos al huerto de la Huelga.

“España ya no eres tú,  
lo que, en otros tiempos, eras,  
perdiste la Habana entrena,

Buenos aires y el Perú,  
la República del Sur,  
que tú también la mandabas,  
y, ahora, has venido a perder  
lo poco que te quedaba.

Después, le tocaba el turno a mi abuela. Aquella noche, comentó, a mi abuelo, que había comprado un octavo de carne de res en casa de su hermana Ramona. Yo no sabía lo que era un octavo ni una libra ni una onza... Nosotros, en la escuela, ya nos guiábamos por el sistema métrico decimal, que ya se había implantado, en España, el 19 de julio de 1849, como nos repetía don Jesús, el maestro. Y mi abuela, en su lenguaje viejo, repetía, con frecuencia: “y de eso ni una pizca”, “echa una miaja”, “eso no pesa ni un comino”, “dame un cacho, una rodaja”, y, cuando pesaba con la romana, me hablaba de media libra y tres onzas, y del octavo (la octava parte de un kilo (125 gramos)).

Yo guardaba estas cosas en mi faltriquera mental, y ya, de mayor, el recuerdo de mi abuela me despertó la curiosidad por la acepción de estos vocablos, que nombraban estas distintas menudencias; y llegué a relacionar pizca con pellizco, un cachito muy pequeño, muy pequeño, que duele mucho, y tanto más, cuanto menos apañas con las uñas del dedo pulgar e índice; una miaja, que viene de migaja y de miga; y el cacho y la rodaja, los precedentes de trozo. Trozo era de uso para las personas pudientes: el trozo de chorizo. Entre los pobres, siempre se habló de cacho. Y, cuando estas medidas diminutas estaban de moda en el habla, no se había inventado el colesterol, ni la artrosis, ni la obesidad, ni los gimnasios ni los paseos mañaneros...Ni se conocían los chequeos médicos. La gente se moría porque se tenía que morir, no por algo.

Yo tengo nietas, pero no tengo lumbré ni badila ni tajo; ni mis nietas saben nada de estas naderías, que fueron el alma de mi infancia, que se pierde en los recovecos del tiempo. Yo no puedo contarles nada de mi niñez, porque, para ellas, son chorradas; en cambio, son ellas quienes me traen a colación el trajín de sus experiencias y juegos tecnificados, que yo tampoco entiendo, y que, para mí, serían también simplezas, si no fueran cosas de mis nietas: la debilidad de mi vejez.

## **TRES PALABREJAS VIEJAS Y ARRINCONÁS DESVÉLAN LA REALIDAD**



Hace unos días me topé con tres palabrejas, que permanecían escondidas entre miles de legajos, y que el tiempo había enterrado por falta de actualidad y de uso. Estaban ateridas, cubiertas de polvo y de soledad. Estaban en el umbral de la muerte, sin más. ¿Qué hacemos nosotras aquí tragando polvo, oscuridad y silencio? Y llegué yo, las vi cuitadas, sin oficio ni beneficio. Les di agua. Les pasé la bayeta por encima. Las restregué con la bocamanga de mi jersey y les di brillo. Para ser más justo y veraz, fueron las circunstancias las que las han sacado a la luz y colocado en la línea de salida. Me refiero a “ostiain”, jopo y concionar; de la última, tenía una pequeña idea, creo que algún autor me la había presentado en alguno de nuestros encuentros.

De **“OSTIATIN”** te adelanto que no la busques en un diccionario castellano, porque no la vas a encontrar: se trata de un adverbio latino que significa de “puerta en puerta”, y, en la antigüedad, con este vocablo, se designaba a los mendigos, que iban de puerta en puerta pidiendo una limosna y a los pobres del pan de san Antonio. Hoy, apenas se ven, por nuestros pueblos, pobres de solemnidad realizando esta acción; en cambio, sí los encontramos ocupando puntos estratégicos en la calle o en las puertas de las iglesias, asistiendo a los comedores sociales o conduciendo su carrito en sentido de los bancos de alimentos. Y cada día son más y no se ha llegado al punto de inflexión. Según la estadística de Cáritas, superan los tres millones, y, para más “inri”, 1,8 millones de hogares con todos sus miembros en paro. Aumentan cada día las bolsas de pobreza y del hambre, mientras unos pocos se enriquecen sin freno. Y a esto se llama “ir por buen camino”. El camino no existe, se hace al andar, y aquí no se anda.

Pero a este colectivo social, se semeja otro tipo de “ostiatin”, me refiero a los seis millones de parados, que se pasan el día suplicando, de puerta en puerta, un puesto de trabajo. Los mismos que se van hastiando de pasar frío y consumir paciencias en las colas del paro; los que malviven al amparo de sus padres y de la caridad; los que son expulsados por la crisis en busca de otros aires, que les libere de esta asfixia. Y hay señores, que, a estas personas de la desesperanza, les hablan de optimismo, de esperanza, de salida de esta: los mismos que nunca cayeron en esta.

Estaba yo en estos pensamientos, cuando se me acercó un conocido desesperado. Me espeta que está cansado de mandar currículos, de hacer entrevistas y de dar patatas por la ciudad, y que lo único, que ha conseguido, ha sido un contrato de trabajo algunos fines de semana en un bar. Le insinúa: “Hazte político, ¿tú has visto a un político parado?

- ¿Qué piden para ser político?

- Nada. Solo el carné de identidad. Además, te van a exigir un bastante de cara, que seas fiel (muy fiel), leal (muy leal), y, sobre todo, sumiso, aplaudir el aplauso y vitorear al jefe. Si explotas estos requisitos, te puedes convertir en un profesional de la política, con contrato renovable cada cuatro años, buen sueldo, influencia y poder.
- No me lo pienso.

**JOPO**, cola cori mucho pelo. No tenía ni idea de este vocablo, probablemente, te suceda a ti lo mismo. Jopo se dice a la cola del zorro. El zorro la desarrolla y la utiliza como artimaña. Se jala la gallina y, para que el perseguidor no siga sus huellas, las va borrando con su jopo, con su cola: así lo despista. Esto tiene moraleja, como todos los cuentos, pero no se trata de un cuento. Unos de los rasgos típicos del zorro incluyen un hocico fino y una cola espesa. Es un animal solitario, sobre todo cuando caza: no quiere testigos. A veces, usa la afabilidad hacia las personas, pero se trata de una artimaña para disimular su astucia. Se ve que, con el tiempo, el zorro se va personalizando. No sé si es el zorro el que va tomando hábitos humanos, o es el hombre quien va interiorizando las inclinaciones del cánido; el caso es que el hombre emplea la misma táctica, pero con un jopo más sofisticado, más técnico, más ocultador.

**CONCIONAR**, procede de un verbo italiano “contionari”, hacer un discurso pleno de retórica, arengar, charlatanear. Hurgando en las distintas acepciones del verbo, nos quedamos con esta: “engañar a alguien aprovechándose de su ingenuidad” o aquella otra: “hablar mucho y sobre cosas intrascendentes”.

El lenguaje es el vehículo del pensamiento y de la verdad. Siempre se identificó al hombre con el lenguaje: la expresión de sí mismo; en cambio, no sé lo que está pasando, pero, últimamente, al lenguaje lo están convirtiendo en el instrumento de la manipulación, en una consola con la que se entretiene, distrae y confunde a la ciudadanía. Ya el pan no es pan, ni el vino es vino; ya el paro no es paro, se dice desempleo; ya la huelga no es huelga, se nombra interrupción de actividades; ya el repago (volver a pagar) se suaviza con copago; ya la crisis no es crisis, sino desaceleración, recesión, reajuste, coyuntura negativa. Y la subida de impuestos se la atenúa con “recargo temporal de solidaridad” o “gravamen de la solidaridad” ¿Tenéis idea de lo que es “indemnización en diferido”? ¿Aquella otra que dice que la emigración de nuestros jóvenes es un “disfrute de movilidad exterior”?

Esto lo hacemos, dicen los políticos de mando en plaza, porque no hay por qué alarmar, ni provocar y, sobre todo, por defender nuestros privilegios. ¡Daos cuenta, ciudadanos, de que están en juego nuestros garbanzos, los de nuestros familiares, los de nuestros amigos, los de los amigos de nuestros amigos, los de los subalternos, los de los acólitos, los de los monaguillos, los de los pegadores de carteles...!

Ante todo este galimatías, nos piden que vivamos con los ojos cerrados y que les riamos sus gracias y veleidades.

## TODA UNA VIDA

Juan, según me cuenta, había nacido en la calle del Piojo; la llamaban así, porque a ella se abría el ejido del pueblo, un cercado donde pastaban los animales y se daban las pulgas y los piojos; con el tiempo, en el solar, se construyeron pajares y casas, y pasó a llamarse calle Mediodía. Juan nació en la calle Mediodía, pero su madre seguía nombrándola calle del piojo.

Su padre era un obrero de pico y pala; su madre tenía la profesión de sus labores, y sus hermanos mayores eran Jesús, Antonia y Pedro. Pedro tenía fama de jugar muy bien al tango y era un "ave" a las canicas. Juan vivía al amparo de los hermanos, y, por ser el más pequeño, remataba los pantalones, los jerséis y las chaquetas de sus hermanos mayores; la primera vez, que estrenó un traje nuevo fue cuando tomó la primera comunión, porque, en este caso, había dado un estirón, y el de sus hermanos le quedaba demasiado pequeño y angosto.

Juan amanecía como arrecío, y así seguía todo el día: casi no tenía amigos y le daba miedo de todo. Se asustaba de los perros; los gatos le producían escalofríos cuando se relamían el labio de arriba y, no digamos de los ratones: se subía a la silla más alta, cuando alguno asomaba la cabeza por la hura, que habían abierto, sigilosamente, en el rincón de la sala (hoy dormitorio); incluso, se negó a acostarse en la cama por miedo de que alguno se acurrucase entre las sábanas. Hubo que improvisarle una cama artificial con unos adobes y unas tablas, y le echaron la manta que su padre utilizaba en los inviernos, cuando iba a excavar las viñas; a los hermanos, no les importaba dormir en el portal, porque no había sitio en toda la casa.

A Juan, le amedrentaban los otros muchachos, y, por *arrecío*, no sabía defenderse; se reían de él, le daban soplamocos, y no se lo decía a nadie, ni a sus hermanos, para que le libaran.

Esto me cuenta Juan de sus primeros años de niño; y, con desparpajo, porque él era así y me cuenta que él no tenía la culpa: nació con estas limitaciones físicas, como otros nacieron con otras trabas; pero no era todo negativo en el personajillo de Juan, estaba dotado de una gran inteligencia. En la calle era insignificante, pero, en la escuela, era un lince: nadie le mojaba la oreja y se convirtió en el alumno predilecto del maestro.

Un día apareció por la escuela, un fraile de hábito marrón, con una correa de cuero a la pintura, que colgaba a un lado; una barba larga, salpicada de canas, y una calva artificial flanqueada de unas vedijas de lana bien disciplinadas. Quería muchachos listos, que quisiesen ser frailes, servidores de Dios. Juan, al principio, se sintió un poco reticente, propio de su carácter indeciso. No le gustaba mucho que le contase el fraile que, a san Francisco, le gustaban mucho los animales, y que los consideraba como hermanos; lo de las flores y los pájaros, le cayó mejor, pero lo anterior no le hizo mucha gracia, y dificultó su decisión final; pero, con el empujón de sus padres y la recomendación del maestro, Juan, por fin, se atrevió a dar una respuesta afirmativa. La voz se corrió: "Juan se va al convento de los frailes, quiere ser fraile, y, a fe, que va a ser buen fraile, porque tiene dotes", comentaban los vecinos de la calle Mediodía o de la calle del Piojo, como decía su madre.

Quienes se pusieron muy contentos fueron sus hermanos: se iba una boca y tocarían a más, cuando su madre partiera el huevo, la sardina, la naranja, el turrón en Navidad... Todo, a pesar de la penuria, les sería más ventajoso, más liviano. Ellos no entendían que su hermano se fuera de fraile, lo lamentaban, de alguna manera, porque, allí, no iba a disfrutar de la libertad de que disponía en el pueblo en sus correrías, juegos y trastadas.

Cuando Juan venía, en verano de vacaciones, apenas levantaba del suelo la vista. Cuando miraba de refilón o sentía el airecillo de la chica, que pasaba a

su lado, sentía un pequeño sarpullido que le removía las entrañas. Él lo interpretaba como una tentación del diablo, que se transformaba en cualquier cosa, con tal de incordiar y de llevarse las almas al huerto.

Aquel verano fue una tortura: un valle de lamentaciones y confusión. Se daba de cilicio; estaba tan nervioso que se hacía sangre, y su madre se percató de las salpicaduras. ¿Qué pasa, Juan, te pican las chiches?

- No sé, madre, porque yo, de noche, estoy dormido.

Una semana sí, y la otra, también, cuando Juan se quitaba la ropa interior, aparecía señalada con motas de sangre y, a veces, con desgarró. Y la madre se preocupó. "Posiblemente, haya que llevar al muchacho al médico, porque esto no es normal".

Y Juan, cada día, alarmaba más y más a su madre; apenas comía; daba mil vueltas a la comida en la boca; se volvió inapetente; su cara se iba quedando pajiza y los ojos, paulatinamente, se iban hundiendo en los cuévanos de sus ojos. Mucha preocupación, tanta que decidieron hablar con don Pablo.

-Don Pablo, probablemente, este muchacho esté endemoniado.

Debe usted hablar con él o asperjarle con agua bendita, porque el diablo le tiene absorbido el seso.

Don Pablo, avezado en estos secretos de juventud, no era partidario de exorcismos y esas martingalas, y prefirió charlar con el muchacho; pero el muchacho no soltaba prenda, pues temía

los reproches de un cura, que había apostado por él en presencia del dómíne fraile.

Una mañana, mientras su madre freía unos torreznos a su padre, que se iba de escarda, se dirigió a la cocina todo decidido.

- Madre, tengo que decirle que llevo un tiempo sintiendo terror por el lobo, por las alimañas, por los perros, por todos los animales... No quiero, como san Francisco, ser hermano del lobo, de los animales hasta menos inofensivos,

incluido las alondras de los nidos ni aquellas margaritas con que jugábamos a la suerte. Sinceramente: me privan de tranquilidad y sosiego, que tanto preciso para comportarme con naturalidad. Son el resuello de esta situación de deterioro que me enflaquece.

## UN REAL DE ZUCHE



Cuando yo era chico, pues, yo también llegué a ser chico de pequeño, mi madre nos freía un huevo a mi hermano y a mí, que pringábamos al unísono, ya que ninguno de los dos éramos ciegos, como sucedió en el pasaje de las uvas de “Lazarillo”. Otros lo pasaron peor, porque sus madres les decían: “Cuando seas padre, comerás huevo”, y se conformaban con mirar al padre. Otro remedio del hambre consistía en repartir una sardina para tres: yo me regocijaba cuando me tocaba la parte de la cola, no sé por qué, pero lo prefería, o arrebañaba las migas de escabeche, que se guarecían en el caldo del cubeto, y que, en mi pueblo, llaman zuche. Y los había, como ahora, que no tenían nada que compartir: los pobres de solemnidad.

Yo pensé que, con la salida de nuestra gente a la emigración, aquellos tiempos no iban a volver más, que íbamos a vivir como marajás, o, al menos,

con dignidad; y que, con la consolidación de la democracia, con la entrada en Europa y en el grupo del euro, íbamos a nacer cada uno con un pan debajo del brazo; y así resultó que, durante unos años, hasta incluso derrochábamos y la alegría del bolsillo se percibía por doquier. En nuestras ambiciones, no se ponía el sol. Y llegó la tormenta, y, mientras ésta retumbaba y rompía el cielo en añicos, recordaba aquella canción de carnaval, que recogía el episodio de la riada del río Margañán de mi pueblo: “Todos pedimos un huerto,/ para poder comer pan,/ luego, vino la crecida /y quedamos todos igual/. (Se refiere a los famosos huertos familiares que repartió Salas Pombo).

Y han vuelto los tiempos, porque la historia se escribe a base de ciclos. Y, hoy, vuelve la doctrina del huevo para dos. Vamos a llamar huevo o sardina a las becas para dos; un jornal, para dos; la dedicación individual también para dos; con esta martingala política, han reducido las plantillas en el hospital, en la atención primaria, en la escuela, en la Universidad, en las instituciones, en la asistencia social y de la dependencia, en el supermercado, en la empresa y en toda organización organizada o desorganizada. Lo del uno, para dos, impera. Y no puedes rechistar, porque te quedas sin el medio huevo.

Y, luego, viene lo del padre que come huevo, y los llamados padres de la patria que llegan a ingerir hasta dos huevos con una buena lonja de chorizo. Estos padres lo consumen todo, y casi todos, por duplicado: ocupan dos o tres puestos; perciben sueldo, dietas, primas, sobreprimas, privilegios, poder e influencia: esto por cuadruplicado o quintuplicado; están, al mismo tiempo, presentes y de ocio: se entretienen, entre otras cosas, con el “frozen free fall”, o sea, que están y no están; y, además, nos ordenan lo que tenemos que hacer y, sobre todo, nos recomiendan silencio y resignación cristiana. Y no pasa nada y el personal tan contento, atento al cornetín.

## **¡EUREKA, HA NEVADO Y MUCHO, EN MACOTERA!**



Ya se me había olvidado de cómo era la nieve. Y la noche de Reyes permanecí, horas y más horas, asomado a la terraza, tras los cristales, emulando a Barrionuevo, un argentino compañero de estudios en el Aspirantado, que nunca había visto nevar, y no hubo forma de convencerle de que entrase en clase. Permanecía en los soportales del patio, ensimismo, mientras susurraba “¡Hay qué fenómeno, si no hase ruido!” Y yo también me he dado cuenta de que la nieve cae silenciosa, pero no sé por qué. Digo yo que si será porque le gusta mecerse en el aire, o quizás por no espantar a los pájaros, o quizás por sorprender sin ruido y con mimo a la tierra endurecida por los excesos inmisericordes del sol...

Y, en este trajín mental estaba, cuando me sacaron de quicio, los timbrazos continuos del móvil; más de medio centenar de fotos de nieve.

¡Si ya la he visto!, les voceaba, pero ellos, erre que erre: si no quieres té, pues toma mil tazas.

Y, luego, caí en la cuenta de que a esos muchachos o muchachas, les había pasado lo mismo que a mí amigo Barrionuevo: se extrañaban de la nieve, porque hace tanto que no la ven, que les apareció como algo nunca visto.

Y salieron a la calle con sus móviles y quisieron inmortalizar el fenómeno, por si nunca volvía a nevar, para que sus hijos y nietos supieran lo que era la nieve; y salimos a la plazuela de Santa Ana los vecinos de la plazuela y los del cantón, y expresamos nuestra satisfacción, haciendo un muñeco, que, después, atavíamos con un sombrero de paja, una bufanda roja y le colocamos en los labios un puro apagado, para que no se le derritiese la nariz; y, luego, llegó el desafío entre los muchachos del cantón y de la plazuela a bolazos: el muñeco aplaudía y daba gritos animando la pelea. Ganamos los del cantón, pues impactamos sobre las pellizas de los de Santa Ana, veinticinco bolazos; y, sobre los del cantón, diecinueve. Se firmó la paz y, se inició la tertulia. Las manos estaban ateridas de frío tras la contienda, y las cobijamos, un rato largo, bajo los sobacos, para que entrasen en calor; y, al pronto, los dedos empezaron a sentir un calor ardiente, que era el principio de los sabañones. No llegaron a salir, pues, cuando llegamos a casa, nos lavamos las manos con agua templada, y así evitar

que nos martirizaran los sabañones. Entonces, cuando nosotros éramos más chicos, sí qué nevaba. Nevaba mucho y con más frecuencia, y helaba mucho, hasta el punto de que se congelaba el agua que caía de los canales del tejado, y se formaban los chupiteles, que nosotros, chicos, los descolgábamos con un palo o una piedra, y entreteníamos el estómago, chupándolo como si fuera un palo dulce. Y, en muchas

ocasiones, no había serrana, porque las ruedas se negaban a subir el alto de la carretera. Ahora, también se atascan los vehículos en las carreteras, y en las autovías y en las autopistas y hasta los ramales más secundarios de la red, a pesar de que existen unas máquinas, que se dicen quitanieves, que no quitan; y que existen sustancias, como la sal, que impide que la nieve se congele a cero grados, y se mantenga en su estado de fusión hasta los menos veinte. Pero, entonces, no se estilaban estos remedios, sí otros gestos más solidarios y más eficaces. Y recuerdo aquellos años de duras nevascas, cómo me gustaba dar un paseo por el pueblo con los amigos, y jugar a deslizarnos en los charcos hechos carámbano, verdaderas pistas de hielo; y, a la vez, recordaba la solidaridad de antaño: los madrugadores solían abrir senderos angostos en la nieve con palas, y se solía amordazar el peligro con grandes y esponjosas puñadas de paja. Gracias a esta gentileza masculina, las mujeres, embozadas con sus bufandas, con el pañuelo de la cabeza bien amarrado al cuello, con la pelerina o la toquilla sobre los hombros, se atrevían a salir de casa a comprar lo básico: un poco de leche y una torta de pan; el resto, como todos los días, esperaba en la despensa su vez, si es que había alguna vez en muchas casas. Y recuerdo, asimismo, aquellas lumbres de burrajos y cuatro palos, que calentaban una miaja delante y te aterían por detrás. Hoy estas penalidades no existen. Existen otras fatigas, más sonadas, coches atrapados en la autopista durante un montón de horas. En estos casos, amigos, hay que llevar, en el maletero, una pala y dos o tres sacos de paja.

La nevada es novedosa, porque es la primera vez en la historia, que la carretera de Macotera aparece en los “medios” entre las vías cortadas en la provincia de Salamanca.

## UN PASEO POR EL CAMPO



Hacia tiempo que no me daba un paseo largo por el campo. Ayer tarde, después de leer unos capítulos de "La lluvia amarilla" de Julio Llamazares, decidí consumir un trozo de tarde caminando, como otros lo hacen dándose un chapuzón en la piscina o echando un tute en la terraza de un bar. La curiosidad me llevó de la mano por el camino de los Dos Arroyos. Rebasada la pequeña curva del arroyo, me tropecé con un cartel grande que rezaba así: "Junta de Castilla y León. Plan general de saneamiento. Estación depuradora de aguas residuales de Macotera. Inversión: 1.270.520,52 euros. Proyecto cofinanciado por la Unión Europea"; a lo lejos, divisé la publicidad de la empresa constructora "Socamex", propiedad de Florentino Pérez, presidente del Real Madrid.

La depuradora esté bien sentada en la media ladera del cerro, enmarcada por una valla metálica, que impide el paso. Cruzo el puente y un ruido de agua me llama la atención; me acerco: se trata de la salida del agua depurada, que busca el arroyo, que la conduce hasta el río. Mi sorpresa es grande, pues esperaba que el agua, una vez tratada en la planta, saldría limpia y clara, pero no es así: asoma por el tubo un líquido turbio y

achocolotado; en los días de san Roque, parecía más clara. Llegué al río y el agua, que fluye corriente abajo, presenta las mismas características.

Enfilé el camino de Guedejas, dejé a un lado la fábrica y, al otro, la balsa y la compuerta, inútiles e inservibles, jubiladas por la edad y la técnica; tomé el camino de las Colás. Bien preparado: parece carretera.

Al llegar a los aledaños de la Carramolino, me llamó la atención un invernadero; troché por una tierra de pajas y llegué hasta él; el invernadero está bien, de plástico, con una estructura metálica perfecta y bien trazada, el plástico, la mayor parte, se hallaba en buenas condiciones, excepto, en la parte de adelante, la parte de la puerta, en la que se está desgajando, se está rompiendo y, realmente, como no se tomen medidas, pronto será pasto de destrucción y abandono; o sea, que cumplió una función, (sirvió de vivero al taller de empleo), y ahora, de momento, no tiene ninguna finalidad; la caseta, que decían se iba a levantar, para guardar el material propio de jardinería, no existe.

Seguí el sendero, que cruza el prado, y, en el trayecto, me acompañó la alameda de chopos, que cubre los antiguos huertos familiares; atravesé la carretera y el contraste enmudeció mi sensibilidad: a la izquierda, un verdadero oasis de maíz verde y alto; al otro lado, la charca, consumida, muerta, sin ser vivo; la cerca de zarzas ya muestra algún racimo de moras negras y sabrosas.

Pasé a la vera del cebonero de los hijos de Santiago, un cochino gruñía y, por su ronquido, ya está casi a punto de visitar el matadero.

La historia se me hizo presente: la desaparecida aldea de Fresnillo y de su iglesia de san Miguel; el Soto, a la derecha y, a la izquierda, la Marrá: ni una cepa, ni una huerta; aquel paraje se ha convertido, en unos años, en un mar de paja blanca, sin *carrigüelas*, sin amapolas, sin manchas de escobas.

Me colé por el camino de las Cárcavas; miré a un lado y mi mente se inundó de recuerdos y de nostalgia: los grandes ratos de tertulia que viví bajo aquel gigantesco nogal, con el amigo Alfonso el *Colorao*. Se percibe aún algún manzano tiritar de miedo; a la puerta de la caseta, maniobraba un señor una manguera. Crucé el río; desde lejos, los árboles de mi cuñado empiezan a tomar color. Entré en el paraje natural de las Cárcavas; en algún cartel oficial, he visto escrito cárcavas, con "b"; la palabreja viene de cavar; como se ve el agua profesa muchos oficios: cava, lame, acaricia, calma ansias, copula con la tierra, limpia, refresca, relaja... Estuve en las Cárcavas el año pasado con mi primo Churris y mi nieta Belén, los hierbajos y matojos lo cubrían todo: barbacoas, mesas, asientos, fuente, puente, columpio, tobogán; por fin, he podido disfrutar del paraje, de sus zarzales, de sus fresnos y de sus encinas, (solo lamentar la hilera de árboles secos, recién plantados al borde del sendero), gracias a las chicas del Taller de Empleo, que lo han desbrozado todo y lo han liberado de los grillos de la desidia.

Arriba, junto a una encina, se alza un almiar, elaborado con *brazas* de heno segados por la desbroceadora, son los ingredientes precisos para construir el escudo viviente de Macotera; la oportunidad es buena para hacerlo. He rebuscado por todo el recinto el refugio, que, según la prensa, se iba levantar en el paraje, y no lo he encontrado por ningún sitio, posiblemente, no ha llegado el presupuesto para la obra o no ha habido el tiempo suficiente en el año de funcionamiento del taller de empleo.

Me encaramó a la cumbre del camino y miro al hondo, adonde el río, reseco, trenza una línea verde y camufladora y, de pronto, me disfrazo de poeta melancólico:

“Aquel valle hundido, que, ayer, -no hace tanto-, era un campo cubierto de huerta y cepa; hoy, perdido, muerto; aquella alegría y aquel verjel, aquella vida natural, ha fenecido por siempre”.

Ya Macotera es otro pueblo, un pueblo distinto, con el espejismo de otras exigencias y necesidades más confortables..

En este paseo, en esta tarde del nueve de agosto de hace cuantá, el aire se movía y se tornaba fresco; camino con paso pausado, rítmico y quejumbroso, como navegando emergido dentro de un mar inmenso de paja blanca y tostada por un sol poco condescendiente; a mi izquierda, una instalación ganadera; un hormiguero atraviesa el camino, transportando su cosecha a la panera de invierno, invierno, que deseamos mojado y húmedo, que devuelva, en primavera, la lozanía a la besana. A la altura del camino del Arroyo Concejo, tomé rumbo al Blascomartín, atajando por una tierra pajiza recocida y cuarteada por la sed; allá se alza, solitario, un chopo, escoltado por cuatro zarzas encorvadas, que vierte un chorro de sombra sobre un campo exhausto de girasoles, que, confortado, devuelve la sonrisa agradecida al sol. Me deslizo por la débil pendiente y compruebo que aquel chopo, bajo cuya sombra echamos mil partidas de tute Francisco Ajero, Paco Delgado, Manolo Moneo, Antonio Palomero y Eloy Losada, ya no existe, se lo llevó consigo el destal y, en su sitio, se alza un ejemplar joven y frondoso, que no sabe de juegos ni picardías, y sí mucho de soledad. A mi paso, un majuelo me saluda y sonríe con el flamear suave de su pámpano; los racimos, aún angostos, penden del sarmiento, y esperan que,- a no mucho tardar -, se transformen en caldos espumosos, animadores de vida y de tertulia, mitigadores de dolores y sublimadores de espíritus deprimidos.

Prendidos de la ladera, unos cuantos pinos, un manojo de pinos crece en un cacho removido de terreno. Serán ellos, como "huerfanos" de todo, los que, con su propia iniciativa, con su propio vigor y con su propia libertad, llenen de sombra y compañía a estos chopos viejos y nobles del Blascomartín. Este solitario paraje, que el arado ha comido y ha lamido reduciéndolo a una pequeña franja verde.

## **YA CANTA EL GRILLO**



Cuando yo era chico, porque yo también he sido chico, aprendí de los mayores que había dos clases de grillos: los grillos de la “P”, y los grillos de la “R”. Y me enseñaron que los grillos de la “P” se morían por san Pedro, mientras que los de la “R”, lo hacían por san Roque. Y yo así lo creí y lo observé, pues, a partir de san Roque, el canto del grillo dejaba de oírse en los campos y en los escenarios de los vallados y lindes; pero mira por donde, a primeros de octubre, el destino me llevó de la mano hasta la provincia de Cádiz, y me instaló en una casa cercana a un descampado. Ya, de noche, me gustaba disfrutar del relente después de cenar. La primera noche, me pareció que cantaban los grillos, pero me dije “¡No puede ser!” “¡No puede ser, si estamos en octubre! Pues, amigo, puede ser: en la provincia de Cádiz, los grillos no se mueren después de san Roque, pues, todas las noches, montan su tablado flamenco “grillodeo” en la oscuridad estrellada y silenciosa

de la campiña jerezana: se puede afirmar que son los competidores de la que fue Lola y la Paquera, los que solemnizan el vino fino y el caballo y se hermanan con los palmeros para hacer patria y pandereta; luego concluyo, tras la experiencia, que lo grillos no se mueren o se aletargan en la misma época del año, depende de la temperatura del medio. Y me volví satisfecho a la cama, porque, siempre, que se sale de casa, se vuelve con una cosa nueva aprendida: "En la provincia de Cádiz, los grillos aún siguen cantando", y tendré que volver para saber cuándo los grillos cuelgan su guitarra de las paredes de su cámara de letargo perecedero.

Dicen los libros que los grillos pertenecen a la familia de ortópteros, que se dice "Grylloidea". Discutí con un andaluz sobre el color de los grillos: él me decía que eran marrones; yo le dije que los de mi pueblo son negros, muy negros. Para salir de dudas, miramos los papeles y estos dicen que son de color marrón a negro; en lo que sí coincidimos es en que les gusta trasnochar y descansar de día. Como todos los seres vivos tienen su nombre propio, los bautizan "Acheta domésticus".

Los grillos son parientes de los saltamontes; tienen, como estos, sus patas adaptadas al salto, pero son más torpes; sin embargo, corren con más rapidez que los saltamontes. Excavan una hura en el suelo, que consiste en una galería de más de medio metro, y que termina en una habitación esférica. La entrada a su madriguera la mantienen limpia en una gran extensión, ya que la utilizan para zona de "canto" y así atraer a las hembras (sólo los machos cantan). Para producir el sonido tan peculiar de estos insectos, levantan ligeramente sus alas y las frotan una contra la otra. Las hembras son capaces de captar este sonido gracias a que poseen órganos timpánicos. Se alimentan de hojas, tallos e insectos.

Las hembras se diferencian de los machos, en que son de color más oscuro, sus alas son lisas y poseen un apéndice en el extremo del abdomen, que le

permite poner sus huevos bajo tierra, introduciendo éste mientras efectúa la puesta.

El grillo es un insecto muy agresivo contra sus congéneres, con los cuales entabla combates, siendo frecuente encontrar ejemplares (sobre todo machos) a los que les falta una o varias patas o con las alas destrozadas por las mandíbulas de un rival. Esta costumbre los ha hecho famosos en Tailandia, donde los habitantes locales suelen realizar combates de grillos en pequeños recipientes e incluso realizan apuestas.

Y el grillo también nos puede servir para calcular la temperatura del aire en grados centígrados, la fórmula matemática es precisa: “cuenta los cantos que emite por minuto, el resultado lo divides por cinco y lo restas nueve”. Yo no he tenido tiempo de experimentar la práctica. Compruébalo tú.

## ESTAMOS ESCOÑANDO LA OBRA DE NOÉ



Cuando estoy en mi pueblo, me gusta madrugar para darme un paseo por el campo. Ya el sol se ha aseado y ha tomado el desayuno, y se dispone a repartir energía para que nosotros podamos subsistir. Antes, me he calado el sombrero de segador y he tomado el bastón con basa de cobre y punta de acero, por si me asalta alguna alimaña, que baje del monte en busca de presa.

Por el sendero de los lobos, me encuentro siempre con alguien que también sigue las indicaciones del médico: “Nada de sedentarismo. Al menos, una hora de marcha. ¡Cuidado, con el colesterol!”. Siempre obediente, por si las moscas.

Y sigo mi ruta y, a medida que avanzo, me angustio más. Ni un pardal. Ni una alondra. Ni una perdiz, ni un tordo. Nada entre el cielo y la tierra: sólo sol,

polvo y rastrojera. Me encontré con mi amigo Juanín. Traía la escopeta enfundada sobre el hombro y una cartuchera repleta de cartuchos. Es la media veda: es el tiempo de la cordorniz. “Me vuelvo a casa, porque no he visto ni un pájaro. Ya sabes los herbicidas esterilizan a las hembras y a los machos, y no anidan ni ponen huevos ni se ven apeonar, por los cerros, los pollos de perdiz tras de la madre. Tal cual ocurre con las liebres. Se ve algún conejo por la regadera de alguna huerta”.

Y me digo; ¡si Noé levantase la cabeza y viese este desaguisado! ¡Él que había refundado o recreado el ecosistema, cobijando todas las especies vivas en el arca, mientras pasaba el temporal, les había asignado el lugar propicio con las condiciones naturales y necesarias para su subsistencia y reproducción, y las había relacionado entre sí en un proceso interdependiente de comunidad vital, para que, entre ellos, se distribuyesen la energía que el sol vierte sobre la tierra, y nosotros nos empeñamos en romper el equilibrio, el orden, la norma natural, contaminando el aire, el agua, la tierra, su protección atmosférica y, como consecuencia, a nosotros mismos, a nuestra sociedad, que no hay por donde agarrarla.

Y con todo esto, consumiendo lo que me queda de sensibilidad, llego a los pinos, y miro en lontananza el vacío y la tristeza de las besanas solitarias, aburridas, añorantes de aquellas canciones de los jilgueros y gorjeos de la alondra, y arrumacos, y de aquellos lenguajes ecológicos como rebuznar, relinchar, croar, mugir, y la danza de la planta a los sonos de la melodía del viento...

Y avanzo más y asisto, con la misma melancolía, al entierro de aquellas voces que salían del hombre; arar, poner el surco, sembrar, aricar, binar, escardar, excavar, segar, acarrear, trillar, aventar...

¡Cuántos solteros por culpa de la maquinaria!

## **SE FUERON LOS CALORES ASFIXIANTES DE AGOSTO**



El mes quiere despedirse con una temperatura más fresca y tolerable; así lo he notado esta mañana, cuando emprendía el paseo diario por los senderos del río.

Ya nos encontramos con menos gente forastera, se ve que ya ha consumido los días de vacaciones y ha emprendido el viaje de vuelta con la esperanza de volver. No sabe cuándo, pero está segura que, para san Roque del año que viene, va a estar otra vez aquí. Es lo ordenado. Se trata de un compromiso que no se puede eludir, de una exigencia de por vida; pero, a pesar de que el camino se hace más solitario, mi amigo Juanfra y yo permanecemos fieles al ritmo que nos marcan las zapatillas en contacto con las arenillas.

Nos hemos encontrado esta mañana con Ramón y Pedro Cajarines, junto a la encina que envejece en el camino, que decimos del tío Vedija. Se

lamentaban de que la lluvia se diese tanto de rogar. La anunció, anoche, el tío del tiempo, pero yo pienso que los tíos del tiempo no dan una. Les ocurre igual que al juego de la lotería, que, de tanto anunciar que te toca, de vez en cuando, aciertan y agracian a alguno.

Y, encendidos por su fe, vimos como Ramón y Pedro ascendían por las lomas de los altos del abuelo Pilili en dirección de la Barranca, y, una vez allí, en lo alto del promontorio, me espetaba a mí mismo: “¡estos son hasta capaces de levantar un altar al dios de la lluvia, y de agarrarle de la solapa de la chaqueta, si se pone modorro, y no riega los campos sedientos de la Juara y de otros pagos!”

De lejos, atisbé como bajaban ladera abajo, resignados, porque no habían levantado una liebre ni bando de perdices.

Y la encina ciega de tantos polvos del camino, sin luz, sin brillo, sin nada que ofrecer, pues me parecía ya estéril, nos invitó a pasar un rato a su sombra; se ve que estaba ávida de compañía; y, con voz quebrada por los años, nos fue describiendo: “esta ribera, que se extiende desde los zarzales del vallado del abuelo Vedija, hasta el camino del molino, hace unos años, tantos o más de los que yo tengo, era todo un vergel de huertas, con su noria y caseta, sus árboles frutales y plagado de hortalizas: toda una fuente de vida, en la que emergía el cuerpo del hortelano, que se afanaba en abrir canteros y en arrancar hierbajos, y que sirvió de alivio a todas sus familias. Y una hilera de vallados le hacía de cerca, cuando el río venía de varamonte, dispuesto anegar y arrasar todo lo que pillaba por delante; esos vallados alfombrados de verde, que aprovecharon también las mujeres para exponer, al sol, sus coladas; y los laneros, los vellones de lana, que desgrasaban en aquellos pozanclos que agujijoneaban el cauce del río. Ese río que nunca fue río, de aguas serranas, cristalinas, verdaderos espejos de chopos y de rostros de moza y de mujeres arrugadas de tanta fatiga, en el que los niños

cogíamos renacuajos y chapoteábamos contra corriente; río, en el que se me grabó una imagen que aún no se me ha borrado. Yo era muy chico de ocho o nueve años, la pareja de jovencitos, casi adolescentes, sentada en el vallado, jugaba a los arrumacos y, luego, al acaramelamiento. Yo no perdía ojo, porque no lo había visto nunca; y, de pronto, desaparecieron, y lo que pasó después, no me lo dejaron ver las paredes de la caseta.

Nos despedimos de la encina, y caminamos un buen trecho en silencio, en reflexión profunda, con la vista perdida en lo alto de la colina, que sostiene el redil con la piara de ovejas, obedeciendo el compás, que trazaban las zapatillas, al despachurrar los chinarrros del camino.

A lo lejos, un relámpago surcó el espacio y le secundó un trueno. El hombre del tiempo no acertó, como casi siempre, y el intento de sacrificio al dios de la lluvia de Pedro y Ramón, debió esfumarse con el viento.

## EL CAMPO FLORIDO Y HERMOSO



Hacía tiempo: muchos años, que yo no pasaba una tarde, pateando los campos de Macotera. Hacía tiempo que no escuchaba el canto alegre de la alondra ni el canto corto y ronco de la codorniz ni el grillar de los grillos. Hacía tiempo que no atrochaba el sembrado, ni teñía de verde las zapatillas. Hacía tiempo que no ladeaba la mies para descubrir el nido. Hacía tiempo que no respiraba el olor húmedo y penetrante de la alfombra verde, que se prolonga indefinida en el horizonte. Ya no se ven escardadores en la besana ni burros acariciando ballicos; ni yuntas abriendo surcos en el barbecho... Remiro y ya no encuentro *collarbos* tiernos para aderezar la ensalada; ni acederas para merendar con un rescaño de pan; ni espinosos cardillos, que la señora Rosa la *Alfilerinas* vendía por las casas, a plato el real, para acompañar los garbanzos. Dicen que se ven algunos en las laderas del abuelo Pilili, pero pocos se arriesgan a arrancarlos de raíz y a degustarlos por miedo a los herbicidas y venenos.

Sólo queda en el campo: verde y cielo; paz y silencio; aire limpio y transparente. Sigue ahí aún la amapola con sus flores rojas, típica habitante

de baldíos, cunetas, terrenos incultos y, como mala hierba, salpicando de gotas de sangre los cultivos de cereal. Dicen que los griegos la consideraron la flor de Afrodita, y los romanos la asociaron con Ceres y, en otras culturas, se distinguió como símbolo de la gloria y de la muerte por el color y la fragilidad de sus pétalos. Precisamente, de éstos se extraía un pigmento rojo para dar color al vino, así como para teñir lanas, que se lavaban en el Margañán a banasta y a golpe de hachuelo; y, también, algunos alcaloides con efectos alucinógenos; por esto último, los antiguos relacionaban la amapola con el dios del Sueño, hijo de la noche y hermano gemelo de la muerte. Su morada estaba en una oscura cueva en el lejano oeste, donde nunca brillaba el sol y todas las cosas estaban sumidas en el silencio. Lete, el río del olvido, corría cerca de la cueva, y junto a él crecían amapolas y otras plantas de cualidades narcóticas. El dios Sueño tenía poder sobre dioses y sobre mortales, y es representado, a menudo, como un joven durmiente que sostiene un tallo de amapola.

Y todas estas cosas iba yo recordando, hasta llegar a la ladera del río, en lo alto de la Barranca, donde levanté un altar con piedras y ofrecí un sacrificio a la diosa Ceres: una mata de trigo, una planta de patata, que arranqué de una huerta, y una rama de manzano... Es honrado ser agradecido en aquella tarde de ensueño.

Y os preguntaréis, ¿quién es Ceres?

- La causante de tanta belleza, diosa romana, protectora de la agricultura, que, cuando se reunía con su hija Proserpina en cada primavera, sentía tal júbilo, que hacía que la tierra produjera frutos y granos en abundancia. Y esta diosa generosa era tan querida y respetada por los antiguos labradores, que le ofrecían culto y fiestas, (las *Cerealia*), los días del 12 al 19 de abril. Precisamente, de Ceres procede el vocablo cereal.

Seguramente, te ha llegado conocimiento de la hija de Ceres: Proserpina, y viene al caso que te cuente algo de ella, como ejemplo de cosas, que tienen que ver con temas de actualidad y de siempre: “con el amor y el cobijo de madre y con la resistencia del hombre a perder la mujer de sus amores”.

Proserpina era hija de Zeus, padre de los dioses, y de Ceres, diosa de la tierra y de la agricultura. Hades, dios del mundo inferior, se enamoró de Proserpina y quiso casarse con ella. Aunque Zeus dio su consentimiento, Ceres era contraria a la boda. Entonces, Hades raptó a la muchacha, mientras estaba recogiendo flores y la llevó a su reino. Cuando salió en busca de su hija perdida, Ceres quedó desolada: murieron todas las plantas y el hambre devastó la tierra. Ante tamaña desgracia, Zeus envió a Hermes, mensajero de los dioses, para que recuperara a Proserpina y la devolviera a su madre. Antes de dejarla ir, Hades le pidió que comiera un grano de granada, el alimento de los muertos. De esta manera, se vio obligada a volver al submundo y permanecer allí durante la tercera parte de cada año, como diosa de los muertos; las dos terceras partes restantes, volvía con la madre y ejercía como diosa de la fertilidad de la tierra. Proserpina era la personificación de la renovación de la tierra en primavera.

Y con estas cosas, mitad realidad y mitad fantasía, me vertí en el sendero de las *Cañás*; me encontré con mi amigo José el sastre, que iba contento porque el Barça había marcado el primer gol de la tarde. Y llegó el ruido desde la carretera y el vaivén de los coches y el temblor de los tractores; y los gritos de cinco niños jugando al fútbol en el medio derruido campo de la Juara; y el saludo de Jerónimo y de la Antonia, al tiempo que la campana de la Virgen tocaba a oración, Juanín acostaba la furgoneta en la cochera y aullaban sus perros; y, en el campo, seguía el silencio y los grillos iniciaban su concierto. Todo esto me llenó de humanidad y me sentí feliz, porque saboreé, como otras tardes, la grandeza y la realidad de un pueblo.

## **“NUESTRAS VIDAS SON RECUERDOS, QUE VAN A DAR A LA MAR”**



A medida que leía “Contra paraíso” de Manuel Vicent, se me iban despegando de la memoria pedazos de vida, que son retazos y añoranzas de un pasado que me resulta lejano. Yo no sabía que las cosas que suceden en los pueblos, por muy distantes que estos estén, las vivencias cotidianas sean tan parecidas, tan iguales, tan cercanas y tan patrias. Yo creí siempre que los niños pequeños de mi pueblo eran los únicos del mundo que vestían pantalón corto, sujeto con un tirante cruzado amarrado a un solo botón, y que tenía, además, una raja en el trasero, para aliviarse, por entero, donde y cuando le venía en ganas; pero no es así, también en el pueblo de la costa levantina, sucedía lo mismo; yo creí siempre que algunos niños de mi pueblo eran los únicos, no todos, quienes mamaban hasta los siete años, y que la madre era capaz de aguantar los mordiscos con la sola queja de “un tu padre”. Y en los pueblos de la costa levantina sucedía lo mismo.

Y seguí leyendo y comprobé que, en aquel pueblo como en el mío, las abuelas y las no abuelas rezaban con la misma devoción el “Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal; líbranos, Señor, de tanto mal”; y que, por la mañana, se despertaba con el toque de la campana de la ermita de la Virgen, y que el mismo bullicio rompía el silencio de la madrugada con el repetido saludo: “Buen día nos dé Dios”; y seguía con el mismo trasiego de caballerías y de yuntas con el carro y el arado uncidos a sus espaldas, camino de la besana; y con el griterío de los niños, camino de la escuela.

Y, luego, esa agitación mañanera se acostaba de repente, se enmudecía, se paralizaba y, sólo, le interrumpía la campanada del reloj que anunciaba la hora.

Y, en aquel pueblo como en el mío, la lechuza se bebía el aceite de la lámpara de la ermita; y los niños elaboraban canicas con barro de arcilla, que ponían a cocer al sol sobre una tabla jubilada por el uso y carcomida por la edad; y, también, que había niños que se sentían más fuertes que otros, porque eran dueños de una canica de acero, que pulverizaba en la refriega las canicas de barro, enclenques, del contrincante.

Y en aquel pueblo como en el mío, era imagen común ver a la criada y al ama con la tabla al hombro, portando tortas alineadas bajo una sábana blanca o de dril camino del horno, seguidas por un niño que arrastraba de la brida un caballo de cartón, que le habían echado los Reyes.

Y en aquel pueblo y como en el mío, los fideos de hoy son de color blanco, más estirados, más finos, más lavados, menos gustosos, de otro apaño; en cambio, los fideos caseros, los que se hacían con aquellos coladores y harina de trigo candeal eran de color amarillo, más gruesos, más duros, más sabrosos y nutritivos: los recuerdo estirados, como hilachas, recolgados de un varal sostenido por los respaldos de dos sillas. Y una vez oreados al amor del aire, que entraba por la ventana, mi madre los migaba con la presión de

las palmas de sus manos y los vertía sobre el caldo caliente del cocido: aperitivo de garbanzos, relleno y cacho de chorizo bofeño.

Son imágenes dormidas en la hemeroteca del tiempo y que, a veces, nos vienen a colación, como aquella otra de los bautizos. La voz corría como la pólvora: "Van a tirar", y esperábamos a la puerta de la iglesia a que saliera el recién cristianado, y nos uníamos al cortejo para hacer vez: y después de tomar el dulce y el trago los cercanos, salían el padre, la tía y la prima de la criatura con un canasto o fardel repleto de golosinas: caramelos, confites, avellanas, castañas pilongas (lo que se terciara), que los muchachos y los no muchachos pescábamos al vuelo; pero los muchachos estábamos más alerta al turno de las monedas, de aquellas perras gordas y chicas de níquel, que se embadurnaban de barro en tiempo de lluvias, y de polvo en tiempo seco, pero era igual, se lavaban en cualquier charco de la calle o en el pilón de la plaza de la Leña; y no se les dábamos tregua en el bolsillo, pues, aun oliendo a humedad retenida, las gastábamos en palo dulce y regaliz en casa de los Paneras o de la Pericacha o de la señora Alfonsa.

Entonces, los bautizos eran un acontecimiento tanto para mayores como para pequeños, pues a nadie amargaba un dulce, ni le venía mal la perra, aunque fuera chica.

Y aún quedan mil cosas e imágenes por extraer de los pozos oscuros de la memoria.

## MI SOMBRA, CAUTIVA



La he encerrado, por un tiempo, en el cuarto oscuro de los castigos; no, porque se haya portado mal, ya que ella me es fiel y se identifica bien con mis manías; la única diferencia, que tiene con mi persona, es que ella viste de negro, siempre lleva un atuendo oscuro, sin color, sin costuras, sin piezas...; por eso, no se destiñe con el tiempo, ni con los años; siempre se muestra impecable y sin armario.

La sombra está castigada y recluida por mi culpa; si el año pasado fue por el brazo, que se partió en pedazos, y hubo que coserlo con alambre y fijarlo con tornillo; este año, la culpa la tiene la costumbre de mi manera de caminar, que no aciguo; me creo que no tengo tiempo para vivir mi vida, y no tengo

conciencia de que la vida durará lo que dure mi vida; y que hay que tomarse las cosas con calma, con terneño, con más sosiego, con más tranquilidad, con más conocimiento. Y opino que soy demasiado cabezón: así es como me veo en el espejo. Y, claro, con tanta exigencia y tantas manías, mi cuerpo con sus huesos, músculos y nervios, ya extenuados y esclavizados, no me tolera más, y se me ha declarado en huelga, y ha dicho basta; y me ha dejado sin costal y sin castañas. Me ha abandonado a mi suerte con una ciática de campeonato, de esas que te cortan la respiración, de dolor agudo e intenso, que no te permite siquiera echarse en la cama; he probado todas las sillas de la casa, casi ninguna me alivia la dolencia; anoche, me la pasé en vigilia; me entran ganas de probar las sillas de los vecinos, pero no puedo bajar las escaleras; caminar en vertical: ni pensarlo: me muerde el nervio; solo me tolera caminar, si voy inclinado a tres cuartas del suelo. Llevo en la cartera un montón de recados de la gente, pero no sé cómo me las voy a arreglar para ser atento con todos. Y todo por ser un calamorro; que no me modero; que soy un intransigente, que me falta tiempo, y eso que estoy jubilado.

Y te cuento estas historias, porque no puedo salir a la calle a desahogarme con los vecinos y con la familia, y me tomo la confianza para daros la paliza; para eso, somos amigos, ¿no?

Y me ha entrado una carga de conciencia por lo del castigo a mi sombra. La he liberado y la he recomendado se dé una vuelta y siga con el paseo diario por los parajes del pueblo, pero me ha dicho que no se separa de mí, porque, antes que nada, son los cuidados, que debemos a los enfermos". Se ha interiorizado dentro de mí, y no sé lo que estará tramando en mis interiores. En la calle, silencio: no se ve un alma. Los aparcamientos del pueblo han quedado vacíos, salvo, la excepción, de algún devoto de la Virgen que desea honrar a la Patrona. Macotera ha recobrado su ser: el cotidiano, sin noticias,

excepto, las de hoy: que don Rafael, el párroco, tras cincuenta y tantos años de apostolado, se jubila, nos deja; el testigo lo va a coger don Fernando, el cura de Tordillos, que se hará cargo de Macotera, y de los pueblos limítrofes: feliz jubilación, y los mejores parabienes para el nuevo pastor; y la otra, que, por los síntomas, volveré a pasar una noche en vela, y sin vela, en compañía de mi sombra.

## MI SOMBRA Y YO



Esta mañana, el sol, después de desayunar, se ha levantado de la silla, ha estirado sus músculos y ha salido a la calle del mundo, todo ufano, con la sonrisa en los labios y con ganas de fiesta. Cuando el sol se muestra con este talante, quiere decir que va a repartir, a diestro y siniestro, toda su generosidad, sin escatimar un átomo de energía. Y así será, me comentaba mi sombra, que avanzaba, a corta distancia de mí, a la otra orilla del camino. No di importancia a su comentario, y, al iniciar la cuesta del pinar, que nos resbala hacia el río, se enfadó por mi indiferencia, y me dejó solo. Luego, ya abajo, donde un grupo de chopos se visten de gala para recibarnos y cobijarnos con su sombra, la sombra, mi sombra se deshizo del enfado, y se colocó delante de mí, braceando con un bastón a la derecha, como pretendiendo reconciliarse conmigo. Es que ella, sin mí, no es nadie, no existe; como me ocurre a mí, sin mi sombra, también soy nadie. Y esta confirmación filosófica nos la engendra el sol, porque sin el sol no existe la sombra y, sin su energía, yo quedaría reducido a la nada.

Y, una vez rebasados los árboles de Juanma y el baldío, que ayer fue el agraciado majuelo del señor Moreno el Pondera, la sombra se puso a mi vera, y no se separó de mí hasta que llegamos a casa; caminamos, a la par, entre sombras, las sombras de los álamos y fresnos del camino de las Colás, que nos lleva al prado; nos adelantó Morenín, con su compañera la bicicleta, que no sé si la deja para dormir, o se acuesta con ella, y, todos los días, le lleva a Tordillos; y, ante su frenético pedaleo, le aplauden las zarzas del prao, que ya empiezan a teñir de morado su producto, y los árboles de san Miguel, donde se asentó la iglesia de una aldea, desaparecida, que se llamó Fresnillo; y los huertos del Soto; y las ruinas de los majuelos frondosos y dulces de la Marrá; y los secanos, recién segados a cepillo, por los agricultores; y el río escoltado por chopos centenarios, que nos indican, que, siguiendo la hilera frondosa, avanza un río seco, como una mancha, en una explanada abierta, sin lindes, variopinta de monótonas cosechas. Y nosotros seguimos a lo nuestro mi sombra y yo; en el camino, un conejo muerto, y un poco más allá, el cadáver de una liebre, que la noche les había jugado una fatal pasada.

Cruzamos el río por las vigas de hormigón; a su vera, una rama enorme se había desgajado de un chopo, que no pudo soportar su peso; por el camino de vuelta, nos pusimos mi sombra y yo a meditar; yo, al menos, con la melancolía de la añoranza de aquellos huertos sombreados por árboles frutales; de aquellas norias, que cantaban el “tac tac”, mientras vaciaban sus cagilones, llenos con cogolmo, sobre la regadera; del hortelano encorvado, que abría y cerraba los canteros; de aquellas viñas y majuelos, que escondían sus racimos entre los pámpanos de la vid; del gorjeo melódico de los pájaros y alondras; sueños de infancia, de juventud, de vida y de historia, que, hoy, arrugan la piel de nuestras recuerdos.

Camino de casa, cansados y ansiosos, solo se escuchaba el chirrido de nuestras zapatillas al herir los chinarrros del camino. Y volverá mañana, y nos tropezaremos con lo mismo, y volverá el sol, quizá un poco más mustio, pero llegará, como mi sombra, como yo, si Dios quiere.

## **VOY A LEVANTAR UN ALTAR EN LA BARRANCA**



Hacía tiempo, casi dos años, que no tomaba el camino de las Cañas, y seguía por el sendero del tío Malacarra adelante; tenía costumbre de trochar una tierra de paja, a la que asomaban unas zarzas, que me ofrecían unas moras frescas, con un poco de relente; tomaba después una pequeña senda que me subía a la cima de la Barranca; desde lo alto, me respiraba, desde lo alto oteaba las casas de Santiago, el paisaje de barbechos, de espigadores, la mancha verde de huertos floridos de Santiago y el gruñido de una piera de cerdos estabulados; y mi imaginación me acercaba a la huerta del señor Toribio, donde yo solía ir de chico a merendar melón, que me ofrecía fresquito el hortelano, amigo de mi padre, desde de que estuvieron juntos en Ohio; abajo, el río Margañán, con sus pozanclos secos, estaba aletargado a

la sombra de los chopos y de la maleza silvestre, a la espera del invierno revividor. Degustaba todas estas cosas silenciosas e ilustrativas, cuando me sacó del sueño el toque de la campana de la Virgen, que cristianó el lugar.

En mis años paganos, perdidos ya en la historia, yo solía levantar, en la Barraca, un altar con piedras y ofrecer un sacrificio a la diosa Ceres: consistía en presentar sobre el ara una mata de trigo, una planta de patata, que arrancaba de una huerta, y una rama de manzano... Era honrado ser agradecido en aquella tarde de ensueño y de beneficio material.

Y os preguntaréis, ¿quién es Ceres?

La causante de tanta belleza, diosa romana, protectora de la agricultura, que, cuando se reunía con su hija Proserpina en cada primavera, sentía tal júbilo, que hacía que la tierra produjera frutos y granos en abundancia. Y esta diosa generosa era tan querida y respetada por los antiguos labradores, que le ofrecían culto y fiestas, (las *Cerealia*), los días del 12 al 19 de abril. Precisamente, de Ceres procede el vocablo cereal.

Y, entonces, me percaté de que la Virgen de la Encina era la Ceres de la nueva religiosidad, protectora de todas las cosechas primaverales y de toda la vida de los macoteranos, y me comprometí a erigirle un altar con piedras, y colocar, sobre la mesa, un pedazo de harina amasada, un vinajera de vino fermentado y una vinajera de agua, como ofrenda de acción de gracias por la buena cosecha, por las nuevas alegrías y en pro de protección en nuestra desgracias. Así lo vengo haciendo todos los 8 de septiembre, de todos los años.

Fui bajando, con mucha dificultad, por un sendero improvisado, en declive, cegado de maleza y quebraduras, que no cruza casi nadie, y que habían abierto las regaderas de agua caída, mientras las piernas, torpedeando, me iban descomponiendo el cuerpo, y torturando pies y piernas.

Desde abajo, ya en la huerta del abuelo Pilili, observé como el humo seguía elevándose al cielo, y al seguir hacia adelante, por el antiguo camino desfigurado, pude llegar al camino abierto; me senté en un banco a aliviar los pies y a limpiar los calcetines de los pinchos adheridos, y cuando emprendí el camino del tío Vedija, rumbo a casa, empecé a notar unas molestias, que me dificultaban andar. Cuando llegué a casa, con muchas dificultades, me percaté de que el nervio ciático se había enfurruñado, y que el humo del altar de Ceres y el de la Virgen no habían llegado al cielo.

## UN RATO DE AÑORANZA



La otra tarde, me encontré con mi amigo Toribio. Como siempre, abierto en simpatía en cuerpo y alma. Y recordamos a la familia: a su primo Agustín, a Víctor, a Josefa, a su abuelo Toribio, que estuvo con mi padre en América... Y, como no, caímos por la escuela, y recordamos nombres: Carlos Mulas, los Cerrudos, Tasi Canas, los Navarros, Miguel Delgado, Fermín, Andres Valverde, Amelio...; y nos paramos ahí, y le espeté que me gustaría mucho tener los nombres de los muchachos, que estuvieron conmigo en la escuela. Y me añadió a Francisco Celador, y yo le recordé el segundo apellido, Castilla. Francisco Celador Castilla. Mi recuerdo me refrescó su identidad completa, y yo creo que me pasará lo mismo con otros muchos. Quedó Toribio en mandarme la lista. Y, cuando nos despedimos, me dio la nueva de que Francisco Celador residía en Salamanca y que tenía una tienda en la plaza Barcelona.

Otra tarde, cansado del ordenador, me puse de nuevo, y me acerqué a la plaza Barcelona. Por la guía de teléfonos, di con su dirección. Me presenté de súbito. Francisco esperaba al cliente leyendo el periódico.

-Buenas tardes, por favor, ¿no había una farmacia una puerta más arriba?

-Sí, está, a la vuelta.

Yo le miraba sin decir nada, por ver si barruntaba quién pudiera ser este osado individuo.

Yo permanecía fijo en él. Él me miraba desde el extremo de una distancia de cuarenta y cinco años, yo, desde el otro, y no llegábamos a percatarnos de los detalles, de los rasgos, de los gestos, de los tonos de voz, ni de la manera de andar. Ya no quedaban pistas en nuestra mente: el tiempo las había borrado. Yo jugaba con ventaja gracias a Toribio.

Rompí el hielo.

-Tú, te llamas Francisco.

-Sí, señor.

-Y te apellidas, Celador.

-Sí, señor.

-Y Castilla.

Sí, señor.

Se decía a sí mismo, ¿cómo es posible que este tío conozca mi nombre y apellidos, si no lo he visto nunca?

Se puso de pie. Yo insistía: ¡parece mentira que no sepas quién soy!

Sólo se atrevió a preguntarme si era de Macotera.

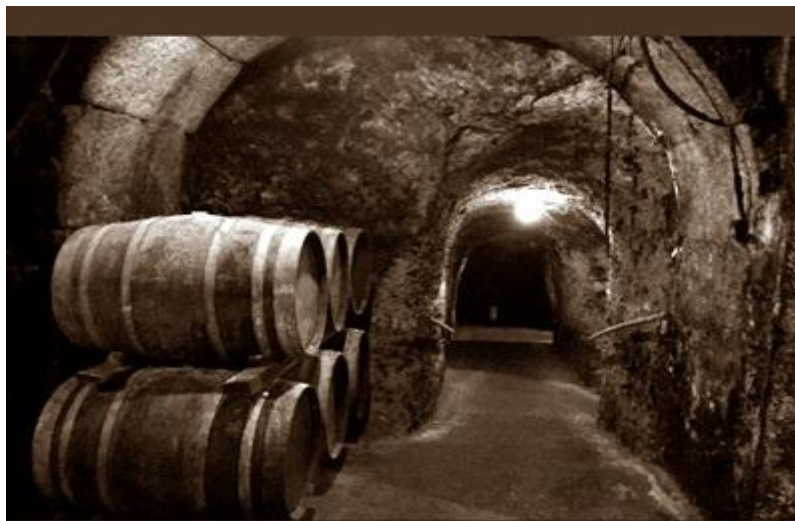
Le dije que sí, y de inmediato, ¡saltó don Eutimio!

Los años nos han desdibujado tanto por las andaduras por el mundo y por los avatares del tiempo, que hemos perdido hasta los momentos más entrañables de la vida.

Fuimos despejando la niebla, y le llegó a su oído el ruido de aquella Guzzi, que bajaba mañana y tarde por la cuesta de la carretera; los restregones de manos, que me daba, para espantar el frío; y aquella frase, reiterativa, ¿lo habéis entendido? ¿Lo habéis entendido? No lo habéis entendido, y se lo volvía a explicar otra vez o las que hiciera falta.

Volveremos a vernos.

## EL VINO DE MI PUEBLO NOS CUENTA SU VIDA



El vino fino siempre se bebió en copa, acompañado de la aceituna de manzanilla; en cambio, yo, como chispeante vino macoterano, del que ya se me hablaba en los papeles del siglo XV, preferí la jarra de barro, el barril de boca estrecha y me dejaba acompañar, en todo momento, del cacahuete, de la castaña pilonga y del pimiento morrón o de cuerno cabra.

Un catador avisado me definió así: *“El vino macoterano es clarete, delgado, chispeante, con buen gallo, y una aguja que le hacía parecer espumoso, cualidades que le hacían exquisito y apetitoso”*.

Tanto el vino bueno y de solera, como el caldo poco competitivo de nuestras bodegas, como me sucedió a mí, tenemos un denominador común: ser testigos callados de grandes y lamentables acontecimientos, de presidir bodas y fiestas, de curar timideces ante el despertar del amor, de provocar

broncas y de contribuir a derramar sangres calientes. El bien y el mal de los hombres fue y es regado por el vino y, por consiguiente, fui y soy responsable impenitente de bienes y males. Y, como soy tan imprescindible para los hombres del mundo y, en este caso, para los vecinos de este pueblo, me han seguido los pasos a través de la historia y me han encontrado en los legajos de inicios del siglo XV, convertido en señor noble e importante dentro de los elementos que constituían la economía de los antepasados.

Hoy apenas se ve una viña por estos pagos. Las pocas, que se observan en lontananza, están ahí, esperando a que se consuma mi vida, como si fuese algo molesto, que impide otras situaciones más favorables; pero sigo ahí, resistiendo, como si fuera la ruina de otro pasado tan próspero, y me fuerzo al máximo, por que no se me olvide.

Antiguamente, este término, en casi su tercera parte, era ocupado por viñedos. Gentes de Alba, alfoz al que pertenecía Macotera, venían aquí a comprarme a mí, guarecido en sus cubas. Y no hablo por hablar, porque existen documentos que así lo certifican. El 1 de noviembre de 1498, el albense, Rodrigo Bernaldino, compró en Macotera 350 cántaros de mí; el día 6 del mismo mes, Juan Brochero, regidor de Alba, se llevó de una bodega 40 cántaros; el día 9, el escribano, Cristóbal Fernández, adquirió 320 cántaros, que correspondían a los 560 de los diezmos del común de este lugar; igual hizo Antón Celador, que se llevó treinta garrafas de cántaro.

Hasta que no me consumían Alba y su tierra, no se autorizaba meter vino foráneo. (El fuero protegía todos los productos propios hasta su consumo). Esta permisión se concedía durante los meses de septiembre, octubre y hasta san Martín, en noviembre, fecha en la que se consideraba que yo ya estaba hecho un mozo, y podía adueñarme de la jarra en la comida. Durante ese período, se importaba vino de otros lugares: el tinto y retinto se adquiría

en Miranda del Castañar, y los blancos se compraban en la zona de Madrigal de las Altas Torres; también se autorizaba introducir tinto de la sierra, en época de acotamiento, para aderezarme, en una proporción del 1/10, si me encontraba un poco más débil.

El control era riguroso. A pesar de esta prohibición, se abría la mano en algunos casos muy concretos, como bodas, fiestas y mayordomías; a los regidores, se les permitía adquirir, fuera de su tierra tres cántaros al mes, pero sólo para su consumo. Se realizaban mil pesquisas. De esta misión, se encargaban los corredores que cumplían una triple función: comprar vinos para Alba y sus aldeas – trabajo por el que percibían diez maravedís por cuba -, supervisar las transacciones y observar si se cumplían las medidas dictadas por el concejo. La política proteccionista era tan estricta que, si un forastero visitaba la villa o una aldea y pretendía alojarse en la posada portando vino, incluso “para su beber”, si era descubierto, se imponían penas a los posaderos que les aceptaban en esas condiciones.

No cabe duda de que Macotera, tuvo en mí una buena fuente de ingresos, hasta que la filoxera y el tractor impusieron su ley; y tuve que retirarme a vivir de la añoranza, de los recuerdos y de mis fechorías, como aquella de la víspera de san Roque, en que revolqué al torero, Vicente Pastor, el Niño de la Blusa, que estuvo convaleciente los tres días de fiesta en cama.

## UN PASEO CON AÑORANZAS



Hacia tiempo que no me paseaba por las calles del pueblo. Es una mañana de sábado, cuando la paz y el silencio me acompañan en el juego. ¿A qué no sabes quién vivía aquí, o qué se hacía en esa panera, o quién se sentaba en el poyo desaparecido de la puerta, embutido en su chaqueta y pantalones de pana parda y remendaos bajo la sombra de su boina enmohecida de sudor y de años?

Con este trajín en la cabeza, recorrí el pueblo y llegué hasta la casa del tío Caracoles, y hasta la corraliza del tío Serafín, y hasta la Fuente del Carril y hasta el Palomar, y, una vez aquí, me asomé por el hueco vacío de un nudillo de las *portás* para ver cómo se conservaba el corral de las campanas, donde se cerraban los toros el día de san Roque. No estaba igual: se había reformado la *tená* y ya no había carro ni gallinas, sólo unos *brazaos* de hierbajos y escobas.

Me metí por las traseras de las Aceras de Arriba y, al llegar a unas *portás* remozadas, recordé la anécdota que nos relató Rafael el *Gabrieluco*. Contaba él: *"Era yo un chaval, había un toro plantao donde lo de Bibiano, con el buey logramos meterlos en las Aceras por la casa del tío Chapa. El tío Chan, el padre de Sebastián, estaba giñando en las portás del tío Chiquino. El toro iba buscando pelea; iba con el buey y nosotros detrás achuchándolos. Cuando veo al tío Chan agachao, me puse delante, llamé al toro y ha pasado y no le ha hecho nada. El tío Chan siguió a lo suyo sin inmutarse"*.

En el recorrido te contaría mil curiosidades, pero no es el momento ni hay espacio ni es el motivo de este escrito.

Y seguí la marcha. Y observé cómo muchos corrales y casas se habían transformado en mansiones porticadas; y observé aquellas otras, que conservan aún la misma fisonomía y que, seguramente, se han dignificado por dentro; y observé las que se alzan viejas de solemnidad, tal como eran, con el mismo portón, con el mismo ventanuco, con la misma verja cruzada y con la misma fachada embarrada, encalada y descorchada, que se han resistido a morir, y las alabo el gusto.

Y llegué a la plaza de la Leña, y me paré en el sitio donde estaba el pozo de las piedras, y vi el frontón pintado hasta la picurota ¡Qué falta de respeto! Y me asomé al fortín, y me acerqué al matadero, donde íbamos con aquellas alpargatas nuevas de cáñamo a endurecer los pisos con sangre de vaca y arena fina, y mi curiosidad me llevó a ver si aún existía el tubo por el que el matadero vertía la sangre diluida en agua al regato: no había ya tubo, pero allí estaba el sitio; como tampoco estaba el pozo de Juan Rey, pero sí estaba el sitio. Muchas cosas han desaparecido como el porquero, la noria, el pozo del agua buena, el depósito del agua, el fortín, los puentes del Melchor, de abuelo Pezuño y de la calle Honda... Tantas cosas..., pero lo que no se ha conseguido borrar es su sitio y, en ese sitio, es donde la mente y el recuerdo

ponen la imagen de lo que fue, y que nos sirve hoy para entretener nostalgias y añorar tiempos y más tiempos.

Y es que lo que hoy la gente menuda llama ruina y viejo, para nosotros son monumentos históricos, como el *encañao*, la máquina, el corral de los fantasmas, cualquiera corraliza, la pesebrera, la bisnera, la era de la Adelaida, el motor, el frontón, la fábrica del río, la balsa, la Fuente del Carril, la Cotorrita, los cantones, las Cuatro Esquinas, las eras grandes y chicas, la Cruz de piedra...

Ya de vuelta por la calle El Pez, saqué la libreta y me puse a contar las rayas, que había dibujado en sus páginas según caminaba. Tú puedes pensar que estoy loco, pero, hasta de paseo en solitario, se saca provecho. Y sentado en el pasil de mi casa, sumé los garabatos y, salvo error, despiste u omisión, que los puede haber, te puedo decir que, en Macotera, hay 443 casas habitadas y 538 cerradas, que sólo se abren cuando llegan los puentes, las vacaciones y san Roque.

## EL SENDERO DE LA ALFOMBRA

He abierto un sendero en la alfombra del pasillo de tanto patearla; pero este sendero no se parece en nada al sendero de los Lobos de mi pueblo; aquel sendero es de color tierra-blanca, con alguna escurridera aceitosa de tractor y con mayor experiencia: ha conocido y aguantado a mucha gente de todas las edades y de muchas épocas; y, además, tiene el mérito de conducir al personal a muchos sitios y a muchos menesteres: al río, a la besana, al *rompío* de hortalizas, a la yunta y al carro a la besana... Ese sendero sí que sabe, no como este sendero de la alfombra que *“ni ton ni son”*. No sabe de sol ni de frío ni de lluvia; ni sabe de tierras de labrantío, ni de mieses, ni de cultivos ni de pájaros cantarines, cruzando el aire en panda o posándose solitarios en los alambres del tendido a cantarnos un solo; ni sabe del croar de la raza de la charca; ni de la alameda del río, ni del río ni de su agua plácida, deslizándose sobre la arena limpia... El sendero de mi alfombra no sabe nada de estas cosas, ni de la vida, ni sabe tampoco, que está ahí, para evitar que el parqué se gaste o se manche. Y tampoco sabe que es útil, mientras dure este tiempo de confinamiento. El sendero de la alfombra solo es de paso y para ir *p'allá* y *p'acá*.

Lo he dejado ahí con su ignorancia y me he sentado en el sofá. En veinte días, me he leído tres libros. El último me ha gustado mucho por cómo lo cuenta, lo que cuenta y cómo lo enreda el autor, para que no me entere del desenlace hasta el final. Yo creo que el autor me lo ha hecho tan misterioso, para que disfrute con la sapiencia que encierra en cada frase, en cada giro. Creo no hacer propaganda, porque os invite a leerlo: se trata de “La paciente silenciosa” de Alex Michaelides, un escritor medio chipriota e inglés. Todo un *Thriller* psicológico, escrito bajo el amparo de Ágatha Christie.

La tele no la veo mucho, de vez en cuando, pues no es santo de mi devoción, cuando pone programas curiosos, de calado, películas de cartel, entrevistas..., y que, realmente, me interesan. Me siento a gusto con ellos; por lo demás, no me enseña gran cosa ni me divierte, quizá, porque la vida ya comienza a desteñirme el paladar de las cosas nuevas, que, a veces, se muestran, ante mis ojos, cargadas de excesivo morbo y vaciadas de sustancia.

Tengo que agradecer al confinamiento, asimismo, el que me haya desempolvado aquellas tablas de gimnasia, que practicaba de más joven. No me ha costado mucho su práctica a pesar de los años. La grasa me dificultó un poco los primeros días, pero, una vez que se deslían los músculos, el acordeón se mueve con mejor soltura, y yo diría, hasta con gracia.

Y la escritura no la dejo por obligación personal y porque tengo compromisos: me entretiene durante horas del día, y me cunde.

Sinceramente, no me aburro. Estas son las cualidades de las cosas, que nos echan una mano en momentos duros y complicados de nuestra existencia. La situación nos pide paciencia y solidaridad a todos y para con todos: “después de esta tormenta, vendrá la calma”.

## **EL LUNES DE AGUAS, (ESTE AÑO EN CASA).**



Comentaba, hace tiempo, que había indagado sobre el origen del Lunes de Aguas, y no había dado con la pista: solo disponía del documento real, que habla de la casa de la Mancebía y de sus pornaes, y me quedaba ahí; pero estoy casi seguro de que la festividad del Lunes de Aguas no tiene su origen en esos decretos, sino en la amenaza de la sequía y sus consecuencias: las grandes hambrunas. Y, a este fenómeno natural, sancionador, había que buscarle un culpable, y los predicadores se encargaron de atribuírselo al pecado: “el pecado es el causante de todos los males”, y, para más “inri”, de la indignación divina. Y lo machacaron tanto desde el púlpito, que la gente campesina se lo creyó, de tal forma que, para apaciguar la justicia divina, lo

primero que hacía al levantarse, era santiguarse, rezar el padrenuestro y mirar al cielo y a su entorno y, a la vez, dentro de su confusión, rebuscaba en el bolso del chaleco de su conciencia, qué había hecho él de malo, para enmendarse. Y la misma pregunta se la hacían los campos, y los productos de la tierra, y los pájaros, y todos los seres vivos, e, incluso, las cosas todas, que pueblan la tierra.

El caso era sembrar el miedo en aquellas personas honestas, para que ellos pudieran salirse con la suya, y obrar a su antojo. Esta práctica suele ser común en todos los que quieren someter la voluntad y la libertad de las personas. Lo utiliza el empresario, el político, el predicador y todo aquel que se erige en señor y amo.

Y aquella indignación divina por el desacato humano, había que *tamarla*, y, para el menester, los clérigos se inventaron plegarias, cantos, triduos, misas, bendiciones, rogativas y letanías generales, que los fieles seguían con gran devoción y esperanza; y, aquí, en Salamanca, nuestros ancestros eligieron el segundo lunes de Pascua, el de la octava, para implorar a su Patrona, Nuestra Señora de la Vega, que tenía su morada alledaña al río, el agua necesaria para regar sus sedientos campos y sus manantiales; y, en rogativa romera, y acompañados de viandas que degustaban a la sombra de la alameda del Tormes, se le hizo coincidir con la fecha, en que las mujeres públicas, recluidas en la casa de la Mancebía durante la Cuaresma, retornaban a la ciudad a cumplir con el precepto pascual de la confesión y la comunión.

Y así era en todos los pueblos de la España seca; cada uno sacaba, en procesión, a su patrona o santo o santa de su devoción, invocando su intercesión ante el Hacedor, para que escuchara la plegaria del pueblo; y, a veces, no eran los pecados de los hombres los culpables del castigo divino,

sino la acción de los malos espíritus, que se ensañaban con el hombre, y, había que ahuyentarlos hisopando los campos y sus productos.

Y los clérigos se inventaron cantos “pro lluvia”, como la “Salve del Agua”, y otros, que se cantaban en los pueblos de Castilla, como en Alaejos: “¡Oh Virgen de la Casita!, Tú que tienes el poder, quita el candado a las nubes, para que empiece a llover”, o en Valverde del Majano “Los brazos tenéis abiertos, los ojos mirando al cielo, suplicando a vuestro Hijo que nos riegue nuestro suelo”. Y los muchachos, en mi pueblo, convertíamos nuestros juegos en plegarias por la lluvia, cuando cantábamos en corro el “que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva; los pajaritos cantas; las nubes se levantan; que sí, que no, que caiga un chaparrón”

Y aquella otra que dirigíamos a san Marcos, otro abogado de los campos de mi pueblo: “Agua, san Marcos, rey de los charcos, para mi triguito, que ya está bonito; para mi cebada, que ya está granada; para mi melón, que ya tiene flor; para mi sandía, que ya está florida; para mi aceituna, que ya tiene una”.

Pero, sin duda, al Santo, que más marean los agricultores y ganaderos, es san Isidro, porque fue monaguillo antes que Santo, y se le considera el más indicado de elevar las súplicas ante el Hacedor.

Las rogativas fijaron su fecha de celebración en el pontificado de San Gregorio Magno en el año 590. Tenían lugar dos veces al año: en la festividad de San Marcos (25 de abril) y los tres días anteriores a la Ascensión, conocidas como rogativas y letanías mayores; además el Papa y los obispos podían prescribirlas en cualquier época del año en calamidades y necesidades públicas perentorias.

Es posible que las rogativas de san Marcos suplantaran a las “Robigalia” romanas, tradicionales festejos de carácter agrícola, que se celebraban en la misma fecha (25 de abril), en honor del “dios Robigo”, con procesiones a

través de los campos y sacrificios de animales, que tenían, como objetivo, interesar a aquella divinidad pegana en el ciudadano y protección de los sembrados.

Oración al dios Robigo, protector contra la roya del trigo, del poeta Ovidio.

*“Tizón inmundo, respeta las plantas  
de Ceres, y que su tallo ligero se  
cimbree en la superficie de la tierra.  
Deja tú crecer los sembrados,  
fertilizados por los astros propicios del cielo,  
hasta que vengan en sazón para las hoces.  
Tu poder no es liviano:  
los trigales a los que tú pusiste tu marca,  
los da por perdidos el colono entristecido.*

## DE TERTULIA CON DON QUIJOTE Y SANCHO.



En esos paseos que me doy por la historia, me perdí por un sendero de la Mancha. Caminaba con mi sombra delante, temeroso de no encontrarme con nadie, y, a lo lejos, oteé dos personajes de muy distinto pelaje y de muy distinto son. Uno venía montado en un jamelgo, embutido en una envoltura metálica, con yelmo también de lata y con una ajada de punta roma de tanto perforar oleadas de viento; y el otro, acomodado en una albarda que, acunaba, parsimoniosamente, un rucio de pelaje calvoso y añoso. Avanzaban, lentamente, en busca de un entuerto, y yo, en busca de ellos, anhelando consuelo y compañía.

Como caminaba sin rumbo, les pedí autorización para acompañarles en su aventura. Yo no hablaba, solo andaba a su compás y no me forzaba; escuchaba atento, porque el hombre del caballo mostraba señales de ser un hombre leído. Yo estiraba el cuello, para no perderme la palabra, que iba vertiendo sobre su criado rudo y poco sesudo, pero noble y campechano. Y, entre las muchas reflexiones que le iba inyectando en su mente, recuerdo algunas que más me impactaron y se estamparon en las paredes de mi memoria.

Llegué a la conclusión de que “el caballero necesitaba a su escudero para hablar, esto es, para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho era su coro: la humanidad toda para él”.

Por lo que pude sacar del monólogo: “se puede decir que a Sancho le sacó de su casa la codicia, así como la ambición de gloria a don Quijote, y que así tenemos en amo y escudero, por separado, los dos resortes que, juntos en uno, han sacado de sus casas a los españoles”.

Y le noté al caballero muy reivindicativo: “Hay que luchar porque la justicia impere en el mundo”.

Y llegamos a la sombra de una encina. Era hora de yantar. Sancho sacó de las alforjas unas lonchas de tocino rancio, un tajo de cecina de vaca y un queso grasiento del natural ovino de la tierra manchega. Mientras Sancho extendía la rodilla, el caballero refrescaba la garganta, reseca por un sol polvoriento con buenos tragos de tempranillo.

Ya repuesto de la fatiga y del cansancio, don Quijote prosiguió la conversación en un tono misericordioso: “Dios y la naturaleza castigan para perdonar. Castigo, que no va seguido de perdón, no es castigo, sino odioso ensañamiento”.

Mientras recogían el hato y se ajustaba el atuendo, el caballero, complaciente de haber compartido la vianda, me espeta: "Si hiciéramos beneficios por las gratitudes que, de ellos, habríamos de recoger, ¿para qué nos servirían en la eternidad? Debe hacerse el bien, no solo a pesar de que no nos han de corresponder en el mundo, sino, precisamente, porque no han de correspondernos. El valor infinito de las buenas obras estriba en que no tienen pago adecuado en la vida.. La vida es un bien muy pobre para los bienes que, en ella, cabe ejercer".

Con las cabalgaduras en marcha cansina y yo, con paso reposado, el caballero de la triste figura va repasando, en vivo, sus pensamientos, que voy espigando levemente, y depositando en la fárdela de mi memoria:

"Si mi prójimo es otro yo mismo, ¿para qué le quiero? Para yo, me basto y aún me sobro".

"No des a nadie lo que te pida, sino lo que entiendas que necesita, y soporta, luego, su ingratitud".

"Sábetete, Sancho, que todas estas borrascas, que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho mal, el bien ya esté cerca.

Interviene Sancho:

"Saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal, para dar a entender que he gobernado como un ángel".

Responde don Quijote:

"Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para vivir comiendo".

Habiendo andado como doscientos pasos, el caballero vio una gran torre y, luego, conoció que el tal edificio no era el alcázar, sino la iglesia principal del pueblo del Toboso.

Y espetó: "Con la iglesia hemos dado, amigo Sancho".

## SENTADO AL ORDENADOR



Todos los días me levanto con el saludo del sol. Es el primer ser que me encuentro, sentado en el sillón, los días claros reposando junto a la ventana. Tengo costumbre de sentarme a su lado y él juega conmigo, me abraza, me acaricia y me conforta con el calor de sus besos. Pasado un rato, se aparta a un lado y juega con las fotos familiares, que reposan en el mueble, que protege la pared. Yo, mientras tanto, aprovecho la paz: cojo un libro y me pongo a leer. Ahora mismo, lleno el tiempo con la lectura de dos libros: “El imperio eres tú”, de Javier Moro; y el otro, “Relatos y cuentos”, de Antón Chejoy. El primero me entretiene y documenta; el segundo me hace reflexionar y me enseña a trenzar frases y dichos.

En el cuarto de al lado, la radio suena suave y la voz me acerca unas frases de don Antonio Machado, sacadas de una carta que le escribió al psicólogo Vigodsky:

“En España, lo mejor es el pueblo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva”.

Cuando me cansé de leer, me senté frente al ordenador, y me puse a rematar cosas que tengo pendientes. Y, entre los apuntes escondidos, se asomó uno que habla de la misa minerva, que celebran los mayordomos del Señor los terceros domingos de cada mes. Y como te pasa a ti, me pasó a mí: me pudo la curiosidad y me decidí a investigar sobre el porqué de misa minerva.

En ese momento, suena el móvil. Cuando suena el aparato, casi siempre, me avisa que llega un mensaje. Los hay variopintos, con sus respectivos pelajes. Los que más me confunden e indignan son aquellos “patrióticos” e inhumanos, que me invitan a saltarme el confinamiento, con el descaro de que lo comparta; o sea, de que me convierta en posible verdugo de una posible víctima. Para estos individuos, no es necesario que el sanitario exponga su vida ni que los investigadores se desternillen descubriendo vacunas y fármacos, que eliminen los efectos de virus. El antídoto ya lo han localizado ellos: con el flamear de banderas, el virus se espanta; y, exhibiendo en la pasarela vestidos y corbatas negras, se obnubila, entra en razón y desaparece.

A esto se sumó la mala noticia de que había fallecido una paisana y amiga. Ante tanta angustia y desengaño, miré el reloj. Estaba en el tiempo marcado para darme un paseo.

Espero que el canto de la alondra y la soledad florida de la huerta me vuelvan la paz y el sosiego.

## ÍNDICE

|                                                         |    |
|---------------------------------------------------------|----|
| Introito                                                | 8  |
| Escudo heráldico de Macotera                            | 10 |
| 1.- PRIMEROS PASOS                                      | 14 |
| El primer poblado macoterano                            | 15 |
| Así vivieron los macoteranos en su hábitat              | 18 |
| 2.-MONUMENTOS SIGNIFICATIVOS                            | 20 |
| La plaza Mayor                                          | 21 |
| Sentado en el estribo                                   | 25 |
| La torre almenada de la iglesia                         | 29 |
| La portada sur de la iglesia                            | 32 |
| La arquitectura de la iglesia                           | 35 |
| Mirar para atrás no es pecado                           | 38 |
| El reloj de la torre ya no da la hora                   | 41 |
| Las campanas de la iglesia                              | 44 |
| La Caja Rural                                           | 59 |
| La primera farola                                       | 65 |
| Las ermitas                                             | 70 |
| 3.- MONUMENTOS DE LA VILLA QUE CUMPLEN LOS CIENTOS AÑOS | 74 |
| El matadero                                             | 75 |
| La máquina                                              | 78 |
| La calle “el Piojo”                                     | 80 |
| Ayuntamiento nuevo de 1920                              | 83 |
| La fuente del Carril                                    | 86 |
| Reforma de las escuelas de Santa Ana (1920)             | 88 |
| El cuartel de la Guardia Civil                          | 91 |

|                                             |         |
|---------------------------------------------|---------|
| 4.- EL PASEO POR LAS CALLES DEL PUEBLO      | 95      |
| Desde cuándo?                               | 96      |
| La carretera                                | 97      |
| La plaza de la Leña                         | 99      |
| Las cuatro esquinas, mi primera escuela     | 103     |
| La calle Oriente                            | 106     |
| Ricón del señor Miguel Capalaperra          | 111     |
| La ermita y escuelas de Santa Ana           | 114     |
| La calle de Santa Ana (1)                   | 118     |
| La calle de Santa Ana (2)                   | 121     |
| La calle de Santa Ana (3)                   | 124     |
| Las escuelas del hospital de Santa Ana      | 128     |
| “Potelli” y la ermita del Cisto             | 132     |
| La fuente del Carril y las Aceras           | 137     |
| El puente del Arroyo                        | 142     |
| ¿De quién es la calle?                      | 145     |
| <br>5.- COSTUMBRES Y TRADICIONES            | <br>147 |
| La virgen de la Encina                      | 148     |
| Ya están las castañeras en el garito        | 150     |
| El Domingo de Ramos                         | 153     |
| La Semana Santa de ayer y de hoy            | 155     |
| Las rogativas                               | 158     |
| El Jueves de Corpus brillaba más que el sol | 161     |
| San Roque                                   | 164     |

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| 6.- USOS Y COSTUMBRES                          | 169 |
| La vivienda                                    | 170 |
| La vestimenta                                  | 171 |
| No es broma                                    | 173 |
| La boda                                        | 174 |
| La estufa escolar                              | 176 |
| La matanza tradicional                         | 179 |
| 7.- CON LA ALFORJA AL HOMBRO                   | 182 |
| Ciclo del labrador y su cómplice el jornalero  | 183 |
| La sementera                                   | 188 |
| La recolección                                 | 192 |
| Se trabajaba de sol a sol                      | 196 |
| La vendimia                                    | 198 |
| El silencio del vino                           | 201 |
| Hoy vamos a hablar del esquila                 | 204 |
| La trashumancia                                | 206 |
| Hoy vamos a hablar de la lana                  | 209 |
| Lavando lana en el río                         | 211 |
| Los chalanes                                   | 214 |
| Los Pachulos, dulzaineros de vocación          | 220 |
| Francisca García Delgado cumplió los cien años | 223 |
| 8.- PASEOS Y ENSUEÑOS                          | 231 |
| Macotera, los primeros pasos                   | 232 |
| Mi carné de santanero                          | 235 |
| Las fases de la luna                           | 237 |
| Mi sombra y yo terminamos de llegar            | 245 |

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| La soledad en Navidad                              | 249 |
| En busca de las fuentes del río Margañán           | 251 |
| Las apariencias engañan                            | 255 |
| La honestidad es cosa de todos                     | 257 |
| Pasé la tarde con la alondra                       | 259 |
| Imágenes silenciosas                               | 262 |
| Hablé con los niños en sueños                      | 266 |
| Añoranza                                           | 268 |
| El niño que no sabía jugar                         | 272 |
| El niño que tenía un solo botón                    | 275 |
| Me arrimé al calor de la lumbre                    | 278 |
| Nuestros juegos eran de balde                      | 281 |
| Al calor de la lumbre                              | 283 |
| Tres palabrejas viejas desvelan la realidad        | 286 |
| Toda una vida                                      | 290 |
| Un real de zuche                                   | 294 |
| ¡Eureka! Ha nevado mucho en Macotera               | 296 |
| Un paseo por el campo                              | 299 |
| Ya canta el grillo                                 | 303 |
| Estamos escoñando la obra de Noé                   | 306 |
| Se fueron los calores asfixiantes de agosto        | 308 |
| El campo florido y hermoso                         | 311 |
| Nuestra vidas son recuerdos que van a dar a la mar | 314 |
| Mi sombra, cautiva                                 | 317 |
| Mi sombra y yo                                     | 320 |
| Voy a levantar un altar en la barranca             | 323 |
| Un rato de añoranza                                | 326 |
| El vino de mi pueblo nos cuenta su vida            | 329 |

## MIS RELATOS A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Un paseo con añoranzas               | 332 |
| El sendero de la alfombra            | 335 |
| El lunes de aguas(esté año en casa)  | 337 |
| De tertulia con don Quijote y Sancho | 341 |
| Sentado en el ordenador              | 344 |
| Índice                               | 346 |

“En España, lo mejor es el pueblo. En los trances duros,  
los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la  
 nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva”

Don Antonio Machado

(foto para la contraportada)

